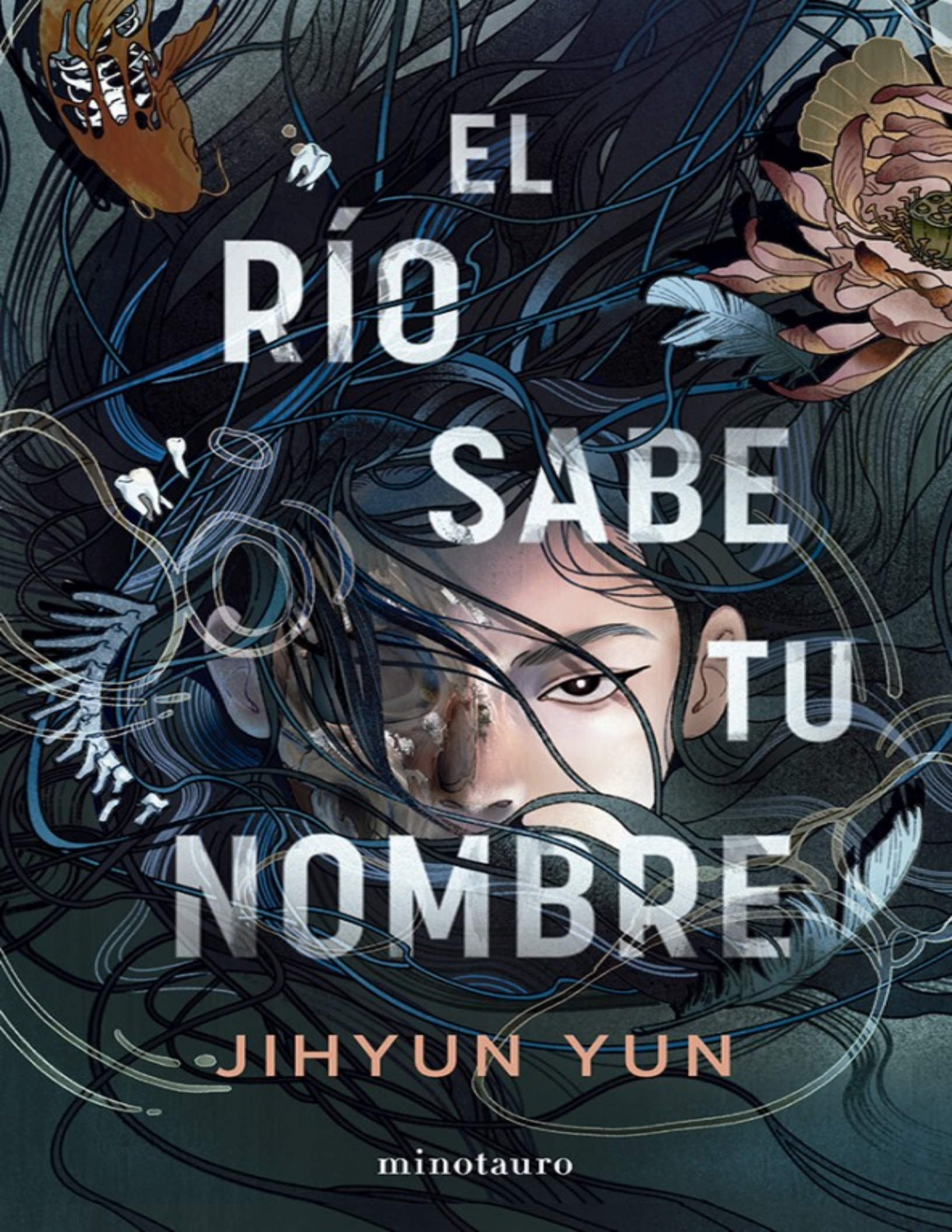

EL
RÍO
SABE
TU
NOMBRE
JIHYUN YUN
minotauro

Índice

PORTADA
PORTADILLA
DEDICATORIA
CITAS
PRÓLOGO
PARTE I. Niña
1
2
3
4
5
6
7
8
PARTE II. Resucitada
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
PARTE III. Río
25
26
27

28
29
30
31
32
33
34
35
DESPUÉS
CITA
AGRADECIMIENTOS
CRÉDITOS

EL RÍO SABE TU NOMBRE

JIHYUN YUN

minotauro

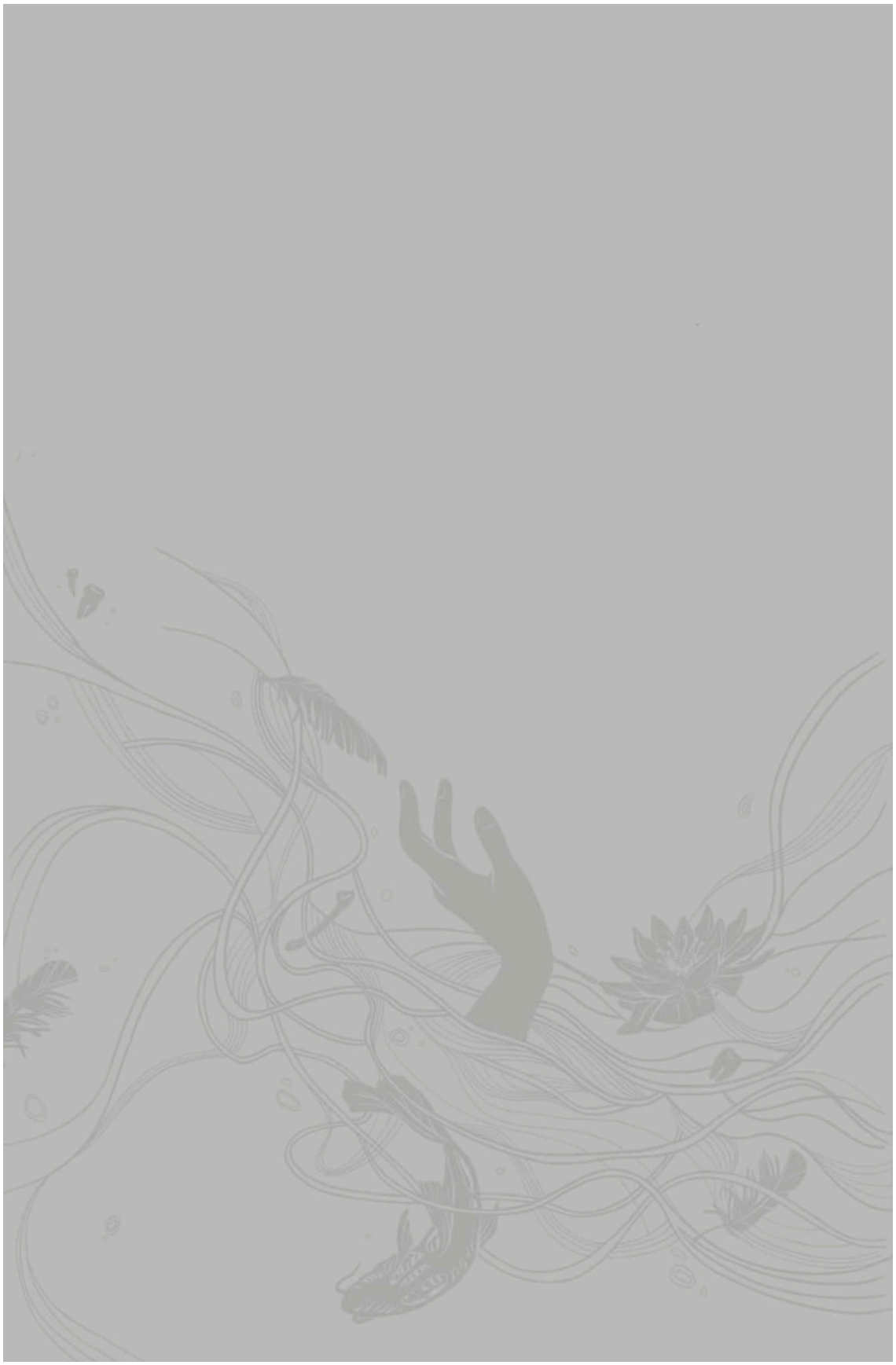
Para las hijas y los niños
que crecen solos

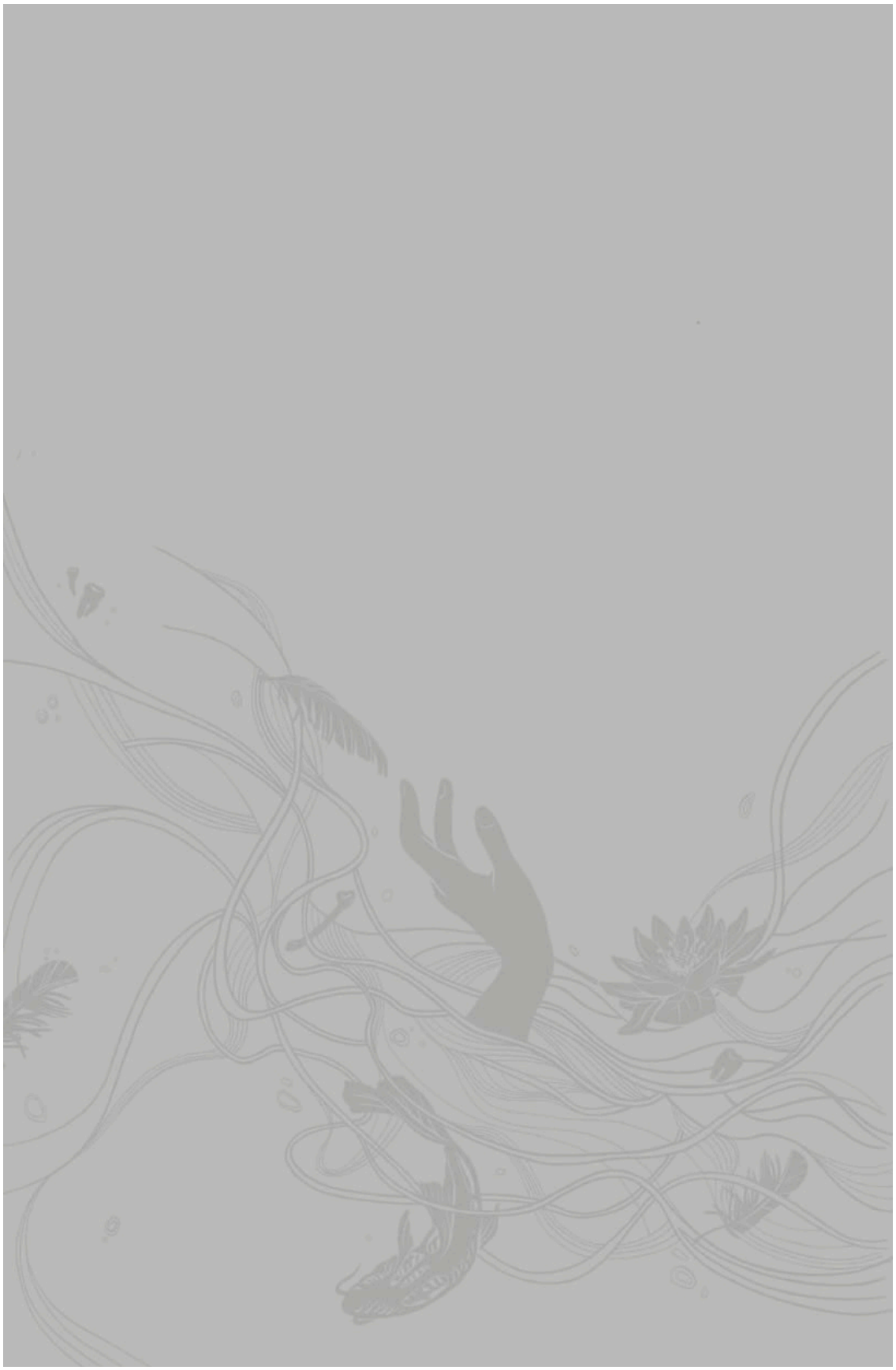
Pero algo no va bien.
El duelo es una escalera de caracol.
Te he perdido.

—Linda Pastan

Las *mansin* dicen que «la mano del muerto
es una mano llena de espinas» *(chugun sonun kasisonida);*
no puede tocar el cuerpo de los vivos
sin causarle heridas.

—Laurel Kendall,
Shamans, Housewives and Other Restless Spirits





PRÓLOGO



Hermana, poco recuerdo de las horas previas a la muerte. Solo la imagen borrosa de los álamos agitados por el viento, de nuestro pequeño pueblo cubierto de flores de zanahoria silvestre y otras especies invasoras, tan hermosas, que nadie se molestó en acabar con ellas. Recuerdo mis pasos vacilantes sobre los raíles del puente del tren, por los que había caminado en equilibrio incontables veces, con los brazos extendidos como si fuera a volar.

Pero en vez de volar, caí.

El aliento se me escapaba en nubes blancas frente al rostro. Solo cuando mi cabeza golpeó el río desbordado por la lluvia, cuando las manos no encontraron nada a lo que aferrarse y el agua me arrastró con fuerza hacia abajo, comprendí que quizá no sobreviviría.

El agua me mató antes que el frío; sentí los pulmones como un jarrón desbordado. Gracias, Señor, por hacer que algo que no podía ser indoloro al menos fuera rápido. Los equipos de búsqueda rastrearon el río, pero ya me había alejado demasiado. Tardaron días en encontrarme, azul e hinchada, atrapada entre las rocas de una orilla lejana. En Internet, el chico que me encontró dijo que había creído que mi larga melena era una maraña de algas varadas, hasta que vio el resto del cuerpo.

De vez en cuando, aparece en algún foro una foto mía, muerta, convertida en espectáculo, como lo son inevitablemente todas las muertes prematuras. Pero me querían. Siguiendo la tradición

coreana, nuestra familia lloró en mi velatorio durante dos noches y tres días. Tú rechazaste toda la comida y el vino de arroz que te ofrecieron hasta que te quedaste tan débil que tuvieron que sacarte en brazos, desmadejada.

Mi funeral fue modesto. Nuestra familia me llevó de vuelta a casa en una urna de porcelana verde decorada con filigranas de ciervos blancos. Montaron un altar improvisado sobre la chimenea, con una foto mía en la que sonreía a algo que llamaba mi atención más allá del encuadre.

Pero eso no significa que nunca fuera a despertar de nuevo a la vida.

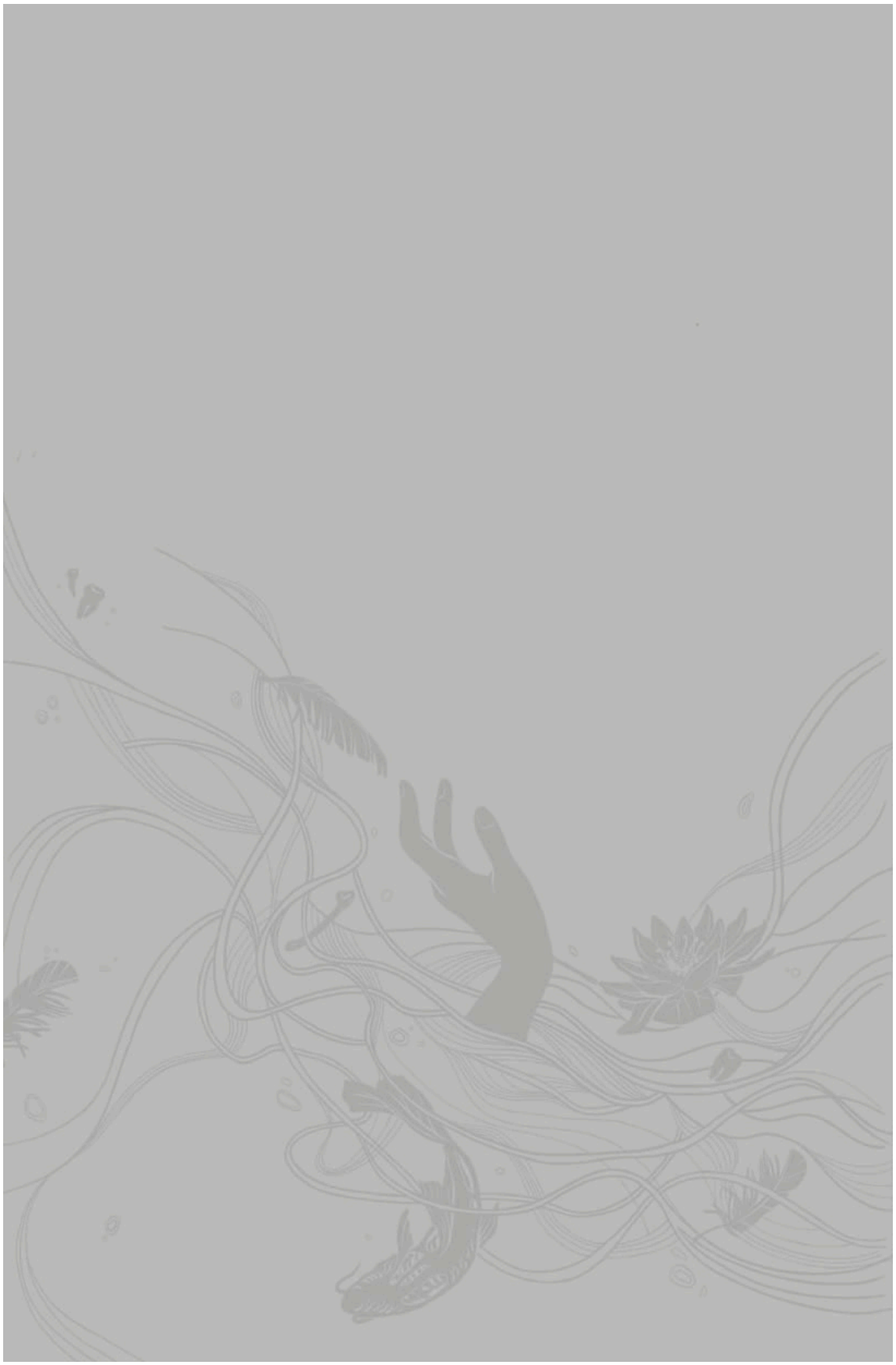
Hermana, te oigo. Siento tus manos hurgando en la tierra, buscándome.

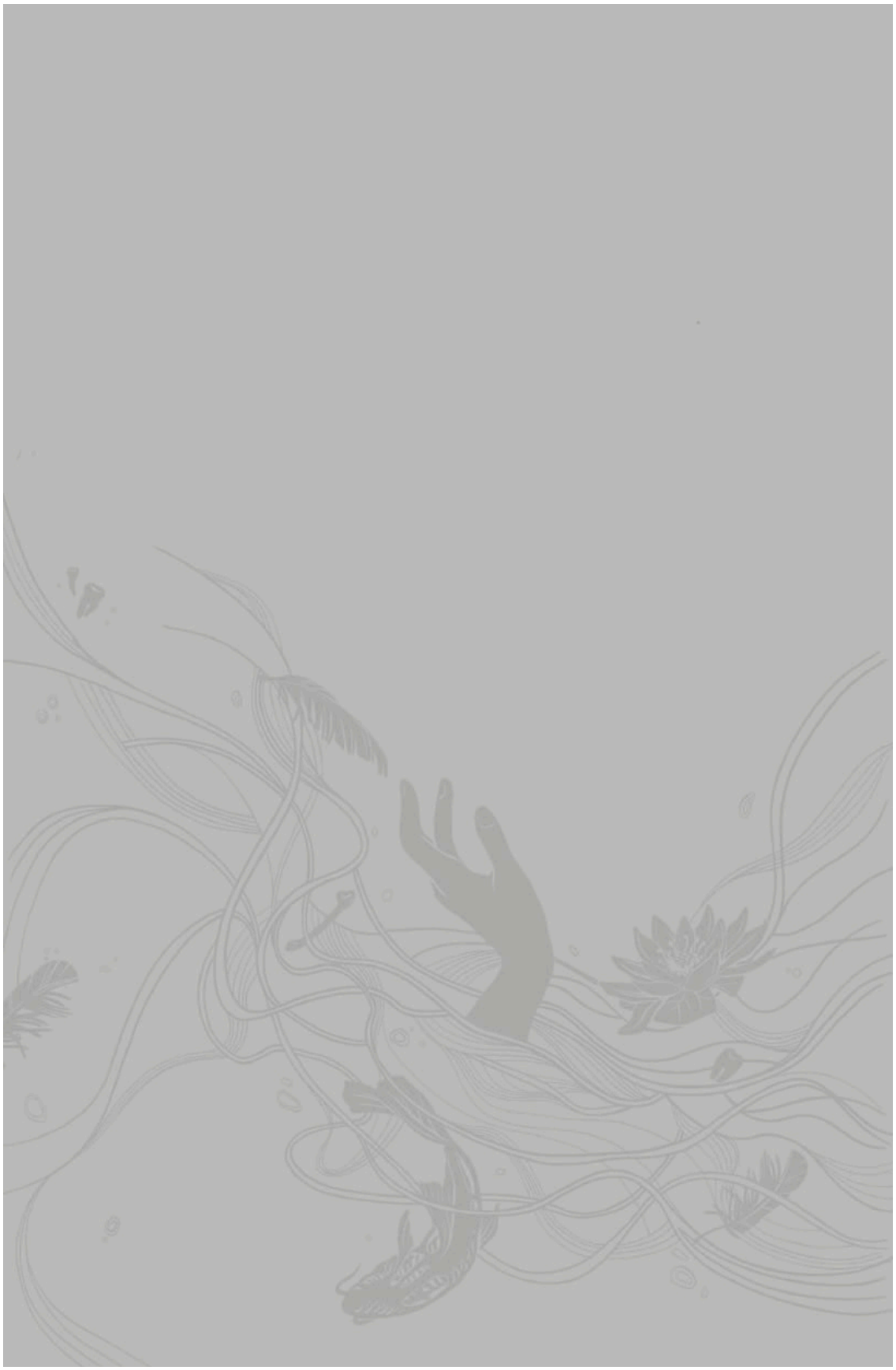
Responderé a tu llamada: volveré.

PARTE I



Niña







A pesar de sus esfuerzos, la rata estaba muerta.

Soojin lo supo cuando vio que Milkis no había saltado hacia la puerta de la jaula en cuanto ella entró en la habitación. Normalmente, el sonido de sus patas removiendo las virutas de periódico o deslizándose por las rampas era una música constante. Pero esa noche solo había un silencio perfecto e incómodo.

Encontró a Milkis en una de las hamacas colgadas del gancho superior de la jaula, con el cuerpo encogido como un apóstrofo. No llevaba mucho tiempo muerta. El *rigor mortis* aún no se había instalado y la naricilla rosa seguía húmeda al tacto. Al menos había muerto sin dolor, a diferencia de la última vez, cuando le habían salido unos tumores mamarios del tamaño de almendras.

Soojin la tomó en la palma de la mano. Milkis no era un animal bonito. Demasiado grande para su especie, tenía el pelaje blanco lleno de zonas despobladas por problemas de piel y los ojos

húmedos y saltones como semillas de granada. Pero era querida y volvería pronto.

Tras ponerse unos guantes de látex, Soojin colocó la rata sobre una bandeja de plástico forrada y cortó la cola con un bisturí que había cogido del aula de biología. Seccionarla fue más fácil de lo que esperaba. Un pequeño chasquido húmedo, no muy distinto del que se producía al cortar la espada de un pez sable. Luego pasó la cola a una bolsa de plástico con cierre hermético. Eso sería lo que usase para invocar de nuevo a Milkis. Y el resto del cuerpo no debía ser enterrado.

Aunque no habían llegado a crecer mucho, los tumores seguían en el vientre de la rata esperando a volverse malignos. Enterrar un cuerpo enfermo revivía las afecciones. Era mejor trabajar con una parte sana o desde cero, es decir, con hueso. Pero la cola estaba intacta. Funcionaría.

Soojin envolvió el cuerpo en papel de seda y lo puso en una caja de zapatos para colocarlo en el altar del cementerio de mascotas. La sangre de la parte donde se había realizado el corte se extendía en anillos carmesíes sobre el blanco, y ella tragó saliva para aguantar la conocida arcada que le subía por la garganta. Terminada la torpe cirugía, juntó las manos temblorosas, se clavó las uñas en la muñeca de la mano del bisturí y esperó a que el agudo dolor la calmara.

Con solo diecisiete años, Han Soojin no era ajena a la muerte. Había visto morir y resucitar a Milkis incontables veces, pero esta era la primera vez que iba a resucitar algo ella sola. Su hermana, Mirae, apenas un año mayor, siempre había sido la más valiente de las dos, la que podía soportar cualquier cosa con calma y se encargaba de las tareas más sangrientas.

—Cierra los ojos —solía decirle Mirae, y cuando los abría de nuevo, la macabra división estaba hecha. La parte más sana, limpiamente separada del resto y listas ambas para ser entregadas a la tierra y al fuego, respectivamente.

El otoño pasado, Mirae se había ahogado en el río Black Pine, que atravesaba su pequeño pueblo y seguía más allá. Soojin aún veía a su hermana por todas partes: Mirae en el fregadero, tarareando y enjuagando la espuma de los platos; Mirae a la luz dorada del atardecer, cepillándose el pelo junto a la ventana abierta, mientras el viento le agitaba los mechones; Mirae, cuyo nombre en coreano significaba «futuro», un futuro al que nunca llegaría. Los diez meses transcurridos desde su muerte no habían mitigado nada. Soojin seguía sintiéndose desgarrada por las aves carroñeras del duelo.

Un golpe en la pared la sobresaltó. Su padre estaba junto a la puerta y la miraba, con cautela.

—Toc, toc —dijo, en un fallido intento de bromear. Soojin nunca entendería cómo alguien podía hacer que *toc, toc* sonase como un mensaje funesto. Él se aclaró la garganta, pero no cruzó el umbral y optó por apoyarse en el marco de la puerta, con los brazos cruzados. Su torpe lenguaje corporal la irritaba.

No siempre había sido así. Hacía solo un año, Soojin, Mirae y su padre se arrellanaban juntos frente a la tele y se reían con los concursos. Las niñas lo convencían para hacer viajes nocturnos a la gasolinera a por unos tacos pésimos y unos granizados de Coca-Cola. Su pequeña familia parecía fuerte e impenetrable. Pero tras la muerte de Mirae, todo cambió.

—¿Te vas esta noche? —preguntó Soojin. El rostro de su padre estaba demacrado, ensombrecido por rastrojos de barba que semejaban manchas sobre el lomo de un caballo.

—Sí —asintió—. La nevera se queda llena. Si necesitas algo, llama. Volveré a casa cada fin de semana.

Vivían en Jade Acre, un pequeño pueblo turístico afectado por un exceso de belleza, rodeado de kilómetros de bosque y altos acantilados y con un mar de un azul tan extraño que parecía el iris de un ojo. Los veranos eran largos, calurosos y atestados de turistas que blandían el dinero como si fuera artillería verde.

Durante unos meses todo era generoso: los árboles frutales, las aves que anidaban, las bahías poco profundas donde los turistas, por el día, pagaban mucho por bucear para ver tres abulones rojos en peligro de extinción y, por la noche, se colaban ilegalmente para ver más. Pero en temporada baja, el pueblo se volvía triste y aislado, siempre azotado por lluvias que convertían el paisaje en una masa reblandecida. La humedad lo impregnaba todo y la gente apenas salía de casa.

Padre era uno de los pocos que se marchaban. Cada año, cuando acababa la temporada turística y con ella los modestos ingresos que daba la pensión familiar, Padre hacía las maletas y conducía tres horas en dirección este hasta la ciudad de Bragg Hills para trabajar en la empresa de construcción de su primo. El viaje diario era demasiado largo, así que se quedaba con el primo entre semana y volvía a Jade Acre los fines de semana.

No era ideal. O ganabas bastante durante los meses turísticos o pasabas el resto del año apretándote el cinturón. Cuando la madre de Soojin vivía, quería irse de Jade Acre por esa razón. La Pensión Han no era sostenible. Cada año ahorraban menos. Pero Padre se había puesto firme.

—¿Cómo vamos a vender la casa donde crecieron nuestras hijas? ¿No era este nuestro sueño?

Cuando Madre murió, siete años atrás, en un accidente de coche, la posibilidad de irse murió con ella. Nadie quería dejar el lugar donde aún vivían los recuerdos de Madre y, ahora también, de Mirae. Soojin sentía la presencia de ambas por toda la casa. Su amor, acurrucado en cada hueco de ventana y en cada marco de puerta como una pregunta sin respuesta.

—¿Estarás bien, Soo? —preguntó su padre. Esta iba a ser la primera vez que se quedara completamente sola. Tras la muerte de Madre, cuando Soojin tenía diez años y Mirae once, las hermanas aún se tenían la una a la otra. Se acostumbraron a ser niñas que se cuidan solas, incluso llegaron a disfrutarlo a ratos. Esa libertad de dormir cuando quisieran, comer lo que les apeteciera y fingir la

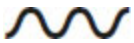
adultez como la imaginaban. Pero esta vez, Soojin no tendría a nadie.

—Papá, no soy una niña —dijo ella—. Estaré bien. Y, además, no voy a estar sola. —Le mostró lo que sostenía.

—¿Ya ha llegado ese momento otra vez? —preguntó él, y se apartó un poco de la cola amputada.

Su padre se mordió el labio, mientras se frotaba la mandíbula de un modo que indicó a Soojin que estaba debatiendo algo dentro de su cabeza. Pero, fuera lo que fuera, lo descartó en silencio. En cambio, repitió a Soojin lo que les había dicho a sus dos hijas tantas veces antes:

—Asegúrate de que nadie te vea.



La magia se convertiría en una herencia familiar transmitida por la sangre de las mujeres. Pero, en el pasado, solo hubo ruinas y un pueblo azotado por el hambre.

Era una estación maldita en un año maldito. Durante todo el invierno, las tormentas de granizo azotaron la tierra sin cesar. Una helada antinatural había congelado el suelo hasta bien entrado el verano y chamuscado las semillas que apenas empezaban a brotar. Y cuando el frío había cedido por fin, una serie de terremotos sacudió la península y destruyó las pocas cosechas que el clima no había arrasado.

Sin cosechas, los aldeanos sacrificaron todo su ganado, hasta la última cerda macilenta, sin dejar nada, ni siquiera los huesos.

O eso creían.

Bajo el manto de la noche, iluminada por la luz de una luna débil, una niña salió a escondidas de su casa y corrió hacia el pozo seco de las afueras del pueblo. Con el tiempo se convertiría en una antepasada, pero, de momento, solo era una niña animalizada por el hambre que pegó la oreja a la boca del pozo hasta que escuchó un ruido leve en el interior.

Tras asegurarse de que estaba sola, tiró de la cuerda que colgaba en la oscuridad y, en lugar de un cubo de agua, sacó una jaula oxidada. Dentro había una gallina que picoteaba los restos de hierba e insectos secos que le habían puesto.

—Shhh —dijo la niña mientras abría la jaula. No era necesario advertírselo. El animal había nacido frágil y dócil; nunca había cacareado.

Le acarició el cuerpo flaco, las zonas lisas sin las plumas, que se había arrancado solo por pasar el tiempo en su soledad. La niña había ocultado a la gallina para salvarla del sacrificio y la mantenía con vida en secreto, con la esperanza de que pusiera huevos. Lo que fuera para alimentar y sostener a su familia. Pero nunca puso ninguno.

La pequeña le pidió perdón, aunque no lo sentía. La matanza fue rápida y la ingesta, aún más. La niña y su familia superviviente devoraron el cuerpo de la gallina en una mezcla de éxtasis, culpa y secretismo.

Al día siguiente, por primera vez en meses, la cría despertó saciada, chupando todavía un hueso que tenía entre la mejilla y los dientes. Alimentada y con esperanza, fue a los campos y enterró ese hueso en el suelo, con la intención de que su nutritiva médula alimentara la tierra en barbecho. Pero en su lugar, vio emerger de ese suelo un pico que trataba de respirar. La tierra seguía estéril, pero la niña sacó de ella una gallina viva, que rascaba el suelo y picoteaba el aire.

Corrió hacia su casa llamando a gritos a su madre. Demasiado desesperados para maravillarse, sacrificaron rápidamente el ave y se la comieron; luego enterraron el esternón sin ceremonia. El don le exigía mucho a la chica. Las manos le temblaban por el esfuerzo. La sangre le resbalaba por la nariz. Enterró el hueso mientras sonreía.

Una y otra vez. Hueso de ala y saliva. Así, su familia prosperaba cuando el resto del pueblo pasaba hambre, adelgazaba, se ponía enfermo y moría. Los aldeanos susurraban que había demonios en esa familia. Su gallina secreta murió cien muertes.

El otoño llegaba temprano este año; los árboles de hoja caduca comenzaban, muy lentamente, a dorarse. Soojin odiaba el otoño. Era la estación en la que Mirae había salido para ir a una fiesta en una casa y nunca regresó. Su cuerpo apareció unos días después en el pueblo vecino, atrapado entre las rocas donde lo había encontrado un chico de un instituto cercano. En las fotos que el chico sacó antes de llamar a las autoridades, los rasgos de su hermana se veían hinchados y anónimos, como suele suceder con los ahogados que permanecen mucho tiempo en el agua. Las ramas otoñales se reflejaban a su alrededor como una corona hecha trizas.

El cambio de estación ya no le parecería hermoso nunca más. Apartó la vista de las copas de los árboles y fijó la mirada firmemente en la carretera.

Cuando Soojin llegó a la cima de la colina, apareció ante su vista el cementerio para mascotas Patitas en Paz. Con la luz del crepúsculo, la pintura pálida del edificio brillaba como si fuera a desaparecer. Detrás de la oficina de recepción se extendía un campo con pequeñas lápidas que marcaban el lugar de descanso de mascotas que habían sido queridas. Soojin vio al hijo del dueño del cementerio, Mark Moon, arrodillado junto a la entrada de la oficina, arreglando una maceta de geranios. La puesta de sol le iluminaba el pelo y resaltaba algunos mechones castaños en su melena negra. Tarareaba desafinado mientras trabajaba y, a pesar del ruido que hacían sus pies en la grava, no la oyó llegar. Ni siquiera cuando se detuvo justo detrás de él y su sombra alargada se proyectó en la pared de enfrente. Ni cuando se arrodilló.

—Hola —dijo. Él se sobresaltó y las tijeras de podar se desviaron de la hoja seca a la que se dirigían y cortaron en su lugar un racimo de flores.

—Maldita sea. —Mark dejó las tijeras y tomó los geranios mutilados.

Aparte de las flores que había arruinado a causa del susto, los geranios florecían estupendamente, incluso en ese septiembre anormalmente frío. A ella no le sorprendió. Conocía a Mark desde siempre y nunca había visto nada vivo morir bajo su cuidado. Se preguntaba si el hecho de haber crecido rodeado de tanta muerte le habría enseñado a apaciguarla y le daba pequeñas treguas para mantenerla a raya.

—No quise asustarte —dijo—. Perdona por lo de las flores.

Mark levantó la vista y solo entonces la vio. Aunque era alto y delgado, su rostro aún conservaba la expresión aniñada de la infancia, con los ojos marrones demasiado grandes para la cara. Tenía ese encanto juvenil que desarmaba tanto a sus pares como a cierto tipo de madres, especialmente cuando sonreía así.

—No te preocupes —respondió. Se puso en pie, se limpió la tierra de las manos y le tendió una para ayudarla a levantarse. Al retirarla, le dejó una arenilla húmeda en la palma, que ella se limpió sin disimulo.

—¿Qué hay? —preguntó Mark, aunque probablemente ya lo sabía. Cada pocos años, Soojin y Mirae le llevaban cajas de zapatos con animalitos muertos. Ratas, por lo general, a veces pájaros. Criaturas pequeñas que no tardaban más de veinte minutos en convertirse completamente en cenizas. Soojin abrió la caja y él apartó el papel de seda y vio a Milkis dentro. Mantuvo una expresión totalmente impasible. Tampoco es que ella esperase verlo asustarse ante un cadáver.

Mark ayudaba a sus padres con el negocio desde los catorce años, y hacía de todo, desde atender el teléfono hasta pedir ataúdes personalizados para gatos. Pero, especialmente, ayudaba con las cremaciones. Soojin suponía que, técnicamente, no era legal que lo hiciera, pero los adultos del pueblo lo permitían con complicidad, igual que toleraban otros deslices: niños que trabajaban o conducían antes de tiempo, adolescentes que colaban botellas de ron en el cine o fumaban en la playa de guijarros en las noches templadas.

—Claro, yo me encargo —dijo Mark mientras tomaba la caja y abría la puerta—. Mis padres no están, así que será gratis. —Si le pareció raro que ella incinerase a sus ratas, en lugar de enterrarlas en el jardín como hacía la mayoría, no lo dijo—. Pasa —la invitó.

Dentro, Soojin percibió el aroma familiar de la lavanda y el antiséptico. Como siempre, la chimenea ardía alegremente en una esquina y el mostrador estaba adornado con hierbas frescas. A simple vista, nadie diría que esa acogedora habitación empapelada en amarillo pálido era de una funeraria para mascotas, pero las urnas decoradas con inscripciones como «Todas las patitas van al cielo» y «¡Guau!», en letras doradas, lo delataban.

—Esta parece la misma que trajiste hace un par de años —dijo Mark mirando a Milkis—. Y también la anterior.

—Me gustan las ratas albinas —respondió Soojin encogiéndose de hombros.

—Déjame adivinar. ¿A esta también la llamaste Milkis?

La chica se quitó la chaqueta y la dejó junto a la puerta; luego se sentó pesadamente en una de las sillas de la sala de espera.

—Igual que llamaré a la siguiente.

—¿Es como una genealogía de esas? ¿En plan «aquí yace Milkis octava, vivió una vida plena de juguetes para roer y quesos selectos»?

—Probablemente vaya ya por Milkis décima.

—Ajá... —Mark parecía encontrarla indescifrable—. Bueno, ¿quieres que te…, ya sabes…, que te devuelva las cenizas? Será una cantidad diminuta, ni siquiera un puñado. Pero puedo ponerlas en una cajita para anillos o algo así.

—No, gracias. Si quieres, úsalas como abono.

—En realidad, las cenizas no son buenas para las plantas. Tienen mucho calcio y sal, ¿sabes? Hacen que la tierra sea demasiado... —Se dio cuenta de que ella miraba más allá con un desinterés apenas disimulado y se calló; su boca hizo un clic audible al cerrarse. Soojin tenía esa forma de detener a la gente, como unos puntos suspensivos hechos persona.

Él se aclaró la garganta.

—Bueno, pues me pongo a ello —dijo, y se volvió para salir, pero se detuvo—. Te traigo las cenizas, ¿vale? Haz con ellas lo que quieras.

Soojin vio cómo se alejaba por la puerta de la cámara de cremación y supo que eso era todo. Se quitó la bufanda. No había planeado quedarse, pero supuso que esperaría para evitar que Mark fuera a buscarla con un puñado de cenizas de rata. Era terco con eso. Mirae y Mark, en cierto modo, se parecían mucho. No entendía cómo no lo había notado de pequeña, cuando los tres eran amigos inseparables.

Mirae siempre insistía en presenciar la cremación de Milkis. Sus voces quedaban amortiguadas por el estrépito del horno, y sus pequeñas manos se apoyaban en el cristal de la sala de observación.

—¿Por qué tenemos que verla? —preguntaba Soojin—. De todos modos, la traeremos de vuelta esta noche.

—Porque es importante —respondía su hermana.

Después de que apareciera el cuerpo de Mirae, el director de la funeraria les había contado que algunas familias encontraban consuelo al presenciar la cremación de sus seres queridos. Estar presentes en ese último viaje físico ayudaba a sanar, decía. Padre había optado por presenciar la cremación y lloró mientras el cuerpo de Mirae entraba en la incineradora metido en su discreta caja. Pero Soojin no. Ella había permanecido fuera, mirando las onduladas colinas bañadas por el atardecer y vomitando sobre la hierba. Los pájaros del crepúsculo cantaban en los árboles; sus cuerpos eran adornos brillantes. Se sentía herida por todo lo bello que su hermana ya no podría ver.

Lo que el director de la funeraria no entendía era que Soojin no quería sanar. Si no se despertara cada mañana devastada por la ausencia de su hermana, significaría que su recuerdo se estaba alejando. Prefería sufrir antes que sanar.



Mark llevaba apenas unos minutos en la cámara de cremación cuando la puerta principal se abrió de golpe. Una mujer pequeña entró tambaleándose y maldiciendo notoriamente en coreano mientras intentaba equilibrar en sus brazos tres cajas apiladas tan alto que Soojin solo podía verle la línea del pelo. La caja superior comenzó a deslizarse y Soojin se levantó de un salto para atraparla antes de que cayera.

—Maldita sea. Gracias, cariño —gruñó la mujer desde detrás de las cajas—. ¿Puedes creer toda la basura que tu padre ha encargado? Tres docenas de pelotas de tenis y quién sabe cuántos huesos de cuero prensado. Quiere regalar kits de consuelo. ¡Kits de consuelo! ¿De qué le sirven todos estos artículos para mascotas a una familia que está de duelo? Si sus estúpidas ideas me causan una hernia, que Dios me ayude…

Dejaron las cajas y, con un suspiro de alivio, la mujer se enderezó y se presionó los puños contra la parte baja de la espalda.

Solo entonces se dio cuenta de que no estaba despotricando ante su hijo.

—¡Soojin! Perdona, pensé que eras Mark. ¿Qué haces aquí, cariño?

Qué extraño le parecía oírle esa pregunta. Siete años atrás no habría tenido duda alguna sobre por qué Soojin estaba en casa de los Moon o incluso en su funeraria. Tenía tantos recuerdos jugando detrás del mostrador, con Mark y Mirae, o haciendo arreglos florales en las urnas con diente de león y otras hierbas arrancadas del jardín...

—Yo... —Soojin dirigió la vista hacia la mujer que, durante casi toda su infancia, había sido como una tía para ella. ¡Aquellos familiares y cálidos ojos marrones y esas manos diminutas! Cuando la madre de Soojin vivía, ella y la señora Moon eran amigas íntimas. Soojin recordaba a ambas mujeres riendo a carcajadas, hasta altas horas, casi todos los fines de semana. Estaba segura de que a la señora Moon no le molestaría que Mark le hiciera favores, pero el negocio era el negocio y no tenía por qué enterarse.

—Solo vine a buscar una cosa. Ayer falté a clase —dijo Soojin mientras buscaba en su bolso un papel arrugado cualquiera para mostrarlo como prueba.

—Ya veo. —Los ojos de la señora Moon se posaron en el papel y luego estudiaron el rostro de Soojin con una ternura incómoda. Soojin bajó la vista hacia sus manos, que sostenían una hoja blanca de cuaderno. Se sintió un poco estúpida, volvió a guardar el papel y se miró fijamente los pies.

—¿Cómo te va? —preguntó la señora Moon—. ¿Vas al día con el instituto? ¿Comes bien? —Hizo este último comentario mientras pellizcaba las costillas de Soojin, como desaprobando su delgadez.

—Estoy bien.

—¿Y tu padre? —insistió la madre de Mark—. ¿Cómo está? ¿Con mucho trabajo? —Había un matiz incisivo en sus preguntas, una preocupación tan sincera en sus ojos que ponía nerviosa a Soojin. No era una chica habladora y menos aún si el tema era ese. La

dudosa legalidad de dejar sola a una menor durante días la hacía ser reservada sobre los viajes de trabajo de su padre, que duraban semanas. Pero claro, los Moon lo sabían. Entendían bien que la familia de Soojin caminaba por la cuerda floja financieramente hablando y no ignoraban lo que su padre debía hacer para mantener tensada esa cuerda.

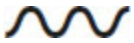
La señora Moon se le acercó y tomó las manos frías de Soojin entre las suyas cálidas. La maternidad del gesto no la consoló. Era dolorosa.

—Si necesitas algo, siempre eres bienvenida a...

Soojin se apartó.

—Gracias —dijo a la vez que recogía sus cosas—. Lo siento, debo irme.

Soojin no esperó por las cenizas. Salió de la funeraria con la insoportable simpatía de la señora Moon siguiéndola hasta que la puerta se cerró entre ellas.



Para cuando Soojin llegó a casa, ya había oscurecido y empezaba a lloviznar. Atravesó el bosque a paso ligero, con un farol en alto para iluminar el camino. Tenía que enterrar la cola antes de que la lluvia convirtiera la tierra en barro.

No tendría que ir muy lejos. Su casa, como la mayoría en Jade Acre, estaba aislada y rodeada de árboles. Aparte de las dos cabañas completamente amuebladas que su familia alquilaba en verano, no había nada ni nadie cerca que pudiera verla, salvo la niebla y los árboles.

Soojin se arrodilló al llegar al claro, posó las manos sobre la tierra y dejó que se le colara entre los dedos. En años más felices, su madre solía llevarlas allí a Mirae y a ella para devolverle vida al mundo. Tal vez por eso la tierra siempre estaba suelta: el suelo nunca llegaba a asentarse porque se le exigía demasiado.

Sacó de un bolsillo una pequeña pala y empezó a remover el terreno. Cedía con facilidad. Bastaría un agujero poco profundo, pero debía ser lo bastante ancho para dejar espacio a lo que pudiera crecer. Cuando lo tuvo listo, colocó la cola dentro y la cubrió con tierra suelta. Luego volvió a hundir las manos en el suelo y sintió la cola entre las palmas. Solo quedaba esperar.

Al principio, no ocurrió nada. Los insectos zumbaban en la oscuridad. Desde arriba, un búho la observaba; el disco blanco de su cara brilló un instante entre las hojas antes de que algo lo espantara. Se esfumó en una ráfaga de plumas y, entonces, el silencio cayó sobre el claro como un manto. Era un silencio espeso e impenetrable, que hizo que la noche pareciera de pronto extraña, como si una barrera se hubiera interpuesto entre Soojin y el mundo conocido.

La primera sensación fue un cosquilleo eléctrico y lejano en la punta de los dedos que enseguida le recorrió los brazos como una corriente. El aire de alrededor se volvió denso, como si cien ojos invisibles se giraran hacia ella en la oscuridad. Se le erizó el vello de la nuca. Unos chispazos dorados centellearon en los bordes de su visión y tiñeron el mundo de un ámbar quebradizo. Y entonces, empezó de verdad.

Le llegaron los susurros. Así los llamaba siempre Mirae. Una mezcla apagada de voces que no reconocía, pero que sabía —igual que una mosca de mayo intuye la brutal brevedad de su existencia— que eran sus antepasadas. Soojin podía oírlas: mujeres anteriores a ella que habían participado en ese mismo ritual de hueso y tierra, de no dejar marchar. Inclinó la frente hacia el suelo y escuchó mientras vencía la primera oleada de náuseas. En ocasiones, una voz se elevaba entre el murmullo como una señal de radio abriéndose paso entre la estática. Era lo bastante clara como para que Soojin captara unas pocas palabras antes de que se disipara y otra ocupara su lugar.

Unas veces oía las palabras nuevas y redondeadas de una niña cuya lengua aún no se había hecho a las consonantes. Otras, el

habla de una anciana con la voz arrastrada por la pesada losa de un ictus. «Cuando fallaron las cosechas, nosotras... Y luego Madre dijo... Cuando le retorcí el cuello, no se resistió... Comimos y comimos...».

Ninguna de aquellas frases significaba nada para ella. Hasta que, entre esa maraña amortiguada de recuerdos pasados, escuchó una voz familiar.

«Hijas mías —dijo la voz de su madre, en coreano con acento dialectal, casi riendo—, atended».

La concentración de Soojin se tambaleó. Quería seguir el rastro de sangre de ese recuerdo, rastrearlo como un sabueso. Todavía lo guardaba en la memoria. Fue un verano, en la infancia que ahora quedaba tan lejana. Las flores blancas y exuberantes de las tomateras, vencidas por el peso de los abejorros. Una egagrópila de búho en la tierra recién removida. Sentía cómo perdía el control. La cola de Milkis se pudría bajo la tierra. «Centraos. Aquí, hijas mías. Mirad».

Soojin volvió a centrar la atención en sus manos y, como las apariciones que eran, las voces se retiraron de golpe. Estaba sola en el bosque y no podía, no podía hacerlo. Su respiración agitada formaba un vaho en la noche.

—Joder —murmuró. Soojin parpadeó para contener las lágrimas; la cola yacía inmóvil entre sus dedos, fría y flácida como un gusano ahogado y arrastrado por la lluvia. Pensó en todas las veces que lo había intentado y había fallado. Las serpientes que había sacado de la tierra retorciéndose y rojas porque no había logrado regenerarles las escamas. Los pájaros que le temblaban entre las manos, pero no volvían a la vida. Las sinapsis se activaban, se activaban… y fallaban. ¿No habían tenido que ser siempre Madre o Mirae quienes terminaran lo que ella no podía? ¿Qué la había hecho pensar que, en su soledad, de pronto, sería capaz de hacerlo simplemente porque debía?

Pero no. Algo estaba ocurriendo. Al principio casi no se notaba, pero la vegetación que le rozaba las rodillas empezaba a morir. La

hierba se volvía parda y se doblaba ante su proximidad, como si la energía vital de la planta se le deslizara hacia las palmas de las manos. Un olor a hierro, espeso como la sangre, impregnó el aire húmedo, y era tan fuerte que le provocó arcadas. La tierra de debajo de sus dedos se empapó de golpe, como si el líquido surgiera de la nada, y del suelo manaba sangre imposible que se convertía en limo, en barro.

El aire se había vuelto viscoso, tan denso que dolía respirarlo y le oprimía los pulmones como unos dedos dentro de su pecho. Por encima de ella, los árboles habían dejado de moverse con el viento, las hojas se quedaron suspendidas, fuera del tiempo. Algo no encajaba. Un lamento lejano le retumbaba en los oídos, y tenía el corazón desbocado y sin ritmo, como si la magia creciera en su interior.

Y, oh, Dios. Ahí estaba; había algo compacto entre sus palmas. Primero vinieron las vísceras: húmedas, palpitantes, sin formar. El bazo, el hígado, un pequeño corazón que latía. Se movían en la tierra como babosas para encontrar su lugar y colocarse con precisión. Luego, el suelo se cosió en forma de armazón. Los huesos, notó los surcos ondulados de una pelvis y el acordeón delicado de una caja torácica lo bastante afilada como para atragantarse con ella. Unos ojos húmedos y rojos se hincharon hasta encajar en las nuevas cuencas de un cráneo que se estaba creando.

Soojin se mordió la mejilla para contener las ganas de apartar las manos. «Ni se te ocurra —pensó—. Ni se te ocurra». Sentía la bilis subiéndole por la garganta. Dios, qué repulsión..., pero no se detuvo.

La carne empezó a tomar forma y a rellenar los huecos entre el esqueleto y los órganos. La masa temblaba, los músculos de las patas le golpeaban los dedos con fuerza, como cuando un perro patalea en sueños. Bum, bum, bum. ¿No le habían explicado eso en clase? Algo sobre neuronas que se disparaban. Algo relacionado con cuerpos muertos que a veces se movían.

Inspiró con lentitud entre los dientes. A lo lejos, oía risas mientras su memoria se desplegaba como una pantalla dividida. En un lado estaba su yo actual: sola, con diecisiete años, con náuseas, en el claro. En el otro, aquel día de hace tantos años en que su madre las había traído a Mirae y a ella a este mismo lugar para enseñarles de qué eran capaces las niñas que llevaban su sangre.

Mirae era mejor, como en casi todo. Segura de sí, menos aprensiva, lo había cogido enseguida. También se trataba de Milkis en aquella ocasión, en una de sus incontables vidas volviendo con ellas.

Esta vez, volvería solo con Soojin.

Sintió un pinchazo agudo en el dedo. Los dientes. Soojin soltó un grito ahogado a la vez que se apartaba de la tierra y en sus manos se agitó una rata con el pelaje manchado de barro y sangre. El animal estaba vivo, con una vitalidad palpitante. Soojin desenroscó el tapón de un frasco de agua y le dio a Milkis un lavado rápido. Las lágrimas de frustración habían desaparecido. Ahora lloraba de verdad y los sollozos se entremezclaban con la risa.

—Shhh, shhh —susurró, y con eso quería decir: Gracias a Dios. Milkis se dejó llevar al instante por ese contacto familiar y mordisqueó una disculpa en la yema del dedo sangrante de Soojin.

—Bienvenida —murmuró Soojin antes de besarle la cabeza y guardarse la rata en el bolsillo.

Entonces la invadió un mareo repentino y, aunque la lluvia arreciaba, no pudo moverse. Estaba exhausta, le temblaban las manos…, pero lo había conseguido, y por primera vez en mucho tiempo no se sentía tan sola. «Lo he hecho, mamá», pensó Soojin. El recuerdo de la voz de su madre empujándola a concentrarse aún resonaba en su cabeza. «Gracias por guiarme». Intentó no pensar en que no había escuchado a Mirae, el anhelo mezclado con el alivio. Sabía que era absurdo. Pero oír la voz de su hermana entre las de sus antepasadas habría hecho que todo fuera real.

Soojin se cubrió los ojos con la mano mientras Milkis se acomodaba en su bolsillo y se acicalaba con el fervor de un gato. El

viento había vuelto con fuerza, desgarrando los árboles con violencia y arrastrando la lluvia de lado. Si tardaba más en moverse, acabaría resfriada.

Pero entonces, a su izquierda, sonó un golpe metálico. El corazón le dio un vuelco al girarse hacia el sonido. No era solo el estrépito del viento que sacudía una rama; la habían visto. Allí estaba, había un chico entre los árboles. Las manchas oscuras de dos ojos. ¿Cuánto tiempo llevaba observándola? La cara del chico estaba inexpresiva, sin color. La tapa de lo que llevaba en las manos volvió a cerrarse con un golpe. A Soojin le sonó como un cerrojo encajando en su sitio, como la campana de una sentencia de muerte, pero no era ninguna de las dos cosas. Era Mark Moon.

En las manos sostenía una olla de sopa.



Soojin no sabría decir cuánto tiempo estuvieron ella y Mark paralizados en aquel claro mirándose en silencio. Sentía como si hubiera salido de su propio cuerpo y lo observara todo desde fuera. Sabía que llovía, aunque no notaba el agua sobre la piel. Sabía que tenía las rodillas hundidas en la tierra que se convertía en barro, pero eso tampoco era mucho más que un pensamiento lejano. Solo era consciente de la presencia de Mark y del reflejo de la luz del farol en sus ojos muy abiertos.

—¿Qué...? —susurró ella, pero él se le adelantó.

—¿Qué ha sido eso? —Su voz era débil—. Soojin, ¿qué acabas de hacer? —Su mirada pasó de las manos de ella a la zona de hierba muerta detrás de su cuerpo y, de ahí, al bolsillo donde la cola de Milkis se movía como un péndulo.

—Esa rata —señaló—. Tú…

Soojin se incorporó de golpe. Él no se apartó. Al contrario, dio un paso hacia ella, con los ojos cargados de preguntas.

—Acabas de…

Soojin ya no pensaba. Le tapó la boca con la mano y sintió su aliento sorprendido contra la palma.

—Por favor —dijo. Fue un milagro que la voz no le temblara. Mark estaba allí, la había visto y, de repente, hasta el bosque que rodeaba su casa le pareció amenazante. Miró alrededor, buscando otros ojos que la observaran desde la oscuridad. «La he cagado. La he cagado». En su pánico, no podía pensar en nada más—. Por favor, no digas nada y sígueme.

Salió del claro con rumbo a casa, guiada por el faro de las ventanas encendidas. Tardó, pero al final oyó los pasos de Mark siguiéndola. No se permitió mirar atrás. Su presencia resultaba abrumadora y las preguntas acumuladas entre ambos tenían una cualidad física, como algo que no dejaba de golpear. A Soojin le sorprendió que él aguantara todo el trayecto sin decir nada. Ni siquiera habló cuando ella lo dejó en la entrada para subir al dormitorio a encerrar a Milkis en su jaula. Pero en cuanto bajó de nuevo, él estalló.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, con los ojos encendidos, atrapado entre el miedo y el asombro—. Te he visto enterrar esa cola, Soojin. Pero estaba cortada. Lo sé. Tu rata... Acabas de…

Ella no podía ahora con todo eso. Necesitaba tiempo.

—Quédate a cenar —ordenó. La frase pilló a Mark desprevenido y lo descolocó.

—¿Qué?

Soojin miró las manos del chico. La olla que sostenía estaba perlada de lluvia. El frío empezaba a colársele a través del susto y se dio cuenta de que los dos estaban tiritando como perros mojados.

—Has traído sopa.

Él bajó la mirada, parpadeando, como si acabara de darse cuenta de que llevaba algo entre las manos.

—Mi madre me ha dicho que…

—Que me trajeras comida para una semana. Me lo imaginaba. —Le cogió la olla de las manos y se fue directa a la cocina, donde la

dejó sobre la vitrocerámica—. Deberías quedarte. No puedo comerme todo esto yo sola.

Se quitó el jersey, lo colgó en el radiador y le indicó a Mark que hiciera lo mismo. Luego se remangó para ponerse a cocinar. Desconcertado, sin margen para protestar, Mark la siguió.

Había algo reconfortante en volcar toda su atención en una tarea. Trabajaron en silencio, como si hubieran acordado sin palabras fingir, aunque solo fuera durante un rato, que el mundo no se les había desmoronado bajo los pies. Mientras Mark lavaba el arroz, Soojin sacó dos filetes de caballa del frigorífico, los untó con vino de cocina y los saló generosamente; el aceite ya chisporroteaba en la sartén. Al ponerlos con la piel hacia abajo, el alcohol y la grasa provocaron una llamarada que enseguida se apagó y dio paso a un crepitar constante. Cuando la comida estuvo hecha y la mesa puesta, la angustia volvió a apretar el estómago de Soojin.

Empuñaron las cucharas en un silencio tenso. Soojin comía de forma desasosegada, demasiado nerviosa como para saborear nada. Para cuando desistió y dejó los palillos sobre la mesa, la sopa se le había quedado fría. Tampoco Mark había tocado apenas su plato.

—¿Ya estás lista? —preguntó él con suavidad.

«No».

—Sí.

No debió de sonar muy convincente, porque él asintió pero no dijo nada y le dejó manejar a ella el ritmo de la conversación. Soojin se mordió el labio antes de tragar saliva y preguntar en voz baja:

—¿Cuánto has visto?

—Todo —respondió él, y luego, empezó a justificarse atropelladamente—. Pero te juro que no era mi intención. Llamé y nadie contestaba, y no quería dejar la comida en el porche por si se la comían los mapaches. Mi madre me habría matado si no me aseguraba de que lo recibías. No pretendía... —Pareció captar su exasperación. Tosió—. Vamos, que lo siento.

Soojin se llevó la mano a la frente para darse un suave golpe, como si intentara obligarse a despertar. Aquello era una pesadilla.

Sabía que era algo infantil, pero no podía dejar de culpar a la señora Moon. Sin su estúpida compasión, sin su estúpido recado de llevarle sopa, nada de aquello habría ocurrido.

—Mark, nadie sabe esto —dijo con lentitud. Un dolor de cabeza comenzaba a latirle detrás de los ojos, aunque no sabía si era debido al estrés o a una secuela de la magia—. Solo lo sabe mi familia cercana. —Soojin formuló sus frases con ambigüedad, pero su súplica era evidente. Nadie debía enterarse.

—Lo entiendo —respondió Mark sin esperar más explicaciones —. No se lo contaré a nadie, Soo. Lo juro.

Ella se apartó la mano de la frente y lo miró. Su expresión era firme. La había llamado *Soo*, un apodo que no usaba desde que eran niños. Aquello le provocó una sensación extraña en el estómago, como si hubiera atravesado el tiempo de un salto. Pero también la reconfortó. Era Mark Moon; seguía siendo el chico que se sentaba delante de ella todos los domingos en el granero reacondicionado donde se celebraba el servicio religioso, se tapaba la nariz contra el persistente olor del retrete exterior y se pasaba notas con ella mientras los himnos se elevaban hacia las vigas del techo.

Aunque ya no fueran amigos, aunque las trayectorias de sus pequeñas vidas transcurrieran ahora en paralelo sin tocarse, de algún modo seguían teniendo un vínculo. Estaba segura de que guardaría su secreto. No tenía más remedio que creerlo.

—Gracias —dijo. Aligeró el incómodo silencio que siguió a la promesa limpiando ruidosamente los platos, aún llenos.

—Entonces, esa rata… es la que he incinerado esta mañana, ¿verdad? —preguntó Mark mientras se levantaba para ayudarla.

—Sí —respondió Soojin—. Traemos a Milkis de vuelta cada pocos años. A veces con más frecuencia si su salud empeora con rapidez. Fue la mascota de la infancia de nuestra madre. Fue ella quien nos enseñó todo.

—Supongo que el hecho de que hayáis acudido a mí todos estos años para incinerar cosas tiene algo que ver con... —parecía buscar

las palabras adecuadas— todo esto —concluyó, haciendo un gesto vago en su dirección.

—Sí. Si entierras partes de un cuerpo en lugares distintos, no funciona. Cualquier parte que no vayas a usar, tienes que destruirla. Hay que deshacerse de los restos de alguna manera.

Mark hizo una mueca ante su elección de palabras.

—Ya veo. Eso me recuerda... Ah, mierda —dijo y metió la mano en el bolsillo para sacar la cajita con las cenizas. Estaba húmeda por la lluvia. Al abrirla, las cenizas se aferraron a los laterales como manchas de grafito.

—¿Estás de broma? Tírala, por favor.

—¿A la basura? Suena poco ético, o algo así.

—¿De verdad? —Lo observó mientras él dejaba los cuencos en el fregadero—. Ven conmigo.



En el piso de arriba, Soojin situó a Mark hacia un lado de la jaula de Milkis y ella se quedó en el otro.

—Mira —le dijo.

En medio de ambos, la rata mordisqueaba feliz un bloque de madera, con un cuerpo más viejo que ellos y, a la vez, completamente nuevo. Muerta, pero ya no.

Ante la evidencia viva de la magia de Soojin, él volvió a palidecer. En su expresión se sucedieron lentas oleadas de incredulidad.

—Es que no es posible —murmuró frotándose los labios. La luz proyectaba sombras violentas en el rostro del muchacho y sus facciones parecían partidas por los barrotes de la jaula.

—Y sin embargo... —respondió Soojin, abriendo la compuerta. Milkis trepó por su brazo—. ¿Lo ves? —dijo con voz impasible, mientras acariciaba el lomo del animal—. Viva y en buen estado. ¿Te complace esto, oh, ético incinerador de cuerpos?

Mark lanzó la caja con las cenizas al cubo de basura; después agarró la rata del hombro de Soojin y se la acercó al rostro como si intentara detectar el hedor de la putrefacción donde solo había olor a papel de periódico húmedo y a la esencia propia de un animal.

—¿Satisfecho? —preguntó Soojin cuando él dejó por fin a Milkis sobre el tocador, donde esta empezó a corretear, a lamer botes de crema y morder cosas que no debía.

—Supongo que sí —respondió, antes de quedarse extrañamente callado de nuevo. El único sonido en la habitación era el de Milkis hurgando entre los bolígrafos del escritorio.

Soojin suspiró.

—Estás alucinando, ¿a que sí?

Aquello le arrancó una sonrisa inesperada a la vez que se dejaba caer en una silla.

—Totalmente. ¿Tanto se nota? Lo siento, es que... —Sus dedos juguetearon distraídamente con los cordones de la capucha—. No puedo creer que, todo este tiempo, Mirae y tú fuerais capaces de hacer esto y yo no supiera nada. ¿Cuándo lo descubristeis?

Ella lo observó detenidamente. Muchas cosas de Mark habían cambiado. El pelo, antes liso como el de su madre, tenía ahora las ligeras ondas de su padre. Las mejillas, que en su día fueron regordetas, se le habían afilado, aunque conservaba sobre el labio la cicatriz perlada que se hizo cuando todos pasaron la varicela y él, al no poder resistirse, se quitó los guantes de horno para rascarse.

Pero sus ojos seguían siendo los mismos. Grandes, brillantes y carentes de toda maldad.

—Lo descubrimos por accidente. Mi madre quería mantenerlo en secreto el mayor tiempo posible —dijo Soojin—. Porque los niños son irresponsables, ¿sabes? No quería que hiciéramos tonterías o alardeáramos.

»Cuando tenía siete años, Mirae y yo encontramos una egagrópila de búho y decidimos hacer un pequeño funeral en el jardín. La enterramos junto a los tomates. Y de repente, todas las

plantas estaban muertas y media docena de ratones chillaban bajo la tierra y trataban de salir arañándola.

Sonrió al recordar la forma en que su hermana había gritado cuando el primer hocico emergió de la tierra, seguido por nada menos que otros cinco roedores aún a medio formar. Sus padres habían acudido corriendo, con palas en la mano como si fueran a enfrentarse a un secuestrador. Pero lo único que encontraron fue a sus hijas, abrazadas, gritando a todo pulmón.

—Y entonces nos desmayamos. Era la primera vez que revivíamos algo y, además, fueron seis animales a la vez. Dormimos durante un día entero. Mis padres casi nos llevan a urgencias. Cuando despertamos, mi madre pensó que lo más seguro era enseñarnos lo que podíamos hacer. Cómo ser responsables y hacerlo bien.

La mente de Soojin se agitaba con los recuerdos. Ella y su hermana arrodilladas en el jardín junto a su madre, hundiendo las manos en la tierra para enterrar la pata de un pájaro que había chocado contra su ventana. La grama había cedido ante la magia y el carbonero remontaba el vuelo entre una explosión de plumón y tierra.

Soojin volvió la cabeza hacia la ventana para evitar la mirada de Mark. Pensaba a menudo en aquellos momentos, pero hacía años que no los ponía en palabras. ¿A quién iba a contárselos? A su padre no le gustaba hablar del pasado. En realidad, no le gustaba mucho hablar de nada.

Hubiera dado lo que fuera por revivir aquellos primeros días de asombro. La magia y la novedad de todo aquello se le pegaban como una chispa que no se desprende. Un legado inmaterial transmitido de mujer a mujer. Madre le había dicho que resucitar animales la hacía sentirse cerca de su propia madre fallecida. Entonces Soojin no lo entendía, pues todas las personas que amaba seguían con ella, pero ahora sí.

—Puedo oírlas, ¿sabes? —dijo.

—¿Oír qué?

—Puedo oír a gente mientras resucito animales. A mujeres de mi familia que ya no están.

—¿Como fantasmas? —preguntó Mark—. ¿Puedes hablar con ellas?

—No. No es eso. Es más bien como... —Buscó las palabras—. Como un *collage* de recuerdos. Oigo a chicas riéndose y hablando. No puedo controlar lo que escucho. Es parecido a oír a alguien que cambia de emisora de radio en una habitación cercana. —Se arrancó una media luna de piel que se le desprendía de la cutícula—. A veces puedo oír a mi madre. No es como una grabación. Es casi como si estuviera ahí, invisible pero lo bastante cerca como para tocarla.

Bajó la vista hacia las manos, al punto de sangre que brillaba donde se había lastimado la piel. No sabía muy bien por qué estaba compartiendo todo eso, pero, una vez que había comenzado, parecía imposible detenerse. Había algo reconfortante en saber que esos recuerdos, ahora, podían habitar otra mente. Como si Madre y Mirae siguieran resucitando pequeñas criaturas en otra parte, aunque solo fuera en el jardín de la imaginación de otra persona.

—¿Toda tu familia puede... hacer esto?

—Mi padre no. Solo las mujeres del lado materno. Solo yo y... —Su voz quedó suspendida en el aire como un anzuelo.

—Ya —dijo Mark en voz baja, a modo de confirmación. Y ahí estaba: esa mirada de lástima que ella tanto detestaba. Qué inútil debía de parecer ese don suyo. Era la única que quedaba. Una casa llena hasta el techo de chicas milagrosas, portadoras de vida, y aun así no pudieron salvarse.

Un silencio incómodo se instaló entre ellos y, como si necesitara mirar cualquier cosa que no fuera ella, Mark comenzó a examinar la habitación. Soojin se sintió momentáneamente expuesta. ¿Le parecería infantil que hubieran cambiado tan pocas cosas desde que eran pequeñas? Las constelaciones brillantes que seguían pegadas al techo, los tarros de salsa de tomate en la mesita de noche llenos de estrellas de origami. ¿Le parecería lúgubre que, casi un año después

de la muerte de su hermana, ni ella ni su padre hubieran quitado aún su cama?

Todas las cosas de Mirae seguían exactamente donde las había dejado el día que desapareció. Su estuche de lentes de contacto en el tocador con las lentillas, ya secas, dentro. La botella de solución salina sin tapar. Un peine de púas finas con hebras de pelo negro. En cierto modo, el escritorio de Mirae era un altar dedicado a un pasado irrecuperable.

—Echaba de menos este lugar —dijo Mark, con un tono que sonaba a «te echaba de menos».

La miró, y luego, como sorprendido de que Soojin también lo estuviera observando a él, volvió la vista con rapidez a las estrellas fosforescentes del techo.

Soojin no estaba acostumbrada a verlo de nuevo en su habitación. Era un choque de épocas de su vida, que había quedado partida en dos: las horas previas a las muertes y las horas posteriores.

—¿Recuerdas aquella vez que a Mirae se le cayeron un montón de dientes de leche y tú te arrancaste uno para hacerla sentir mejor? Estabas justo ahí, donde estás sentado ahora.

Él no lo recordaba.

—Aún lo tengo. No el tuyo, claro. El de Mirae. Ella creía de verdad que Dios los había recogido, pero en realidad se habían quedado atascados en la canaleta del tejado… Una larga historia. Mi madre encontró uno después de que lloviera.

Soojin se levantó y sacó una bolsa hermética con un único diente de leche en el fondo. Era la forma más rara del mundo de ponerlo a prueba, pero si él reaccionaba con asco, sospechaba que lo echaría.

No lo hizo. Tomó la bolsa en la mano y estudió el diminuto diente a través del plástico oscurecido.

—Soo, por favor, no me digas que guardaste esto para traer de vuelta a Mirae…

—No lo digas ni en broma —lo interrumpió Soojin—, aunque mentiría si dijera que nunca he soñado con eso.

De su madre no había quedado nada que enterrar, pero de su hermana tenía esta reliquia. El diente estaba intacto, reluciente. Lo bastante sano como para engendrar nueva vida.

—No estaba bromeando —dijo él en voz baja.

—Nuestro don no está exento de un precio, Mark. Mi madre nos hizo prometer que nunca resucitaríamos nada más grande que animales pequeños y, aun así, no muy seguido. Hubo personas en mi familia que no siguieron esa regla y al parecer no les fue muy bien —dijo Soojin, con un tono más despreocupado del que pretendía. No estaba segura de por qué, pero de pronto se sintió irritada.

»Mi madre solía contarnos una historia sobre una tía abuela. A su hermano menor le habían disparado durante la guerra. Era su único hermano vivo. Por más que el resto de la familia intentó que aceptara el hecho, ella no fue capaz. Llevó su cuerpo a cuestas hasta que no pudo más. —Soojin tragó saliva. Podía oír los tábanos zumbándole en el oído. Estaba segura de que Mirae y ella habían escuchado a esa tía abuela una vez, años atrás, gritando histérica mientras Milkis volvía a la vida, a trompicones, entre sus manos. Fue horrible, una sílaba ininterrumpida de horror animal. Después de aquello, habían pasado al menos un año sin resucitar nada—. Al final, mi tía abuela le cortó un dedo y quemó el cuerpo. Intentó devolverle la vida. —Mark ya no jugueteaba con el diente. Se había quedado completamente inmóvil, absorto.

»Durante un tiempo creyó que lo había conseguido. Su hermano volvió, perfecto. Sin heridas, con las mejillas regordetas, como si no hubiese pasado hambre durante meses. Pero no conseguía que hablara. Era como si estuviera, pero a la vez no. Cuando nadie lo vigilaba, se metía puñados de arena en la boca. Vomitaba barro cada noche y se quedaba sentado, sucio, hasta que alguien lo limpiaba.

—Murió. Otra vez —susurró Mark.

—Sí. Y el esfuerzo de la magia acabó también con mi tía abuela solo unos meses después de haberlo resucitado. Cuando murió, tenía el cuerpo lleno de moratones y la nariz le sangraba constantemente. O eso me contaron. —Soojin no sabía cuánto de aquello era alegórico, una estrategia de Madre para inculcarles prudencia—. Mi padre no soportaría otra pérdida, Mark —dijo, tan bajo que él se inclinó hacia adelante para oírla—. Sé que no. Por eso no puedo hacerlo.

Pero no era solo la posibilidad del daño físico lo que la detenía; eran las palabras de Mirae. Poco después de que Madre muriera, hubo una noche en que las dos hermanas se acurrucaron en esa misma habitación. Padre aún no había salido de la suya, momentáneamente anulado para la paternidad. Todas las luces estaban apagadas, pero la luna llena de otoño que se filtraba por las cortinas bañaba el interior de la casa con una luz diáfana de color coral.

—Podemos arreglar esto —había dicho Soojin en coreano, el idioma al que recurría en sus momentos de mayor vulnerabilidad. Lo dijo llorando mientras apretaba la mano de Mirae. No era una súplica razonada, estaba rogándole—. Podemos revisar la urna. Tiene que haber algo. Podemos traer a mamá de vuelta si lo hacemos juntas.

—¿Y para quién sería eso, Soo? —preguntó Mirae.

—Para todos. Para papá.

Mirae negó con la cabeza.

—Mientes —acusó—. No puedo perdonar ese tipo de mentira.

Mirae no le dio opción de discutir. Soojin no volvió a mencionar la resurrección.

—Odio esto —dijo ahora. Una lágrima amenazó con brotarle del extremo del ojo y parpadeó con fuerza para contenerla.

La mano de Mark se alzó, como si fuese a acariciarle la mejilla, tal y como podría haber hecho diez años atrás. Pero se lo pensó mejor y la dejó caer sobre el escritorio con un golpe sordo.

—Lo siento mucho.

Soojin no supo qué responder. Recuperó la bolsita con el diente de su hermana de la mano lacia de Mark y la guardó de nuevo en el cajón.



El verano que Mirae cumplió seis años, se le cayeron cinco dientes en el transcurso de una semana. El primero, mientras dormía. Se había despertado con él junto a la almohada, al lado de una pequeña mancha de sangre diluida en saliva. El segundo y el tercero, tan sueltos que se movían cuando silbaba, necesitaron un poco de ayuda. Madre ató un hilo a ambos dientes, con una mano preparada al costado de Mirae y la otra sujetando el extremo del hilo. «Uno, dos, tres...», dijo, y entonces le hizo cosquillas. Cuando Mirae echó la cabeza hacia atrás, riendo, los dientes cayeron sin dolor, arrastrados por el hilo.

Los dos últimos se le cayeron en la iglesia, jugando con Soojin y Mark. Eran los únicos niños de la congregación, y siempre los dejaban salir antes del servicio para que se desfogaran en el patio de juegos, con un fondo de himnos grave y ascendente cantados en coreano. Al subir por la escalera del tobogán, le falló un pie, se golpeó la cara con el borde metálico y se partió el labio. Escupió los

dos dientes inferiores y rompió a llorar mientras Soojin salía corriendo en busca de su madre y Mark le limpiaba la sangre de la boca con la manga de su planchadísima camisa de ir a la iglesia.

Esa noche, en casa, Mirae estaba inconsolable. La familia de Mark había ido a cenar y se oía el ajetreo de los adultos en la planta baja. Aunque todas las ventanas estaban abiertas, la casa seguía llena del olor del humo de la panceta que chisporroteaba.

Pero Mirae no tenía hambre, ni siquiera sabía si podría masticar. Cuando abrió la boca frente al espejo, se vio parecida al coyote de aquellos dibujos antiguos de los domingos, al que se le caían los dientes como teclas de piano. Hundió la cara entre las manos.

—Vamos, no es para tanto —consoló Soojin, aunque su carita reflejaba preocupación, como si estuviera viendo su futuro y no le gustara. Soojin y Mark eran un año menores que Mirae y ella aún conservaba todos sus dientes de leche.

Mark se sentó frente a Mirae.

—Déjame ver —dijo. Llevaba puesta la chaqueta morada de punto con lentejuelas de su madre mientras le empapaban la camisa en vinagre para quitarle la sangre. Podían caber dos Mark Moon dentro de esa chaqueta; parecía un lagarto tropical con piel de sobra.

Mirae negó con la cabeza.

—No eres la única, ¿sabes? ¿Quieres ver los míos? —Él abrió bien la boca y, efectivamente, le faltaba un colmillo y, en su lugar, un pequeño brote blanco empezaba a asomar en la encía—. Puedo silbar con él —aseguró y lo demostró silbando un poco.

Mirae miró la ridícula ranura entre sus dientes antes de abrir la boca de mala gana para que Mark y Soojin pudieran mirar dentro.

Mark se echó a reír de inmediato. Soojin trató de callarlo con un codazo, pero eso solo le hizo reír más.

—¡Has prometido que no te reirías! —protestó Mirae, aunque él no había prometido nada. Pero Soojin ahora también sonreía, contagiada por su risa.

A Mirae no le hacía ninguna gracia.

Él se enderezó lentamente, con la cara aún iluminada por la risa.

—Perdón. No está tan mal, de verdad.

Cuando Mirae hizo un ruidito, poco convencida, Mark se rascó la barbilla con solemnidad y dijo:

—Hagamos una cosa.

Abrió la boca y empujó hacia adelante con la lengua uno de sus dientes de leche. Ya estaba suelto y cedía fácilmente, como la puerta de una gatera, al borde del desprendimiento.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Soojin y, cuando se dio cuenta de lo que intentaba, le dio un golpe y chilló—. ¡Puaj, para!

Mark siguió presionando hasta que el diente se inclinó casi en horizontal y la raíz terminó de soltarse. Entonces, le cayó en la palma, brillante de saliva y levemente enrojecido en la base.

Sonrió triunfal, mostrando dos huecos en su dentadura.

—¿Ves? No está tan mal. Ahora vamos a juego.

A la mañana siguiente, Madre y Padre sacaron a Mirae al exterior, junto con sus dientes de leche, que resonaban en un cuenco. Le dijeron que los lanzara hacia el cielo, uno a uno, tan fuerte como pudiera. Si no volvían a caer, significaba que Dios los había recogido y le concedería un deseo.

Pidió su deseo y los lanzó con fuerza, uno a uno. Ninguno volvió a caer a la tierra. Mirae dio saltos de alegría mientras el viento le silbaba a través de los muchos huecos de la boca. Su padre la alzó por encima de los hombros y la hizo girar y girar. Le preguntó qué le había pedido a Dios.

Mirae soltó una risita y alzó los brazos hacia el cielo, pero nunca le contó su deseo. Los dientes, por supuesto, simplemente habían caído sobre el tejado. Algunos se los llevarían los cuervos, atraídos por su brillo marfileño, y los demás serían arrastrados por las próximas lluvias. Uno caería por el desagüe y regresaría a la tierra repiqueteando para que Madre lo encontrara.

Durante mucho tiempo, Mirae creyó que sus dientes de leche los había recogido el cielo, y el recuerdo del lanzamiento quedó

envuelto en la magia persistente de la infancia. Su madre dejó que lo creyera algunos años más, hasta que un día sacó de un cajón una bolsa hermética con un solo molar dentro. Se rio poniéndolo en la mano de Mirae. Le preguntó, divertida, qué había deseado tantos años atrás.

Los detalles eran borrosos, pero Mirae respondió…



Soojin estaba fregando los platos cuando le vibró el móvil. Sin mirar, ya sabía que era Mark. La única otra persona que podía escribirle era su padre y ese fin de semana estaba en casa. Se secó las manos con el delantal y miró el teléfono. Efectivamente, el nombre de Mark Moon brillaba en la pantalla.

Transcurrida una semana desde la resurrección, las cosas entre ellos habían cambiado. Él aún le dejaba su espacio, pero, a veces, después de clase, se quedaba junto a la puerta para esperarla a la salida y caminaban juntos, charlando de cualquier cosa. Un par de días atrás, cuando le entregaba unos *banchan* que había preparado su madre, Mark sacó de su mochila dos latas de Milkis de fresa y se sentaron en la escalera del porche a beberlas.

—Te gusta esta bebida, ¿verdad? —le había preguntado mientras sorbían el batido de leche con burbujas y observaban cómo el sol desaparecía tras la línea de árboles—. Supuse que sí, si le pusiste ese nombre a tu rata.

Era un intento frágil de revivir una amistad muerta desde hacía tiempo. Soojin no terminaba de fiarse, pero mentiría si dijera que no le resultaba un poco agradable.

MARK:
¿Qué haces?

SOOJIN:
Mi padre está en casa este fin de semana.
Por favor, dile a tu madre que no necesito comida.

MARK:
No es eso... ¿Estás libre?

Soojin cerró el grifo y se apoyó contra la isla de la cocina. Pensó que sí, que estaba libre. Aunque su padre regresaba los fines de semana, no pasaban mucho tiempo juntos. Agotado tras la jornada laboral, normalmente decía unas palabras por compromiso durante la cena. Ella lo entretenía con historias sobre amistades imaginarias que no tenía y él se retiraba temprano a su habitación con un pequeño vaso de licor.

De algún modo, se habían convertido en fantasmas el uno para el otro y se veían, sobre todo, de refilón mientras se encerraban en sus cuartos o salían por la puerta principal.

SOOJIN:
Supongo que sí, ¿por qué?
La respuesta llegó de inmediato.

MARK:
¿Quieres salir?

Soojin miró hacia la puerta de su padre. Las luces estaban apagadas, pero se oía el sonido de los presentadores de las noticias. Probablemente ya estaba medio dormido, algo ebrio. Era sábado, poco después de las nueve. Años atrás, los sábados por la noche

habían sido noche de juegos. La familia se reunía en el salón para picar algo, jugar al Monopoly y tener una excusa para hablar a gritos entre risas. O, al menos, Padre y Soojin se gritaban, aunque al final todos terminaban riendo.

Era fácil olvidar que alguna vez Soojin y su padre habían tenido esa clase de relación. Quizá, si entonces hubieran sabido que su cómoda charla dependía de la presencia mediadora de Mirae y Madre, podrían haber construido una base más sólida entre ellos dos y, tal vez, habrían salvado lo poco que quedaba de su vínculo.

SOOJIN:
Claro.

MARK:
¡Genial! Paso a buscarte en veinte minutos.

—¿Y a dónde vamos? —preguntó Soojin. Hacía frío y se le habían olvidado los guantes. Se calentó las manos entre los muslos hasta que Mark se dio cuenta, subió la calefacción y giró la salida de aire hacia ella.

—Hoy es el último día despejado que va a haber en bastante tiempo. La semana que viene lloverá a cántaros, así que pensé que debíamos aprovecharlo —dijo. Olía a antiséptico; venía directo del crematorio. Con su sudadera gris deshilachada, iba poco abrigado para el clima.

—¿Y qué propones?

—¡La playa!

—¿Estás de broma? Hace frío.

—No seas exagerada, no está tan mal. Además, tengo un plan para mantenernos calientes, no te preocupes. —Le guiñó un ojo.

Lo que habría sonado lascivo en boca de cualquier otro chico, en la de Mark resultaba completamente inocente. Fue lo único que evitó que ella le diera un manotazo en el hombro. Bueno, eso y que él conducía por una carretera muy estrecha, que solo era visible gracias a las luces largas que llevaba encendidas.

—¿Y cuál es ese gran plan?

—Esta mañana estaba corriendo por la playa y vi que alguien había preparado una fogata, pero no había llegado a encenderla. Peor para él, nosotros vamos a tener nuestra propia hoguera —dijo con los ojos brillantes.

Tras alejarse del aparcamiento, alzó la linterna hacia el mar. Tenía razón. Alguien había montado un círculo de piedras y ramas secas, y luego se había arrepentido. Tal vez le pareció que hacía demasiado frío para semejante tontería. Sería una persona sensata, algo que claramente Mark no era.

Aun así, Soojin no podía negar que había algo extrañamente agradable en estar allí en una fresca noche de septiembre. Solo había ido a la playa así de tarde con su familia y siempre en verano, cuando la arena estaba salpicada de hogueras y retumbaba con el estrépito de varias radios al mismo tiempo. Esto era mejor.

A medida que la luz tenue del aparcamiento quedaba atrás, solo su linterna de acampada los iluminaba. La luna y sus reflejos en cascada se deslizaban por la superficie del agua desde el horizonte hasta la orilla. Por lo demás, la oscuridad era total, como si caminaran solos dentro de un útero, con un cielo negro y amniótico, y el sonido de las olas rompiendo.

Llegaron al círculo de piedras y Mark se puso manos a la obra. Sacó de su mochila, repleta hasta reventar, una caja de cerillas. Encendió una y la acercó al matorral seco hasta que la llama prendió y devoró la pila de ramitas.

El calor era delicioso. Soojin solo retiró las manos de su alcance cuando Mark sacó una bolsa de nubes y dos palillos metálicos largos.

—No tuve tiempo de pasar por la tienda a comprar brochetas, así que… —explicó, con una sonrisa avergonzada mientras pinchaba una nube en la punta del palillo.

—Innovador —comentó ella imitando el gesto y bajando su palillo hacia el fuego.

Tostaron las nubes en silencio, hasta que la de Mark se incendió. Maldijo y sopló rápido para apagarla, pero la nube ya

estaba negra como el carbón y empezaba a deslizarse del núcleo fundido. Mark la levantó y la costra chamuscada se desprendió del todo, dejando el centro pegajoso en el palillo. Se llevó la parte quemada a la boca.

—¡No te comas eso! Es malísimo —le advirtió Soojin, pero él la esquivó y se lo tragó.

—Es la mejor parte —replicó con los ojos arrugados de satisfacción… hasta que la masa fundida le cayó sobre el regazo como si fuera caca de gaviota—. Ay, no… —murmuró.

La expresión trágica de su cara le arrancó una risa a Soojin. Se sorprendió del sonido, de lo abierto y claro que fue. Aunque durante años había rechazado la compañía de cualquiera que no fuera de su familia, con Mark se sentía cómoda. Él la desarmaba. Después de tanto tiempo alimentando su arsenal interior, Soojin ya no sabía quién era sin dicho arsenal. Se obligó a dejar de reír y volvió a concentrarse en el palillo que tenía entre los dedos.

—No tienes por qué hacer eso, ¿sabes? —dijo Mark, bajando el palillo hacia el fuego y chocándolo suavemente con el de ella.

—¿El qué?

—Obligarte a dejar de reír. Disfrutar no es nada de lo que haya que avergonzarse. —Sopló el humo de su segunda nube y, tal vez para evitar que ella lo reprendiera, arrojó las partes más quemadas al fuego antes de comérsela.

—Yo no… —empezó a decir, pero su nube se prendió en ese momento y se interrumpió para apagarla. En realidad, no tenía respuesta. ¿Acaso le daba vergüenza sentirse bien? No lo había pensado. Desde que murió Mirae, no había disfrutado de nada. Iba de la escuela al trabajo en el restaurante y de ahí a casa, como un fantasma.

Pero alguna vez se había permitido reír hasta que le dolió el estómago. ¿Cuándo se había acabado eso? La muerte de Mirae había sido el golpe final, sin duda, pero su desconfianza hacia la alegría venía de antes.

Debió de empezar cuando el coche de Madre se estrelló, hacía muchos años. Soojin recordaba ese día con la nitidez imposible de la tragedia. Padre tenía fiebre, así que Mamá había ido a por aspirinas a la licorería, el único lugar abierto tan tarde en aquel pueblo adormilado. Era una noche inusualmente lluviosa y perdió el control del coche. Cayó en una zanja. Como, con el mal tiempo, nadie pasaba por esas carreteras secundarias, había transcurrido una hora antes de que alguien viera el coche y llamara para pedir ayuda. Cuando llegó la ambulancia y lograron soltarle el cinturón, Mamá ya había muerto.

Soojin estaba haciendo los deberes cuando su padre recibió la llamada. Tumbada boca abajo, en su cálida casa, riéndose con su hermana. Fue el hecho de haber estado tan cómoda, tan feliz, mientras su madre moría sola, a pocos kilómetros de distancia, lo que Soojin nunca se había perdonado.

Mark se inclinó hacia ella en un intento de leerle el rostro y Soojin se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo callada.

—Perdona. ¿Me he pasado? —preguntó él guardando la bolsa de nubes medio vacía en la mochila. Luego le tendió un termo con té, en un gesto vagamente conciliador—. Olvida lo que he dicho.

Compartieron el termo, pasándoselo de mano en mano. El vapor se arremolinaba delante de sus mejillas, enrojecidas por el viento y el calor del fuego. En algún punto de las aguas oscuras, cantó una garza nocturna.

—No estoy enfadada —respondió por fin. Mentira. Sí que lo estaba. No con Mark, sino con el pasado. Con la forma en que su brillo idílico apagaba el presente hasta convertirlo en un negativo, una posimagen de sí mismo—. Solo estaba pensando. —Terminó ahí la frase, pero su continuación flotaba en el aire, obvia para los dos.

El fuego crepitó y una brasa se elevó con esfuerzo en el aire antes de posarse en el brazo de ella, convertida en ceniza.

—Yo también pienso mucho en el pasado, ¿sabes? —dijo Mark apartando la mirada del agua. Le pasó el termo y ella lo sostuvo entre las manos para que el calor le templara las palmas—. No dejo

de preguntarme si podría haber hecho algo para salvar nuestra amistad en su momento.

Una imagen fugaz la golpeó. Un Mark de niño en el asiento trasero del coche de su madre, con la mano apoyada en la ventanilla, negándose a mirarla. Sacudió la cabeza y la escena se deshizo entre las llamas crepitantes.

—No fue culpa tuya —dijo Soojin. Su familia se había aislado por completo mientras lloraba la pérdida de Madre y, cuando por fin salieron de ese estado catatónico, ya no quedaba nadie a su alrededor. Aunque Mirae consiguió retomar poco a poco su vida social de antes, Soojin y su padre se habían convertido en un archipiélago. Incluso los Moon se alejaron poco a poco. La madre de Soojin había sido el puente que unía a ambas familias.

Pero la diferencia que provocó la ausencia de Madre en la familia fue lo que más impactó a Soojin. Siempre había sabido que su madre era el pilar del hogar. Se notaba en el modo en el que sus manos obraban milagros, pero más aún en el espacio que ocupaba su risa. Cómo atravesaba puertas cerradas, abría ventanas y causaba alegría incluso en Padre, tan serio, que prefería construir cosas y rezar él solo en la mesa mientras el resto de la familia, no creyente, ya había empezado a comer. El accidente lo había cambiado todo. ¿Qué podía haber hecho un niño frente a una pérdida capaz de destrozar así los cimientos de una casa?

—Teníamos diez años. No podías haber hecho nada.

—Lo sé, pero... —Mark se sacudió la arena del zapato antes de negar con la cabeza—. Da igual. Tienes razón. Supongo que lo que intento decir es que me alegro de que estemos teniendo una segunda oportunidad. Creo que a nuestras familias también les hará ilusión —dijo con una sonrisa ladeada, lo que indicaba que estaba a punto de anticiparse a los hechos—. A lo mejor tu padre y tú podríais venir a cenar a casa, como antes. Y deberías empezar a comer con Jay y conmigo en el instituto, en vez de sola.

—¿Y si me gusta estar sola? —preguntó ella.

Él sacó una navaja suiza del bolsillo y cortó un trocito de una rama para alimentar el fuego.

—Bueno, como quieras. Pero no creo que realmente sea así —respondió. La rama lanzada empezó a soltar un humo oscuro debido a las hojas que aún tenía. Mark maldijo por lo bajo y abanicó la humareda con la mochila. Ella observó lo que hacía y, por un instante, vio superpuesto su rostro de niño sobre el actual.

—Vale —dijo ella—. Pero primero tendrás que presentarme a Jay. Creo que nunca he llegado a hablar con ella.

Mark dejó de pelearse con la rama. Su sonrisa era tan contagiosa que ella no se atrevió a mirarle mucho rato.

—¿En serio? ¡Vale! ¿Qué te parece si quedamos el próximo fin de semana en…?

Sus ojos se fijaron en algo detrás de ella y el resto de la frase se quedó en el aire. Soojin miró por encima del hombro hacia el aparcamiento del que habían venido. Varios coches descendían por la carretera del acantilado, con las luces largas cortando la noche.

—Vaya. Pues parece que vas a tener la oportunidad de estar con ella mucho antes —anunció Mark. La gente bajaba de los coches y el estruendo de las voces y la música que salía de las ventanillas abiertas llegaba incluso desde tan lejos.

—¿Lo habías planeado? —preguntó Soojin.

—No, pero ya sabemos para qué era la hoguera abandonada. Debería haberlo imaginado —dijo a la vez que la ayudaba a ponerse en pie y le quitaba una mancha de ceniza del hombro—. ¿Quieres que nos vayamos?

Soojin observó al grupo de estudiantes de último curso que se desperdigaban por la arena mientras las linternas de sus móviles barrían la oscuridad como ojos nocturnos. Irse sería la opción pacífica, la más cómoda. Pero había una parte de ella que se sentía resignada a la noche. Además, el grupo ya los había visto y se acercaba, y algunos de ellos saludaban y llamaban a Mark.

—No, está bien.

Una chica menuda de pelo rizado caoba fue la primera en llegar hasta ellos. Abrazó a Mark con fuerza y, a pesar de lo pequeña que era, lo levantó del suelo.

—¡Eh, tú! ¡Pensaba que no ibas a salir! —exclamó la chica, antes de volverse y fijar sus ojos en Soojin. Jay era una monada, con un aire de princesa Disney, los amables ojos avellana y algunas pecas esparcidas sobre las mejillas sonrosadas. Se sorprendió al ver a Soojin, pero se recuperó rápidamente y le dedicó una sonrisa.

—¡Hola! ¡Qué bien verte por aquí! —dijo Jay como si se conocieran desde hacía años, lo cual, en cierto modo, era verdad. Aunque apenas habían hablado, llevaban compartiendo clases desde primaria. Todo lo que Soojin sabía de ella era por ósmosis. Sabía que Mark y Jay ahora eran mejores amigos. Sabía que Jay tenía una novia a distancia que había conocido a través de un videojuego multijugador, lo que había desatado un mes entero de cotilleos hasta que apareció el siguiente supuesto escándalo y el pueblo desvió su atención hacia otro lado.

A Soojin siempre le había molestado eso de Jade Acre, la forma en la que incluso los desconocidos podían saberlo todo los unos de los otros.

El resto del grupo los alcanzó; hablaban todos a la vez y por encima de la anticuada radio que alguien llevaba bajo el brazo como si fuera un balón de fútbol americano. Algunas miradas se detuvieron ante la presencia inesperada de Soojin, pero no durante mucho tiempo, ya que todos se pusieron a desplegar lonas o arrastrar leños para sentarse. Alguien había traído una nevera portátil y sacó de ella un par de botellas de vodka cubiertas de condensación, un paquete de vasos de plástico y varias garrafas de zumo de naranja. No tardaron nada en preparar torpemente unos destornilladores, con más vodka que zumo, y repartirlos.

—Toma. —Jay intentó ponerle un vaso en la mano a Soojin. El zumo diluido se desbordó y les mojó las manos a ambas. Incluso desde lejos, olía ácido, como el limpiador de cáscara de naranja que usaba su padre para los suelos de madera—. ¿Bebes? —preguntó.

Solo una vez. Cuando eran niñas, Mirae y Soojin habían robado un poco de vino de frambuesa del frigorífico. Lo que siempre habían imaginado como algo dulce sorprendió sus lenguas con taninos. Rellenaron la botella con zumo de uva creyéndose muy listas, pero, por supuesto, las pillaron.

Su padre se había escandalizado, pero Madre lo había encontrado divertidísimo. Les había prometido que, cuando cumplieran quince años, compartiría con ellas algo de *soju* en la mesa familiar. Era importante que los adolescentes bebieran por primera vez con la familia para que aprendieran sus límites antes de empezar, inevitablemente, a beber con sus amigos, les había dicho. Pero no vivió lo suficiente para cumplir aquella promesa. Mientras Mirae había seguido bebiendo ocasionalmente en fiestas, aquellos tragos furtivos bajo la luz blanca del frigorífico fueron la última vez que Soojin había tomado alcohol.

No tomó el vaso que Jay le tendía. Detrás de ella, oyó a Mark intentando convencer a quien preparaba las bebidas de que le sirviera solo zumo de naranja.

—No tienes por qué beber si no quieres, ¿eh? —dijo Jay con despreocupación—. Más para mí.

Mark volvió con ellas, triunfante con su zumo sin alcohol.

—No, quiero probarlo. Gracias. —Soojin tomó el vaso de la mano de Jay y los tres chocaron los vasos. El primer sorbo fue horrible, le dio arcadas.

—Debería haberte avisado de que es asqueroso. Es lo más barato que hay, básicamente quitaesmalte —rio Jay mientras daba un sorbo sin inmutarse.

—No estaría tan mal si Damien no insistiera tanto en que la proporción correcta para un destornillador es mitad vodka y mitad zumo —dijo Mark en voz alta, con lo que se ganó una peineta amistosa del chico que mezclaba las bebidas—. No te sientas obligada a acabártelo. No vas a herir los sentimientos de nadie si decides tirarlo en la arena.

No sabía precisamente bien, pero había algo en el ardor lento que le provocaba en el estómago que a Soojin le resultó agradable. Le gustaba cómo el amargor espantoso anulaba la parte de su cerebro que pensaba. Dio otro sorbo y, ahora que la lengua sabía qué esperar, no le pareció tan malo.

Llegaron un par de coches más que cargaban una avalancha de aperitivos, refrescos y un paquete de cervezas. Soojin, tras probarla, decidió que sabía a orina carbonatada. Se encendió a toda prisa una segunda hoguera para dar cabida a la creciente fiesta. Parecía que habían venido todos los alumnos de los cursos superiores, junto con algunos de segundo.

Bentley Porter, el recién llegado hijo pródigo de Jade Acre, apareció tarde, ya borracho, con una pretenciosa petaca en el bolsillo. Echó un vistazo a Soojin y alzó una ceja, sorprendido, lo que provocó en la chica una antipatía visceral, pero pronto lo perdió de vista entre la multitud que se movía y se mezclaba alrededor de ellos. Nadie más le prestó demasiada atención, salvo para chocar sus vasos de plástico con el suyo y charlar de forma casual sobre el instituto o lo borrachos que estaban. Las conversaciones eran lo bastante impersonales como para esconderse tras ellas, y Soojin se dio cuenta de que no había mejor lugar en el mundo para desaparecer que una fiesta.

Finalmente, Mark volvió a aparecer junto a ella tras haber navegado socialmente entre la multitud. Señaló un tronco cerca del fuego y se sentaron, una pequeña mancha de calma en un mar de actividad.

—¿Te lo estás pasando bien? —preguntó. El chico había terminado su vaso de zumo hacía un buen rato y ahora extendía las manos hacia el fuego. Tenía los nudillos rojos y agrietados. Soojin se preguntó si era debido a las horas que pasaba trabajando en el horno crematorio o simplemente al frío. Aunque ella ya no lo sentía. Iba por su tercera copa y despedía calor. Algo fundido e incómodo se le había asentado en el interior. Incluso se había quitado el abrigo a

pesar de las advertencias de Mark. Ahora descansaba sobre la nevera vacía, cubierto por otros abrigos.

—Supongo que sí —respondió Soojin. Sintió las palabras pegajosas y alargadas al salir de la boca. Dio otro sorbo para humedecerse la lengua, pero no sirvió de nada.

Mark dudó un instante antes de inclinarse hacia ella y hablarle en coreano.

—Creo que deberías dejar de beber.

Siempre le resultaba extraño oír a Mark hablar en coreano. Cuando eran niños, era su idioma por defecto, el que usaban para intercambiar secretos en el patio del colegio. En Jade Acre los secretos volaban y la mejor forma de evitar que se propagaran era mantenerlos bien alejados del inglés. Oír ese idioma lleno de vocales salir de la boca de Mark le tocaba una fibra nostálgica y dolorosa. Quería que dejara de hablarlo.

—Creo que deberías ocuparte de tus propios asuntos —respondió ella en inglés. ¿Quién se creía que era, apareciendo de repente en su vida, después de tantos años, solo para darle órdenes? Bebió otro trago, largo, por pura rebeldía.

—Lo digo en serio, Soo. Es sábado. Tu padre está en casa. Se va a enfadar si llegas borracha —dijo sacando del bolso una cantimplora medio vacía de té de barbas de maíz. Desenroscó el tapón y se la ofreció—. Toma, bebe esto. Tienes que espabilarte antes de que te lleve a casa.

Soojin ya había pasado hacía rato el punto de espabilarse. Iba a vomitar o a quedarse dormida, lo que antes sucediera. Pero aceptó la cantimplora por cortesía. El líquido estaba templado y el borde, salado de tantos labios.

Alrededor de ellos, la fiesta no mostraba signos de ir a menos. Borrachos, los estudiantes se deshacían de sus inhibiciones como si fuesen exoesqueletos. Algunos bailaban torpemente, con los pies descalzos hundidos en la arena, balanceándose fuera de ritmo con los vasos en alto. Una chica que conocía de Educación Física roncaba sobre una lona a sus espaldas, esperando que su conductor

designado la llevara a casa. Cerca del calor de la segunda hoguera, una alumna de último curso dejaba que un chico de segundo la besara, aunque parecía indiferente al torpe intercambio. Mantenía los ojos bien abiertos todo el tiempo y, de vez en cuando, miraba el móvil.

A Soojin le dio un vuelco el estómago. Ya no quería estar allí. Cuando miró hacia el mar, el horizonte temblaba. Apoyó la cabeza en la palma de la mano.

—¿Por qué me has dejado beber tanto?

—¿Yo? ¡Pero si he intentado...! ¿Sabes qué? Da igual —Mark se puso en pie—. Te voy a llevar a casa. Quédate aquí, ¿vale? Voy a despedirme de Jay.

—Voy contigo —dijo ella, pero el mundo se movía más rápido que su cuerpo. Se tambaleó antes de que Mark la sujetara y la ayudara a sentarse de nuevo.

—No, no vienes. Quédate quieta, vuelvo enseguida. —Le acercó su abrigo y se lo sostuvo detrás para que se lo pusiera, antes de desaparecer entre la multitud.

En cuanto lo perdió de vista, Soojin se desinfló sobre sí misma y tragó saliva mientras la marea de náuseas le subía lentamente por la garganta. Si acababa vomitando delante de Mark o, peor aún, en su coche, jamás le volvería a hablar.

Terminaba de apoyar la frente sobre la rodilla, mientras el mundo se apagaba y un zumbido le rugía en los oídos, cuando alguien se sentó bruscamente a su lado y la sobresaltó.

—¡Me has asustado! —soltó entre dientes, pero no era Mark. Era Bentley Porter, que estiraba las piernas hacia la hoguera como si tal cosa.

—Perdona —se rio él. Sus ojos grises tenían una cualidad desenfocada, el tipo de mirada suelta que llega tras tres horas de alcohol—. Qué raro verte socializar. ¿Qué celebras?

El gel de su pelo había perdido la batalla frente al viento y el calor del fuego y eso hacía que tuviera que apartarse los mechones castaños de la cara una y otra vez. En ese movimiento, ella se fijó en

el brillo del reloj de diseño que llevaba, un recordatorio físico de lo fuera de lugar que estaba.

Bentley y su padre, Christopher Porter, se habían mudado a Jade Acre hacía unos ocho años, pero en un pueblo como ese, donde la población era fija y la gente nueva solo venía en verano, seguían siendo, incluso ahora, unos recién llegados. Habían traído consigo un huracán de remodelaciones que dieron lugar a un aluvión de modernos hoteles *boutique* y *airbnbs* que afectaron seriamente a su pensión y al resto de la industria de alojamiento del pueblo. Aunque fuera irracional, Soojin le guardaba rencor a Bentley por ello. Su mera presencia le parecía un presagio de cosas malas.

—¿Qué quieres? —preguntó Soojin, con una voz apenas audible sobre el crepitar de las llamas. Por su parte, él no pareció molesto con su brusquedad. Así era como siempre se habían tratado, después de todo, desde que se conocieron en primaria.

No recordaba qué había provocado la pelea, pero podía adivinarlo. Una orden a gritos, que llevó a una discusión, que acabó en un forcejeo sobre el asfalto del patio, que había terminado con ambos con las rodillas raspadas sentados en la oficina del director, esperando a que sus padres fueran a recogerlos.

Soojin no creía que pudiera olvidar jamás la expresión del señor Porter aquel día, cuando pasó por su lado para buscar a su hijo. Sus ojos grises, brutales, no mostraban el más mínimo respeto; la miró como se mira un decorado o la cabeza disecada de un ciervo. Luego la rebasó y recogió a Bentley con un frío «nos vamos». Bentley estaba de vuelta en el colegio a la mañana siguiente, mientras que a ella la echaron tres días.

En cierto modo, aquello debería de haber sido una señal de la impunidad con la que se moverían los Porter en ese pueblo. Ya fuera por donaciones locales o por la forma en que sus negocios agresivos empujaban a los de los demás al abismo, los Porter se convirtieron en figuras centrales en Jade Acre. Los quisieras o los odiaras..., así eran las cosas.

La hoguera frente a ellos estalló con un crujido. Bentley echó otra ramita y observó cómo se encendía en un rojo ardiente con forma de garra de pájaro antes de desintegrarse en ceniza.

—¿Qué quieres, Bentley? —preguntó Soojin de nuevo. El vodka le había despojado la voz de esa capa de indiferencia fría que intentaba mantener delante de él. La familia de ese chico era la razón por la que su padre se dejaba la piel todas las semanas en un pueblo a tres horas al este. Su cercanía la hacía sentirse mezquina y al rojo vivo, como un nervio expuesto.

—Vaya —rio él negando con la cabeza—. ¿Te crees que eres la Universidad de Dartmouth o algo así? ¿La gente no puede sentarse a tu lado sin presentar una solicitud y tres cartas de recomendación?

—Tú no puedes.

—Pues qué pena. No quedan más sitios. —Hizo un gesto vago hacia la orilla, donde cada tronco estaba ya ocupado. Por abrigos, por gente vomitando, besándose o completamente desmayada. Soojin frunció el ceño al ver cómo uno se caía de lado y se estampaba contra la arena húmeda y fría.

Bentley dio un trago de su petaca y luego se la ofreció como un intento cutre de hacer las paces. Ella no la aceptó. Él puso los ojos en blanco y bebió de nuevo, desafiante.

—Hace buena noche —comentó mirando hacia arriba. Y la hacía. Una noche clara y generosa, con un cielo desbordado de estrellas, pero justo lo que menos le apetecía a Soojin era hablar del tiempo con Bentley Porter. Intentó ignorarle, pero él la empujó suavemente y le señaló el cielo con insistencia.

—¿Qué? —ladró Soojin.

—Estoy intentando enseñarte algo —contestó él. Su voz tenía un tono distante, como si pudiera estar hablando con cualquiera. ¿Cuánto había bebido? Aun así, Soojin alzó la vista para seguir su mano.

—Allí —dijo él mientras movía un dedo, primero surcando el cielo en horizontal y luego hacia abajo. Sonaba orgulloso—. Esa es la constelación del Cisne. Cygnus. ¿La ves? —Sus dedos recorrieron de

nuevo el cielo en horizontal—. Esas son las alas. —Bajó la mano—. Y ese es el cuerpo del ave.

Ella vio lo que él señalaba. Una brillante franja de estrellas dibujada en la oscuridad. No parecía un cisne en absoluto. Parecía más bien una cruz diminuta o quizá un arco con una flecha tensada. Soojin ya sabía cómo identificar Cygnus por la misma razón por la que sabía reconocer muchas constelaciones: la obsesión de toda la vida de Mirae por las estrellas. Una pasión que Soojin nunca había logrado compartir. ¿A quién le importaba la luz de soles muertos hace siglos cuando había tantos problemas más inmediatos?

Aun así, ese momento de observación estelar ebria de Bentley le pareció una intrusión en algo que les pertenecía solo a ellas. En su expresión, que se había suavizado al mirar al cielo, vivaz y ansiosa, Soojin sintió una proximidad repentina e insoportable. Por un instante, ya no estaba en la playa. Estaba en su jardín y los grillos cantaban en medio de la oscuridad casi perfecta. Una toalla extendida sobre la hierba húmeda y las dos hermanas tumbadas una al lado de la otra. «Esa estrella tan brillante es la Polar —había dicho Mirae, antes de mover el brazo hacia otro lado—. Y esa es Cygnus. Soo, ¿la ves? El Cisne. Simboliza las transformaciones. El renacimiento y…».

—No veo una mierda —dijo Soojin. Su voz cerraba la puerta a cualquier réplica. El recuerdo del jardín se desvaneció y volvió a estar en la playa, con el fuego agonizante y su hermana ausente.

El cambio en el rostro de Bentley fue inmediato. Por un instante, sus ojos grises parecieron afligidos; pero la llama osciló y esa expresión se borró.

—Supongo que no, claro —dijo. La cautela entusiasta le había desaparecido de la voz y volvió a sonar como el chico al que ella estaba acostumbrada. Frío, engreído. Pero había algo más, algo que ella no lograba identificar.

—Quería preguntarte una cosa… —Levantó la mano para señalarla, pero el alcohol le jugó una mala pasada y se pasó de

largo. Su dedo le rozó el lateral del cuello, un contacto accidental, pero ella se apartó como si la hubiera quemado.

La intensidad de su mirada la atravesó como un relámpago de incomodidad sin nombre. La invadió una necesidad repentina y urgente de irse y se puso en pie. Estaba terriblemente borracha. El fuego moribundo teñía todo de un dorado borroso. ¿Dónde estaba Mark?

—Espera —dijo Bentley. Se levantó también y la agarró por la muñeca—. Espera, solo quiero hablar contigo.

—¿Hablar de qué? —soltó ella con brusquedad—. ¿De qué, Bentley? ¿De las estrellas?

Él tuvo el descaro de parecer sorprendido, confundido.

—¿Qué? No…

—¡No me toques! —Se soltó de un tirón de su agarre.

Él alzó las manos, exasperado, antes de volver a hablar.

—Joder, Soojin. ¿Por qué estás siempre tan enfadada? Solo quería…

—Me da igual lo que quieras. Tú ya lo tienes todo, joder. —Y lo tenía. Dinero. Una casa enorme. Un padre que, con palabras o con un cheque, sacaba a Bentley de cualquier lío en el que se metiera en el pueblo. Podía decir lo que quisiera, tratar a los demás como le diera la gana y nunca pasaba nada. Una vida perfecta, inexpugnable. Y ella lo odiaba por eso.

Las olas subían violentamente por la orilla y luego retrocedían, dejando un ribete de espuma sobre la arena. Se quedaron allí, en un silencio tenso, mientras la fiesta seguía su curso sin ellos.

Algo en sus palabras lo había dejado paralizado. Un músculo le latía en la mandíbula, los ojos le brillaban demasiado, y entonces ella se dio cuenta de que, por la razón que fuera, de repente estaba furioso. Se inclinó lo suficiente como para que ella pudiera olerle el aliento a *whisky* y, por un momento aterrador y desorientador, creyó que iba a besarla. En lugar de eso, la fulminó con una mirada cargada de un rencor sorprendente.

—Qué cansina eres, joder. Contigo todo es cero o cien —escupió Bentley pasándose la mano por el pelo con un gesto violento y nervioso—. No me extraña que tu hermana necesitara alejarse de ti. Apostaría a que no podía ni respirar. Seguro que no la dejabas ni respirar.

Fue un golpe bajo, la mención de Mirae. Soojin supo que él había ido justo al único punto en el que sabía que le haría daño y el efecto fue brutal e inmediato. La garganta se le cerró. No podía hablar.

Cuando Soojin no fue capaz de contestar, él continuó, con el aliento caliente y venenoso junto a su oído.

—Me da pena tu padre. Debe de ser muy duro para él que sobreviviera la hija equivocada.

Su visión se redujo como si se cerrara el diafragma de una cámara. De repente estaba otra vez en casa. El día después del funeral de Mirae, cuando se había despertado delirando en un salón bañado por la luz azulada del televisor. Había oído sollozos ahogados en la cocina y se había acercado, pero no había sido capaz de entrar. En lugar de eso, se había quedado oculta tras la barandilla, observando como un espectro, mientras su padre lloraba, inmóvil, en la penumbra cada vez más espesa. Como si estuviera completamente solo.

Si hubiese sido ella la que estaba en la urna aquella noche, Mirae habría ido a abrazarlo. Habría encendido las luces.

Bentley tenía razón. Había sobrevivido la hija equivocada. Soojin siempre lo había sabido.

La visión le tembló y apenas tuvo tiempo de registrar la semilla de arrepentimiento en la cara de Bentley antes de que las lágrimas le nublaran por completo la visión. Oyó su propio pulso martillearla, fuerte y resonante, detrás de las orejas. El horror le invadió el cuerpo. Conocía bien esa sensación.

«Ahora no —pensó—, aquí no».

—Eh… —empezó a decir Bentley, pero ella no podía oír una palabra más. Tenía que irse.

Soojin le dio un codazo en el hombro, con fuerza. Con la suficiente como para que él soltara un grito, perdiera el equilibrio y se tambaleara, borracho, al borde de la parábola hambrienta de la hoguera. Soojin oyó, como desde lejos, alguna exclamación ahogada sobre el zumbido de la radio.

El tiempo había colapsado en un vórtice, y dos carretes de posibilidades se desplegaron ante ella. En uno, Bentley no recuperaba el equilibrio y caía directo al fuego, donde la piel se le convertía en ampollas rojas y rabiosas antes de que fuera capaz de salir de allí. En el otro, recuperaba el control, como siempre, sin un rasguño.

Soojin deseó con una violencia terrible que sucediera lo primero. Quería dejarle una herida que pudiera llevar su nombre. Pero no fue así. El tiempo se descolgó de su clavo y ella lo vio agitar los brazos como un dibujo animado, mientras su cuerpo se inclinaba peligrosamente antes de girar y caer de culo en la arena. El fuego siguió ardiendo sin él dentro.

—¡Hostia puta! —gritó alguien y le dio una patada a la radio, silenciándola.

—¡Eh! —La voz de Mark rompió el silencio momentáneo. Corrió hacia ella tan rápido como le permitió la arena. La alcanzó y le sujetó los hombros con ambas manos—. ¿Estás bien?

Soojin seguía sin poder hablar, tenía un nudo en la garganta tan denso como un hueso de ciruela, imposible de tragar.

—¿Le preguntas a ella si está bien? ¡Esa zorra casi me tira al fuego! —gritó Bentley, con las venas de las sienes tan marcadas que parecían ramas trazadas bajo la piel pálida.

—Seguro que te lo merecías —espetó Mark. Apartó a Soojin con suavidad y la pasó directamente a los brazos de otra persona—. Lárgate —dijo, pero no a ella.

—Vamos —dijo una voz que Soojin apenas identificó como la de Jay. No intentó resistirse y se dejó llevar, mientras la arena cedía paso a las tablas del paseo, que a su vez dieron paso a la escalera y después al asfalto.

Miró por encima del hombro. Por un momento, pareció que Mark y Bentley iban a pelearse. La discusión era inaudible a esa distancia, pero se empujaron el uno al otro hasta que otros estudiantes intervinieron y le pusieron un vaso en la mano a Bentley.

Ellas llegaron al aparcamiento. Jay murmuraba una sarta de insultos, intentando sonar despreocupada, aunque la voz le temblaba. Mark las alcanzó y los tres se subieron en su coche. Los faros cortaron la oscuridad absoluta. A lo lejos, las hogueras brillaban como ojos.

Nadie dijo nada mientras subían por el camino que bordeaba el acantilado. Pasaron por el centro del pueblo, donde todas las pequeñas y coloridas tiendas estaban cerradas, salvo el bar y la licorería, iluminados como dos faros. Sus letreros fluorescentes se difuminaron detrás de las ventanas húmedas por la lluvia que eran los ojos de Soojin. Los colores se le quedaron grabados en la visión incluso después de haberlos dejado atrás.

«La hija equivocada», repetía su mente, una y otra vez. No podía hacerla callar. La hermana equivocada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó finalmente Mark, con los nudillos blancos sobre el volante.

Soojin no respondió. Lo que había empezado como un hueso de ciruela en la garganta se había hinchado hasta convertirse en un puño. Sentía como si el agua estuviera subiendo a su alrededor y llenara el coche hasta dejarlos sin aire. Su pulso era un animal golpeando su pequeño cuerpo contra los barrotes de su jaula, desesperado por escapar. «No puedo estar aquí», pensó. Avanzaban ya por las carreteras flanqueadas de árboles que llevaban a su casa y la oscuridad envolvía el coche por completo.

Mark la miró de reojo.

—Ey…

—No me mires —espetó ella.

—¿Qué?

—Para el coche. Iré andando a casa —dijo, con una voz apenas más alta que el zumbido del motor.

—No puedes ir andando sola, es casi la una de la mañana.

El puño de su garganta empezaba a abrirse, los dedos apretaban contra la arquitectura de su tráquea y le agarraban la laringe. Los labios le sabían a sal. Era indispensable que no la vieran llorar. Tenía que irse.

—Desde aquí solo hay quince minutos andando. Déjame bajar —exigió. Los ojos de Jay, abiertos como platos, se reflejaban en el retrovisor. Mark pisó el acelerador, obligando al viejo coche a ir más rápido. Y más. Si un ciervo saltase a la carretera en ese momento, el impacto a esa velocidad podría matarlos a todos. Pero él siguió acelerando. Soojin los estaba asustando. A ella no le importaba. Los pinos pasaban junto a ellos como una sola cortina verde.

—Soo, por favor, solo…

El delgado hilo que sostenía su compostura se rompió. Se llevó las manos a la cara. Se oyó a sí misma gritar.

—¡Déjame salir! ¡Déjame salir!

No reconocía su propia voz.

—¡Mark! ¡Déjala largarse! ¿No ves que se le está yendo? —gritó Jay desde el asiento de atrás.

Mark miró primero a Soojin, luego al retrovisor, donde los ojos de Jay estaban dilatados y brillaban a causa de la alarma.

—Pero…

—¡Para el coche! —ordenó Jay.

Él pisó el freno con fuerza. Sus cuerpos se vieron propulsados hacia delante mientras el coche chirriaba. Mark extendió el brazo frente al pecho de Soojin para protegerla y Jay se golpeó contra el respaldo del asiento dando un grito ahogado. En cuanto el coche se detuvo por completo, Soojin abrió la puerta y salió a toda velocidad. No se despidió. Ni siquiera cerró la puerta. El coche se quedó allí, parado en mitad de la carretera, con el motor humeando detrás de ella como un animal jadeante en la oscuridad.



Soojin sabía lo que era ahogarse. Durante el primer mes después de que encontraran el cuerpo de Mirae, no soñó con otra cosa. Mientras dormía, se veía a sí misma sumergida, forcejeando por salir a la superficie y jadeando en busca de aire.

Esa sensación la perseguía también despierta, como un fantasma sin nombre. La golpeaba sin aviso. La garganta se le llenaba, la visión periférica se volvía húmeda y oscura. A veces le sucedía en casa, en la seguridad de su habitación, y crecía poco a poco, por lo que podía preparar al pequeño animal de su cuerpo para lo que estaba a punto de atraparlo. Pero la mayoría de las veces llegaba de golpe y sin piedad en el instituto o en la cafetería mientras espumaba la leche. En esos momentos, se refugiaba en la cámara frigorífica para respirar dentro de una bolsa de papel. En la oscuridad, con la espalda apoyada contra una caja de cebollas, observaba cómo ese pulmón de papel en que se convertía la bolsa de dónuts se inflaba y se desinflaba.

Soojin sintió ahora ese mismo golpeteo ansioso en el cuerpo: visiones de rápidos alzándose contra la orilla como fantasmas azules. Los árboles pasaban a toda velocidad a su lado a medida que corría, pero a lo lejos ya podía ver la silueta de su casa. Si lograba llegar, pensó, todo estaría bien. Le dolían los pulmones, pero las piernas seguían avanzando, impulsándola más rápido al ritmo de ese péndulo animal que marcaba «a salvo, a salvo, a salvo».

Su aliento estallaba en la noche en forma de cortas y pesadas nubes mientras llegaba a la puerta y se colaba dentro. Soojin estaba ya a mitad de la escalera cuando su padre salió disparado de su habitación, con el pelo alborotado tras un sueño intranquilo.

—Han Soojin, ¿se puede saber de dónde demonios vienes?

La voz resonó por el pasillo y las sílabas rebotaron contra las paredes. Ella sintió la lengua como una losa en la boca. Su padre siempre había sido el estricto, pero nunca había sido de gritar y mucho menos de soltar palabrotas. ¿Por qué se había despertado? Siempre dormía como un tronco, sobre todo después de su copa de la noche.

—Estaba con una amiga —dijo ella con la voz pastosa de desconcierto.

No era del todo mentira. Mark era lo más parecido que tenía a una amiga. Aun así, no quería implicarle. Empezó a rebuscar nombres en la cabeza. Tenía una lista mental de amistades que se había inventado a lo largo de los meses para que su padre no se preocupara por su aislamiento. Pero sí que estaba sola y no recordaba ningún nombre. Ahora no podía lidiar con esto. Se tambaleó hacia atrás mientras subía la escalera.

—¿Una amiga? —Su padre resopló y ella comprendió que nunca se había creído sus historias sobre una vida social activa.

Entonces él la miró con más detenimiento y pareció darse cuenta por primera vez de sus ojos enrojecidos, de las lágrimas brillantes que le surcaban la cara. Soojin vio desfilar una serie de emociones en la mirada de su padre: preocupación, alivio, confusión,

pero la ira ganó la partida. Empezó a subir la escalera tras ella a zancadas.

—¿Sabes cuántas veces te he llamado? Si hubieras seguido sin contestar diez minutos más, habría llamado a la policía.

La vista se le nubló. Buscó a tientas la barandilla, pero sus manos no encontraron más que aire y cayó trastabillando sobre unos cuantos escalones antes de recuperar el equilibrio. Su padre la alcanzó y cuando la sujetó por el hombro para estabilizarla, la agarró con más fuerza.

—Has estado bebiendo —murmuró, como si no pudiera creerlo.

Ella contuvo el aliento, pero fue inútil. El olor a vodka emanaba de su ropa, del pelo.

—¿Me tienes así de preocupado y andabas por ahí bebiendo? ¿Con quién estabas?

La chica se soltó de su agarre y subió la escalera a trompicones, casi corriendo. Sentía náuseas y un dulzor agrio subiéndole por la garganta. Su reacción dejó a su padre paralizado, pero solo durante un instante. Le oyó subir los peldaños tras ella de dos en dos. Llegó a la puerta justo cuando Soojin desaparecía al otro lado y cerraba de un portazo. Las manos le temblaban mientras echaba el cerrojo y sentía cómo el pomo se sacudía bajo los intentos de él para abrir.

—¡Soojin, abre la puerta ahora mismo! —gritó golpeando la madera con la mano.

Era como si tuviera agua en los oídos; la voz le llegaba distorsionada, como filtrada por un colador. Retrocedió hasta que sus piernas chocaron con la cama y cayó sobre ella. El ventilador del techo parecía estar girando, aunque sabía que estaba quieto. Soojin había pensado que su habitación lo arreglaría todo, pero no era así.

Algo le vibró en el bolsillo. Sacó el móvil y las letras nadaron borrosamente en la pantalla antes de que el nombre de Mark se hilara bajo el resplandor. Rechazó la llamada y una cascada de notificaciones emergió tras ella. Quince llamadas perdidas de su padre. Decenas de mensajes que empezaban curiosos se transformaban en preocupación y luego en pura furia.

Los borró todos. Incluso borracha, comprendía que él debía de haber entrado en pánico, pensando que lo que le pasó a Mirae estaba ocurriendo de nuevo. Si fuera la mitad de hija que había sido su hermana, Soojin saldría a hablar con su padre y arreglaría las cosas. Pero no sabía cómo. Mirae era la que ofrecía té caliente y palabras suaves, la que lo curaba todo. ¿Cómo habría sido la vida de su padre si Mirae hubiera sido la que sobreviviera, si no hubiera muerto la hija equivocada?

Poco a poco, se dio cuenta de que él ya no estaba gritando al otro lado de la puerta. Había silencio. Todo estaba en silencio hasta que el móvil volvió a vibrarle en la mano. El nombre de Mark iluminó la pantalla. Rechazó la llamada. Cuando el teléfono volvió a sonar por tercera vez, algo dentro de ella se rompió y contestó. Se llevó el móvil al oído sin decir nada y escuchó el ritmo constante del intermitente del coche, la respiración suave de él al otro lado de la línea. Cuando Mark se dio cuenta de que estaba ahí, habló deprisa.

—¿Soojin? Dios, estaba preocupado. Solo quería saber si habías llegado bien. ¿Estás bien? Yo…

Finalizó la llamada y lanzó el teléfono, que impactó contra la pared opuesta y cayó al suelo con estrépito. Esperaba que Mark volviera a llamar, que suplicara de nuevo. Esperó mientras escuchaba cómo su padre volvía a subir la escalera. Algo pesado golpeó el suelo al otro lado y el pomo volvió a sacudirse. Su padre estaba forzando la cerradura. El constante clic, clic, clic de su puerta traicionándola lentamente llenó la habitación. Le tembló la visión, se le distorsionó. Esto era ahogarse. Soojin se estaba ahogando y quería que alguien la salvara.

«Vuelve a llamarme», pensó, aunque sabía que era ridículo. Había sido ella quien le había colgado, pero aun así…

«Por favor, vuelve a llamarme».

Pero no era a Mark a quien quería, no quería el consuelo de alguien indeterminado. Pensó en Mirae, con once años, preparando el almuerzo al día siguiente del funeral de su madre, con los estrechos hombros temblando mientras untaba mostaza en una

rebanada de pan. Mirae tumbada a su lado, señalando hacia el techo de galaxias luminosas, poniéndole nombres tontos a cada estrella hasta que la tristeza aflojaba lo suficiente como para que Soojin se durmiera.

Y más atrás aún, de niñas, una sonrisa mellada, el pelo largo y negro... Lo que quería era a su hermana. «Vuelve».

La cerradura hizo un clic y Soojin apenas tuvo tiempo de pensar que la puerta era una traidora antes de que su padre la abriera. La concentración que le había requerido forzar la cerradura había disipado parte de su ira y entró encorvado, con la postura de un hombre que ya se siente derrotado. Su carácter obstinado solo le había llevado hasta ese punto: abrir la puerta. No había pensado en lo que haría después, ni qué diría una vez superado el obstáculo. Eran demasiado parecidos ella y su padre. Y, sin embargo, nunca habían sabido entenderse, nunca habían sido capaces de intuir qué necesitaba o deseaba el otro.

Después de que el coche de su madre se saliera de la carretera, las hermanas solían encontrar a su padre sentado como una hoja doblada en la silla del comedor con la cabeza sobre las rodillas, los brazos abrazándole el vientre. Era la imagen que Soojin siempre asociaría con los dos meses en los que su padre se apagó por completo, inmóvil mientras el mundo seguía girando más allá de la ventana de la cocina.

Cuando su padre eludió sus responsabilidades, Mirae las asumió. Limpiaba la casa, preparaba bocadillos de mermelada y vasitos de fruta para Soojin y para ella. A pesar de ser solo un año mayor, le tomaba la mano de camino al autobús escolar y le recordaba que mirara a ambos lados antes de cruzar la calle. Recibía en la puerta a la madre de Mark cuando venía de vez en cuando a dejar comida.

Y al final, fue Mirae quien consiguió que Padre volviera en sí. Poco a poco, con té, tiempo y palabras suaves. Al igual que Madre, Mirae era hábil a la hora de ofrecer ternura. Al contrario que Soojin,

que casi nunca sabía atender los sentimientos de nadie, ni siquiera los suyos.

—Soojin —dijo su padre deteniéndose al pie de la cama. Su voz sonaba cautelosa, desgastada por los gritos a los que no estaba acostumbrado—, ¿qué te pasa?

Le dolía más escucharlo así que oírle gritar. Él alargó una mano que se quedó suspendida en el aire, como si quisiera acariciarle el pelo. Soojin se apartó sin pensarlo. La mano de él se retiró y luego la dejó caer al costado.

—No me pasa nada, papá. Vuelve a dormir. —Su voz le sonó ajena, como si ella hubiera salido de su cuerpo y estuviera escuchando desde otra habitación—. Mañana tienes un viaje largo. Deberías descansar.

—¿Cómo voy a dormir ahora? —Su padre se sentó pesadamente a su lado. La cama se hundió por su peso y la inclinó hacia él.

—Estoy bien, de verdad. —Las mentiras salieron con facilidad una vez que empezaron a fluir—. Fui a una fiesta y discutí con una amiga. Siento haber bebido.

Sabía que él quería que dijera algo más. Pero, en lugar de eso, el silencio se infló entre ambos.

Él alzó la mano para rozarle la mejilla un momento y luego negó con la cabeza. Se quedaron así un rato, padre e hija atrapados en la más frágil de las treguas. Y entonces él, como si supiera que un paso más allá de ese punto caerían los dos, cedió.

—Si ahora te dejo tranquila, ¿me prometes que hablaremos más tarde?

—Claro —mintió ella.

Cuando por fin salió de la habitación, Soojin fue al baño y vomitó en el inodoro. Su estómago no soltó más que una bilis naranja y dulzona y, al incorporarse, no se sintió mejor. Bebió del grifo, apoyó la frente contra el metal frío en un intento de detener el vértigo y, cuando no funcionó, volvió tambaleándose a su cuarto y sacó el diente de su hermana del cajón. Acurrucada en el suelo, lo sostuvo entre las manos como si rezara. Cuando la luz empezó a

clarear tras las cortinas, oyó los pasos suaves de su padre, preparándose para ir a misa. No fue a despedirle, pero escuchó cómo el coche cobraba vida y se alejaba lentamente por el camino de entrada, rumbo a un amanecer pálido y solitario.



Cuando Soojin se despertó, seguía en el suelo y tenía la espalda hecha polvo por la tarima de madera. La luz del sol que se colaba suavemente por las cortinas le pareció violenta. Se incorporó hasta quedar de rodillas y se presionó los ojos con las manos.

Permaneció así hasta que un pensamiento la sacudió y la sacó de su letargo. El diente de Mirae. Se había quedado dormida con el diente de su hermana entre las manos, pero ya no lo tenía. ¿Dónde se le había caído? Avanzó a gatas, barriendo el suelo con manos torpes y resacosas. En su pánico, un pensamiento la golpeaba sin cesar.

«Es lo único que me queda».

La parte racional de su mente sabía que no era verdad. Tenía fotografías. Antiguas notitas que se pasaban durante los sermones. Tarros de crema a medio usar y ropa aún impregnada de su olor. Soojin conservaba muchas reliquias de su hermana. Pero, aun así, el

pánico era blanco, ardiente. «Es lo único que me queda. Es todo lo que hay».

Su mano palpaba a tientas bajo la cama, haciendo rodar trastos polvorientos en su búsqueda. Y entonces lo encontró, incrustado en la alfombra blanca al pie de la cama. Un diente de leche minúsculo, tan pequeño que podría haberlo pasado por alto fácilmente. Contuvo un sollozo de alivio al tocarlo y lo apretó contra el pecho.

Desde la esquina, Milkis la observaba, con una pata blanca apoyada contra los barrotes de su jaula y sentada sobre las traseras. Los bigotes se le agitaban, como si percibiera la angustia de Soojin.

—No pasa nada, peque —dijo ella, pero la voz le temblaba.

Volvió a guardar el diente de su hermana en su bolsita de plástico antes de esconderlo de nuevo en la seguridad del cajón de su escritorio.

—Estoy bien.

Su móvil seguía en el otro lado de la habitación. Tenía un vago recuerdo de haberlo lanzado allí. El golpe sordo al caer. Y una avalancha de imágenes que no quería recordar, como el calor de la hoguera, el mar lamiendo la orilla, las crueles palabras de Bentley. Su padre.

Sacudió la cabeza, alejándolo todo, y se agachó para recoger el móvil.

Una cascada de notificaciones iluminó la pantalla y las revisó rápidamente. Varias llamadas y mensajes de Mark, que descartó sin leer. Y luego, unos mensajes que hicieron que se le cayera el alma a los pies.

Margaret, su encargada del turno en el restaurante.

Soojin, ¿no te tocaba abrir hoy?

¿Dónde estás?

¡¿Hola?!

Reprimió una maldición, hizo todo lo posible por arreglarse un poco, se tomó una aspirina y salió disparada por la puerta con las

llaves del coche en la mano.

Algunos días a la semana, Soojin trabajaba en el restaurante Media Luna, una trampa para turistas dolorosamente cursi decorada para parecer una cabaña del bosque. Cuatro décadas de pintadas cubrían las mesas y, en el mostrador, vendían recuerdos de Jade Acre con un pino antropomórfico de aspecto agotado que sostenía una taza de café en una mano y una caña de pescar en la otra.

Soojin casi tiró el expositor de productos en su apresurada entrada. Había llegado al trabajo con tres horas de retraso y un dolor de cabeza que palpitaba de una forma que jamás había sentido, como si el cerebro empujara con violencia el interior poroso del cráneo en busca de una vía de escape. Podía verse a sí misma en el reflejo de los separadores de las mesas. Parecía un cadáver, con el delantal torcido y unas ojeras amoratadas. El restaurante estaba lleno de gente, como solía ocurrir los domingos después de la misa matinal, y Soojin podía ver cómo sus compañeros se esforzaban por atender a la multitud. En cuanto se metió detrás de la caja para fichar, Margaret se abalanzó sobre ella.

—¿Se puede saber dónde demonios estabas?

—Me he quedado dormida —contestó Soojin arreglándose el pelo despeinado en un moño.

—¿Dormida? —repitió Margaret con desprecio a la vez que señalaba el reloj con forma de pino torcido en la pared—. ¡Son las diez y media, joder! ¿Cómo que te has quedado dormida?

Los clientes de la barra detuvieron sus tenedores bañados en yema para mirar. Margaret les dedicó una sonrisa falsa antes de volverse y arrastrar a Soojin a la cocina.

—Te he dado tiempo, Soojin —dijo mientras la cortina de cuentas se movía tras ellas, aportando una escasa privacidad. Hablaba en voz baja y furiosa y sus rizos rubios, normalmente perfectos, caían apagados por el calor grasiento del restaurante—. He tenido mucha paciencia contigo. —Lo que quería decir: «fui muy buena contigo después de que murió tu hermana. ¿Por qué no puedes volver ya a la normalidad?».

Después de que encontraran el cuerpo de Mirae, Soojin estuvo dos meses sin trabajar y, cuando volvió, no lograba recuperarse del todo. Estaba ausente, olvidadiza y a menudo de mal humor, tanto con sus compañeros como con los clientes. Al principio, Margaret hizo un gran despliegue de su inmensa empatía, pero con el tiempo esa empatía se volvió un arma. «Fui buena contigo. Te di tu tiempo. Te envié a casa con una tarta de condolencias».

Soojin no culpaba a Margaret por eso. Entendía que ella era difícil y que la compasión de los demás tiene un límite. Pero tampoco podía controlar sus arrebatos de ira. Si Margaret iba a llevar la cuenta de cada gesto de cariño para luego usarlo en su contra, Soojin prefería que no tuviera ninguna paciencia.

Ante el silencio de Soojin, Margaret exhaló con fuerza. Sin decir nada más, metió la mano en el delantal, sacó una libreta de pedidos y se la lanzó contra el pecho antes de salir hecha una furia.

A su alrededor, la cocina bullía. El beicon chisporroteaba manchando las paredes de grasa y los cocineros gritaban los pedidos y tocaban la campana porque las camareras no respondían a tiempo. Un caos que, en ese momento, Soojin no se sentía capaz de afrontar. Sostuvo la libreta contra la frente y se obligó a no romper a llorar, hasta que recuperó la compostura. Cuatro horas. Solo tenía que aguantar cuatro horas.

Volvió al comedor como si fuera a la guerra y, desafortunadamente, su primer cliente fue uno de los habituales que menos le gustaba.

—¿Una noche dura? —preguntó Joe Silas arqueando una ceja mientras Soojin se acercaba con desgana a su lugar en la barra. No había en su voz un tono de broma cariñosa. Se estaba burlando de ella; seguramente olía el alcohol aún a medio metabolizar que exudaba su piel.

Silas, jefe de policía de Jade Acre desde que Soojin recordaba, siempre había tenido una especie de animadversión hacia ella. Quizá ella misma la había provocado con su eficiencia fría, cuando se negaba a quedarse charlando en las mesas como esperaban los

vecinos del pueblo. «Conseguirías mejores propinas si sonrieras de vez en cuando, jovencita», le dijo una vez, mientras apuntaba su habitual diez por ciento. Pero su antipatía venía de antes y parecía extrañamente personal. Racismo, supuso.

—No, señor —respondió sirviéndole el café y dejando un par de sobres de sacarina sobre la mesa. No necesitaba tomarle nota. Siempre pedía lo mismo, un revuelto a la californiana sin aguacate. Café negro con sacarina. Y tarta de lima de postre si estaba en plan caprichoso.

Lo vio echar los dos sobres de sacarina en el café y removerlos con el cuchillo de la mantequilla. Tomó un sorbo, arrugó la basura —los sobres usados, una servilleta manchada, un recibo— y se la puso a ella en la mano.

—No dejes que te pille metida en líos, Sue-Jean. —Siempre pronunciaba así su nombre, aunque ella llevaba años corrigiéndole. Si acaso, con el tiempo, el acento había ido a más—. ¿Me oyes?

A pesar de la advertencia, Soojin estaba segura de que a él le encantaría eso, pillarla metida en problemas. Todavía recordaba la cara de satisfacción que tenía cuando acompañó a Mirae a casa, después de que la sorprendieran bebiendo con unos compañeros, el verano pasado. Su padre tuvo que pagar una multa y Mirae estuvo castigada un mes. Pero bastaba decir que la dedicación de Silas para mantener a los jóvenes a raya dependía mucho de quiénes fueran sus padres. Todo el mundo sabía que Bentley llevaba petaca, pero a él nunca le había dicho nada.

Se le formó una imagen en la cabeza en la que le devolvía la basura a Silas tirándosela a la cara, pero apretó los dientes, asintió con rigidez y se alejó con paso firme.

El resto del turno fue como un borrón al que Soojin sobrevivió de milagro. En dos ocasiones tuvo que salir corriendo al baño para vomitar. Olvidó pedidos, llevó platos a mesas equivocadas y, por error, cargó mil dólares en la tarjeta de alguien por un pedido de diez, dejándole la cuenta congelada temporalmente. Cuando más tarde se le rompió una cafetera en el fregadero y se cortó la palma

de la mano, se sentía ya disociada y entumecida. Ni siquiera se dio cuenta hasta que un cliente, con los ojos muy abiertos, señaló las gotas de sangre que iba dejando tras de sí al ir a tomarle nota.

Una vez que la avalancha terminó y el restaurante volvió a un ritmo manejable, a Soojin le dolía la cabeza y sus compañeras estaban furiosas.

—Vete a casa —dijo Margaret con gesto férreo.

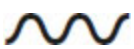
Soojin miró el reloj.

—Pero si solo son las…

—Que te vayas a casa.

Las demás camareras se dieron la vuelta de forma notoria y se pusieron a rellenar cafeteras o a rascarse la suciedad de debajo de las uñas con la esquina de las libretas. Una lenta humillación le calentó las mejillas. Nadie la quería allí. Su presencia era una carga.

Soojin fichó y se marchó.



En un intento de despejarse, decidió dar un rodeo antes de volver a casa. Mientras aparcaba, pensó que un paseo por el centro la animaría.

Jade Acre, como muchos destinos turísticos, tenía dos caras distintas; la que veías dependía en buena medida de quién fueras y cuándo llegases.

En verano, Jade Acre era pura alegría y espectáculo, enclavada en un paisaje tan bonito que irradiaba magia por el simple hecho de existir. El centro bullía con turistas que llenaban las tiendas de velas artesanales o miel local. Durante esas temporadas, su pueblo casi completamente blanco parecía cosmopolita. Venían visitantes de todas partes y durante unos meses podías oír por la calle todos los idiomas y acentos. Siempre había una sensación de abundancia, desde las raciones generosas en los restaurantes hasta los helados de cucurucho tan altos que se inclinaban. Los lugareños te atendían,

te recibían y limpiaban lo que habías ensuciado, siempre con una amplia sonrisa.

Y luego, claro, estaba la cara real del pueblo. Cuando el calor se iba de la costa y caía la niebla, los turistas se marchaban todos a la vez, dejando a los habitantes locales en sus tiendas y hostales silenciosos.

Esta era la versión que Soojin veía ahora caminando por la adormecida calle principal. Aparte de unos pocos compradores despistados y un grupo de jubilados charlando en un banco, reinaba el silencio. Las coloridas tiendas estaban vacías y los dependientes, aburridos, tecleaban en sus móviles.

No era tanto un pueblo en decadencia como un lugar en pausa, estancado hasta la próxima temporada turística. Soojin nunca se había fijado realmente en ello cuando era más joven: la sensación palpable de desánimo durante la temporada baja, cuando la gente se apretaba el cinturón, y cómo eso podía volver a los lugareños ásperos y chismosos en un intento amargo de ahuyentar el aburrimiento.

Pero, Dios, ella seguía adorando este sitio. A Soojin le encantaban las apretadas filas de edificios de aire italiano con sus cornisas talladas y ornamentadas, el modo en que sus formas cuadradas hacían que la calle principal pareciera una hilera de dientes pintados de colores vivos. Le encantaban las guirnaldas de luces que llenaban los perales con un brillo rutilante y los bancos dedicados a vecinos fallecidos hacía ya tiempo.

Pero, sobre todo, le encantaban los recuerdos. Que gran parte del pintoresco centro del pueblo se hubiera mantenido igual, como una fotografía, le permitía imaginar a su familia donde ya no podía estar. Su madre escogiendo las mejores manzanas de los barriles de fuera de la tienda. Ella y Mirae, de pequeñas, corriendo a la tienda de golosinas con un puñado de monedas y saliendo con una bolsa de láminas caseras de chocolate y menta.

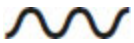
Soojin sacó los trece dólares con cuatro céntimos que había conseguido en la cafetería y levantó la vista hacia la tienda de

golosinas que estaba al otro lado de la calle. Entró, saludó a la anciana dependienta, que ahora siempre la miraba con ojos tristes, y salió con una bolsa de láminas de chocolate.

En la fría tarde otoñal, Soojin abrió la bolsa de papel, sacó una lámina y la partió por la mitad. Recordaba cómo Mirae y ella solían pelearse en broma por el trozo más grande, pero Mirae siempre terminaba con el más pequeño. Las hermanas se sentaban bajo la sombra del peral para dejar que el chocolate se les fundiera en la lengua, riendo por nada en especial.

Hoy, Soojin estaba sola mientras se dejaba el chocolate en la boca. Al principio no notó más que un frescor intenso y potente, que luego cedió a las notas amargas del chocolate. Un dulzor persistente, algo terroso. Esperó el placer, pero su paladar había cambiado y ya no le sabía bien.

Se quedó allí un rato más, con el chocolate derritiéndosele en el calor del regazo, mirando hacia las ramas del peral. Las hojas ya estaban doradas y se soltaban, girando lentamente en su caída hacia la tierra.



La casa estaba en silencio cuando Soojin llegó. No tenía más que un mensaje de texto reciente de su padre: «Salí temprano para Bragg Hills. Por favor, pórtate bien». Como si ella supiera cómo se hacía eso. Pero podía intentarlo. Podía desempeñar el papel de hija ejemplar.

Soojin contestó: «Lo haré. Que tengas una buena semana».

Entró en la habitación de su padre y dobló las mantas con cuidado; luego remetió el edredón bien ajustado, tal y como él le había enseñado a hacer para el hostal.

Puso una lavadora. Barrió el suelo. Podó el jardín con saña. En las cabañas de alquiler, barrió las telarañas de los toldos y sacudió con fuerza las mantas polvorientas. Terminado ese frenesí de tareas, regresó a la casa principal y se quedó mirando la pared con estupor,

sintiendo un peso extraño en el pecho hasta que un estornino chocó contra la ventana del norte y cayó muerto en el jardín. Observó sus plumas, con el brillo exacto de un vertido de petróleo y el ángulo antinatural de su cuello, y no lo enterró.

Llegó la hora dorada, luego el ocaso. Mark llevaba todo el día enviándole mensajes. Breves y ansiosos: «Pasaré más tarde después del trabajo, ¿vale? Te sentirás mejor si hablas con alguien». Ella los dejó en visto y fue a la cocina a prepararse una cena sencilla de arroz blanco con té de cebada. A su alrededor, el silencio de la casa se expandía y luego se liberaba, como alguien respirando.

Cuando el sol bajó y sumió la cocina en penumbra, no encendió la luz, cenó casi a oscuras porque en esa oscuridad podía recordar la mesa de otras épocas, con una barbacoa portátil de queroseno en el centro y los cuatro, su familia, agrupados alrededor. Su padre, asando panceta de cerdo con la seriedad de quien hace la declaración de la renta, mientras su madre, de forma caótica, le iba dando rollos de lechuga con más guindillas de las que podía aguantar. La risa tranquila de Mirae cuando el rostro de su padre se ponía rojo. La televisión encendida de fondo a la vez que cuatro cucharas rascaban cuatro cuencos. Fue ruidoso, completo y feliz hasta que Soojin terminó de cenar y encendió la luz.

La delicada arquitectura de su imaginación la abandonó de golpe. Estaba sola en la cocina y las lágrimas le recorrían la cara. ¿Cuándo había empezado a llorar?

«Contrólate», pensó Soojin secándose las mejillas. Todavía quedaba trabajo. Los platos del fregadero. Se puso manos a la obra, abrió el grifo de agua caliente al máximo y cogió el primer cuenco. Gritó en cuanto el agua hirviendo le tocó la mano.

Estaba sangrando otra vez. El apósito líquido que se había puesto se había disuelto en algún momento del día y la piel estaba abierta e hinchada y sangraba. Un dolor agudo y palpitante. Presionó el dedo contra la herida.

—Papá —llamó. La sangre caía en un bol y dibujaba una estela de rojo vivo sobre el agua jabonosa. Su voz resonó hasta las vigas

de la cocina mientras cerraba el grifo y esperaba que unos pasos aparecieran doblando la esquina con el botiquín en la mano. Y entonces recordó. «Se ha ido».

Una sensación fría le subió por el pecho. Fue al baño, buscó el botiquín detrás del espejo. La herida era larga, aunque no muy profunda, desde la base del pulgar hasta la esquina de la línea de la vida. Pero picaba al limpiarse la sangre y aplicar la capa de apósito líquido; el alcohol le abrasaba la carne expuesta. Esperó a que los polímeros sellaran la herida, pero no lo hicieron. Sangraba demasiado; el líquido se escapaba y le goteaba, aguado y astringente, por la palma.

—Mierda —musitó Soojin para sí—, mierda, joder.

El dolor apenas la molestaba ya, no era más que un latido sordo, pero una arcada le subió por la garganta. De repente pudo poner nombre a esa presión que había ido creciendo en ella durante la tarde. Pavor. Ese iba a ser su año entero: cinco días seguidos regresando a una casa vacía. Mañanas en silencio y cenas en soledad. Y nadie a quien pedir ayuda si la necesitaba.

Su imagen en el espejo estaba sola, con los ojos desorbitados y miedo.

Se sentía como una niña. Lo era y no estaba preparada para todo esto.

Soojin se apartó del espejo del baño con una furiosa patada en el suelo. El teléfono volvió a sonarle en el bolsillo. Lo ignoró, subió a su habitación y se dejó caer sobre el escritorio. Milkis chilló mientras olisqueaba con la naricilla su jaula. Soojin apenas lo oyó. Solo podía pensar en una cosa.

Abrió el cajón, dejando una mancha de sangre en el tirador blanco. El diente brilló cuando lo acercó a la luz. Era tan pequeño, tan insignificante, del tamaño de una semilla de calabaza. Y, sin embargo, era un universo. Podía cambiarlo todo.

Soojin sostuvo el diente de su hermana y alzó la mirada, como buscando guía en un dios, pero no vio más que estrellas. Estrellas apagadas, verdes, de plástico, que no podían brillar sin oscuridad.

Las examinó en busca de respuestas, pero solo oyó la voz de su hermana.

«Esa está en el norte, así que puede ser Polaris. Esa que está a punto de caerse, la que apenas se aguanta —señaló la estrella agarrada por un hilo de adhesivo—, esa la voy a llamar como tú, Soo. Venga, no te pongas triste. Lo arreglaremos por la mañana».

Arreglarlo. Sí. Soojin podía arreglarlo. El rugido en sus oídos subió como una marea mientras los pies la llevaban fuera de su habitación, la bajaban por la escalera de su casa vacía y la hacían salir por la puerta. Y ahí estaba, un futuro diseñado por ella, lanzándose hacia ella. Un futuro mejor. Suyo. Solo tenía que enterrar primero su presente.



El cielo aquella noche estaba inusualmente claro y repleto de estrellas que refulgían como escamas de pez bajo la luz brillante de un acuario. La respiración de Soojin mientras cavaba se convertía en pequeños fantasmas en el ambiente helado. Cuando terminó, el aire olía agradablemente a tierra, cargado de posibilidades. Dejó caer el diente en el hueco húmedo de la tierra, lo cubrió con la pala y se arrodilló.

La sensación era distinta a la que había tenido la noche en que revivió a Milkis. Entonces estaba insegura, con miedo a no lograrlo. Pero hoy sentía una certeza perfecta y tranquila. No había una forma de avanzar que no fuera con su hermana y por eso sabía que no podía fracasar. ¿Por qué motivo iba a heredar su familia semejante don si no era para salvarla justo en este momento?

—Haré que vuelvas a casa, Mirae. ¿De acuerdo? —Soojin respiró. El bosque se quedó en silencio de repente, como si

escuchara. Metió las manos en la tierra, abrazando el diente de leche—. Ven a mi encuentro.

La magia llegó con suavidad. La noche se volvió dulce y cálida y cedió a una versión más amable de sí misma. Entonces Soojin la sintió tomar forma en sus dedos. Un cosquilleo tenue. La tierra se humedeció y luego se agrupó en algo maleable. Un órgano. Percibió la humedad inerte hasta que empezó a palpitar lentamente. Un corazón. Tenía que serlo. Lo notó latir solitario en el barro antes de que las arterias comenzaran a surgir de él ramificándose, creando su propia red de vida en la tierra.

No sintió repulsión. Solo ese palpitar acelerado del corazón que acompaña a la anticipación. Pero Soojin no iba a precipitarse. Quería hacer esto bien.

Abrió los ojos. El mundo le parecía hermoso. Tan vivo. La luna era un fino arco muy brillante en lo alto. Los árboles se mecían con el viento y la tierra bajo sus rodillas se había hinchado y se ondulaba, como algo a punto de nacer que se esfuerza por salir del cálido interior de su madre. El coro de voces zumbaba en su cabeza, pero hoy sonaban apagadas, como abejas tras una pared. «Viva», escuchó, pero era su propia voz esperanzada en su mente. «Vida». La magia parecía tan natural como respirar.

De forma distante, Soojin notó que había comenzado a lloviznar. Las gotas le golpeaban la nuca y los brazos. Pero no podía centrarse en eso ahora, porque el cuerpo se había formado por completo bajo la tierra. Soojin lo sabía porque sentía piel y dos manos que le agarraban las muñecas. Una confirmación: «Estoy aquí. He vuelto a ti. Ahora, levántame».

Soojin se sentía eufórica y liviana. No podía, no podía dejar de sonreír. La tierra se abrió. El zumbido de las voces aumentó, un rugido anónimo de todas las mujeres entre las que había pasado para llegar aquí.

Pero en medio de todo ello, una voz nueva atravesó su euforia.

«Soojin», oyó. La voz de un chico. Pero ¿quién? ¿Y por qué sonaba tan horrorizado?

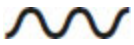
—¡Soojin!

Quiso decirle que no había razón para horrorizarse.

«Ninguna. Porque mira».

«Mira».

«Aquí está».



Mark cayó de rodillas.

—¡Soojin! —jadeó mientras la sacudía por los hombros. Quería gritar para despertarla de aquel hechizo que la tenía con la mirada vidriosa y ausente. Pero no pudo. Respiraba de forma entrecortada y con dificultad. El aire junto a Soojin dolía. Físicamente, pero también por dentro, como una pena devoradora que no era suya y que lo invadía una y otra vez.

Y fue entonces cuando se dio cuenta. Todo estaba marchito. Las ramas bajas y los helechos a su alrededor tenían las puntas marrones, caídas. Un degradado de muerte con una chica en el centro.

—¡Para! —la sacudió otra vez—. Despierta.

Pero Soojin estaba despierta, con los ojos abiertos y fijos. No lograba moverla. Una línea de sangre viscosa le resbalaba por la nariz y murmuraba algo que no pudo entender.

Mark empezó a escuchar un sonido extraño. Un tambor. No, un latido que vibraba en el aire. Un sonido puro e incorpóreo buscando un recipiente.

El suelo se ablandó debajo de ellos, pesado por el olor metálico y penetrante de un alumbramiento. Les engullía las rodillas, las manos. Había un movimiento lento de subida y bajada bajo sus pies, como si la tierra misma respirase. Un brillo blanco resplandecía entre las grietas de la capa superficial.

Soojin volvió a murmurar algo y Mark se acercó para escucharla. Notó su aliento cálido contra el oído. Olía a metal y a algo salado y natal.

—Mira. —Su voz era débil y alegre—. Aquí está.

Sus palabras le clavaron una flecha helada de terror. Miró otra vez la tierra palpitante. Tenían que irse.

Tenían que irse.

—Soojin, vamos, por favor —jadeó. Las hojas empezaron a caerles encima como cientos de caparazones de cigarras, una lluvia muerta. Él le tiró del brazo, sacándoselo de la tierra. Tenía los dedos enredados en delgados zarcillos negros. «Raíces», pensó, hasta que se acercó más y vio que era, en realidad, pelo largo y oscuro. Enroscado alrededor de sus dedos, sobre los nudillos, formándole pulseras negras en las muñecas.

El asco lo inundó al tirar del pelo. No cedía. Más bien parecía enrollarse más, consciente y voraz.

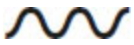
Algo blanco le cayó sobre el brazo y lo interrumpió. Desenredó los dedos del pelo, cogió lo que acababa de caer y lo giró sobre la palma. Estaba húmedo. «¿Granizo?», pensó, antes de que su mente se diera cuenta. No. Era un diente. Un molar pequeño y perfecto, reluciente de saliva y con sangre en la raíz, como recién arrancado. Sin duda, el diente de un niño.

—Jesús —jadeó arrojándolo lejos de sí con pánico. Pero caían más. Golpeaban el suelo como granizo humano, reflejando la luz de la luna en la caída. Su visión se tornó marfil mientras la capa superficial de la tierra finalmente se partía.

Una escápula empezó a asomar entre el barro, luego un cuero cabelludo que empujaba hacia arriba, hacia fuera de la tierra. Pechos, torso, pelo largo y negro. El cuerpo emergió en un torrente de agua subterránea tibia.

Soojin lo llamó, pero el cuerpo no se volvió hacia ella. Algo iba mal. El cuerpo lloraba y las manos sucias recorrían incrédulas su propia longitud. Su piel tenía un tinte gris y estaba tirante sobre la carne hinchada. Varias lesiones sin sangre salpicaban la carne, como si unos animales carroñeros la hubieran mordido y luego dejado a remojo. Una maraña oscura de venas extendía una caligrafía necrótica por toda la columna vertebral. Soojin se apartó de Mark.

«Eso no es tu hermana», pensó él mientras ella se arrastraba hacia el cuerpo, riendo o gimoteando. Mark no podía distinguirlo. La abrazaba, ajena a la hinchazón muerta, a la putrefacción acelerada por el agua. Él se apartó. La tierra se precipitó para recibirlo. Y luego una oscuridad impenetrable.



Las manos de ella se hundieron en el barro. Los susurros:

«Sujeta firme el cuello del pájaro, así, para estrujarlo. Sin dolor. ¿Ves qué rápido? Deja de llorar. Una hija debe aprender a despiezar... Te dije que no debías. Ahora mira en qué te has convertido... Del río. ¡Qué rápido va tras las lluvias! Mañana volveremos con... Una mano de espinas. No puede... Shhh. Ahora está viva... Mirad. Mirad. Hijas mías... Mirad».

Soojin miró.

Su hermana. Su hermana. Su hermana.

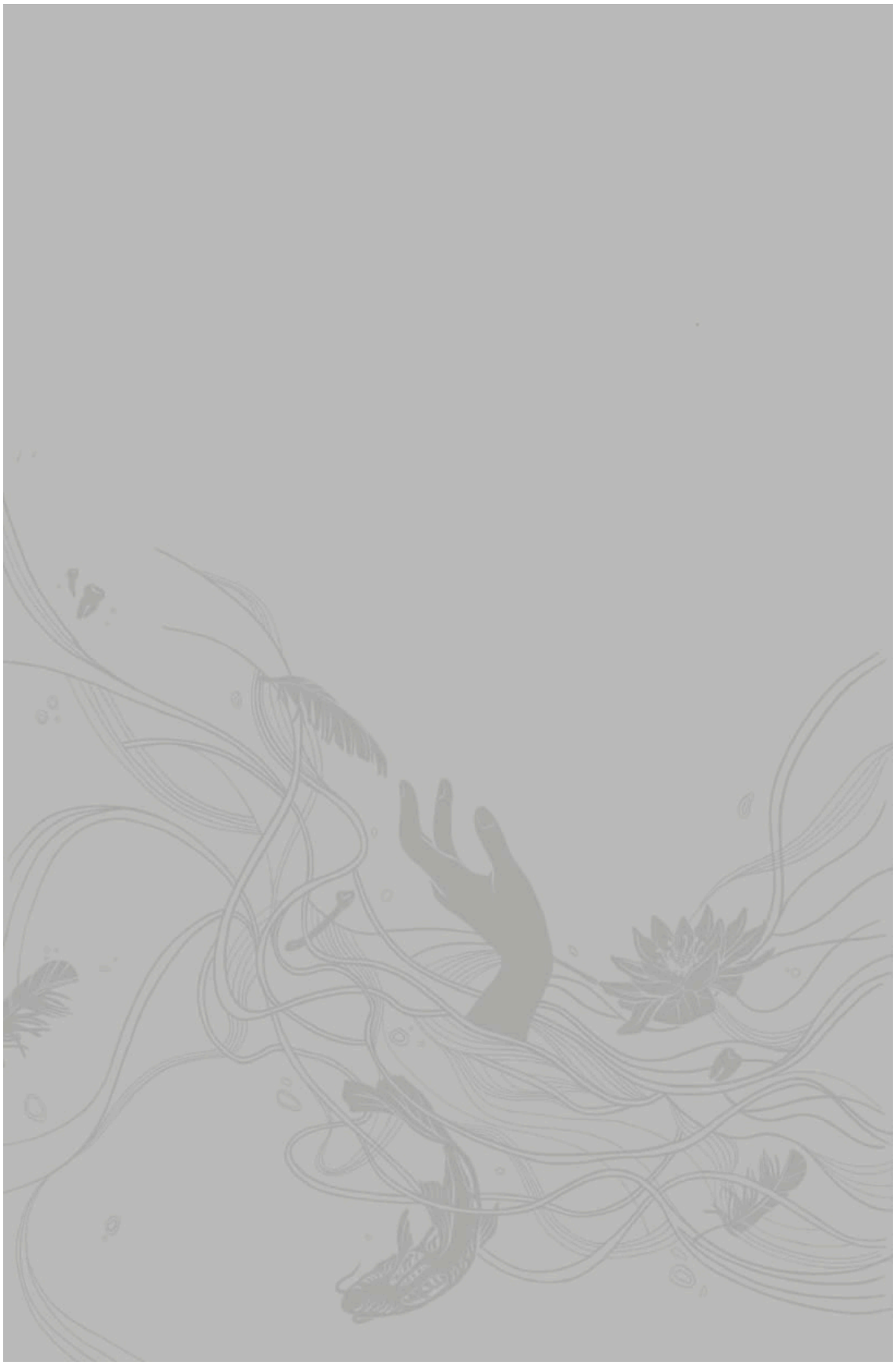
Todo lo demás era ruido.

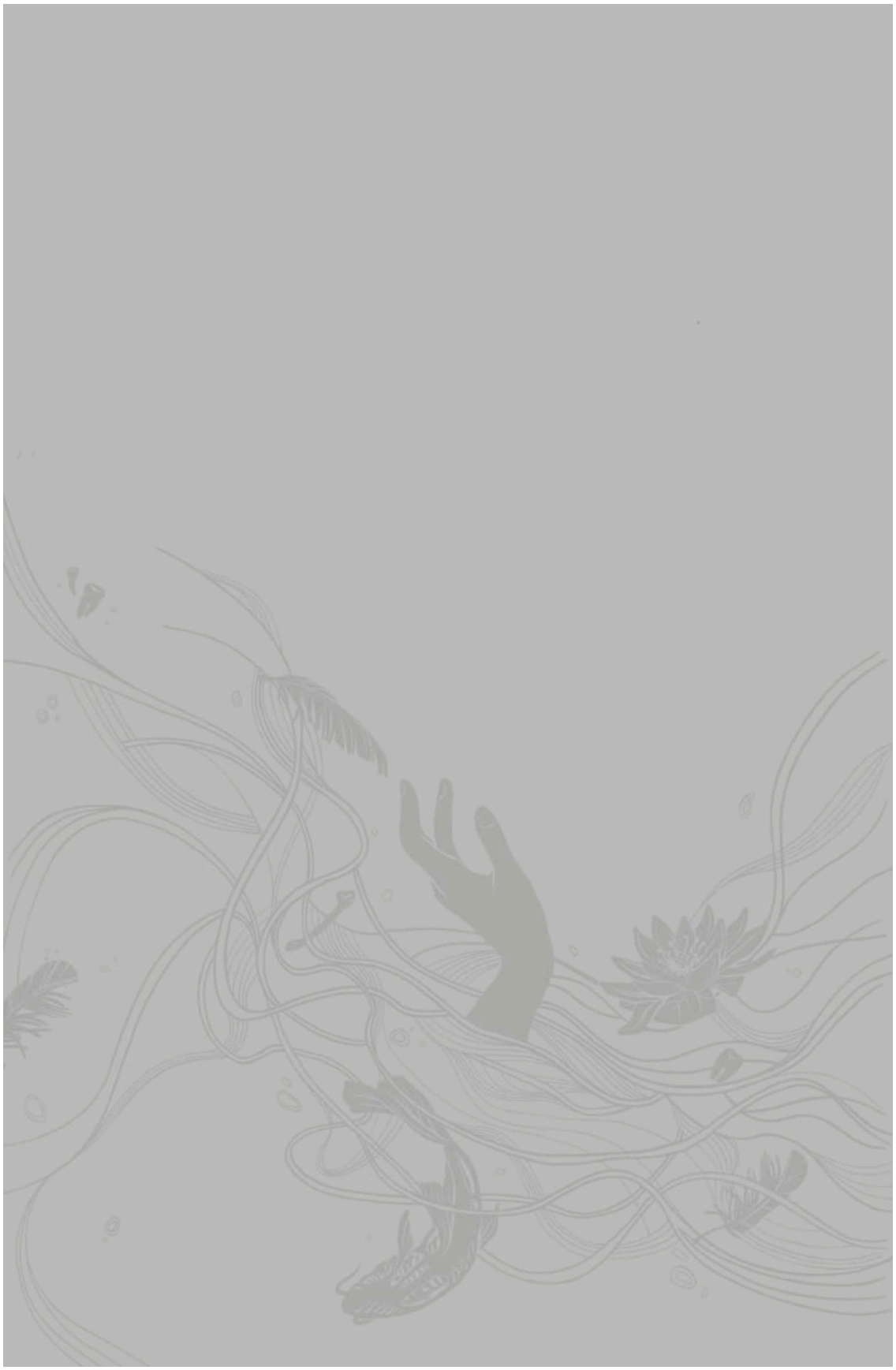
PARTE II



Resucitada

En la prolongada oscuridad, oí tu llamada.
Entre el sueño y el hechizo de huesos,
nadé hacia tu voz.
Las tierras me desgarraban
y vi mi nombre caer como lluvia.
Cuando llegué, la tierra, como la placenta,
resbalaba con mi sangre.
Hermana, estoy aquí,
pues esa ha sido tu voluntad.
Ordéname ahora que despierte.







Alrededor de su décima muerte, la gallina, que solía ser tan dócil, se volvió feroz. Morir le había cambiado la mente, así que, cuando la niña la sacaba de la tierra quebradiza, el ave sabía instintivamente que debía luchar. Sus patas pedaleaban en el aire, los puntos rojos de sus ojos se llenaban de venganza.

En una ocasión, antes de que la niña pudiera romperle el cuello, la gallina chilló tan fuerte que los vecinos del pueblo acudieron alarmados. La pequeña sostuvo el cuerpo débil y estrujado tras ella hasta que, convencidos por la mentira de que se había caído y gritado, todos se dispersaron.

Desde entonces, la niña dejó de sacar a la gallina de la tierra tras resucitarla. En su lugar, cuando sentía que su carne se regeneraba con sus estímulos, reacomodaba las manos y presionaba hacia abajo. Se imaginaba al ave abriendo el pico y aspirando tierra en lugar de aire. Cuando la tierra dejaba de moverse y la gallina se hallaba ahogada en el suelo donde había resucitado, la niña la

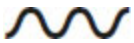
sacaba a la luz del sol. Al cortarle la cabeza para hacer sopa, el interior de la garganta estaba lleno de tierra. Echaba el ave en una olla de agua hirviendo y retiraba raíces, menudillos, cresta y todo lo demás.

Era un bicho flaco, apenas un cartílago, que no ofrecía mucha carne. Pero, aun así, era algo. Las vísceras, ricas en hierro, las reservaban para la matriarca, postrada en la cama. Los pequeños chupaban el suave cartílago de las patas y mordisqueaban bien cada garra para sacar los hilos de músculo que le daban forma. Ningún alimento en época de abundancia habría sabido tan bien.

—Lo siento mucho, sin ti moriríamos —le decía la niña después, cuando labraba la tierra y hacía espacio para un ala amputada mientras la luz de la luna iluminaba las plumas ensangrentadas. Las manos le temblaban al enterrarla. Los moratones brotaban en sus palmas blancas; el cuerpo desfallecía por el esfuerzo de mantener a su familia alimentada.

—Un día te dejaré ir —prometió.

Y después, las violentas sacudidas de siempre.



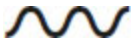
El mundo la recibió con una náusea. Lodo en la boca y algo que se retorcía en el nuevo conducto de su garganta, como un parásito de río buscando camino para hundirse más profundo. Abrió la boca, metió los dedos hasta el fondo y presionó hasta que sus reflejos se activaron violentamente. No vomitó, solo salió un chorro de agua fría que le cayó por los muslos desnudos. Restos de piedra y algas y una pequeña camada de larvas de caballito del diablo que se retorcían con fuerza por la súbita salida a tierra.

Sus branquias se esforzaban y los estrechos cuerpecitos temblaban en el aire buscando cómo volver al agua. Ella observó las larvas un rato antes de volver el rostro en dirección al pueblo. No era visible a esa distancia, pero estaba ahí. Más allá de los árboles y los caminos secundarios serpenteantes. Esperando. Sintió una

creciente molestia fría y volvió a fijar la atención en los insectos de su muslo. Uno ya había muerto, encorvado sobre sus patas temblorosas. Los demás seguían arrastrándose y los brotes de las alas en el tórax se movían de un lado a otro en una imitación inútil del vuelo.

Si hubieran sido mayores, si hubieran podido transformarse en los caballitos del diablo que hubieran llegado a ser con el tiempo, podrían haber sobrevivido a esto. Podrían haber desplegado sus nuevas alas y haberse transportado a otro lugar. Pero al ser expulsadas del río demasiado pronto, habían llegado a su fin.

Los vio aspirar aire con unas branquias donde solo debería haber agua. «Misericordia», pensó, aplastándolos con la palma de la mano. Sus cuerpos le dejaron una mancha de pulpa en el muslo.



Soojin despertó con el aullido lejano de unos coyotes. Una luz mortecina parpadeaba a su lado y trató de apartarse de ella encogiéndose y poniéndose un brazo somnoliento sobre los ojos. No recordaba nada.

Ni el origen de aquel dolor de cabeza que le castigaba la base del cráneo. Ni el sabor agrio en la boca, ni por qué estaba en el bosque, cubierta de hojas secas. Era septiembre. Demasiado pronto para que los árboles se desnudaran. Entonces, ¿por qué…?

Las imágenes la inundaron de golpe. Se adentraba en el bosque, oscuro como la pez, con su camino iluminado por el farol que sostenía. Llegaba al claro y cavaba a cuatro patas. Un diente de leche en la tierra. Una extraña euforia ingrávida. Todo lo que vino después era borroso, apenas leves trazos de los ojos de Mark, brillantes de horror. Y entonces…

Se incorporó con esfuerzo y buscó alrededor con desesperación. Lo primero que vio fue su farol de acampada. La bombilla moribunda palpitaba, ensanchando y contrayendo rápidamente el radio de luz, como un iris. Mark estaba a su lado, pálido y con mal aspecto.

Cuando la luz se intensificó, pudo ver una hendidura poco profunda en el suelo, vacía salvo por un charco de agua turbia en el fondo. Olía raro. A sal, a hierro y a algo dulcemente pútrido, como higos pasados. Más allá…, solo oscuridad.

—Mirae —llamó, con la voz áspera por el sueño y el frío. Lo intentó de nuevo y su voz resonó en la perfecta quietud del claro.

Silencio. Ni un solo animal o insecto agitaba la maleza. ¿Se lo había imaginado? Su hermana saliendo beatífica de la tierra, quitándose las hojas del pelo con largos dedos pálidos. Soojin la había abrazado. No recordaba nada de lo que sucedió después.

Sus manos estaban frías y ardientes a la vez. Tenían un aspecto extraño, arrugadas, como si hubieran estado sumergidas en agua mucho tiempo. Entre los dedos había mechones de pelo liso y negro, muy parecido al suyo.

Soojin se dobló sobre sí misma, con arcadas secas.

—Dios… —gimió cuando no salió nada. Las lágrimas le quemaban los ojos y presionó los nudillos ásperos contra los párpados para mantenerlas ahí. Llorar haría que el fracaso fuera real. Se mecía de rodillas, murmurando—: Dios. Dios. Maldita sea.

Unas manos cálidas se apoyaron en ella y le dieron unas palmaditas en la nuca. Mark se había despertado.

Pero no. Las manos de Mark estaban encallecidas por la jardinería y el trabajo manual. Estas eran suaves.

—¿Dios? ¿Has cedido ante las monsergas de papá y has decidido creer otra vez? Seguro que está encantado.

Soojin se apartó las manos de los ojos. Durante un instante suspendido, sintió la nada, la mente en blanco por la incredulidad. Y entonces vino todo de golpe. Esa voz. ¡Esa voz! La impresión la envolvió de tal manera que al principio le pareció miedo, pues le erizó el vello de la nuca. Un instinto primario de huir de lo desconocido, hasta que recordó que no era lo desconocido en absoluto. Era…

La presencia a su espalda se apartó.

Soojin echó un brazo hacia atrás para agarrarle una mano, ante el temor de que su dueña desapareciera, y se volvió.

Una chica desnuda estaba agazapada detrás de ella; el largo pelo oscuro le caía en marañas sobre el pecho. A pesar del frío que hacía, ella no parecía tenerlo. Soojin notó que había intentado limpiarse lo mejor posible, pero la tierra seguía pegada a su piel en manchas ásperas. Bajo la suciedad, esa piel era increíblemente inmaculada. Como la de una muñeca. Una piel que aún no había vivido.

Mirae.

El entorno de Soojin dejó de existir de golpe. No podía ver nada salvo a su hermana, mientras los bordes de la visión se le iban emborronando, como en un sueño.

—Dios mío… —susurró Soojin.

—Hola, tú —dijo Mirae, sonriendo con timidez—. ¿Me prestas tu abrigo?

En su asombro, Soojin no había reparado en la desnudez de su hermana. Se peleó con los botones.

—Oh, mierda. ¡Claro!

Le tendió el abrigo a su hermana, que lo tomó y, antes de ponérselo, le dio un golpecito cariñoso en la nariz.

—Tienes un aspecto horrible —dijo abrochándose el abrigo sobre el cuerpo desnudo.

Desconcertada por lo mundano del intercambio, Soojin se secó la cara. El puño de su jersey volvió con costras de sangre seca y tierra. Recordaba vagamente el sabor a hierro caliente y que no podía sacar las manos de la tierra para detener su sangrado de nariz. Cuando Mirae terminó de vestirse, se arrodilló y apoyó una mano en la frente de Soojin.

Por un momento, Soojin volvió a sentirse una niña, con diez años y febril, cuando una Mirae de once la cuidaba. Algún día de enfermedad que apenas recordaba. El suave zumbido de un humidificador junto a la cama. Una mano pequeña en su frente. «Creo que está bajando. Ya has pasado lo peor».

—¿Cómo estás? —preguntó Mirae, con la preocupación marcada en el rostro. Aunque la pregunta era imprecisa, Soojin comprendió lo que en realidad quería decir. Su hermana estaba pensando en las historias que su madre les contaba. Las advertencias. Pero las manos de Mirae estaban cálidas y firmes y Soojin se sentía mejor que bien. Podía pasar cualquier cosa en el mundo y no importaría.

—Bueno, al menos no tienes fiebre —dijo Mirae antes de reparar en algo que le llenó la cara de una nueva inquietud—. ¡Tu mano! —exclamó, levantando la izquierda de Soojin.

El corte que se había hecho al romper la cafetera en el trabajo seguía abierto y, en algún momento mientras cavaba, se había ensanchado. La arena y la tierra se habían incrustado en la herida y formaban una costra que detenía la sangre. A Soojin apenas le dolía, porque su hermana estaba viva. ¡Viva! En carne y hueso.

Mirae apenas tuvo tiempo de prepararse antes de que Soojin se lanzara contra ella, con tal fuerza que casi se cayeron, para abrazarla. Como si temiera que Mirae pudiera desaparecer en cualquier momento. Sin poder emitir nada más que gimoteos: el resto de su lenguaje lo había absorbido la incredulidad.

—Shhh, está bien —murmuró Mirae, acariciándole el pelo—. Estoy aquí. Deja de llorar.

Solo entonces reparó Soojin en su llanto. Estaba hecha un desastre de lágrimas, sangre y tierra. Se echó a reír y se frotó la cara en un intento de adecentarse un poco. Nunca había sido tan feliz. No importaba que la magia la hubiese dejado apagada y débil. Era tan feliz que podría morir, pensó... Justo cuando unas manos la arrancaron con violencia de su hermana.

Antes de que pudiera decir una palabra, alguien la alzó bruscamente. Mark, por fin despierto, la sujetaba con los ojos muy abiertos y las pupilas dilatadas. Para cuando logró reponerse de la sorpresa, él ya había cogido el farol y ambos estaban fuera del claro y corrían por el bosque. La luz oscilante rebotaba en los troncos haciendo que el mundo pareciera una animación a saltos.

—Espera. —Soojin tropezó con una raíz y cayó de rodillas. Mark la levantó y la obligó a seguir corriendo a trompicones. Le estaba haciendo daño—. ¡Espera!

Parecía no escucharla mientras avanzaba a toda velocidad hacia su casa. Algunos árboles aún conservaban hojas, a salvo por su distancia de la zona de resurrección. Un pájaro de aspecto enfermizo los observaba desde lo alto, arrancándose plumas de las alas raídas con movimientos bruscos.

—Rápido —insistió él.

Ella se plantó y se soltó de su agarre.

—¡¿Qué te pasa?! —espetó ella. Su voz rebotó en el bosque y la frase se astilló contra los troncos devolviéndole fragmentos. «¡¿Qué… qué… qué!?». El pájaro enfermizo que seguía sobre ellos alzó un vuelo torpe y desigual.

Mark giró sobre los talones y la miró como si le hubiese salido un tercer brazo.

—¿Qué quieres decir con que qué me pasa? ¡Estoy intentando salvarte!

—¿Salvarme? ¿De qué? ¿De mi hermana?

—Esa no es tu hermana, Soojin. ¿Es que no la has visto?

El farol chisporroteó y se apagó, sumiéndolo todo en una oscuridad que amplificaba los sonidos: sus respiraciones, el aullido de un coyote en algún punto al este, una ramita partiéndose como un hueso de pollo pisado. De nuevo, una inquietud silenciosa empezó a abrirse paso en Soojin, hasta que Mark golpeó sin querer el farol con la rodilla y este volvió a encenderse con un chisporroteo.

—Claro que la he visto —dijo Soojin—. ¡Si la he resucitado yo! ¿Qué te pasa?

Mark abrió la boca para hablar, pero se quedó inmóvil al oír pasos que se acercaban. La alfombra de hojas muertas pisoteadas sonaba como lluvia mientras Mirae emergía de entre los árboles y entraba en la luz. Descalza, despeinada y preciosa.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó. A pesar de que él la había apartado con brusquedad antes, no parecía enfadada—. Si

seguís discutiendo así, vais a alertar a todo el pueblo.

Los brazos de Mark cayeron a los lados, inertes, mientras observaba a la chica. Parpadeó varias veces, luego apretó las manos contra los ojos. Cuando por fin las bajó, su mirada parecía perdida.

Mark se quedó un rato paralizado antes de hablar.

—Yo… no…, yo… —Se estremeció cuando Mirae le tocó el hombro. Ella retiró la mano—. No lo entiendo —terminó.

—¿Qué no entiendes? ¿Que has empujado a mi hermana y me has arrastrado por medio bosque?

Mirae se interpuso entre ambos.

—Soo, déjalo tranquilo. Está en *shock*.

Soojin suspiró y dio un paso atrás para evaluarlo. Mark parecía, en efecto, conmocionado; sus grandes ojos castaños se veían a la vez desbordados y vacíos. Pero había algo más. Un hilo tenso de terror animal que le erizó la nuca. Él seguía negando lentamente con la cabeza.

—No, sé lo que he visto —murmuró—. No tenías buen aspecto.

—Claro que no lo tenía, estaba cubierta de barro —rio Mirae—. Todavía lo estoy. —Se frotó el cuello.

—Estabas llorando —insistió él—. Te tocabas el cuerpo y llorabas.

Mirae ladeó la cabeza. Luego habló con cuidado, como si tratara de apaciguar a un niño.

—Eso no ha pasado.

—No —corroboró Soojin, al recordar el breve instante entre la resurrección y la inconsciencia: su hermana quitándose hojas del pelo, riendo, abriendo los brazos para abrazarla—. Lo has soñado.

—Pero yo… —Dirigió la vista hacia Mirae. La miró de verdad, como si intentara superponerle otra imagen distinta y fracasara en el intento. Finalmente, se encogió sobre sí, y Soojin no supo si era por derrota o por alivio. Cuando habló de nuevo, su voz ya no sonaba acusatoria, sino cargada de duda—. Supongo que ha debido de ser eso. Joder, no sé qué decir.

—Puedes disculparte —dijo Mirae.

—Eh…, ¿perdón?

—Disculpa aceptada —respondió ella con ligereza—. Ahora, ¿podemos irnos a casa? Estamos asquerosas. Y, además, estoy superdesnuda y me encantaría dejar de estarlo.

El rubor subió por el cuello de Mark, como si solo entonces cayera en la cuenta de que ella no llevaba más que un abrigo que apenas le cubría las caderas.

En el camino de vuelta, con Mirae y Mark sosteniendo a Soojin entre ambos, los árboles pasaron de su desnudez invernal a un septiembre en tecnicolor. Todo eran tonos bruñidos. Soojin ni siquiera había notado lo silencioso que estaba el claro muerto hasta que dejaron atrás su borde gris. Las hojas crujían al viento y los pájaros nocturnos cantaban desde las ramas que se recortaban contra el cielo. El dosel tras ellos se cerró y el parche muerto del bosque desapareció como un secreto.



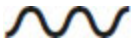
Esa noche, Soojin soñó que se adentraba en un río. El vestido blanco que llevaba se inflaba contra la corriente como una rendición. En las manos sostenía un cuenco de latón lleno hasta el borde de dientes humanos y, desde la orilla, Mark le gritaba con las manos extendidas hacia ella, pero de su boca solo salía el sonido de mil ratas chillando.

Cuando volvió la vista hacia sus manos, el cuenco había desaparecido y del agua brotaba un ejército de manos, todas cerradas en diminutos puños blancos. Los antebrazos, delgados, se mecían como juncos en el agua, y la piel lechosa tenía la misma cualidad espinosa que los tallos del rosal.

Un escalofrío la recorrió mientras avanzaba entre esa legión de brazos blanquecinos, hasta que uno le llamó la atención. A diferencia de los demás, que permanecían apretados, este puño comenzaba a abrirse. Al hacerlo, los dedos se alargaban, se aplanaban y se transformaban en sépalos que rodeaban un racimo de pétalos. Una

flor de loto perfecta, nacida de la palma espinosa y blanca de un ahogado.

«Una mano muerta es una mano de espinas», susurró el sueño. Ella intentó alcanzar esa mano. El río rugió.



Soojin despertó sintiéndose estrangulada. La luz del sol se filtraba a través de las cortinas, moteándole la cara con una claridad suave. E incluso eso le pareció una agresión. Gimió y se cubrió los ojos con la manta… hasta que se acordó.

Casi salió disparada por la fuerza con la que apartó las sábanas. La visión se le blanqueó por la luz y, con las manos orantes sobre el corazón, se armó de valor mientras sus ojos se acostumbraban.

Y ahí estaba su hermana, bañada por completo en la aterciopelada luz del sol. Mirae había quitado la mosquitera de la ancha ventana que daba al camino de entrada. Sentada a horcajadas sobre el alféizar, tarareaba pasándose un peine de púas anchas por el pelo. Iba dejando que el viento se llevase los mechones sueltos, que brillaban azulados bajo el sol antes de desaparecer rumbo al magnolio.

La visión era tan abrasadora en su familiaridad que hizo arder los ojos de Soojin.

—No te vayas a caer —dijo con una voz baja cargada de asombro.

—¡Eh, buenos días! —respondió Mirae apoyando una mano en el marco para girarse hacia su hermana sin caerse al rosal de abajo —. Estabas durmiendo más de lo normal. Empezaba a preocuparme.

—¿Qué hora es? —preguntó Soojin, buscando el despertador. El neón rojo marcaba las 10 a. m.

La noche anterior, después de lavar la sangre y la suciedad, todos se habían zampado una ración descomunal de fideos instantáneos picantes mientras mantenían una conversación alegre y ligera, sobre todo por Mark. Mark, que parecía el más afectado de

los tres y que miraba a Mirae con algo parecido a la incertidumbre, aunque intentaba disimularlo con risas.

Pero cuando él se fue, se abrieron las compuertas. Soojin no estaba segura de haber llorado así nunca, ni siquiera en el funeral. Su hermana la abrazó fuerte y ella gimoteó distintas formas de «te he echado de menos» y «joder, no me lo creo», hasta que la luz anaranjada del amanecer iluminó la ventana.

No era de extrañar que se hubiese quedado dormida hasta tan tarde... Ni que sintiera el cuerpo como si le hubieran arrancado cada hueso y luego se lo hubieran vuelto a poner en su sitio.

—Lo siento. Sé que tenías clase, pero pensé que debías dormir todo lo que pudieras —dijo Mirae. Entró de nuevo en la habitación dejando la mosquitera en su sitio.

«¿Qué más da?», pensó Soojin. El instituto era lo último en lo que pensaba. Voló hacia su hermana y Mirae la atrapó entre risas ahogadas por el suave golpe. Soojin se dejó llevar, apoyando la cara en el pelo de su hermana. Los últimos ocho meses habían sido un sueño extraño. Este era el mundo como debía ser.

Cuando finalmente llegaron a la cocina, estaba hecha un desastre. Una olla sucia seguía en el fregadero, junto con cáscaras de huevo y ocho envoltorios de fideos Shin, que Mirae, Mark y ella habían devorado de una sentada. Soojin aún estaba satisfecha de la cena, pero estaba claro que Mirae había desayunado. Mucho, a juzgar por lo que quedaba. Había desaparecido una barra de pan de masa madre, junto con un gran trozo de *brie* entero. La olla arrocera, llena la noche anterior, estaba ahora medio vacía.

—No me juzgues, estoy comiendo lo que no he comido en los últimos meses. —Mirae le guiñó un ojo y sirvió el arroz que quedaba para las dos, cubriéndolo con huevo, salsa de soja y cebolleta.

Soojin observó a su hermana mientras comían. Sus gestos apenas habían cambiado. La forma en la que se apartaba el pelo entre cucharadas y movía las piernas en el taburete alto. Las mejillas sonrosadas, los ojos brillantes y atentos..., todo en Mirae estaba vivo, completamente vivo. Pero tras haberse pasado toda la noche

hablando, Soojin veía claramente que su hermana aún no estaba recuperada del todo.

En casi todos los aspectos importantes, era la misma. Su memoria era perfecta. Como si simplemente se acabara de despertar de una siesta, recordaba hasta el último detalle del día en que murió. Recordaba que habían desayunado tortitas de arándanos en familia y que su padre había derramado zumo de naranja sobre la encimera, lo que lo había hecho soltar un taco antes de llevarse ambas manos a la boca horrorizado. Cómo se habían reído a carcajadas de aquello.

El tiempo había sido lo suficientemente bueno como para que ella se atara la chaqueta a la cintura cuando salió de casa por última vez.

Y sin embargo, no podía recordar su propio nombre.

Se acordaba de los nombres de todos sus compañeros, pero el suyo se le olvidaba segundos después de escucharlo. Una y otra vez.

—Mirae —llamó Soojin, a modo de prueba. Su hermana untaba yema en el arroz con expresión vacía y fue entonces cuando Soojin supo que el nombre se le escapaba como una gota de agua—. *Unnie* —dijo, la palabra coreana para «hermana mayor».

Ante esto, Mirae levantó la vista.

—¿Sí?

—Te he llamado por tu nombre —dijo Soojin en voz baja y vio cómo la mandíbula de su hermana se tensaba unos segundos—. Sigues sin acordarte, ¿no?

Un movimiento rígido y frustrado de cabeza.

—Acabas de volver. Date tiempo —aconsejó Soojin. Estaba dispuesta a tener paciencia, a tomárselo con calma y a esperar todo lo que Mirae necesitase. Arrancó una página de un cuaderno, escribió el nombre de su hermana en grandes letras curvas, 미래, y se lo puso en la mano—. Es provisional. Hasta que se te quede —añadió cerrando los dedos de Mirae alrededor del papel.

Soojin miró el reloj de la pared. Si no salía pronto, se perdería todo el día de clase. Lo último que quería era que llamaran a su

padre.

—Unnie, tengo que irme —anunció mientras empezaba a preparar la mochila. Cuando estuvo lista, dudó junto a la puerta—. No es que nadie tenga motivo para venir entre semana, pero sabes..., ya sabes que…

—No puedo dejar que me vean —completó Mirae apoyando una mano tranquilizadora en el hombro de Soojin—. Lo sé. Me quedaré cerca de casa y, al primer ruido de alguien, entraré corriendo.

Soojin suspiró agradecida. Encontrarían la manera. La encontrarían. Pero, por ahora, era lo único que podían hacer.

Cuando Soojin se alejó del camino de entrada, Mirae la siguió hasta el jardín, aunque lo hizo, más que nada, para sentir en la cara el sol de otoño. Por el espejo retrovisor, Soojin fue observando cómo la figura de su hermana se hacía más pequeña, con la mano alzada y saludando, hasta que dejaron de verse. En cuanto giró hacia la calle lateral, la echó de menos.

Mientras se alejaba conduciendo, Soojin pensó en la expresión coreana que su madre solía decir al pellizcarles las mejillas: «Podría clavaros en mis ojos y no me dolería». Una ternura violenta. Bajó las ventanillas y dejó que el aire fresco la golpeara.



Soojin llegó a la escuela varias horas tarde, con el pelo recogido de cualquier manera en una coleta torcida y los ojos un poco hinchados. A Mark le sorprendió que hubiese siquiera aparecido. Ella soltó una disculpa rápida al profesor de matemáticas y se deslizó en el asiento contiguo al suyo.

—¿Puedo ver tus apuntes? —susurró, mostrando la mano herida. La misma que Mirae le había lavado y vendado con gasa la noche anterior, cuando habían vuelto del bosque. Ver esos vendajes tan cuidados le removió algo por dentro. Otro recordatorio de que lo que había visto no era un sueño febril. Esos dientes que le llovían sobre la nuca, los filamentos negros de pelo que se retorcían en la tierra como si estuvieran vivos.

»¿Mark? —le susurró, trayéndolo de vuelta a la clase.

—Eh, sí. —Le pasó sus apuntes casi ilegibles. Ella los tomó y empezó a descifrar su letra con ahínco, algo que siempre lograba. Soojin parecía muy normal. Completamente concentrada mientras

copiaba y, luego, atenta cuando acabó y dirigió la vista hacia el profesor, que seguía hablando de polinomios y garabateaba algo en la pizarra que bien podrían haber sido jeroglíficos.

Mark apenas escuchó nada durante la clase. Sus ojos no dejaban de desviarse hacia Soojin, que mordisqueaba la tapa del bolígrafo sin prestarle ninguna atención a él.

Cuando sonó el timbre, se inclinó hacia ella y le preguntó en voz baja:

—¿Cómo estás?

—Bien. Un poco hinchada por toda la sal de ayer, pero bien —respondió con una pequeña risa, metiendo el estuche en la mochila. Estaba tan despreocupada, tan natural... Eso le hacía sentir que estaba loco.

Mark sabía que lo que él había vivido la noche anterior era distinto de lo que Soojin había visto. Estaba seguro de que lo que había salido de la tierra era más una criatura que una chica. Una cosa gris e hinchada que brotó del suelo junto con un chorro de agua caliente y fétida.

Y Soojin se había acercado a eso, viendo solo a su hermana. Le volvía loco no saber cuál de las dos realidades era la verdadera.

—Bueno, nos vemos luego —dijo Soojin, yéndose. A Mark le entró una ansiedad terrible; si ella se alejaba ahora, sería para siempre. Ahora que tenía a su hermana, ¿volvería Soojin a aislarse? Después de los pequeños pasos que habían dado, esa idea era insoportable.

—Espera. Eh... —dijo agarrándole el brazo con timidez. Ella se volvió hacia él—. ¿Puedo ir a tu casa después de clase? —Sentía la mente torpe, como siempre que ella le dedicaba toda su atención—. Es que hoy no he entendido nada de lo que hemos dado y pensé que a lo mejor podías…

—Vale —dijo ella.

No esperaba que aceptara tan rápido. Tropezó con sus propias palabras, soltándolas con un suspiro mientras salían al patio iluminado por una luz aplastante. El día estaba nublado y, de algún

modo, el grueso manto de nubes hacía que todo pareciera saturado y excesivamente brillante.

—Pero primero quiero pasar por la panadería —añadió ella.

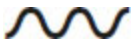
—Claro. ¿Para qué?

Soojin miró alrededor. Estaban solos.

—Nunca llegué a celebrar su cumpleaños —dijo. La luz fría hacía brillar su pelo con reflejos plateados—. Dieciocho años. Parece importante, aunque sea fuera de fecha, ¿no crees?

Había algo en la forma en que sus grandes ojos marrones lo miraban que resultaba suavemente desgarrador. No se había parado a pensar en cómo cada fecha señalada debía de haberla herido desde que Mirae murió. El cumpleaños, las Navidades. Los fines de semana marcados por el silencio donde antes había ruido... Un mechón de pelo le cayó sobre la mejilla y, sin darse cuenta, él fue a apartárselo, pero se detuvo. Hacía demasiado tiempo que no la tocaba con esa familiaridad. Dejó caer la mano.

—Sí —dijo, con una ternura dolorosa a punto de aflorar—. Creo que sí.



Eligieron una tarta sencilla de nata fresca, con fresas glaseadas como decoración, y fueron cada uno en su coche a casa de Soojin. Mark llegó unos minutos después que ella y aparcó, pero vio que Soojin aún no había entrado. Estaba en el camino de acceso, con la caja de la tarta en brazos, mirando hacia arriba.

No se movió cuando él se detuvo a su lado y su expresión era tremendamente intensa. Él siguió su mirada. Se había posado en la ventana de su habitación. La luz estaba encendida y la cortina de encaje se movía revelando a alguien dentro. En ese momento, Mark comprendió que, probablemente, era la primera vez en meses que volvía a casa y encontraba la habitación iluminada. Alguien tumbado en la cama de enfrente, listo para darle la bienvenida.

—Esto es real —dijo ella en voz baja. Solo para sí misma. Luego, como buscando confirmación, se volvió hacia él—. ¿Es real?

De repente, sus dudas de la noche anterior y de esa mañana en clase parecieron insignificantes. No importaba. No si Soojin estaba allí, casi llorando ante la simple visión de una ventana iluminada con la promesa de una hermana esperándola. Debía de sentirse como si hubiera salido de una larga pesadilla y estuviera de nuevo al borde de su propia vida. Él quería llevarla allí. De vuelta a la felicidad.

—Vamos. La tarta no se va a cortar sola —dijo Mark, ofreciéndole el brazo. Para su sorpresa, ella sonrió, enlazó ese brazo con el suyo y lo arrastró hacia la puerta.

Dentro, la casa estaba cálida y olía mucho a comida. Sonaba música ambiental en el salón. Mirae, con un delantal manchado de grasa, asomó la cabeza desde la cocina.

—Bienvenida a casa —dijo antes de sonreírle a Mark—. ¡Hola, tú!

Soojin dejó la caja sobre la isla de la cocina y siguió a su hermana, que estaba sudando frente a los fogones.

—Estoy preparando pollo guisado —dijo Mirae, abriendo la cazuela de hierro. Dentro, los muslos de pollo se cocían a fuego lento con patatas, fideos de soja y una aromática salsa de soja picante con guindillas secas—. ¿Te quedas a cenar, Mark?

—Sí que se queda —respondió Soojin por él mientras arrastraba a Mirae hacia la isla de la cocina—. Vente aquí un rato.

—Pero ¿qué…? ¡Un momento! —se quejó Mirae, agitando unas pinzas cubiertas de salsa que goteaban por todas partes. Pero se estaba riendo. Las dos hermanas lo hacían. Eufóricas y embriagadas por el hecho de estar vivas.

Soojin abrió la caja y sacó la tarta. En algún momento del viaje en coche debía de haberse inclinado, porque un lado estaba hundido, la fresa del centro se había caído y dejado marcas en la nata blanca perfecta. Soojin no se detuvo a preocuparse. Clavó tres velas largas y encendió una cerilla.

—¡Feliz cumpleaños, Unnie! —dijo. Mark se apartó cuando la cazuela de la cocina empezó a chisporrotear y bajó el fuego. Luego apagó las luces y dejó la cocina a oscuras, con la única iluminación de las velas.

En la isla, Mirae estaba en silencio. Luego, sorprendida, dijo:

—Pero mi cumpleaños es en junio.

—Lo sé —respondió Soojin, acercando la tarta a su hermana—. No pude celebrarlo contigo en junio. Pero ahora estás aquí. Así que vamos a celebrarlo.

En la oscuridad, Mark vio la mano de Mirae acercarse a la cara de su hermana con ternura, en un gesto silencioso de agradecimiento. Era una muestra de cariño en la que él no quería interferir con la mirada. Bajó la vista hasta que oyó hablar a Soojin

—Pide un deseo.

Mirae se inclinó y se lo pensó un buen rato antes de soplar las velas. Mark encendió las luces y Soojin le limpió a su hermana un poco de nata de la nariz, lo que derivó en una breve pelea amistosa que acabó con las mejillas de ambas manchadas de crema. Después, no se molestaron en cortar la tarta. Se lanzaron de cabeza con los tenedores, raspando hasta el último resto del bizcocho.

Más tarde, embriagadas por el dulzor y saciadas por la cena, Soojin preguntó a su hermana qué había pedido. Se habían trasladado al salón, donde ahora estaban tumbadas sobre la alfombra de pelo largo, a la vez que Milkis correteaba nerviosa entre ellas.

Mirae no respondió de inmediato y apoyó la barbilla en una mano mientras con la otra hacía cosquillas a Milkis en la barriga. La rata emitía unos ruiditos suaves, como si se estuviera riendo.

Era, sin duda, un momento precioso. Pero en tanto que Mirae pensaba, Mark vio cómo su expresión cambiaba a algo extraño. Una rápida mirada hacia la ventana, llena de nostalgia y amargura al dirigirla hacia fuera. Él sintió esa gravedad, pero, tan rápido como llegó, desapareció. Su hermoso rostro volvió a la calma, iluminado por la luz dorada de la lámpara antigua.

—Si te lo digo —dijo Mirae, sonriente, enroscándose un mechón de pelo en el dedo—, no se cumplirá.



No sabía su nombre, pero sabía que estaba viva. Durante la semana, cuando su padre estaba fuera, los días eran largos y hermosos. Ella y su hermana recorrían los bosques bañados por el sol detrás de su casa para recolectar bardana, achicoria y saúcos tan oscuros como un ojo de pájaro. Horneaban galletas juntas y dormían pegadas, nariz contra nariz y las manos entrelazadas, como cuando eran niñas.

Los fines de semana, cuando su padre regresaba, Soojin la recluía en una de las coquetas cabañitas que alquilaban en verano y ella pasaba el tiempo mirando el lento movimiento del ventilador del techo y recorriendo con las manos la longitud de su nuevo cuerpo. Se acostumbraba de nuevo a su garganta, al pelo, negro y largo, igual que el de su madre. Pero no todo era igual. Sus rodillas ahora estaban intactas. El entramado de marcas y cortes, todas las innumerables cicatrices que le aseguraban que era real, había desaparecido.

Se distraía de esa pérdida de la manera que mejor sabía. Registraba la cabaña en busca de comida a todas horas. Vivir la volvía voraz. Soojin mantenía la cocina bien abastecida, pero nunca era suficiente. Atacaba las cajas de mezcla para tortitas y los tarros de confitura, los pollos rellenos de arroz glutinoso y los dátiles. No dejaba ni los huesos, los rompía con los dientes para sacar la médula esponjosa y cuajada, un hábito que había aprendido de su madre, quien a su vez lo había aprendido de la suya, que venía de un linaje de hambruna. Recordaba las historias de la antepasada que comía médula, igual que ella, antes de devolver un fragmento de hueso a la tierra para que creciera una nueva gallina.

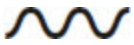
En los momentos de ocio, estudiaba el papel en el que estaba escrito su nombre con letra pulcra 미래. Lo repetía en voz alta una y otra vez, «Mirae», pero solo podía escucharlo por lo que significaba: futuro. No había futuro para las cosas sin nombre. Pero ella no se quedaría sin nombre para siempre. Tenía que creerlo. Guardaba el papel consigo, escondido en el bolsillo como un amuleto.

No tardó en llegar la inquietud. Caminaba de un extremo a otro de los escasos cuarenta metros cuadrados de la cabaña durante horas, pensando en todo lo que había más allá de sus muros, todo lo que anhelaba pero no podía ver. Su padre. Su pueblo. Las calles por las que solía pasear con sus amigas, riendo, con las ventanillas bajadas para que su mano colgara por la ventana del copiloto, rozando el viento.

A veces se arriesgaba y levantaba la esquina de las cortinas para mirar fuera, donde la vista del mundo iluminado por la luna era tan hermosa que le dolía hasta el diente de leche. Observaba la casa donde dormían su padre y su hermana e intentaba visualizarse allí, pero, incluso en sus ensoñaciones, solo se imaginaba a sí misma escabulléndose por las esquinas para que no la vieran.

Una mañana, cuando el padre salió, ella lo observó, aunque sabía que no debía. Él entrecerró los párpados, como si hubiese visto un par de ojos oscuros asomando desde el dobladillo de la cortina. Ella dejó caer la tela y se agachó bajo el cristal, con una

mano sobre los ojos y la otra en el pecho, escuchando cómo sus pasos se alejaban.



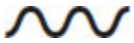
Aunque habían cambiado muchas cosas desde su primera vida, lo que no había cambiado en esta segunda era que mentía. O quizás «mentir» no era la palabra correcta. Se callaba cosas.

Esta fue la primera cosa que ocultó a su hermana: podía emerger de cualquier sitio con agua en su pequeño y tranquilo pueblo. Solo tenía que visualizar el lugar y desearlo. Cuando abría los ojos, podía aparecer allí. Se dio cuenta de que el agua, que una vez la había matado, ahora cedía a su voluntad.

Descubrió esta habilidad accidentalmente, un día, cuando Soojin cenaba con su padre y creía que Mirae estaba segura, encerrada en la cabaña durante el fin de semana. Mientras se bañaba, se quedó dormida, tuvo un sueño inundado y despertó flotando desnuda en la cala del este, donde los abulones se aferraban a las rocas bajo la superficie. Su cuerpo inerte chocaba contra una pared de roca, como un barco amarrado, y su pelo ondeaba alrededor como una vela negra. El cielo aquella noche estaba salpicado de estrellas tan brillantes que le entraron ganas de llorar. No era justo estar apartada del mundo con toda su hiriente maravilla. A pesar de su hermana, volvería a pertenecer a él.

Tan pronto como su padre regresaba el fin de semana y caía la noche, ella se sumergía en un baño frío en la cabaña y viajaba. La mayoría de las veces emergía en lugares mundanos. En una fuente del centro a medianoche. En las piscinas de los vecinos, donde se sumergía hasta los ojos y espiaba el calor de sus casas. Su visión estaba teñida por la luz verdosa de las piscinas mientras las figuras tras las ventanas hablaban, compartían el pan y se tocaban las caras con amor o, a veces, con violencia.

Y cuando llovía —pronto lo descubriría—, podía estar en cualquier parte.



Con la última semana de septiembre, llegó la primera lluvia de su segunda vida.

En su habitación infantil, esperó a que Soojin se durmiera en la cama contigua. Cuando oyó que la respiración de su hermana se volvía profunda, se destapó y se levantó, escuchando cómo la tormenta golpeaba el techo.

Bajó con cuidado, evitando el tercer peldaño desde abajo, que sabía que crujía. Luego salió a la intemperie. Sintió cómo los bordes de la visión se le estrechaban mientras el agua la transportaba a otro lugar, una puerta abierta por la lluvia. Hubo un momento en que fue inmaterial y vaporosa antes de que su cuerpo le fuera devuelto en una reconstitución que le pareció violenta.

Cuando abrió los ojos y se desplegó en el aguacero, estaba en las afueras del pueblo bajo la luz moribunda de una farola. Esta parpadeaba y oscilaba, iluminando el mundo con una luz irregular, como en una animación a saltos. Un Audi negro se encontraba parado bajo el cartel de «Bienvenidos a Jade Acre», que no se había actualizado desde que la población había empezado a disminuir en 2013. Sabía quién estaba en el coche, aunque las ventanas empañadas conferían al interior una opacidad dorada.

«Sentado en el asiento del copiloto, jugueteaba con la radio. Sintonizaron la única emisora que se oía con claridad. Canciones de los 2000 entre anuncios animados de un concesionario en Bragg Hills. Se pasaban un porro, que se iluminaba con cada calada lenta.

»—¿De verdad tienes que llegar tan lejos? —preguntó él. En el maletero, una bolsa de cierre hermético contenía un animal atropellado, una comadreja marrón chocolate que olía a ozono y carne masticada, demasiado fresca para estar podrida.

»—Haría cualquier cosa —respondió ella».

El río vibraba en su mente, omnipresente, llamándola desde el pasado. Lo silenció hasta que solo pudo oír la lluvia y el suave

zumbido de la radio saliendo del coche aparcado. Un sentimiento de anticipación la inundó.

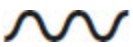
Esta fue la segunda verdad que le ocultó a su hermana: aunque decía que la muerte era un largo dormir sin sueños, ella recordaba.

La noche en que murió, su espalda golpeó el agua, que la tragó hacia su interior antes de que pudiera gritar. La presión en sus oídos crecía y la corriente era tan fría que quemaba. Abrió la boca para jadear, pero solo aspiró río. Morir fue rápido, sus últimos pensamientos, una letanía animal de «maldición, maldición, maldición». Una luz brillante explotó en su visión y luego sintió que se desgarraba. La mente de la materia. El espíritu de la saliva. Su vida se desenrolló y la vio caer río abajo.

«Mi cuerpo», pensó mientras viajaba como aire en busca de su propio cadáver. «Mi cuerpo».

Pero el río no la dejó alejarse mucho del lugar donde había caído. La ató y la desenredó lentamente. Primero le arrancó su nombre y así la reclamó como suya. A kilómetros de distancia, tuvo la conciencia distante de su cuerpo enganchado entre rocas en otro pueblo. Guardado en una morgue. Alzado hacia un horno crematorio.

Se tocó la garganta, sintiendo su pulso vibrante. ¿De qué servía un cuerpo si no era para buscar justicia? Primero iría a por los demás y luego iría a por él, al final. Observó la sombra de su objetivo ondular más allá del cristal empañado. Sobre ellos, la farola parpadeó…



Y se apagó.

—Pueblo de mierda —murmuró Bentley mientras el tramo de carretera al otro lado del cristal del coche se sumergía en la oscuridad. La señal de radio, que había estado fallando, se desvaneció hasta que las voces de los locutores se mezclaron en un siseo anónimo. Ocasionalmente, un par de palabras distinguibles se

elevaban sobre la estática: «Los cuarenta más escuchados… Una nueva llamada...».

Bentley apagó la radio. Ya había estado suficiente tiempo a un lado del camino sin hacer nada en particular. Era diferente no hacer nada estando solo. Hace un año, Mirae y él solían venir hasta aquí, a los límites de la ciudad, lejos de miradas indiscretas, solo para descansar los pies en el salpicadero y escuchar música en este límite entre pueblos que, fuera de la temporada turística, pocos cruzaban. Fue un experimento de amistad que duró casi un año y terminó en ruina.

Al principio, sus interacciones fueron, en el mejor de los casos, antagónicas. Fue culpa de Han Soojin que empezaran mal. Ella tenía nueve años entonces y Mirae, inusualmente madura, tenía diez, y él había compensado la vulnerabilidad de su propia inmadurez de la forma que mejor sabía: con exigencias.

—Ey, tú —le había dicho un día durante el almuerzo—, siéntate aquí. —Palmeó el asiento a su lado. El padre de Bentley siempre murmuraba con visible irritación sobre la familia Han y eso le producía curiosidad, le hacía querer acercarse para ver qué tenían de especial. Pero también tenía motivaciones más simples.

Era nuevo en el pueblo. Después de que su madre muriera por problemas de corazón, su padre la incineró silenciosamente sin funeral, vendió su apartamento en la ciudad y en pocos meses realizó la mudanza con una determinación absoluta.

—Conozco a alguien que puede hacer que todo esto se pase —había dicho su padre. No le dio tiempo de despedirse de sus amigos, de su hogar. Aún dolido por la pérdida de su madre, Bentley se encontró en un banco de plástico rojo en un patio lleno de excrementos de pájaro. Quería que Mirae se sentara con él para no tener que comer solo otra vez.

—¿No me has oído? Te he dicho que vengas.

Mirae se detuvo y dirigió hacia él sus ojos perspicaces. En ese momento hubo una claridad entre ellos y ella vio a través de su fachada. La forma en que él se sentaba solo con su camisa cara en

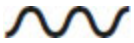
un patio escolar con suelo de corteza triturada y con rayuelas dibujadas a tiza. Él sintió algo parecido al alivio cuando ella se acercó.

Pero Soojin no había aceptado sus órdenes. Se interpuso, quedando frente a Mirae, y soltó algún insulto que Bentley ya no recordaba. Así empezó la primera pelea.

Bentley no se dio cuenta hasta un par de años después de que Soojin ya tenía motivos para odiarlo. La llegada de su familia había sido precedida por la compra de un montón de terrenos vírgenes destinados a un desarrollo que acabaría devastando el negocio de su familia.

¿Cómo acercarse a la hermana mayor con la menor aferrada como una lapa?

Pero entonces llegó la noche en la que por fin encontró a Mirae sola en medio de la carretera, no muy lejos de allí, y casi la atropella con el coche.



Bentley encendió la calefacción y vio la condensación desaparecer lentamente del cristal. Fuera, el viento azotaba los árboles haciendo que las largas sombras temblaran sobre el asfalto como manos alargadas estirándose. Una vez más, sus pensamientos se inclinaron, resignados, hacia el pasado.

Su historia conjunta había empezado diez meses antes de que la viera caer al río. Entonces, él tenía dieciséis años y las madres de ambos estaban muertas. La noche era fría y nublada y, aunque la nieve rara vez cuajaba en Jade Acre, las montañas lejanas tenían las cimas cubiertas de escarcha. No recordaba por qué iba conduciendo por el bosque, solo que iba demasiado rápido, empujado hacia la imprudencia por el aburrimiento. Dio una curva brusca y vio un bulto blanco en el asfalto. Un animal aturdido. Pisó los frenos y los neumáticos chirriaron hasta detenerse a unos metros. El animal no se apartó, no se movió en absoluto.

Solo entonces vio el Toyota detenido en el arcén. No se trataba de un lobo en la carretera, sino de una chica de rodillas que llevaba un abrigo claro.

La ira lo invadió antes que el alivio y salió furioso del coche, cerrando la puerta con fuerza.

—¿Es que quieres que te maten? ¡Casi te atropello, joder! —Su aliento se convirtió en un plumón blanco en el frío. Solo entonces reconoció a la persona a la que gritaba. Han Mirae. Su pelo reflejaba el blanco de las luces delanteras.

—Bueno, felicidades —respondió ella con voz seca, como si no acabara de escapar de ser atropellada. Solo una fina vibración de alarma delataba su adrenalina—. No me has atropellado.

La chica dejó caer apresuradamente lo que tenía en una bolsa de la compra, pero no antes de que Bentley alcanzara a ver la pegajosa y ensangrentada cola cortada de una ardilla. Luego reparó en los demás restos. Cuerpo y hueso triturados por neumáticos. Como una mancha de fruta en el asfalto.

No pudo evitarlo. Se dobló y vomitó mientras ella se alejaba hacia su coche.

—¿Qué diablos estabas haciendo, bicho raro? —gritó él limpiándose el sudor del labio—. Eso es asqueroso. ¡Eh!

Pero ella se había montado en el coche y se fue sin dar explicaciones, dejándolo solo en la oscuridad junto al letrero iluminado de bienvenida a un pueblo que moría lentamente. Un letrero que ahora aparecía en su campo de visión mientras la niebla se disipaba tras las ventanillas. Nada más que una mochila en el asiento del copiloto. Silencio.

Lo intentó con la radio otra vez. El zumbido. Molesto, bajó el volumen, puso el coche en marcha y ajustó el espejo retrovisor.

Por el rabillo del ojo, Bentley creyó ver algo reflejado en la carretera detrás de él. Una forma pálida agachada en el suelo que intentaba retirar carne del pavimento con manos meticulosas. El corazón le dio un salto. Se dio la vuelta a toda velocidad y buscó en la tenue carretera a través del cristal trasero, pero no vio nada.

Esperó a que el pulso se le calmara antes de sacar el coche del arcén y acelerar bajo la lluvia.



Ver a Mirae leer con las piernas apoyadas en el cabecero o vigilar una olla de sopa hacía que Soojin no pudiera creer que algo fuera mal. Ese estado de ánimo se colaba en todos los aspectos de su vida. Era difícil ser hostil cuando estaba tan feliz. En el trabajo le daban más propinas a cuenta de su sonrisa radiante. En el colegio, la gente se le acercaba y, aunque con cautela, ella se lo permitía. Ya no comía sola al mediodía; ahora formaba parte del grupo íntimo de Mark y Jay.

Soojin estaba feliz y no se arrepentía. Pero habían pasado más de dos semanas desde la resurrección de Mirae y la niebla eufórica empezaba a disiparse mientras los problemas prácticos se acumulaban.

Lo que más preocupaba a Soojin era la creciente inquietud de su hermana. Mirae hacía todo lo posible por ocultarlo, y el asombro de estar simplemente viva seguía ahí. Aún disfrutaba de las cosas grandes y pequeñas, como un baño perfectamente preparado o el

sabor de un higo especialmente maduro. Pero también había aburrimiento. Y anhelo. Soojin la veía a menudo mirando por la ventana en dirección al colegio, al pueblo, sabiendo que ya no tenía sitio allí.

—Pues saquémosla —dijo Mark con naturalidad. Estaban sentados bajo los perales, mientras el bullicio de las conversaciones y el portazo de las taquillas resonaban por el pequeño patio. Jay se había ido y, con su ausencia, ya no hacía falta mantener la apariencia de normalidad.

—¿Y arriesgarnos a que nos vean? —preguntó Soojin mirando su fiambrera. Ahora que Mirae había vuelto y se aburría en casa hasta decir basta, sus comidas eran cada vez más elaboradas. Hoy tenía arroz morado con mijo y dos huevos en salsa de soja sobre un lecho de pimientos *shishito* guisados. No tenía ganas de comer nada —. No quiero que me acusen de necromancia, gracias —dijo.

Mark hizo una mueca ante la palabra, pero era cierto. Todo lo que quedaba más allá del bosque que rodeaba su casa era peligroso.

—Bueno, no puede quedarse encerrada en tu casa para siempre. Seguro que está algo ansiosa —dijo, como si Soojin no lo entendiera más profundamente que él. Su expresión sincera le molestaba. Sabía que su intención era ser de ayuda, pero no lo estaba logrando.

—Lo sé —respondió ella.

—Esto puede funcionar de momento, pero no puedes esperar que se esconda para siempre.

—¡Que ya lo sé! —explotó, con un tono lo bastante fuerte como para que los de la mesa de al lado la escucharan. Empezó a cortar con rabia su huevo con el filo del tenedor para no tener que ver su expresión de cachorro abandonado. Comieron en silencio un rato, o al menos Mark comía mientras ella removía el contenido de la fiambrera y luego la cerraba tras haberlo convertido en picadillo y no comérselo.

Mark suspiró. Peló una mandarina y le ofreció la mitad como gesto de paz. Ella la aceptó, pero no la comió; los gajos maduros se

quedaron en la mano, calentándose.

—Soojin —comenzó Mark despacio, como si supiera que no debería decir lo que iba a decir, pero no pudiera evitarlo. Ahora le molestaba que él usara su nombre completo. Como rara vez la llamaba algo más que «Soo», esto sonaba a reproche—. ¿Qué pasará cuando te mudes, cuando vayas a la universidad?

Por supuesto que lo había pensado. Tenía todo listo para enviar las solicitudes y, aunque ya se podían presentar, algo la frenaba. No era falta de confianza. Se sentía segura de entrar en al menos una de las universidades a las que se presentaba..., pero ¿y luego qué? Se llevaría a Mirae con ella; ese era el plan general. La sacaría a escondidas y se la llevaría a una ciudad lejos, donde nadie la conociera y pudiera vivir el tiempo que le quedaba.

A veces Soojin se imaginaba quedando con ella entre clase y clase para tomar un café o pasear por un muelle. Incluso dejaría que Mirae la arrastrara a una fiesta universitaria si quisiera. Estudiar astronomía en la Universidad de San Diego había sido la primera opción de Mirae, un sueño que Soojin atribuía más al interés de Mirae por el mito de los cuerpos celestes que a la ciencia en sí.

Si no hubiera muerto, imaginaba Soojin, Mirae estaría ya en San Diego y probablemente habría dejado la carrera. «¡No tenía ni idea de que había tanta física!». Quizás estaría pensando en estudiar un año en el extranjero y viajar por el mundo, como siempre había soñado. No quería que su hermana renunciara a esa vida. Mirae todavía podía disfrutarla: San Diego, viajes, libertad. Soojin encontraría la manera de que ocurriera.

Pero cuando se permitía siquiera un momento para pensar en la logística, el sueño se rompía. ¿Cómo la sacaría sin que el padre se diera cuenta? Y aunque lo lograra, ¿cómo viviría Mirae? En los papeles estaba muerta, llevaba casi un año ya. ¿Podría alquilar un piso? ¿Conseguir un trabajo legal? ¿Tener seguro médico?

—La llevaré conmigo. No sé cómo —dijo Soojin, evitando la mirada de Mark.

—Creo que deberías decírselo a tu padre —dijo él con suavidad, poniendo a prueba, con cautela, su paciencia de una manera que no habría intentado un mes antes.

—No. Ni hablar. —Soojin pensó en su padre, tan devoto, que nunca había aprobado su magia. Para él, alterar a los muertos era un pecado. Una forma de jugar a ser Dios. Pero a su madre le encantaba Milkis, le encantaba poder oír la voz de su propia madre ya fallecida. Y por amor a su esposa, él había cedido. Además, para él, ratas y otras criaturas eran lo suficientemente inocuas como para pasarlas por alto. No tenían alma, o eso creía. ¿Pero su hija? ¿Su primogénita y, aunque no se lo admitiera ni a sí mismo, la que más quería? Soojin no podía causarle ese trauma.

—Simplemente no creo que sea justo, Soo. Para tu familia. Ni para ti.

—¿Crees que no lo sé? —contestó ella con brusquedad, dando un manotazo en la mesa. Una jarra de agua se volcó y se derramó entre la rejilla de plástico. La gente de la mesa de al lado miró. Aunque fuera algo torpe, Mark casi nunca discutía con nadie y ella sabía que parecía la mala de la película.

—Déjame ser feliz, Mark. No sabes lo que es. —Se sentía completamente frágil, como de cristal—. Déjame tener esto.

Mark abrió la boca, pero la cerró. Soojin pudo verlo sopesar sus palabras y el dolor de ella y decidir que no valía la pena decir nada. Aplastó la bolsa de su bocadillo entre las manos.

Sonó la campana. Soojin se puso en pie y dejó caer el trozo de mandarina que no quería sobre la mesa. Notó la palma pegajosa por el jugo mientras recogía sus cosas. Una parte de ella sabía que luego se sentiría avergonzada por este arranque de rabia, pero por ahora solo sentía la seguridad propia de una ira incandescente. Que Mark dijera cosas lógicas, que no quisiera hacerle daño, no significaba que no pudiera odiarlo un poco.

Él observaba su rabieta silenciosa. Soojin casi deseó que dijera algo para poder volver a regañarle. No lo hizo. Pero justo cuando ella se dio la vuelta para irse, los dedos de él la rozaron, lo

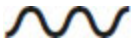
suficientemente suave como para que confundiera el contacto con la correa de su mochila.

En unos pocos pasos amplios cubrió la distancia que los separaba.

—Soo, espera —dijo.

Pensó que él iba a disculparse, pero al girarse, con la reprimenda lista en los labios, los ojos del chico mostraban cierta picardía.

—Tengo una idea. Pasaré a buscaros a las cuatro de la madrugada. Estad preparadas.



Soojin se despertó en una oscuridad completa. Mirae ya estaba levantada y vestida y miraba por la ventana. Con su abrigo pálido hasta la rodilla, parecía un espíritu; su silueta era borrosa. La luna la iluminaba de forma extraña, como desde dentro. La lámpara de su cuerpo irradiaba una tenue luz azul. Soojin se frotó los ojos para acostumbrarse a la penumbra y, cuando se le adaptaron, su hermana volvió a parecer normal.

Subieron al coche de Mark y Mirae se sentó en el asiento del copiloto, mientras Soojin miraba por la ventana trasera, observando los pinos pasar en silencio. Soojin sentía que Mark la miraba de vez en cuando por el espejo retrovisor, atención que ella se negaba a reconocer. Seguía molesta y, aunque sabía que era mezquino, quería que él lo supiera.

Mirae presionó el rostro contra el cristal mientras absorbía el paisaje familiar: la heladería a la que Padre solía llevarlas cuando sacaban buenas notas, el parque donde la gente bailaba en las noches sofocantes de verano, la floristería en la que Mirae solía trabajar a tiempo parcial. Todo estaba cerrado; la tienda de licores era el único faro que iluminaba la esquina de la calle.

—¿A dónde vamos? —preguntó Mirae. La emoción en su voz provocó un pinchazo de culpa en Soojin. Ni siquiera había pensado

en esta posibilidad. Bajo el manto de la madrugada en un pueblo tan dormido como el suyo, el mundo podía volver a pertenecer a Mirae, aunque fuera por un momento.

La tenue luz del centro desapareció cuando tomaron caminos rurales llenos de baches.

—Eso... —dijo él, alargando la palabra para crear suspense— es un secreto.

El secreto no duró mucho. Cuando entraron en el aparcamiento delantero de su instituto, Mirae jadeó.

—¡No jodas! —Sacudió el hombro de Mark con tanta fuerza que el coche se desvió momentáneamente hacia el césped.

—¡Cuidado! ¡Estoy intentando conducir! —dijo Mark, satisfecho consigo mismo.

En cuanto aparcaron, Mirae salió disparada del coche. Corrió hacia la entrada, mirando el recinto escolar de aspecto extraño y remendado que tanto le gustaba.

El Instituto Jade Acre era una instalación improvisada, montada de cualquier manera para acoger a una población estudiantil en aumento tras la fundación del pueblo, y eso se notaba en la arquitectura. El edificio principal era una iglesia reutilizada, con arcos de piedra, vidrieras y agujas góticas que recordaban su primera vida. Cuando el alumnado aumentó, se instalaron aulas prefabricadas con ventanas para los cursos de sexto a octavo, todas pintadas con los colores verde y plata de la escuela. El gimnasio, el pabellón de ciencias y la cafetería eran rectangulares, modernos y brillantes y se habían construido en los últimos veinte años, cuando el pueblo aún esperaba crecer antes del declive precipitado. En conjunto, el recinto representaba la pesadilla de un arquitecto, con sus partes dispares unidas por pesadas rejas negras.

—Hola, feíto, te he echado mucho de menos —dijo Mirae con cariño, acariciando las barras de acero. Soojin observó cómo la expresión de su hermana fluctuaba entre la alegría y el anhelo mientras miraba más allá de la verja hacia el patio salpicado de mesas y perales de flor, que apestaban en primavera, pero que

tenían las flores blancas más hermosas. Cuando Mirae miró a Mark, le brillaban los ojos—. Gracias.

Él se limitó a sonreír, luego miró a Soojin y mostró disimuladamente un pulgar hacia arriba. La ola de calor que la atravesó fue rápida y poderosa y la pequeña molestia que aún le quedaba de aquella tarde desapareció como humo.

—Qué pena que no podamos entrar —dijo Mirae.

—¿Quién dice que no? —Mark sacó un manojo de llaves del bolsillo.

Soojin lo miró ojiplática.

—Mark, ¿de dónde has sacado eso? No me digas que lo has robado.

—¿Qué? ¡Ni hablar! —Metió la llave más grande y abrió la verja. Como era de esperar, no sonó ninguna alarma. La verja cerrada no era más que una formalidad. A menos que alguien quisiera hacerse con el rosetón de vidrieras del ala de la iglesia reconvertida en aulas, no había nada que robar en esta escuela y todo el pueblo lo sabía.

—Me las ha dado Jay. Su madre es la conserje y siempre está perdiendo las llaves, así que hizo varias copias. Pero no se lo digas a nadie, ¿vale? Se metería en problemas. —Mark cerró la verja detrás de ellos y entraron al patio abierto. Mirae fue directa a la mesa situada bajo el árbol más grande, la que solía usar para comer cada día cuando el olor de las flores de peral era soportable. Soojin y Mark se quedaron atrás para dejar a Mirae un momento de alegría privada.

—¿Qué le dijiste a Jay para convencerla de que te dejara estas llaves? —preguntó Soojin.

—Pues... le dije que iba a traer a una cita aquí —dijo él, sonrojándose de forma violenta, visible incluso a la mera luz de la luna.

—Oh. —Ahora sería el momento para que Soojin pidiera perdón por su enfado desproporcionado. En cambio, eligió lo más fácil: la curiosidad. Una sonrisa astuta le curvó los labios. —¿Has hecho eso antes?

—Sí. Bueno, no. No esto, al menos —dijo, señalando vagamente hacia Mirae, que pasaba el dedo por el grafiti familiar de su antigua mesa.

—Bueno, obviamente —rio Soojin—. Entonces, ¿quién...?

—¿Qué estáis haciendo? —interrumpió la voz de Mirae.

Mark pareció encantado de dejar esa conversación.

—¡Nada! —respondió, empujando a Soojin hacia adelante—. ¡Vamos!

Los tres vagaron de aula en aula. Entraron en la cocina de la cafetería y se convirtieron en ratones saqueadores que robaron tantas galletas como pudieron sin que fueran a levantar sospechas. En el gimnasio, todavía impregnado del olor a pulidor de suelos y sudor, corrieron por las gradas. Mark lanzó a canasta mientras Mirae intentaba sin éxito hacer lo mismo.

En su aula, vieron cintas en un televisor viejo que había quedado abandonado sobre un carrito polvoriento desde principios de los 2000. Mirae se sentó en su antiguo pupitre y su rostro se vio un poco inquietante bajo las luces parpadeantes. A Soojin no le gustó la forma en que la luz fluorescente parecía secuestrar los rasgos del rostro de su hermana. Apagó las luces y se sentaron en silencio ante el resplandor azul del televisor hasta que el sueño los venció.

—Son las cinco de la mañana. Debería llevaros a casa —dijo Mark finalmente, mientras pasaba los dedos entre las persianas y miraba hacia el aparcamiento. El amanecer tardaría al menos otra hora, pero los panaderos y el personal de cocina del comedor ya se estarían preparando para abrir. Cuanta menos gente viera a Mark conduciendo por el pueblo antes del amanecer, mejor.

Salieron del aula con cuidado de dejar todo tal y como lo habían encontrado, pero en lugar de dirigirse a la entrada del edificio, Mirae giró bruscamente por un pasillo en dirección contraria.

—Es por el otro lado —avisó Soojin.

—Solo quiero ver una última cosa —dijo Mirae con voz tenue, desapareciendo en la oscura garganta del pasillo. Mark y Soojin se

miraron desconcertados, se encogieron de hombros y salieron tras ella.

Mirae no había ido lejos. Soojin casi chocó con ella y agitó los brazos para evitar que ambas cayeran.

—¿Qué...? —empezó a decir Soojin, pero se detuvo. Mirae estaba paralizada, casi no había registrado el choque. En la oscuridad total, Soojin no pudo ver lo que había captado la atención de su hermana hasta que Mark encendió la linterna del móvil.

—Oh... —musitó Soojin cuando sus ojos se adaptaron a la luz repentina.

Estaban frente a la taquilla de Mirae. La gente la había decorado con fotografías y dibujos y su nombre aparecía pintado en letras coreanas grandes y brillantes sobre el metal azul oscuro. Había un jarrón con crisantemos marchitos y paniculata al pie de la taquilla. Soojin no sabía que el homenaje seguía ahí. Casi nunca pasaba por ese pasillo. Era doloroso ver estas demostraciones de duelo de personas que siguieron adelante tan rápido, cuando su propia vida se había roto por la mitad.

Mirae se sacó un papel del bolsillo. El que Soojin había usado para escribir su nombre en grandes letras coreanas. Mirae comparó la caligrafía con la pintada en inglés en su taquilla y pronunció en silencio las sílabas redondas. Soojin sabía que su hermana perdería pronto los fonemas de su nombre, pero por ahora seguía siendo suyo y esa taquilla también.

—Unnie —dijo Soojin, tocándola suavemente en el hombro. Tanto ella como Mark llamaban siempre a Mirae «hermana mayor» en coreano, *unnie* y *noona*, respectivamente, para no molestarla cuando no podía reconocerse a sí misma.

—Lo siento —dijo Mirae en voz baja—. Necesitaba verlo.

Mirae presionó la mano contra el homenaje. Todo en él estaba en diferentes fases de declive: los crisantemos con los pétalos ya en el suelo, la inscripción hecha con plantilla que decía «descansa en pez», con la palabra «pez» tachada y «paz» escrito a mano debajo. Las fotografías también estaban descoloridas, con la cara sonriente

de Mirae blanqueada por el tiempo. En algún momento, probablemente una vez que Soojin se graduara, la madre de Jay acabaría viniendo, chasquearía la lengua con pena y desmontaría el homenaje. La taquilla se le asignaría a alguien nuevo y la memoria colectiva de la escuela seguiría adelante.

—Creo que recuerdo la combinación de la taquilla —dijo Mirae y efectivamente la recordaba. Al abrirse, una pequeña avalancha de papeles cayó sobre ella. Ocho meses de cartas que habían sido deslizadas por las ranuras de ventilación. Se dejó caer al suelo y trató de organizar las cartas en un montón ordenado.

—Mirae —dijo Soojin en voz baja agachándose junto a ella, antes de darse cuenta de su error. Mirae no reaccionó inmediatamente a su nombre, por supuesto que no, y esa incapacidad para retener su identidad pareció enviar una alarma a través de ella.

—No estoy aquí —murmuró Mirae. Una nota se le deslizó de los dedos. Extendió una mano temblorosa para retomarla, esparciendo más tarjetas sobre el linóleo—. Nunca podré tener esto otra vez. Me he ido.

—¡No! No, no te has ido —insistió Soojin, acariciando los hombros de su hermana con suavidad—. Estás justo aquí, ¿ves?

Mirae se erizó.

—Si todos los que he conocido dicen que me he ido, ¡es que me he ido! —replicó con ojos feroces. Soojin retrocedió, atónita ante la agresividad de su hermana. Las manos de Mirae subieron y recorrieron los contornos de su propio rostro como para asegurarse de que existía—. Oh, Dios mío —murmuró—. No puedo…

Un destello de luz se movió por las taquillas, por encima de ellas, interrumpiendo las palabras de Mirae. Faros. La luz se filtró por la ventana que daba al patio trasero, completamente oscuro hasta ese momento. Los tres se quedaron mirando sus propias siluetas delgadas reflejadas en la pared, que se alargaban lentamente.

Mark maldijo, apagó la linterna y se tiró debajo de la ventana.

—Tenemos que irnos. ¡Ya! —susurró.

Los tres entraron en acción, olvidando todo lo demás. Mirae cerró la taquilla de una patada mientras Soojin y Mark llenaban la mochila de cartas de condolencia. Salieron disparados por el pasillo, con las pisadas resonando en la oscuridad como decenas de pezuñas, como una manada de ciervos huyendo del ojo de un rifle. Soojin pudo ver más que oír el coche detenerse. La luz que barría las taquillas parpadeó y se apagó y todo volvió a quedar sumergido en la oscuridad. Fuera se oyó una puerta cerrarse de golpe. Luego llegó el sonido mecánico de un coche al echar el seguro.

Salieron a trompicones del pasillo, entrando en el atrio de la iglesia, que ahora se usaba como sala de reuniones, y corrieron hacia las pesadas puertas delanteras que daban al patio. Sobre ellos, el rosetón observaba la huida y bañaba su camino con la luz de la luna filtrada por los tonos pastel de las vidrieras.

Mientras corrían, todo lo que Soojin podía pensar era «esto es el fin». Su secreto. Su hermana. El pulso le latía tan fuerte en los oídos que hasta los tendones del cuello le temblaban con la fuerza. Si los habían visto por la ventana, si alguien los perseguía…

—¡Vosotros tres! ¡Deteneos! —resonó una voz detrás.

Soojin tropezó; el pánico tiñó de rojo la periferia de su visión al identificar esa voz. Joe Silas, el jefe de policía. Reconocería ese tono grave y áspero en cualquier parte. De todas las personas del pueblo con las que podrían encontrarse en este momento, Dios, ¿por qué tenía que ser él?

—¡He dicho que os detengáis! —gritó Silas.

Por supuesto no podían. Aceleraron más, aunque les ardían los pulmones, y finalmente salieron por las pesadas puertas al aire fresco de la noche. ¡El patio! La puerta que llevaba al aparcamiento delantero no estaba lejos. Pasaron corriendo junto a los perales, al lado de las aulas prefabricadas y la gran roca que los alumnos mayores pintaban con murales nuevos cada año. Soojin sentía la garganta como un cristal caliente: estaba agotada. Mirae se volvió hacia ella.

—¡Date prisa! —susurró agarrándola por la muñeca para obligarla a seguir.

Mark llegó a la puerta y, entre maldiciones, la abrió con dificultad antes de poder tirar de ella por fin. Las hermanas entraron al aparcamiento y fueron hacia el coche a trompicones, mientras Mark cerraba la puerta con seguro tras él.

El aparcamiento delantero seguía gloriosamente vacío. Soojin echó una rápida mirada hacia el edificio. Las luces del atrio oscuro por el que habían huido estaban ahora encendidas y difuminaban la niebla de la noche con una luz helada. Era imposible distinguir nada en las ventanas, pero, por un momento, Soojin vio una silueta en una de ellas que ondulaba como una mancha de tinta de un test de Rorschach y los observaba.

Una vez que se apilaron en el coche, Mark arrancó tan rápido que las hermanas tuvieron que agarrarse al asiento con fuerza. Las ruedas chirriaron contra el asfalto nocturno y enseguida salieron del aparcamiento. Todos jadeaban, aturdidos y sin palabras, mientras los árboles pasaban veloces a su lado.

Solo después de perder de vista la escuela, Mark rompió el silencio.

—Está bien —murmuró, a las hermanas, pero principalmente a sí mismo—. Está bien. No creo que nos hayan visto. —Y entonces se echó a reír. Una risa baja e incrédula, que se volvió cada vez más aguda. Al principio Soojin pensó que era histeria, pero pronto se dio cuenta de que era una alegría genuina. Golpeó la cabeza contra el reposacabezas riéndose tanto que el coche se desvió hacia la mediana antes de volver al centro del carril. Tenía la voz ronca por la falta de sueño y el rostro brillante de sudor, pero irradiaba felicidad —. ¡Joder! ¡Casi nos pillan! —exclamó, como si hubieran jugado una partida de cartas con apuestas altísimas y hubieran ganado.

A pesar de sí misma, Soojin también se rio; no tenía otra opción. Se rio como loca hasta que las lágrimas le nublaron la vista y convirtieron el pueblo en un espejismo vidrioso. Incluso Mirae, con la cabeza apoyada en el regazo de Soojin para que nadie pudiera verla

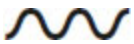
a través de la ventana, sonreía. La agitación aterrorizada que la había poseído antes había desaparecido, aunque solo fuera momentáneamente. El tablero de instrumentos gritaba «5:20 a. m.» con números rojos brillantes.

El pueblo despertaba; los madrugadores salían a hacer sus turnos. De vez en cuando, unos faros la cegaban al pasar y el destello se le quedaba grabado en la visión como el fantasma de un fuego artificial.

—No tenía idea de que fueras tan adicto a la adrenalina —le dijo Soojin a Mark mientras observaba a los árboles formar una franja continua de verde.

—Vamos, Soo. No finjas que esto no ha sido un poco divertido —dijo Mirae, sonriendo. El diente de leche que le había vuelto a salir en la boca daba la impresión de un hueco, un pequeño punto blanco incrustado en la encía donde debería estar una muela adulta. Aun así, la sonrisa resultaba familiar y cálida. La inquietud que Soojin había sentido en el pasillo desapareció.

Mark pasó junto al cartel en forma de tetera de la Pensión Han y giró en el camino de entrada. A pesar de todo, se sentían llenos de energía y felices, como si hubieran vivido tres noches emocionantes en unas pocas horas. Cuando llegaron, el amanecer comenzaba a despuntar perezoso sobre los árboles. No hubo tiempo para que Mark y Soojin volvieran a dormir en condiciones; tenían que estar en la escuela a las ocho en punto, pero los dos cayeron rendidos en la alfombra de la sala, mientras que afuera la noche cedía lenta y penosamente al día.



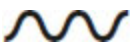
A medida que la oscuridad se desvanecía hacia el lapislázuli del amanecer, los trabajadores de restaurantes y los jornaleros de Jade Acre se encaminaban, aún adormilados, a sus jornadas de doce horas. Los panaderos entraban en sus cocinas y encendían los hornos, y el aire se volvía brumoso de harina y calor. En los

numerosos jardines del pueblo, las onagras cerraban sus pétalos coralinos al sol y las campanillas de la mañana se abrían. Los animales crepusculares roían los huertos buscando las hojas más tiernas, hasta que los dueños salían y los ahuyentaban con una sandalia bien lanzada, al grito de «¡Fuera de ahí! ¡Vamos, largo!».

Era un amanecer como cualquier otro en Jade Acre, salvo por la presencia del jefe de policía en el único instituto del pueblo. Estaba frente a un jarrón de crisantemos blancos, caído de lado, cuyos ramilletes parduzcos de pétalos se desprendían de los sépalos como pergamino chamuscado. Se inclinó para enderezar el jarrón delante de la taquilla, con la mente alborotada por las imágenes de aquellos tres adolescentes no identificados que habían corrido por el pasillo alejándose de él. Solo una se había vuelto a mirar.

Desde la distancia, su rostro había sido una luna pálida con el pelo negro enmarañado por el viento. Hubiera jurado que la vio sonreír antes de darse la vuelta y desaparecer tras la verja. El frío puñal del reconocimiento lo detuvo el tiempo suficiente para que los chavales ganaran terreno y, al segundo, habían desaparecido.

Pero no. No era posible que hubiera visto lo que su mente intentaba convencerle de que había visto. La falta de sueño le estaba pasando factura. Se frotó los ojos y sacó el teléfono para revisar las fotos de la matrícula del coche aparcado. Sería fácil salir de dudas y acabar con su aprensión: solo tenía que pasar la matrícula por el sistema y averiguar quiénes eran esos tres críos. Con ese pensamiento, salió de la escuela.



A kilómetros de allí, en la casa de los Han, Mark y Soojin dormían abajo, mientras su hermana, arrodillada en su antiguo dormitorio, revisaba con creciente agitación las notas que había sacado de su taquilla. Postales. Marcapáginas con flores prensadas. Una tarjeta de pésame genérica y producida en masa, con un niño rubio recostado

sobre una nube. «El cielo ha ganado otro ángel», decía. La chica solo se sentía como un ángel en el sentido de que no se sentía real.

Entonces algo llamó su atención y lo sacó del montón: una *polaroid* de sí misma sonriendo, con un vestido amarillo de verano. En la foto, tenía el largo pelo mojado y pegado a la cara y cada dedo de la mano extendida coronado con una frambuesa. Aun conociendo su destino, no pudo evitar sentir envidia de la chica de la fotografía, que se debatía sobre qué baya comer primero sin saber que en menos de un año iba a estar muerta. Qué regalo, creer que la vida es algo que se puede dar por seguro.

En el fondo de la *polaroid*, se veía el ancho río en el que acabaría muriendo. En primer plano, una pequeña mancha blanqueaba la esquina del marco: la insinuación de un dedo delante del objetivo. La mano de Bentley. No podía librarse de los Porter, ni del padre ni del hijo.

Arrugó la foto y soltó un quejido cuando uno de sus bordes afilados le cortó el dedo. En vez de sangre, de la herida brotó un líquido salobre. Cuando se llevó el corte a los labios, este sabía a tierra, a limo del río y a algas.

En la esquina de la habitación, Milkis permanecía quieta en su jaula. El animal normalmente estaría arañando los barrotes para que lo dejaran salir a jugar, pero ahora estaba totalmente en silencio, con los ojos rojos fijos en ella, hasta que Mirae se volvió a mirarlo. El animal se escabulló hacia su nido con un chillido incierto.

Entonces, un estruendo llenó los oídos de la chica. El último sonido que había oído antes de ahogarse, el río llamándola. Llamándola de vuelta. Un latido de terror la recorrió y se dobló sobre sí misma mientras se tapaba las orejas con fuerza, como si algo pudiera ahogar aquel sonido. Cuando este cesó, tenía las manos temblorosas. Salió de la habitación y bajó la escalera hacia donde Soojin y Mark aún dormían. Miró a su hermana y le apartó un mechón de la frente. Su toque dejó una bendición de tierra manchada sobre la piel de Soojin.



De acuerdo, tenemos un problema.

Mark le había escrito esto hacía dos horas, pero Soojin, que estaba en el trabajo, acababa de verlo. Conociéndolo, aquello podía significar cualquier cosa, desde «han quitado la pizza del menú del colegio» hasta una verdadera catástrofe. Dado que no había mensajes posteriores, se inclinaba por lo primero.

Suspiró, se secó las manos en su delantal de son las café en punto y asomó la cabeza desde detrás de la caja. Margaret estaba en su descanso, pero no se podía saber cuándo se le ocurriría volver al local para asegurarse de que Soojin se estaba portando bien.

Aunque quizá hoy no hiciera falta esconderse. La cafetería estaba excepcionalmente tranquila por culpa de la lluvia repentina. Solo había una mesa ocupada por una pareja joven que no paraba de meter monedas en la pequeña rocola, dejando que el sonido con interferencias de Nancy Sinatra cantando «Tese Boots are Made for Walkin´» ahogara su discusión. Llevaban allí veinte minutos y no

habían pedido más que un café. Soojin había dejado de acercarse a su mesa hacía un rato, segura de que tarde o temprano uno de los dos dejaría unos cuantos billetes sobre la mesa y saldría dando un portazo.

Podía arriesgarse a usar el teléfono unos segundos. Se escabulló tras la cortina de cuentas que daba a la cocina, donde un cocinero se quitaba el barro de las ranuras de las zapatillas con el filo de una espátula, sentado sobre una caja de patatas.

—¿Qué? —dijo él cuando ella frunció el ceño—. Voy a lavarlo. — Con eso, se encajó un cigarrillo entre los dientes y salió por la puerta trasera. Cuando estuvo sola en la cocina, Soojin llamó a Mark. Él contestó al primer tono.

—Estoy trabajando. Más te vale que sea algo bueno —dijo ella en lugar de saludar.

—No lo es. De hecho, es muy malo —respondió Mark. Murmuraba. Soojin podía oír el caos habitual de las voces de sus padres al fondo. Luego, pasos y un clic cuando él entró en otra habitación y cerró con llave—. Muy, muy malo.

—Ve al grano, Moon —dijo ella mientras echaba un vistazo al comedor a través de las cuentas oscilantes. Tal como había supuesto, la chica de la mesa nueve salió hecha una furia y dejó al chico agarrado a su café con gesto abatido. Probablemente no iba a necesitar nada de ella en un buen rato, salvo privacidad.

—Hoy, en una de las últimas clases, me han llamado a la oficina del orientador.

—Oh, no, avisa a la policía —dijo ella, sarcástica.

Él carraspeó.

—Bueno, sí…, ese es más o menos el problema. Pensé que era por la cita que había pedido para preguntar por la formación profesional, pero cuando fui no era el orientador quien estaba en la oficina. Era Silas, el jefe de policía.

A Soojin casi se le cayó el teléfono.

—¿Qué?

—Parece ser que vio mi coche aparcado en el patio delantero esta mañana temprano, durante su ronda. Le hizo una foto a la matrícula antes de venir a por nosotros. Luego pasó la matrícula por el sistema, después de que saliéramos corriendo. Así supo que era mío.

—Mierda. ¿Y qué ha dicho?

—Quería saber con quién estaba.

—¿Y…?

—Dijo que quedaría entre nosotros, pero le contesté que no quería decirlo. Entonces me amenazó con llamar a mi madre si no lo hacía, así que…

—¿Así que se lo has dicho?

—Venga, Soo, no tenía elección. Si mi madre se metía, sabes que acabaría investigando hasta dar contigo. Y luego se lo contaría a tu padre.

Por mucho que le enfadara, Soojin sabía que Mark tenía razón. Que te pillara el jefe de policía colándote en la escuela de noche era malo, pero que se lo chivara a sus padres sería infinitamente peor. Aunque eso planteaba la duda de por qué Silas estaba dispuesto a mantenerlo entre ellos.

—Y no es todo. Me pidió la identidad de la tercera persona que estaba conmigo

A Soojin se le aceleró el pulso.

—¿Y qué le dijiste?

—Le dije que no había tercera persona. Que se lo habría imaginado.

—Mark, eso es supersospechoso. ¿No se te ocurrió decir…, yo qué sé, que estaba de visita un primo de fuera o algo así?

—Me puse nervioso, ¿vale? Lo siento. —Suspiró con fuerza, pero cuando volvió a hablar sonaba un poco impresionado—. Aunque eso tiene mucho más sentido que lo que le dije yo. Eres rápida de reflejos, ¿eh?

—Sí, soy una gran mentirosa. Lo hago todo el tiempo —gruñó ella, justo cuando la campanilla sobre la puerta de la cafetería sonó.

Genial. Estaba totalmente alterada y no tenía ganas de que le dieran órdenes—. Escucha, tengo que irme. Hablamos luego.

Colgó sin esperar respuesta y volvió al comedor.

—Bienvenido a… —Las palabras se le cortaron en seco.

—Mi sitio de siempre en la barra, con eso me llega —dijo Silas cerrando el paraguas y yendo a ocupar el asiento de la esquina, de cara a la ventana de la cocina.

«Mierda», pensó, aunque milagrosamente consiguió decir en voz alta:

—¿Lo de siempre?

Él asintió y Soojin tecleó en la caja con manos temblorosas un revuelto californiano y un café. A pesar de lo ocurrido, no debería haberle sobresaltado tanto verlo. Silas venía a la cafetería casi todos los días. Pero la forma en que la observaba, con tanta atención, le erizaba el vello de la nuca.

Sirvió el café en una taza desportillada y se la acercó, decidida a escapar para comprobar cómo estaba el chico abandonado de la mesa nueve, le gustara o no al policía.

Pero Silas la detuvo.

—¿Te lo pasaste bien esta mañana paseándote por el instituto? Siempre había pensado que los chavales de tu edad no pasarían más tiempo del necesario en la escuela ni pagándoles. Y pensar que tú te has colado por gusto... Debe de ser cierto eso que dicen de los tuyos y la afición por los estudios.

Vaya, no se andaba con rodeos. Soojin se secó las manos con un trapo y se atrevió a mirarlo. Él la observaba con sus penetrantes ojos azules.

—¿Me he metido en algún lío? —preguntó, eligiendo ignorar el comentario racista. Desde la cocina llegaba el sonido del aceite chisporroteando.

Él tomó un sobrecito de sacarina del azucarero y lo golpeó contra la barra, lo que la hizo sobresaltarse.

—Deberías reponer estos más seguido. Los gránulos ya empiezan a endurecerse —dijo mientras rasgaba el sobre y vaciaba

el falso azúcar en su café. Ella sabía perfectamente que eran nuevos; solo quería asustarla—. No, Sue-Jean, no te has metido en ningún lío —continuó—. Aunque estuve considerando delatarte a la escuela por robar cuando vi que habías abierto una taquilla. ¿Tú y ese chico Moon ni siquiera notasteis que habíais dejado un pequeño rastro de notas detrás, como Hansel y Gretel?

—No fuimos a robar nada —dijo Soojin en voz baja, justo cuando el chico de la mesa nueve finalmente se levantó, dejó unos billetes en la mesa y salió encorvado. Sintió un deseo irracional de llamarlo para que no se fuera. No quería quedarse a solas con Silas.

—No te habría creído si no hubiera recogido algunas de las notas que dejasteis caer. —Sacó un fajo de papeles del bolsillo de la camisa. Soojin vio el nombre de Mirae garabateado con marcador rosa y sintió el impulso de arrancárselos de las manos—. Supongo que no es robar si el contenido del casillero pertenecía a tu difunta hermana. Pero me pregunto por qué esperaste hasta la noche para recogerlas. Si sabías su combinación, ¿por qué no pasar durante el día en lugar de irrumpir en la hora de las brujas, como si no quisieras que te vieran?

—¿Va a decírselo a mi padre? —preguntó en un intento de desviar la pregunta con otra. Él no cayó en la trampa.

—Responde a la pregunta, Sue-Jean.

Ella bajó la mirada, muy consciente de sus manos. Intentó no moverse, para no delatar su nerviosismo.

—No podía sacar las cosas del casillero de Mirae durante el día porque la gente me habría visto. No quiero que piensen que cojo cosas que no me pertenecen. Ya bastante rara me cree todo el mundo —dijo. Para su horror, los ojos se le humedecieron con lágrimas contenidas. Para bien o para mal, Silas parecía indiferente.

—Podrías haberle pedido al conserje que las recogiera por ti. Había otras formas en vez del allanamiento.

—No se me ocurrió.

Una campana sonó desde la cocina a la vez que se colocaba un plato humeante en la ventanilla. Pero ella seguía inmóvil, atrapada

bajo la disección de los ojos azules del jefe de policía.

—Creo que al chico Moon no se le ocurrió. Nunca ha sido el más listo —dijo, y Soojin sintió una oleada de ira. ¿Qué demonios sabía él de Mark?—. Pero no me creo para nada que a ti no se te ocurriera.

La campana sonó otra vez desde la cocina, impaciente.

—Como, por lo que he visto, no tocasteis nada más en la escuela, no voy a contarle esto a tu padre.

Hizo una pausa. Soojin vio en su rostro que claramente esperaba que ella se lo agradeciera. No lo hizo y la expresión del hombre se endureció.

—Pero que no te vuelva a pillar husmeando. Lamentaría mucho que te pasara algo a esas horas de la noche, cuando no hay nadie cerca.

La campana sonó de nuevo, dos veces seguidas.

—La comida se enfría, será mejor que me la traigas —dijo y, con eso, ella sintió que se rompían las ataduras invisibles que la mantenían inmóvil. Fue hasta la ventanilla, tomó el plato de huevos y lo dejó frente a él con un golpe sonoro, demasiado alterada para hacerlo con cuidado.

—¿Necesita algo más? —preguntó.

—Relléname la taza.

Inclinó la cafetera sobre su taza, de forma mecánica, derramando un poco sobre el borde al llenarla demasiado. Justo cuando estaba a punto de alejarse, él la llamó otra vez.

—Sue-Jean —dijo—. ¿Quién era la tercera persona que estaba con vosotros en la escuela?

Hubo un cambio en su voz. Un giro casi imperceptible hacia algo parecido a la preocupación. ¿O es que ella se lo estaba imaginando?

Ella se volvió mientras componía la expresión más tranquila que pudo.

—No había ninguna tercera persona —dijo con firmeza, y se alejó de la barra.



La vida de Joe Silas era anodina en todos los sentidos. Era policía, igual que había sido su padre, pero, en un pueblo como Jade Acre, el día a día estaba lleno de trivialidades monótonas: infracciones de estacionamiento, alguna que otra disputa doméstica, coches que iban despacio durante la temporada alta y cuyos conductores eran personas que, simplemente, no le caían bien, adolescentes que se tambaleaban por las calles tras unas copas de más... No se podía decir que odiase su vida, pero sí que quería algo más. Escuchaba historias de compañeros que estaban en comisarías más movidas y los envidiaba. Infundir miedo, en lugar del desprecio silencioso que recibía en este pueblo… esa era su fantasía.

Pero al menos le quedaba poco para jubilarse, aunque imaginaba que viviría de la misma manera que hasta ahora. Los viejos hábitos no se pierden fácilmente. Seguiría yendo al mismo bar de carretera todos los días a por unos huevos revueltos y un café cargado de sacarina. Seguiría paseando por el pueblo en su viejo

Ford destartalado, metiéndose en los asuntos de todos los chicos. Seguiría entrando y saliendo de su casa sin dirigirle la palabra a su esposa. Seguiría apoyándose un poco demasiado en el alcohol, como ahora.

Había pensado irse a dormir esa noche sin beber, pero cedió y, apenas terminó las dos bebidas permitidas, salió a buscar más. Lo que había pasado esa madrugada le tenía perturbado. Estaba seguro, absolutamente seguro, de haber visto a tres personas corriendo por el terreno de la escuela. Un tercer rostro que se volvía hacia atrás y esbozaba una amplia sonrisa. Se estremeció. No sería la primera vez que su imaginación lo engañaba. La culpa podía hacer eso, a pesar de que él no le hubiera hecho daño a nadie.

Silas salió de la licorería con una bolsa de papel bajo el brazo que contenía ginebra y una chocolatina. Ese edificio viejo y tambaleante, en las afueras mal iluminadas del pueblo, era el único lugar, aparte de la gasolinera, donde se podía comprar algo después de las diez de la noche. Buscó sus llaves y maldijo cuando se le cayeron en un charco a sus pies. La espalda, desalineada por una visita fallida al quiropráctico, le dolía demasiado como para inclinarse, así que se agachó en una especie de *plié* de bailarina para recogerlas, con las piernas temblando en una figura torpe. Recuperó el llavero con el meñique; luego se levantó con un gruñido.

Cuando lo hizo, una mancha borrosa apareció frente a él. Su visión estaba distorsionada por el agua y tardó en darse cuenta de que la figura oscura bajo la luz parpadeante del farol no era una sombra, sino una niña. No había más que un vestido delgado de manga larga entre ella y la noche helada, pero no buscaba refugio. Tenía el largo pelo negro pegado a la espalda como venas oscuras; la lluvia hacía que los bordes de su forma parecieran deshilachados y agitados. Como electricidad en el aire.

—¿Quién anda ahí? —llamó. La niña no respondió, ni le prestó atención. «Malditos chicos», pensó mientras giraba hacia su coche antes de detenerse. La curiosidad pudo más. Llevaba muchos años tratando de imponer toques de queda a adolescentes que se

dispersaban cuando su linterna barría el patio, solo para reunirse en el bosque con cigarrillos y briks de vino barato. Esa niña no tramaba nada bueno. Podía sentirlo.

—¿Qué haces aquí, jovencita? —Caminó hacia ella. Había bebido, pero no tanto como para no poder fisgonear. «No puede evitar meter la nariz en los asuntos ajenos», eso es lo que se murmuraba en el pueblo. Si ellos supieran. Era un experto en no meter la nariz en los asuntos ajenos cuando le convenía.

La lluvia que le golpeaba el paraguas sonaba como truenos. Puso una mano sobre el hombro de la niña y solo tuvo un instante para sentir lo inusualmente fría que estaba antes de que ella se volviera para mirarlo.

—¿Sue-Jean? —No pudo controlar su desagradable tono de voz. No le gustaban. Ni ella ni ninguno de los Han, esa maldita familia coreana del bosque, con su desgracia entre las mujeres. No le gustaba en qué lo habían convertido. Ni le gustaba la forma en la que ella lo miraba ahora.

—Ese no es mi nombre —dijo la niña con indiferencia. Sus ojos recorrieron el rostro del hombre como buscando otra respuesta. La luz del maldito farol falló por un momento y los sumió en la oscuridad. En las sombras, el rostro de ella se veía hinchado y gris, con ojos huecos como devorados por peces. Un sonido animal surgió de él. Retrocedió y el paraguas se le cayó al suelo y comenzó a acumular lluvia en su cuenco invertido. Silas se limpió el agua de los ojos y se obligó a mirar. La luz volvió y el rostro de la niña estaba completo de nuevo. Una belleza fría, casi antinatural, con una piel tan impecable que resultaba repulsiva.

—Ha estado preguntando por mí —dijo—. Así que aquí estoy. —Salió de la luz del farol y se acercó a él—. ¿Quién soy? —Su tono enfático era extraño, como suplicándole que le diera un nombre.

El hombre retrocedió un paso. Luego otro. La mente, nublada por la bebida, se movía más lenta que el cuerpo, pero cuando lo imposible finalmente lo alcanzó, su visión se derrumbó alrededor de la imagen de ella.

—¿Han Mirae? —susurró. La niña sonrió, feliz ante el susurro de su nombre. «Oh, Dios…, un fantasma». Ella extendió la mano. Él no era un hombre de fe. No creía ni en Dios ni en la bondad inherente. Pero sí creía en los instintos animales del cuerpo. Creía en el castigo, que al fin venía a por él.

¿No había llovido también aquella noche? La imagen de un coche volcado le cruzó la mente. El asfalto mojado, las huellas oscuras de unos neumáticos intentando detenerse sin lograrlo. Y muchos años después, un chico en el asiento del copiloto de su patrulla, temblando y empapado por la lluvia. «Se cayó. Oh, Dios. Por favor», había dicho el chico, llorando tan fuerte que Silas había sentido el impulso de obligarlo a mantener la compostura. «Los hombres no lloran», había pensado.

Él no lloró mientras Mirae lo miraba, aunque algo cálido se le esparció por el regazo y los muslos. La bolsa de ginebra se le cayó del brazo y se rompió contra el asfalto. Se dio la vuelta para salir corriendo, pero solo pudo avanzar a trompicones. Tropezó y se raspó las manos en la grava antes de reincorporarse y huir hacia la luz dorada de la licorería.

En tanto que se acercaba a la puerta, tuvo la vaga sensación de correr hacia su vida prosaica. El bar de carretera, la esposa a la que no había besado en una década, la pequeña bendición de un albaricoque polvoriento comprado directamente al granjero que los llevaba en su camión. Amaba esa vida, recapacitó a los sesenta y un años. Quizá no la merecía después de lo que había permitido, pero, por Dios, la amaba.

El picaporte de la tienda estaba al alcance. Tenía la vaga idea de que, una vez dentro, donde el dependiente aburrido reponía latas de sopa junto a mezclas para *bloody mary*, ella no lo seguiría. Sus dedos rozaron el metal. Solo el tiempo suficiente para pensar «¡estoy a salvo!» antes de que unas manos frías le agarraran una muñeca y lo detuvieran.

Sintió una punzada de dolor donde la piel de ella tocó la suya. Una aguja se deslizó a través del tendón. Succión y pinchazo. Luego

vino un entumecimiento mientras ella lo arrastraba de nuevo hacia las sombras diciendo «shhh, shhh», como si estuviera acostando a un niño inquieto.

Silas cayó de rodillas. Sintió una incómoda exploración en su mente, como si unos dedos fantasmales le hurgaran dentro de la cabeza. Sus recuerdos, cada momento específico que lo convertía en quien era. Luego, como una extracción, sintió que esas cosas comenzaban a salir de él. Se fueron, se fueron todas. «Shhh». Sus placeres y frustraciones diarias. Su vergüenza.

Sintió que la chica sangraba dentro de él, desplazándole la mente. No podía recordar el nombre de esa chica. Tampoco podía recordar el suyo. Al final solo le quedó este pensamiento, que se rompía una y otra vez sobre él: era culpable. Era culpable y finalmente pagaría.



La mente del hombre se abrió y ella entró. La posesión fue fácil. El cuerpo humano, después de todo, no es más que agua, un tembloroso ecosistema de sangre, orina y saliva. Primero lo tocó y luego penetró en él, volviéndose vaporosa mientras se hundía en su carne moribunda. Así, sin más, ella era Joe Silas… o al menos había hecho de su cuerpo un recipiente. Desplegó su mente dentro de la de él.

Al principio, no era más que un conjunto inútil de imágenes y sonidos. Oyó su voz nasal pidiendo una cerveza en la marisquería cercana a la costa. Vio destellos de una niña, su hija, llevándose una manzana cubierta de caramelo a los labios pegajosos, y el corazón se le inundó de un amor tan grande por aquel rostro ajeno que casi la destruyó. Unos pies descalzos sobre la arena mientras las olas se arrastraban perezosamente sobre ellos. Sintió su descontento por los años que habían pasado sin que esa niña, ahora adulta, hubiera visitado su casa o ni siquiera llamado. Pero entonces otra escena surgió sobre el remolino de imágenes y ella la siguió.

Los pensamientos mecánicos de Silas le dijeron qué año era. Saboreó el amargor de los posos de café en su boca a la vez que arrancaba el coche patrulla. Estudió el espejo retrovisor y sus iris azul lechoso le devolvían la mirada. En aquel entonces tenía más pelo y un cuerpo más joven y menos deteriorado por la artritis. Vio a través de sus ojos mientras conducían por la adormecida Jade Acre de hacía siete años.

Y entonces se convirtieron en uno.

Condujeron lentamente por el pueblo, con la esperanza de dar con alborotadores, pero no encontraron ninguno. Un día aburrido como todos los demás.

Pero ¿qué era aquello? Dos coches aparecieron en la periferia de su visión. Salían a toda velocidad del borde del pueblo hacia las calles boscosas y poco transitadas y uno perseguía al otro. Carreras ilegales, pensaron. Encendieron las luces de emergencia y los siguieron. El rojo y el azul les barrían la visión al proyectarse en tiras brillantes sobre el asfalto mojado por la lluvia.

Justo cuando pensaban que habían perdido los vehículos, una marca de neumáticos que oscurecía el asfalto les llamó la atención. Viraron fuera de la carretera hacia el barranco que se abría abajo. La barandilla estaba destrozada. Uno de los coches se había salido del camino directamente hacia el barranco. Se detuvieron, pero dejaron los faros encendidos para iluminar la escena. El segundo coche estaba parado junto al punto donde la barandilla se había roto. Debido a su lujo, resultaba instantáneamente identificable. En aquel pueblo de camionetas y cacharros de segunda mano, ese modelo elegante solo podía pertenecer a una familia.

En el barranco, hundido entre montones de hojas aplastadas por la lluvia, había un Honda gris que humeaba en la noche como una yegua herida. Una mano ensangrentada se apoyó contra la ventana cuarteada para luego caer lentamente y perderse de vista.

Christopher Porter estaba de pie al borde del barranco, mirando los destrozos allá abajo. Porter, recién llegado al pueblo, había aparecido apenas un año antes con su canijo niño mimado y

miserable para devorar lentamente todo el negocio del hospedaje. Alto y frío, su rostro no mostraba horror alguno ante el accidente que contemplaba. Se volvió y les dijo: «Buenas noches, comisario».

Desde abajo les llegó un chasquido y se acercaron a donde se hallaba Porter. Con esfuerzo, la puerta del coche se abrió. Una voz femenina y áspera pidió ayuda. ¡Estaba viva! ¡Quienquiera que fuese aún podía salvarse! Metieron la mano en el bolsillo para sacar la radio, pero una mano en el brazo los detuvo. El reloj de Porter brilló a la luz de la luna mientras Silas dejaba la radio en el bolsillo.

Su rostro era despiadado. Porter no quería que llegara ayuda. «No quise echarla de la carretera. Solo quería hablar», explicó Porter.

Y luego vino el acuerdo, forjado gracias al dinero.

Pero entonces, ¿por qué no quiso que la salvaran? Había algo parecido al odio en su rostro. Quienquiera que estuviera herida en el barranco había ofendido a Porter de alguna manera y él quería que muriera por ello.

Ellos lo sabían y aun así…

Pensaron en sus deudas, en la carísima matrícula de la universidad de bellas artes de su hija. Eran codiciosos y, sí, estaban intimidados. Se convencieron de que la persona en el coche ya estaba prácticamente muerta. ¡Lo destrozado que estaba el coche! Las ventanas manchadas de sangre. No importaba lo rápido que llegaran los paramédicos; para entonces ella estaría muerta. ¿Por qué no sacar provecho? No era como si Porter le hubiera cortado el cuello a alguien. Era un simple accidente. Al margen del motivo por el que la perseguía. Al margen de su obstrucción intencional al rescate o la mirada de rencor en sus ojos. Aceptaron la proposición de Porter y no llamaron a nadie.

Eso fue suficiente. Mirae había visto todo lo que necesitaba ver. Se desprendió de su manto plural y volvió a ser ella misma. Se apartó del cuerpo que habitaba, haciendo fuerza contra los bordes de la memoria de Silas. Milagrosamente, la memoria cedió, permitiéndole elevarse, espectral, para presenciar la escena desde

arriba. No le importaba cómo era posible, solo que lo era. Debajo de ella, Joe Silas estrechaba la mano de Christopher Porter y, más abajo aún, en el barranco, el coche destrozado yacía boca arriba.

Fue hacia él. Incluso en su estado incorpóreo, notaba por todas partes el olor a gasolina y hojas podridas. Miró por la ventana y ahí estaba ella.

«Mamá», pensó. «Mamá».

El rostro de su madre estaba destrozado; una especie de ramificaciones negras le florecían sobre las sienes. El impacto había reventado los capilares y la blancura de los ojos estaba salpicada de sangre. Alguna fractura en el cuero cabelludo derramaba una cortina roja sobre el lado izquierdo de su cara.

Pero estaba viva.

Estaba viva y la ayuda no llegaría, no llegaría hasta casi una hora después, cuando un camionero encontrara la barandilla rota y llamara al 911. Arriba, el lento barrido de la luz policial desapareció. Silas y Porter se subieron a sus coches y se marcharon.

Contra toda lógica, volvió a intentar hablar con su madre. «Por favor, mamá», pensó.

Los ojos apagados de su madre se abrieron de golpe, mirando el aire de la noche.

—¿Quién anda ahí? —Su voz tenía la viscosidad húmeda de un pulmón colapsado. Y luego, como un milagro, susurró—: ¿Mirae?

Creyó ver los ojos de su madre encontrándola, pero fue un engaño de la luz. Su madre no veía nada, buscaba, perdida para siempre, el fantasma de su hija mayor en la oscuridad.

«No te vayas», pensó. Su madre ya llevaba años yéndose. Pero, Dios, daría lo que fuera por cambiar lo inevitable. Suplicaría, gritaría, si eso supusiera alguna diferencia.

«Quédate conmigo, por favor».

Pero el traqueteo de su respiración ya se estaba apagando; la sangre bombeaba de manera cada vez más lenta e irregular por las cámaras del corazón. Podía oír cómo los sistemas regidos por el

agua fallaban. Se desplomaban deprisa, desde una vida plena hasta el mero recuerdo de una vida.

No había nada que no daría por poder desabrochar el cinturón que laceraba el pecho de su madre. Por ponerla de lado para aliviar su respiración y acariciarle la mejilla como su madre hacía con ella cuando estaba enferma, triste o necesitaba saber que la querían.

«Escucha. Te quiero», pensó, odiando su condición incorpórea. No tenía cuerpo, ni manos, ni forma alguna de ofrecer consuelo…, pero se lo imaginó. Se imaginó de nuevo hecha de carne y hueso, apartando un mechón de la frente desgarrada de su madre. Limpiando la sangre que le corría en riachuelos rojos por la mejilla, hasta dejarla limpia como un amanecer. Tan limpia que pudiera desabrocharse de aquel amasijo y salir ilesa a la lluvia.

Una ráfaga súbita entró por la ventanilla destrozada. Hizo girar recibos sueltos en el aire y convirtió el pelo en una salvaje aureola negra. Su madre parecía inclinar la cabeza hacia la brisa, como buscando el roce de alguien familiar. El viento giró una vez más y se calmó, soltando su pelo y los restos de hojas. Cuando todo volvió a quedar quieto, el rostro de su madre se había suavizado de forma inquietante. Un suave suspiro.

Tardó casi veinte minutos en morir. Un búho ululó desde los árboles, vino otra sacudida de viento… Después, todo fue silencio.

Ella se quedó allí hasta que los ojos de su madre se enturbiaron. Se quedó hasta que el último calor abandonó el cuerpo y el vaho de su aliento moribundo se disipó del cristal. Hasta que la sirena de una ambulancia —demasiado tarde— rasgó la noche. Entonces se marchó, viajando sin cuerpo por su pasado compartido, hasta llegar a su casa.

En la oscuridad, parecía cálida y, al atravesar las paredes, la envolvió el olor a miel y grano tostado. Su padre, más joven, más feliz, tarareaba junto a la estufa. Aun enfermo de fiebre, se negaba a guardar cama. Levantó de la olla una lámina dorada de arroz tostado, la quebró en trozos crujientes y los roció con miel. Ella lo siguió, invisible, hasta el salón, donde él dejó el plato ante sus hijas

y luego miró por la ventana, buscando los faros que ya nunca volverían a aparecer en la entrada.

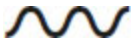
Su yo de once años estaba sentado en la alfombra, junto a una pila de libros escolares. Soojin yacía boca abajo a su lado, frustrada con un problema de matemáticas que no lograba resolver. Ninguna de las dos sabía que su madre había muerto a escasos quince minutos de casa. Su yo más joven no sabía que ese era su último día como niña. Pronto encontrarían el coche y todo cambiaría.

El tiempo se aceleró. El teléfono sonó. Vio a su padre contestar.

—Sí, soy yo… Sí… Sí… ¿Qué?

Su cuerpo se dobló sobre la isla de la cocina, plegándose lentamente. No quería revivirlo. Dejó que el recuerdo se desvaneciera. El salón se dilató como una pupila hasta que solo se vio a sí misma. Su yo de once años cerró el libro, miró hacia su padre con preocupación, luego volvió a abrirlo, con el ceño relajado. El momento quedó suspendido, repitiéndose, detenido. Nunca conocería la noticia de la muerte y, por tanto, esa muerte nunca existiría.

«Quédate aquí», quiso decirse, pero no tenía boca. Todo se estaba deshaciendo. El recuerdo se derrumbó por los bordes hasta que volvió a su presente maldito, en la humedad oscura del aparcamiento de la licorería.



Bajó la vista hacia las manos huesudas del cuerpo que aún poseía, al salpicado de pecas en los nudillos. La llave del coche de Silas le colgaba del dedo. Podía sentir el malestar que su posesión imponía a aquel cuerpo. Cada minuto que lo retenía, sus pulmones se llenaban un poco más de agua. Sería una muerte demasiado piadosa para lo que él había permitido. La rabia le estrechaba la visión hasta un único punto oscuro. Lo haría conducir hasta el río crecido por la lluvia y lo mantendría allí, mientras la carrocería del coche se llenaba de agua hasta el techo. Solo en el último instante lo dejaría ir.

Se dio la vuelta, llave en mano, justo cuando dos faros viraron hacia el aparcamiento y la cegaron.



Durante un año, la familia de la niña había sobrevivido gracias al cuerpo de la gallina renacida, sacrificándola, resucitándola y volviendo a matarla una y otra vez. Hasta que, como si al fin se hubiera alcanzado el límite del don, la enfermedad se abatió sobre toda la familia. Primero fue a por la niña. La nariz le sangraba con frecuencia y las palmas se le llenaron de forúnculos que reventaban, cubriéndole las manos con una capa oscura y aceitosa que no se iba con el agua y apestaba a podredumbre.

Después le tocó a la matriarca. Mientras que antes devoraba la comida con los ojos recelosos de quien está acostumbrada a la escasez, su apetito empezó a flaquear hasta acabar rechazando incluso el cartílago en forma de flecha del esternón, que antaño había saboreado con tanto gusto. Nada le sentaba bien, ni siquiera el caldo ligero hecho con sobras.

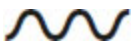
«Simplemente se ha cansado del sabor», pensó la niña enterrando un hueso de la suerte. La tierra se le metía con dolor en

las heridas abiertas de los nudillos, pero aun así accionaba con firmeza. El cuerpo del ave se regeneraba bajo la presión de su mano, estremeciéndose ya en previsión del siguiente sacrificio. Llevaba un año muriendo por ellos y, sin embargo, la niña se negaba a ponerle nombre. No quería encariñarse, pero sobre todo no quería tener que llorarla. Si le daba un nombre, su sufrimiento se volvería real.

Después del apetito, lo siguiente en desvanecerse fueron los recuerdos de la matriarca. Poco a poco dejó de reconocer el nombre de su aldea, los nombres de sus hijos, el suyo propio. Yacía sobre una estera con los ojos vidriosos y empapada de sudor; de la comisura de los labios se le escurría, fluido cual saliva, un reguero de bilis negra.

El médico del pueblo no supo qué nombre darle a aquella dolencia, aunque la chamana que hicieron venir desde la provincia vecina para realizar un ritual de purificación en la casa no llegó a poner un pie en el patio antes de murmurar: «Una mano muerta es una mano de espinas. Oh, espíritu, ¿qué te ata aún a la tierra de los vivos?».

Al día siguiente, la matriarca murió, con un hueso de la suerte encajado en la garganta.



—¿Soojin? —la llamó una voz familiar, nada más bajar del coche.

Genial. No había en el mundo una persona a la que tuviera menos ganas de ver. A veces odiaba vivir en un pueblo tan pequeño. Ni siquiera un trámite tan prosaico como ir a la licorería podía llevarse a cabo sin encontrarse con alguien a quien no soportabas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Silas.

—Puedo salir sola, aún no ha empezado el toque de queda —replicó ella mientras cerraba de golpe la puerta y encaraba al jefe de policía. Su encuentro en el restaurante la había puesto a la defensiva

y ahora no pensaba dejarse intimidar. Tenía todo el derecho a estar en la tienda. Al fin y al cabo, solo había venido a por bombillas.

Pero cuando se fijó mejor, se percató de su mal aspecto. Llovía a cántaros y, sin embargo, su paraguas estaba tirado en el suelo, vuelto del revés, y él estaba empapado. La actitud de tipo duro mostrada unas horas antes había desaparecido. Estaba demacrado. La piel había adquirido un tono enfermizo y los ojos azules, normalmente penetrantes, tenían ahora un velo turbio.

—Eh..., ¿estás bien? —le preguntó ella e intentó inclinar el paraguas para cubrirlos a ambos, pero él se apartó.

—Sí. Claro —respondió él con dificultad, antes de trastabillar y desplomarse. «Te lo mereces, cabrón», alcanzó a pensar ella un segundo antes de que empezara el ataque de tos. Una serie de espasmos que le sacudían todo el cuerpo sin dejarle respirar. El paraguas se cayó de las manos entumecidas de Soojin y el viento se lo llevó al instante. La tos de Silas era espantosa, húmeda, y cuando ella se apresuró a su lado, un esputo rosado le salpicó la manga.

Algo se le había atragantado. Eso tenía que ser. Soojin le golpeó la espalda con la palma de la mano. Pero entonces, ¿por qué había sangre en el esputo?

Él se aferró a ella, apretando con los puños el delantal del restaurante que aún llevaba puesto. En sus ojos brillaba una claridad terrible, había desaparecido la mirada lechosa de antes. La miraba con desesperación, fuera de sí, pidiéndole algo que ella no sabía darle.

—Déjame ya, por favor —jadeó él.

Alarmada, lo apartó de sí y él se desplomó a sus pies, de bruces en un charco. Chillando, Soojin forcejeó para girarle la cara y sacarla del agua. Silas ya no podía hablar. Se retorcía como si tuviera los pulmones llenos de líquido. Los ojos le giraban desbocados en las órbitas mientras ella corría a la licorería pidiendo ayuda a gritos.

Cuando la ambulancia llegó, el hombre estaba tan pálido que Soojin podía distinguir el entramado azulado de venas en su frente. Los sanitarios lo subieron a la camilla y se lo llevaron a toda prisa

mientras las luces de emergencia barrían el aparcamiento vacío como alas fosforescentes. Mucho después de que el imperturbable dependiente de la tienda le diera a Soojin unas palmadas en el hombro y volviera dentro con el cigarrillo apagado aún entre los dientes, ella seguía clavada en el mismo sitio. Algo la inquietaba.

La sirena se fue perdiendo hasta que ya no se oyó nada. Solo entonces Soojin arrastró los pies hasta su coche, habiéndose olvidado por completo de las bombillas. Ni siquiera reparó en que lo estaba mojando todo, dejando empapados los asientos de poliéster. Un instinto animal de volver a casa se adueñó de ella y lo siguió, sobrepasando notablemente el límite de velocidad.

Se dio cuenta justo al entrar en su calle. Cuando había visto a Silas en el aparcamiento, la había llamado por su nombre. No «Sue-Jean», sino su verdadero nombre. Diecisiete años llevaba sin molestarse en decirlo bien. Un mal presentimiento le pinchó en los bordes de la mente.

Soojin apagó el motor y contempló su casa con la respiración agitada. Las luces estaban encendidas, pero la cortina no se había movido. ¿A qué estaba esperando? Y entonces, por fin, vio movimiento en la planta de arriba. El alivio la inundó al reconocer la silueta familiar de su hermana deslizándose tras la cortina cerrada de su antiguo dormitorio infantil. Soojin dejó escapar una risa temblorosa y notó sabor a hierro en los labios. Solo entonces se dio cuenta de que le sangraba la nariz. Se miró en el retrovisor. Tenía la boca y la barbilla manchadas de rojo.

La sangre le había bajado por el cuello, abundante, y se le había acumulado en las clavículas. Tenía el cuello de la camisa empapado. ¿Cómo había podido conducir sin darse cuenta?

Con manos temblorosas, se limpió, después de mover el espejo para no tener que verse. No entró de inmediato. Se quedó en la oscuridad del coche, con un montón de servilletas ensangrentadas apiladas en el portavasos y una mano sobre el corazón. Pensando… y luego obligándose a no pensar en nada.

La mañana después del diluvio amaneció soleada como una bendición. Un excepcional día claro en lo que se anunciaba como una semana de lluvia. Los vecinos lo aprovecharon al máximo: salieron a correr por el paseo marítimo o a pasear bajo el fulgor otoñal de los árboles caducifolios de la calle Mayor, que ya se habían vuelto dorados.

Lucía un día perfecto, que se empañó por la noticia de que el jefe de policía había aparecido inconsciente la noche anterior frente a la licorería. Era de lo único que hablaba la gente. Ni siquiera había empezado la primera clase y el rumor ya se había extendido. «Daño cerebral», había oído Soojin en el aparcamiento, en el pasillo, junto a las taquillas. La preocupación se mezclaba con una especie de regocijo soterrado porque, al fin, ocurría algo interesante. Algo que rompía la monotonía de la temporada baja.

«Agua en los pulmones». «Falta de oxígeno». «Está en el hospital, consciente, aunque no del todo».

Y entonces, como sabía que ocurriría, el murmullo se volvió contra ella. Soojin sentía las miradas siguiéndola por los pasillos y, cuando su mirada se cruzaba con la de alguien, la conversación se interrumpía hasta que ella pasaba de largo.

No necesitaba escuchar para imaginar lo que decían. «Fue Soojin quien lo encontró». «Qué mala suerte», murmurarían. «Esa familia está maldita. Hay algo raro en ellos».

Sabía bien lo rápido que podía convertirse una tragedia en espectáculo en aquel pueblo aburrido. Aunque no dejaba de preguntarse si el cotilleo habría tomado ese cariz tan deprisa si ella fuera blanca. En una comunidad tan homogénea, destacar de cualquier forma era estar bajo sospecha. En cuanto las cosas se torcían, las miradas acusatorias se volvían antes contra los que eran como ella.

Abrió la taquilla y estaba rebuscando dentro con una agresividad innecesaria cuando un murmullo furtivo le llegó desde la

izquierda.

—Dicen que ni siquiera intentó ayudarle —susurró una voz, seguida de un coro de desaprobación. Soojin cerró la taquilla de un portazo y las chicas que hablaban soltaron un gritito, como si ella acabara de aparecer de la nada.

—¡Os he oído! —gritó a las espaldas que huían, antes de volverse y chocar de lleno contra el pecho de alguien. Trastabilló hacia atrás debido al impacto, hasta que unas manos firmes la sujetaron.

—Que les den —dijo Mark tras ayudarla a recuperar el equilibrio. Era obvio que él sería el primero en ir a buscarla nada más enterarse de la noticia. No le sorprendió verlo, pero sí la oleada de alivio que sintió. La familiaridad de sus ojos marrones, preocupados, y esa sudadera raída que siempre llevaba… eran reconfortantes y aquello la pilló desprevenida.

—¿Estás bien? —preguntó Mark mientras se encaminaban juntos hacia el patio interior.

—Estoy bien, sí —respondió Soojin, aunque no lo estaba. Todo parecía raro. Ver a Silas desplomarse, la hemorragia nasal. Pero lo más extraño había sido la actitud de Mirae aquella mañana. Normalmente madrugaba y ya tenía el desayuno listo cuando Soojin bajaba. Siempre la despedía en la puerta, donde le indicaba qué alimentos y aperitivos comprar después de clase.

Esa mañana, sin embargo, no había salido del baño. Se había despedido desde el otro lado de la puerta cerrada. Con el grifo abierto y el ruido del agua al llenar la bañera.

Soojin no sabía por qué, pero aquello no le había dado buena espina.

Aún faltaban quince minutos para la siguiente clase y ninguno de los dos quería llegar pronto. Se sentaron en una de las mesas bajo los perales. La misma a donde Mirae se había dirigido la noche que se colaron en el instituto.

—Oye… —empezó Soojin, mordiéndose el labio. ¿Por qué dudaba tanto?—. ¿Sabes cuándo le dan el alta?

—Dicen que el lunes.

—Quiero ir a verle.

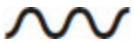
—¿A Silas? ¿Por qué? No tienes por qué sentirte obligada a visitarlo. Sé que no te cae bien.

—No es eso. Es que… —Sus dedos tamborilearon sobre la mesa —. Yo estaba allí cuando se desmayó, así que siento que debería ir. ¿Vale?

—Vale, vale. No he dicho que no puedas —respondió Mark con suavidad, usando ese tono bajo que siempre empleaba cuando ella estaba a punto de perder los nervios. Solo entonces Soojin se dio cuenta de que le había contestado con mal tono.

—Joder. Ya lo sé. Es solo que… sé que es mucho pedir, porque a ti tampoco te cae bien. Pero… —Se le trabó la voz otra vez. Qué difícil se le hacía pedir favores a cualquiera. ¿En qué momento algo tan simple se había vuelto tan complicado? Iba a dejarlo correr, pero Mark, por primera vez que ella recordara, habló por ella. Y con cuidado. Fue como sentirse reconocida.

—Iremos juntos —anunció.



—No recibe visitas —dijo la señora Silas unos días después, cuando aparecieron en la puerta de su casa.

Soojin se removió incómoda bajo su mirada. La mujer parecía agotada. Su pelo castaño, ya encanecido y que siempre llevaba bien peinado, le caía enmarañado alrededor de la cara. Detrás de ella, Soojin alcanzó a ver los colores apagados de los ramos de flores enviados al enfermo, como el que Mark llevaba en la mano, esparcidos por la mesa del comedor.

—Sabemos que acaba de salir del hospital, señora, pero nosotros… —empezó Mark antes de detenerse. Miró a Soojin y ella se adelantó, levantando la bolsa de comida para llevar que llevaba en la mano.

—Le hemos traído su pedido de siempre del Half Moon Diner. Venía todos los días a tomar huevos revueltos. Pensamos que podría ayudarle a recuperar la normalidad.

La mujer se ablandó al ver el paquete grasiento.

—Qué detalle —dijo tomando la bolsa de las manos de Soojin y apartándose para dejarlos pasar—. Está despierto, aunque puede que no aguante mucho. Le encontraréis arriba, en la última habitación del pasillo. Intentad no alarmaros por su aspecto —añadió antes de desaparecer en el interior de la cocina.

Subieron la escalera sin más dilación. Soojin intentó por todos los medios no ser indiscreta, pero no pudo evitarlo. Así que esta era la casa del aguafiestas del pueblo. La vivienda de los Silas estaba extrañamente desprovista de quienes la habitaban. Tenía una frialdad de escaparate. No había ninguna fotografía familiar en los pasillos ni en la repisa de la chimenea, ningún objeto con valor sentimental. En su lugar, un revoltijo de estilos incompatibles: recuerdos deportivos enmarcados junto a carteles de lemas prefabricados del tipo «Hogar, dulce hogar» o «Familia», placas policiales expuestas al lado de flores de plástico sin una mota de polvo…

Cuando llegaron a la puerta del final del pasillo, Soojin llamó. No hubo respuesta. Miró a Mark y, tras dudar unos instantes, empujó la puerta con cautela.

El dormitorio tenía la misma cualidad aséptica que el resto de la casa, pero olía con fuerza a algo clínico, a suero y desinfectante. El aire estaba cargado, impregnado del almizcle salado de un hombre demasiado débil para asearse.

Joe Silas estaba incorporado en la cama, orientado hacia la luz mortecina que se colaba por las cortinas traslúcidas. Su inmovilidad absoluta incomodó a Soojin; no hubo ni un gesto cuando la puerta se abrió y se cerró.

—¿Señor? —Un silencio tan denso que podría sostener una hoja encima—. Disculpe que le moleste. Soy Han Soojin, del restaurante.

—Y yo Mark Moon, del cementerio de mascotas —añadió Mark.

El hombre no respondió, ni siquiera se volvió a mirar. Soojin se sentó con cuidado en la silla cercana a la cama y Mark permaneció detrás de ella, incómodo. Soojin pudo ver por fin la expresión de Silas. Tenía el rostro pálido y abotargado y un rastrojo desigual de barba rubia le cubría la mandíbula. Pero lo que más alarmó a Soojin fueron los ojos. Tenían una extraña manera de fijarse en un punto y luego descender lentamente. Ahora que ella se encontraba en su línea de visión, era el objeto de aquel vaivén rítmico: los ojos de Silas encontraban su rostro y, como si verla fuera demasiado pesado, la mirada caía hasta que solo mostraba las escleróticas enrojecidas, para luego volver a subir de golpe, como un péndulo. Dos orbes azules que miraban sin ver.

—Joder, ¿qué le pasa? —susurró Mark.

—Ni idea. —Soojin agitó la mano delante de sus ojos, sin obtener respuesta.

—Se llama inmersión ocular.

Casi dieron un brinco, pero no era más que la señora Silas, que entraba con una bandeja de comida.

—El doctor dice que a veces es un efecto secundario de las lesiones cerebrales. —Dejó la bandeja en la mesilla.

—¿Se recuperará? —preguntó Mark.

—Con su salud y tras el tiempo que pasó sin poder respirar, es poco probable. El cerebro es una máquina delicada —respondió con gravedad. Se secó las manos en el delantal, aunque estaban secas, un gesto nervioso y tenso. Dirigió la vista hacia el plato—. Dudo que coma mucho. Os dejo un momento a solas, pero no os quedéis mucho tiempo. Se cansa enseguida y necesita dormir.

Pese a sus palabras, se marchó con rapidez, como aliviada de tener un respiro. La puerta se cerró tras ella con un clic. El silencio volvió a reinar en la habitación con tal fuerza que el tictac del reloj sonaba atronador. Silas continuaba mirándola, abajo, arriba, abajo.

La última vez que Soojin lo había visto, él se había aferrado a su delantal, suplicándole con una desesperación tan vívida que, por un momento, parecía lo único real en el mundo. Ahora, en cambio,

parecía tan insustancial que podría desvanecerse bajo la luz directa del sol.

Soojin carraspeó y observó la comida. Tenía mal aspecto. Los huevos, recalentados hasta la extenuación, parecían encogidos y un líquido blanquecino se había acumulado en el plato. Los champiñones parecían anémicos.

—¿Quiere probar un poco, señor? —preguntó.

—No… hambre —respondió Silas, con voz entrecortada.

Así que no estaba tan mal como para no hablar. Bien.

—Pero si es su plato favorito del restaurante —insistió suavemente mientras cortaba los huevos en trozos diminutos con la cuchara—. No recuperará fuerzas si no come. —Le llevó un bocado a los labios.

El hombre abrió la boca, dócil. Había adquirido una extraña cualidad bovina. Aquello no era solo daño cerebral; estaba en estado de *shock*. Soojin le dio un poco y lo observó masticar. La mandíbula se movía torpe, vacilante, pero consiguió tragar. Soojin iba a hablar, pero Silas volvió a abrir la boca y ella calló, dándole otra cucharada.

Soojin se preguntaba si reconocería siquiera quién le daba de comer. Silas no parecía responder a ningún estímulo visual. No se movía hacia donde ella sostenía la cuchara. Simplemente abría la boca, con la vista desenfocada, y esperaba. Cuando la grasa le chorreó por la barbilla, no se limpió y ella tampoco lo hizo.

¿Por qué estaba allí, alimentando a aquel hombre que siempre había mostrado aversión hacia ella y que ahora apenas registraba su presencia? Sintió de pronto una oleada de repulsión. Le guardaba rencor por haberse desplomado delante de ella, por haber sembrado en su interior una inquietud difusa justo cuando era más feliz de lo que había sido en meses. Y sin embargo…

Mark se inclinó sobre ella para limpiarle la barbilla grasienta a Silas con una servilleta. Luego la miró con gesto interrogante, como preguntándole «¿qué estás haciendo?». ¿Había tardado demasiado en reaccionar? Ella sirvió otro poco en la cuchara.

—¿Y cómo lo lleva, señor? —preguntó Soojin, imitando el tono jovial que Mark utilizaba con tanto éxito con los adultos. Pero en su boca sonaba falso, inquisitivo. Silas murmuró algo ininteligible, las sílabas le rodaban en la boca como piedras. Su lucidez parecía ir y venir. Un momento sonaba coherente y, al siguiente, perdido por completo.

—¿Disculpe? —dijo ella.

—Manos —dijo Silas y luego abrió la boca. Ella le dio un bocado de tomate y cebolla asados.

Esperó con impaciencia a que tragara antes de intentarlo otra vez.

—¿Qué manos, señor?

—Una mano muerta es una mano de espinas —dijo, de pronto, con fluidez y énfasis.

—¿Una… qué? —preguntó Soojin, esperando que las palabras cobraran sentido.

Los ojos de él se clavaron en sus muñecas con una intensidad tan clara que Soojin creyó por un instante que se había producido una recuperación milagrosa. Pero después se nublaron, como nubes sobre el agua, y volvieron a caer.

«Una mano muerta es una mano de espinas». Un escalofrío helado le recorrió la espalda. Aquel lenguaje no sonaba en absoluto a Silas, cuya forma de hablar solía ser llana y directa como una flecha. Pero lo más inquietante era que esas palabras le resultaban familiares. Un zumbido ansioso le empezó a retumbar en los oídos, desquiciándola. Le costaba pensar, pero de pronto recordar resultaba urgente. ¿Dónde había oído esas palabras? ¿Dónde?

—Vámonos, Soo —dijo Mark suavemente, apartándole la mano de la boca. Solo entonces notó que había estado mordiéndose los padrastros. El sabor a hierro en la lengua—. No sé qué esperabas viniendo aquí, pero creo que esto es todo lo que vamos a sacar en claro. Es obvio que no está en sus cabales ahora mismo.

Pero ella no podía marcharse. Su cabeza seguía atrapada en la noche de su colapso. El asfalto encharcado del aparcamiento.

«Soojin», la había llamado antes de caer. No podía dejar de pensar en cómo sus ojos azules se habían aferrado a los suyos para suplicarle: «Déjame ya, por favor». Como si ella tuviera el poder de salvarle. ¿Pero de qué?

Soojin apartó el plato que apenas se había tocado.

—Dígame qué le pasó aquella noche en el aparcamiento de la licorería.

El jefe de policía seguía mirándose el regazo, sin responder. Detrás, Mark soltó un suspiro resignado.

—Es inútil…

Un golpe seco interrumpió sus protestas. Silas se había golpeado la cabeza contra el cabecero. Un espasmo involuntario, pensó Soojin… hasta que volvió a hacerlo con más fuerza. Una y otra vez. Un gorgoteo tenso se le atascó en la garganta, un grito que su cuerpo no le permitía soltar. La cama entera temblaba con cada embestida.

—¡La hostia! —exclamó Mark, tirando de Soojin para apartarla. La silla se volcó con estrépito. Silas agitaba las manos en el aire, ya en absoluto dócil. En sus ojos brillaba una claridad salvaje, atrapada.

—Nunca debí aceptarlo —dijo con una expresión feroz, mientras le salían despedidos de la boca trocitos de comida a medio masticar —. No tendría que haberle hecho caso.

El agarre de Mark en el hombro de Soojin se intensificó, pero ella se zafó.

—¿A quién? ¿A quién no tendría que haberle hecho caso? —preguntó, arrodillada junto a la cama, esperando que la señora Silas no oyera el alboroto. Tenían que calmarlo.

Él cayó contra las almohadas y se apretó la manta contra el pecho como si fuera un escudo.

—Aquí no estamos seguros. —Los ojos se le abrieron de par en par ante algo invisible y soltó un jadeo que se le atragantó en la garganta. De repente empezó a escupir unos globos espesos de flema anaranjada que mancharon el edredón. Soojin se quedó

paralizada. Mark corrió al baño y volvió con un vasito de plástico lleno hasta el borde de agua.

—Tome, beba esto —dijo mientras le daba palmadas en la espalda. Silas miró el vaso sin entender. Soojin vio el reflejo de sus ojos vidriosos temblar en la superficie del agua antes de apartarlo de un manotazo. El vaso rebotó en el suelo, derramando su contenido sobre la madera antes de rodar bajo la cama.

—¿Por qué has traído eso aquí? ¿Estás loco? —gritó Silas entre toses. La saliva salía volando de la boca mientras deliraba—. ¡Escucha a través del agua! ¡Viene por el agua! ¿Por qué lo has hecho? —De pronto ya no parecía un enfermo. Parecía un hombre acorralado, con el vello erizado—. ¡Límpialo! —chilló, agitando los brazos hacia el charco—. ¡He dicho que lo limpies! ¡Límpialo, límpialo…!

Mark arrancó una manta de lana de la cama, se arrodilló y la echó sobre el agua para ocultarla a la vista.

—Jesús —jadeó, a la vez que Silas seguía vociferando—. Soojin, ¿qué tal si me ayudas? —le pidió. Ella reaccionó.

Pero no para ayudar.

En vez de eso, corrió hacia él y le sujetó los hombros con fuerza. Su mente era un torbellino, estaba descontrolada. No podía separar lo que necesitaba saber de lo que no quería oír.

—¿Qué quiere decir con eso? —lo apremió—. ¿Qué significa eso de que viene por el agua?

Pero Silas se había quedado absolutamente inmóvil. Sus ojos estaban clavados en ella, realmente clavados. Era como si, por primera vez, la viera de verdad, pusiera nombre a su rostro. Abrió la boca para gritar, pero lo único que salió fue un silbido apagado, como si respirara a través de una pajita. Esforzándose, sofocándose.

—Tú —dijo. Le temblaban las manos.

—Soojin, ¿qué estás haciendo? Suéltalo —dijo Mark, con voz quebrada y abrumada.

—¿Qué te pasó? —susurró ella.

Silas abrió la boca, con los ojos inquietos como si buscaran refugio. Pero antes de que pudiera hablar, la puerta del dormitorio se abrió de golpe. La señora Silas entró apresurada y se encontró con todo el desastre. Mark intentando secar el suelo a toda prisa, y Soojin encaramada a la cama, sujetándole los hombros a su marido. Rezó porque su postura pareciera de consuelo y no de interrogatorio, como lo había sido segundos antes.

Antes de que Soojin alcanzara a procesarlo, la menuda mujer ya los estaba guiando fuera del dormitorio y escalera abajo.

—No es culpa vuestra —dijo al abrir la puerta principal—. No he logrado que beba casi nada desde que despertó. A este ritmo, la deshidratación se lo llevará antes que cualquier otra cosa. Habrá que ponerle suero…

Ahora estaban de pie en el porche, bajo una lámpara que titilaba con un cementerio de polillas marchitas al fondo del cristal. La señora Silas se acercó para cerrar la puerta, con expresión completamente exhausta, y Soojin no pudo más que pedir perdón, como una niña pequeña que se siente culpable.

—Lo siento. No era mi intención.

El rostro de la mujer parecía a punto de deshacerse en lágrimas, pero se contuvo. Apoyó una mano en el hombro de Soojin, con cautela, luego en el de Mark.

—Tal vez lo mejor sea que no volváis más por aquí.

—Pero, señora… —Empezó Soojin, antes de que la puerta se cerrara en sus narices. La señora Silas se alejó por el pasillo; el cristal esmerilado multiplicaba su silueta hasta que pareció sumergida en agua.



Octubre se apoderó de Jade Acre con el frenesí de las festividades de Halloween y la preocupación del pueblo se apartó de la desgracia de Joe Silas, que llevaba ya una semana catatónico en su cama. Pese a todo, incluso Soojin se dejó arrastrar por el ambiente, especialmente en ese momento, en el cual, asomada a la ventana de su habitación, esperaba el familiar resplandor de los faros de Mark avanzar por el largo camino de entrada a las tres de la madrugada.

—Ya ha llegado —dijo y corrió hacia el espejo ante el que Mirae se hacía dos largas trenzas. Soojin usó un delineador para dibujar bigotes a cada lado de su cara. Las hermanas se miraron: una Miércoles Addams cutre y un gato. Chocaron palmas, satisfechas con el apaño.

Y luego bajaron la escalera como cuando eran niñas, conteniendo la risa, aunque ya no había padres a los que despertar. Mark las esperaba con su propio disfraz improvisado, una camisa de franela. («Eh… ¿granjero?», respondió al gesto inquisitivo de las

hermanas). Se subieron al coche y salieron disparados a la quietud de la madrugada.

Cada octubre, el pueblo se engalanaba con guirnaldas negras y naranjas alrededor de todas las tiendas. Aunque Halloween aún quedaba a semanas de distancia, las decoraciones ya estaban en pleno apogeo.

Había sido idea de Mark disfrazarse y Soojin se alegraba de que lo hubiera propuesto. La noche adquiría un aire mágico, como si todo el pueblo se hubiera vestido para la ocasión y aguardara ansioso la llegada de la hora de las brujas.

—¡Soojin, mira esto! —exclamó Mirae, pegada a los ventanales de la confitería donde antes compraban cortezas de menta con las monedas que les daban sus padres para que se fueran y les dieran un respiro.

Ahora los escaparates estaban forrados con fantasmas de papel suspendidos con hilos casi invisibles. El dueño había dejado encendidas las luces, que palpitaban en blanco y naranja, iluminando las bandejas de dulces: malvaviscos moldeados en forma de sombreros de bruja, huesos de chocolate blanco para armar tu propio esqueleto... Las hermanas se quedaron mirando con anhelo hasta que Mark, ufano, sacó de su mochila una bolsa de bombones. Medio derretidos, sí, pero nunca nada les había sabido tan bien. Se chuparon los dedos y, con la mente burbujeante de azúcar, siguieron su camino.

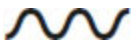
Recorrieron los estrechos callejones azotados por el viento hasta llegar a la plaza del pueblo, donde se sentaron en la piedra húmeda de la fuente central para poner velitas flotantes en el agua. A la tenue luz, Soojin observó a su hermana. A Mirae se le escapaba una sonrisa rozando la superficie con las yemas de los dedos al guiar una vela, con tanta delicadeza que la llama ni se inmutaba.

Eso hacía que las aprensiones de Soojin tras la visita a Silas parecieran ridículas, lo mismo que levantarse en mitad de la noche solo para comprobar que su hermana seguía en la cama de al lado.

El recuerdo de unos ojos azules aterrados amenazó con irrumpir. Una voz: «Una mano muerta es una mano de…».

Mirae se levantó, se secó las manos y ofreció una a Soojin para ayudarla a ponerse en pie. Sus manos estaban cálidas, increíblemente suaves. Sin los callos, parecían casi extrañas. Pero la sonrisa de Mirae era de lo más familiar.

Arriba, el cielo bullía de estrellas. Allí no había muertos.



Así transcurrían los días, casi sin notarlo. Era la temporada del baile escolar de otoño y el pueblo celebraba dos cosas a la vez. Los espantapájaros llevaban los cascos verde y plata de los Troyanos, en honor a la mascota escolar, mientras el mercado de agricultores se desbordaba de calabazas y calabacines decorativos. Una tarde, Mark había llevado algunas, y los tres pasaron horas tallando caras en los grandes frutos anaranjados y comiendo las semillas que Mirae había asado con sal y miel.

Allí, tumbados boca abajo sobre la alfombra del salón, con las manos pegajosas, Mark le preguntó a Soojin si quería ir al baile con él.

—Mmm —murmuró Soojin. Había tallado dos triángulos perfectos para los ojos, pero la curva de la boca se le resistía—. Los bailes no son lo mío.

La calabaza de Mark era un desastre, pero era culpa suya. Se había creído con maña suficiente para esculpir un gato. Parecía más bien una vaca con dos patas, con un pincho torcido en la parte trasera que pretendía ser la cola.

—¡Venga, Soo! ¡Es tu último baile de otoño! ¡No puedes perdértelo! —dijo Mark mientras ofrecía a Milkis un trozo húmedo de pulpa. La rata saltó de su bolsillo para devorarlo, tiñéndose el hocico de naranja. Había desarrollado una predilección por Mark y siempre rondaba cerca de él. O tal vez era que había detectado al más blando de los tres y lo había escogido como su favorito.

—En realidad no he ido a ninguno —admitió Soojin.

—Entonces será el primero también —replicó Mark—. ¡Lo vas a pasar bien, te lo prometo!

—Bueno… —A decir verdad, la última fiesta a la que Soojin había ido, aquella horrible hoguera, no había hecho más que reafirmar su aversión a los eventos multitudinarios—. No sé.

—Deberías ir —intervino Mirae dejando el cuchillo a un lado para rebañar con un dedo la miel del cuenco. La lamió con gusto y dejó escapar un murmullo de felicidad.

—¿Por qué?

—Porque te vendrá bien salir alguna vez de casa.

—Salgo de casa —protestó Soojin—. Trabajo. Escuela. Y con vosotros, frikis, en plena noche.

—Bueno, no tienes que hacerlo si no quieres… —empezó Mark, pero Mirae lo interrumpió.

—Sabes a qué me refiero. —Le dio un golpecito en la rodilla—. Necesitas hacer algo distinto y dejar de pensar en lo que le pasó a Silas. Estás rara desde entonces. Me preocupas.

La voz de Mirae no era una sugerencia; era una orden.

Mark se quedó callado, viendo cómo las palabras rebotaban entre las dos hermanas, consciente de que ya no pintaba nada en esa conversación. Soojin casi quiso negarse solo por llevarle la contraria. Pero, por alguna razón, esto parecía importarle de verdad a Mirae, así que al final levantó las manos, claudicando.

—Está bien.

No fue una aceptación romántica, pero Mark fue lo bastante buen tipo como para parecer satisfecho igualmente.

Y así fue como Soojin acabó en su situación actual a merced de su hermana, con ambos armarios volcados sobre la cama y el tocador cubierto de maquillaje.

Soojin refunfuñó mientras Mirae la enfundaba en otro vestido más, corto, amarillo y con falda de tul. Mirae siempre había sido un poco más menuda y a Soojin el corpiño le quedaba demasiado apretado.

—Este no —dijo Mirae, desabrochando el vestido con brusquedad y lanzándolo a un lado. La mayoría de los que Soojin se probaba pertenecían a su hermana. Soojin no era de fiestas, pero Mirae había ido a todos los bailes de otoño y a algún que otro baile intermedio. Tenía varios vestidos de cóctel en su arsenal.

—¿Por qué estamos haciendo esto ahora? El baile no es hasta el próximo fin de semana —se quejó Soojin. Sentía el rostro pegajoso por todo el colorete que su hermana le había aplicado.

Milkis, fuera de la jaula, se entretenía rodando brillos de labios por el tocador como si moviera muebles. Soojin rescató uno que estaba a punto de caer y lo alzó fuera del alcance de la rata.

—¿Quién elige el vestido de un baile el mismo día? ¿Nunca has oído hablar de los ensayos generales? —preguntó Mirae.

—Para los musicales, sí. Pero esto es solo un baile, Unnie. No hace falta todo este teatro —dijo Soojin, que aún agitaba el tubo de brillo labial mientras Milkis le arañaba indignada la mano.

—Ay, deja de quejarte. ¿No quieres impresionar a tu cita? —insistió Mirae intentando encajar en un nuevo vestido.

—No es una cita, es Mark.

—¿Y por qué tienen que ser cosas excluyentes? —Mirae le ató un lazo en el costado que tensó la falda, alisándole las arrugas—. Aunque supongo que tienes razón. A Mark no le importaría que aparecieras en pijama.

Soojin intentó no pensar en el pijama entero de panda que Mirae le había comprado a modo de broma, pero que ella usaba con toda seriedad. Solo recordarlo la hacía querer morirse.

—Le gustas —dijo Mirae retocándole el labial y difuminándolo con la yema del dedo—. Ni siquiera sé si él mismo lo sabe aún, pero es tan obvio...

—No le gusto. No de esa manera.

—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué crees que sacrifica tantas noches de sueño para estar contigo?

Y era verdad. Desde que Mirae había vuelto, Mark pasaba muchas noches en vela para llevarlas de un lado a otro en medio de

la noche. Su excursión antes de Halloween, las fogatas en la playa, los largos paseos cerca del viñedo. Al día siguiente andaba por la escuela tambaleándose como un zombi y cabeceaba en clase de matemáticas para recuperar el sueño perdido.

—Lo hace por ti —dijo Soojin—. Porque le da pena que pases tanto tiempo atrapada en esa cabaña.

—Soo, si de verdad crees eso, eres más ingenua de lo que pensaba.

Antes de que Soojin pudiera responder, Mirae dio un par de pasos atrás para evaluar su trabajo.

—Ya está. Es perfecto —dijo con satisfacción a la vez que giraba a su hermana hacia el espejo.

Le había puesto un vestido cruzado de color rojo vino, que ella llevó a su baile de otoño del último año. Lo habían comprado en el Nordstrom Rack de Bragg Hills, barato pero sin parecerlo.

Soojin recordaba bien aquel día. Convencieron a su padre para quedarse una hora en la tienda de decoración mientras ellas buscaban un vestido para Mirae. Felices de librarse de sus sermones sobre lo corto o ajustado del vestido en cuestión, se probaron de todo. Escotes profundos que se unían con un broche plateado, espaldas que caían hasta la base de la columna. Se sintieron muy adultas riéndose entre las cortinas del probador. Al final, Mirae había elegido este vestido, modesto salvo por la abertura que dejaba entrever un muslo. No era el más llamativo, pero sí el único que su padre toleraría sin morir de un infarto.

Y ahora Soojin lo llevaba. El rojo era de una tonalidad vino oscuro que disimulaba la pequeña mancha de ron con cola en el dobladillo. La tela sedosa brillaba como la superficie de un estanque bajo la luz, al igual que sus pómulos resaltados con destellos dorados. Mirae había optado por un maquillaje discreto, al estilo de los programas coreanos, con las mejillas apenas rosadas, los labios con un ligero toque de color y un velo melocotón en los párpados. Le suavizaba las facciones, la hacía parecer más amable de lo que

era. Soojin no podía negarlo: estaba guapa. Estaba guapa porque se parecía a su hermana.

—La gente me va a juzgar por ponerme tu vestido del año pasado —dijo Soojin.

—¿Y por qué iban a hacerlo? —preguntó Mirae, sacudiéndose el polvo brillante de las manos.

«Te encanta este vestido. ¿Habrías querido volver a usarlo en el baile de graduación, si hubieras vivido lo suficiente?», pensó Soojin. Pero lo único que dijo fue:

—Te queda mejor a ti.

—Calla, estás guapísima. Además, como yo no puedo ir, al menos que mi querido vestido se divierta un poco. Es demasiado bonito para dejarlo olvidado en el armario. —Mirae acarició la tela sedosa con una sonrisa—. Qué lástima no poder ver la cara de Mark cuando aparezcas así. El pobre se va a quedar sin palabras.

Pero no vería esa cara, claro. El baile era un sábado, su padre estaría en casa y Mirae tendría que esconderse en la cabaña. No parecía justo.

—Ojalá fueras tú quien me despidiera —dijo Soojin.

—Si papá te oyera, le romperías el corazón —replicó Mirae antes de desatar el lazo y ayudarla a salir del vestido—. Además, no soy tu madre, Soojin. No me corresponde despedirte de ningún sitio. —El gesto se le endureció un instante, antes de volver a ser neutro—. Ojalá pudiera ir contigo. Pero, como no puedo, me dedicaré a ahogar las penas en comida en mi mansión privada. —Señaló a través de la ventana a la cabaña, oculta tras las ramas del magnolio. Lo dijo con ligereza, pero a Soojin le dolió.

Se puso el camisón, devolvió a Milkis a su jaula y se dejó caer en la cama. Su hermana se sentó a su lado e, intuyendo su tristeza, sacó un cepillo del cajón. Se colocó detrás y empezó a desenredarle el pelo con cuidado, un gesto de ternura que las tranquilizaba desde niñas, cuando era su madre quien lo hacía en las noches difíciles.

—Estoy bromeando. Estaré bien —dijo Mirae, apartando los mechones rebeldes—. Solo quiero que te diviertas por las dos,

¿vale? Que te permitas disfrutar un poco. Sé bien que eres como un cardo, con los pinchos para que nadie se te acerque. —Le dio un toquecito en el estómago.

Soojin quiso fruncir el ceño, pero acabó riéndose.

—Vale, prometo que me divertiré por las dos.

Tenía el pelo liso y brillante. Dejaron el cepillo a un lado y se quedaron sentadas, con la cabeza de Soojin apoyada en el hombro de su hermana. Entonces notó algo y lo señaló.

—Papá va a tener que cambiar pronto el papel de la pared —dijo, indicando una mancha gris en medio del dibujo adamascado, un círculo de humedad que pronto crecería en círculos concéntricos de podredumbre si no se arreglaba.

Mirae siguió su mirada.

—Es un poco anticuado, supongo, pero… —respondió.

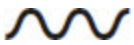
Soojin arqueó una ceja.

—¿Qué? No, no me refiero a eso. Míralo bien, es… —Volvió la vista al punto y su mano cayó.

Mirae se levantó y pasó la mano por la superficie. Había arañazos, marcas del paso del tiempo, alguna mancha de cuando eran niñas, incluso un trazo de tiza. Nada fuera de lo común.

—¿Es qué?

—Nada —dijo Soojin, que clavó los ojos en el papel y luego los apartó con premura.



El día del baile de otoño, Soojin se preparó en silencio. Afuera lloviznaba y apagó la música para escuchar la lluvia. Se sintió nostálgica, preparándose sola para su primer baile formal. ¿No había algún ritual previo a estos eventos? Lo había visto en películas: madres, hermanas y amigas preparándose juntas en un frenesí ruidoso. En cambio, ella estaba sola, pasándose la plancha por el pelo mientras el magnolio rozaba la ventana de su habitación. Se había maquillado exactamente como Mirae le había indicado y el

reflejo que le devolvía el espejo se veía glamuroso, radiante y solitario.

Alargó la mano para tomar la pulsera de oro rosado de su hermana y completar el atuendo. Justo cuando cerró el broche, notó el moratón, una pequeña mancha púrpura que se le extendía por la palma hasta la fina piel de la muñeca interna. Juraría que antes no estaba ahí. Parecía una mancha antigua, con los bordes teñidos de un amarillo fétido. Soojin presionó un dedo contra ella. Sintió un dolor sordo y, con él, una preocupación lejana. No recordaba haberse lastimado. Estudió su forma sin parpadear durante tanto tiempo que esta pareció moverse, extendiendo sus esquinas oscuras por el contorno de la arteria radial.

Alguien tocó en la puerta. Se sobresaltó. Parpadeó. Su moratón volvió a ser estático y pequeño.

—Soojin —llamó su padre.

—Un momento —respondió ella a la vez que revisaba el desorden de maquillaje en su tocador. Aplicó varias capas de corrector de alta cobertura sobre el moratón y luego lo selló con polvo. La marca desapareció y, con ella, también su incomodidad inexplicable. Se levantó y le abrió la puerta a su padre y, por un momento, él se quedó sin palabras mientras la miraba con ojos cansados.

—Llevas el vestido de Mirae —dijo finalmente—. Debería haber pensado en ir de compras contigo. Lo siento.

—¿Por qué? ¿No me queda bien? —preguntó ella.

—No, no es eso. Es solo que… —Negó con la cabeza y luego dijo en coreano—: Estás muy guapa, hija mía.

El cambio de idioma no pasó desapercibido para ella. «Guapa» en inglés pertenecía al reino de la estética. En coreano, «guapa» significaba «guapa», sí, pero también «amable», «magnánima», «buena hija», «dulce». Con el familiar vestido rojo rubí, su padre la veía a ella y también a su hija perdida y más cariñosa.

—Gracias, papá —dijo Soojin y la sonrisa que le ofreció fue de todo corazón. Los sorprendió a ambos.

Repentinamente tímido, él carraspeó.

—El chico ya está aquí.

—¡Oh! —Soojin corrió hacia la ventana y abrió la cortina. El viejo coche destartalado de Mark estaba en la entrada. No había oído sus crujidos y chirridos, pero, al verlo, el corazón se le aceleró un poco. Su propia emoción la sorprendió.

Mark bajó del coche, con los brazos cargados de flores. Su casa no tenía timbre, un detalle que su padre nunca se había molestado en solucionar, pero ella oyó sus golpes firmes incluso desde el segundo piso.

—Bueno, yo te escoltaré —dijo su padre ofreciéndole el brazo de manera claramente caballerosa. Se le veía cansado, no parecía comer lo suficiente, pero por ahora estaba de buen humor. Ella le tomó el brazo sin dudar.

—Estoy orgulloso de ti, Soojin —dijo su padre mientras bajaban la escalera. Al no recibir respuesta, continuó—: Durante mucho tiempo pensé que nunca volvería a verte sonreír de verdad, pero estos últimos meses has cambiado. Tus profesores dicen que socializas más. Se te ve más feliz. —Se detuvieron frente a la puerta, donde la silueta desgarbada de Mark era visible a través del cristal esmerilado—. He echado de menos a esta hija mía.

—Ella también te ha echado de menos a ti, papá —dijo Soojin, pensando en su hermana y dejando que la tercera persona hablara por ambas.

Él le sonrió y ella le devolvió la sonrisa, con el corazón tan enternecido que temió que la culpa la matara. Estaban tan cerca de la cabaña. Podía llevarlo allí, abrirle la puerta a la hija que extrañaba y dejar que la reunión jugara su ruleta de alegría o desastre. El pulso le latía con la posibilidad. Pero el momento pasó. Su padre retrocedió, le acomodó un rizo detrás de la oreja y le dio una palmada cariñosa en la mejilla.

—Bueno, no hagamos esperar al chico Moon —dijo y abrió la puerta.

Mark estaba allí con un brazo lleno de geranios color granate, iluminado por el tenue farol que, sobre su cabeza, atraía a los mosquitos. Había estado intentando espantarlos y, cuando la puerta se abrió, él estaba con la mano en el aire, boxeando con nada, con los ojos abiertos de par en par y sorprendido. El brazo volvió al costado. Iba con un aspecto casual, con su camisa azul marino, sin corbata y con vaqueros negros en lugar de pantalones de vestir. Alguien —probablemente su madre— había intentado domarle el pelo rebelde en un formal peinado lateral, pero los mechones oscuros ya le caían en ondas sueltas sobre la frente.

—Hola —dijo Soojin, esforzándose por mantener la voz alegre mientras se asomaba desde detrás de la espalda ancha de su padre. Se sentía muy consciente de sí misma, de su postura, de cómo su pelo rizado le enmarcaba el rostro. No sabía qué hacer con las manos.

—Ah…, caray. Estás… —Mark tartamudeó, sonriendo tímidamente. Ella correspondió con igual torpeza. La expresión de él al mirarla la hizo sentir guapa. No se había dado cuenta de que quería sentir eso y más causado por él.

Mark se recompuso. Se volvió hacia el padre e hizo una reverencia.

—Hola, señor Han —dijo en coreano, con la voz apenas un tono más alto.

El padre lo miró con la misma severidad cuidadosamente cultivada que Soojin esperaba.

—Mark. Me alegra verte. Ha pasado un tiempo —dijo—. Has crecido.

—Yo también me alegro —dijo Mark y luego se dio cuenta de su error—. Quiero decir, bueno…, que yo también me alegro de verle, no de haber crecido —se corrigió, buscando ayuda en Soojin—. Pero sí, he crecido. —En el silencio, Mark abrió la boca para hablar de nuevo y Soojin decidió salvarlo.

Se apartó de su padre y señaló el revoltijo de flores que Mark portaba.

—¿Eso es para mí? —preguntó.

No era un ramo. Los tallos ni siquiera estaban atados y las hojas eran salvajes y estaban sin podar. Le había traído un jardín sin arreglar. Mark se miró los brazos, como sorprendido por las flores.

—Ah, sí. Mi madre me dijo que trajera un ramo, pero me olvidé por completo, lo siento. La floristería estaba demasiado ocupada para un pedido de último minuto, así que te he traído esto en su lugar. ¡Geranios! Los cultivo yo —dijo quitando, con suavidad, un insecto de un pétalo.

—Son los que plantas fuera de la funeraria —dijo ella al recordar aquella vez, hacía casi dos meses, que había interrumpido su poda. Ya no eran las mismas dos personas que habían estado bajo el toldo en esa noche de septiembre. Parecía que hubieran pasado años desde entonces. Algo en ese recuerdo lo turbó y descargó las flores en los brazos de ella, en lugar de responder.

En el panteón de las flores, supuso Soojin, los geranios no eran particularmente bellos. Eran terrosos y herbáceos de manera algo desagradable. Los tallos espinosos le pinchaban los brazos y se le enganchaban en la tela del vestido. Le encantaron.

—Los pondré en agua —dijo su padre sacándoselos de los brazos.

—Espera, papá, necesito uno —dijo Soojin y buscó entre el montón hasta encontrar el de pétalos más simétricos. Rompió el tallo, se volvió y lo metió dentro de la camisa azul marino de Mark, de modo que sus flores rojas asomaran por encima del bolsillo. Lo acomodó triunfante. —Listo, aquí está tu flor del ojal.

Mark sonrió, ajustando la flor para que quedara recta.

—¿Así que tú también te habías olvidado? Así me siento menos gilipollas que si hubiera sido yo solo —confesó antes de mirar al padre de Soojin y corregirse rápido—. Malo. Quise decir malo, no gilipollas.

El padre se rio y sus anchos hombros se relajaron. La torpeza de Mark parecía haberlo tranquilizado.

—Id y pasadlo bien. No volváis muy tarde.

—No, señor —respondió Mark a la vez que hacía una reverencia de despedida.

—No me esperes despierto. Mañana tienes un largo camino —dijo Soojin poniéndose de puntillas para darle un beso en la mejilla. Su padre se tocó el lugar donde el lápiz labial le había dejado marca, como incrédulo ante el gesto inesperado. Ella se giró y siguió a Mark por los escalones del porche y hacia su viejo coche.

En cuanto cerraron las puertas, Mark se volvió hacia ella y exhaló lentamente entre dientes.

—¿He estado bien? ¿Ha salido todo bien?

Soojin observó a su padre mientras Mark salía de la entrada con el coche. Su rostro parecía melancólico bajo la iluminación de las luces traseras. Hacía mucho tiempo que no estaban en paz, sin pelearse o huir el uno del otro. Se preguntó si él, finalmente, se sentía como un padre de nuevo, después de estar casi un año cuidando al fantasma de una hija.

—Creo que ha ido muy bien —dijo.



En la cabaña, se sentó en la penumbra y escuchó a su padre despedirse de Soojin y el rugido del coche de Mark al salir por el camino. El tono de voz de su padre al despedirlos fue bonito. Sonaba feliz. Sabía que debería alegrarse de que la capacidad de felicidad, por pequeña que fuera, hubiera regresado a él, pero eso hería su parte más egoísta. Había una diferencia entre ser recordada y ser llorada, pero no podía acordarse de cuál era. Quería salir corriendo y saludarlo en el jardín para que al instante la llorara y la recordara. Pero no lo haría. Quedaba mucho trabajo pendiente y, ahora, con Soojin distraída en el baile, finalmente tenía la oportunidad de actuar.

En las últimas semanas, su hermana se había vuelto tremendamente vigilante. De lunes a viernes, Soojin la seguía sin cesar, se despertaba cada pocas horas de un sueño inquieto para comprobar que todavía estaba a su lado en su dormitorio de la infancia. Los fines de semana, cuando el padre estaba en casa,

Soojin se escapaba a la cabaña de vez en cuando durante la noche. Nunca decía una palabra, solo se quedaba en el umbral observando cómo su hermana fingía dormir, hasta que su ansiedad mordaz se calmaba y entonces se iba.

En cierto modo, todo resultaba muy familiar. Cuando eran más jóvenes, Soojin había sido su sombra. Una niña preocupada y volátil que se aferraba a ella, especialmente a partir del fallecimiento de su madre.

Aunque los meses siguientes a la muerte de la madre fueron una nebulosa, había un día en particular que recordaba con perfecta claridad: la mañana al volver a casa tras el funeral. El primer día sin ella.

Se había despertado entonces de un sueño inquieto, con Soojin acurrucada a su lado y Milkis moviéndose en su jaula. Por un momento, experimentó la amnesia sorda del despertar. No recordaba nada del servicio de la noche anterior. Nada en absoluto, hasta que su mente se aclaró trayendo consigo la imagen de una urna. El rostro devastado de la señora Moon al dejarlos a todos en casa. Su padre llorando a mares con las manos apoyadas en el umbral de la casa.

«Se ha ido», recordó haber pensado mientras miraba el techo. Era una pérdida que no parecía real del todo. Como si su madre pudiera irrumpir en su habitación en cualquier momento, gritándoles por haberse quedado dormidas sin ir a la escuela. Su mente aún no comprendía plenamente la realidad del duelo, pero su cuerpo sí y, de repente, comenzó a llorar de forma involuntaria, apartándose de Soojin para no despertarla.

«Papá vendrá», pensó, y se secó la nariz con la manga. Vendría, la abrazaría y le acariciaría el pelo como solía hacer mamá cuando ellas estaban tristes.

Pasaron horas antes de que se diera cuenta de que él no vendría. En cualquier momento, su hermana se despertaría, desorientada y devastada. Soojin se había negado a comer en el

funeral y, aunque no quisiera, tendría que hacerlo. Alguien tendría que obligarla.

«Tienes que levantarte».

Se levantó. Dejó a Soojin en su cama y bajó la escalera, pasó por la silenciosa habitación de sus padres y entró en la cocina, donde un montón de ollas en el fregadero atraía a las moscas. Al acercarse un taburete para alcanzar a lavar los platos, se dio cuenta, de repente, de que su papel había cambiado irrevocablemente de la noche a la mañana. Como hija mayor de una familia desorientada, había sido catapultada a una posición de cuidadora y necesitaría adaptarse.

En los meses siguientes aprendió a cocinar, limpiar, hacer la colada y manejar mejor el humor cambiante de Soojin. Colocaba una bandeja con sopa y arroz frente a la puerta de su padre cada noche por si el hambre pudiera vencer su deseo de no existir. Se permitió olvidar cómo era que te cuidaran en lugar de cuidar.

Tenía once años.

Cuando le llegó la menstruación, no se lo dijo a nadie. Con los rastros de sangre sobre los azulejos blancos del baño, rebuscó en el armario de su madre fallecida y se ocupó de sí misma. O lo intentó. No encontró más que tampones. Las instrucciones le parecían incomprensibles, los aplicadores de plástico demasiado dolorosos. Rompió tres antes de rendirse, dejando que la caja se humedeciera en el suelo. Acurrucada por unos calambres que no entendía, simplemente dejó que la sangre fluyera. Así terminó su infancia.

Y aquí estaban ahora, Soojin y ella, repitiendo la misma dinámica años después. Pero había un nivel adicional en la dependencia de su hermana. Ahora Soojin desconfiaba de ella, por mucho que intentara no hacerlo. Su hermana tenía razón en preocuparse.

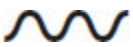
Lo que Silas le había dicho a Mark era cierto. Podía oír a través del agua. Un don otorgado por el ahogamiento. Al principio, era un murmullo bajo, un zumbido abrumador de todas las voces del pueblo que llegaban a ella por el conducto del agua. Imposible de

descifrar, estampado de manera plana, igual que una cigarra es una melodía distinguible y, sin embargo, un enjambre es un asalto auditivo.

Pero, con el tiempo, los sentidos comenzaron a agudizársele. Podía distinguir voces individuales y relegar el resto. El agua le susurraba, la hacía partícipe de cosas; de todas esas duchas posteriores a aventuras amorosas y de las parejas que discutían en cabañas junto al agua, en un intento de resucitar relaciones fallidas; de las mujeres que lloraban sobre el fregadero y luego se lavaban la cara apresuradamente y fingiendo alegría respondían «sí, ¿qué necesitas?» cuando sus hijos o esposos las llamaban. Por supuesto, también oía el deseo interminable del río. No sabía si estaba hambriento o solo. El río siempre estaba en movimiento, siempre partiendo y siempre abandonado. ¿Cómo no iba a dolerle poseer algo?

«¿Dónde está él?», pensó. El zumbido del río se apartó como para mostrarle el camino. Oyó a niños chapotear en los pequeños lagos que la lluvia había formado en sus jardines. Oyó a un hombre borracho orinar en un drenaje obstruido detrás del salón. Oyó a jubilados mecerse en las hamacas de sus porches, cotorreando sobre Joe Silas, ya en casa, pero sin haber recobrado aún el sentido. Y entonces, sí, allí estaba. La respiración lenta de un hombre que se estaba acostando temprano y se movía entre las sábanas.

La chica abrió los ojos. Abrió una rendija en la lluvia y la atravesó.



Christopher Porter estaba dormido cuando la chica entró. Solo había estado allí antes una vez. La casa era un altar a la ausencia, tal como la recordaba. Las paredes desnudas. La repisa de la chimenea con solo una suculenta marchita encima. El hijo se había ido y no habían dejado ninguna luz encendida para su vuelta. Recorrió los pasillos en la oscuridad índigo y buscó al padre donde soñaba. Su

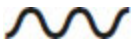
dormitorio era cavernoso, con techos altos y abovedados. Una claraboya dejaba entrar finos jirones de luz lunar, bañando todo en un tono apagado.

Se acercó a él. Sus pies no hacían ruido, aunque dejaban pequeñas huellas húmedas sobre la alfombra. Solo cuando llegó a la cabecera de Porter notó la evidencia de otro tipo de vida. Había una fotografía en su mesita de noche. En ella aparecía una mujer de largo pelo castaño rojizo sonriendo frente a la alegre arquitectura de alguna ciudad europea. La foto era antigua y estaba algo desvaída por el tiempo, pero desprendía cierta felicidad. No quería que ese rostro mirara hacia ella. La chica puso la foto boca abajo en la mesita y volvió su atención al hombre.

Porter se parecía mucho a su hijo, con el pelo castaño y el cuerpo delgado. Y aunque su expresión estaba desarmada por el sueño, aún conservaba cierta severidad. Tenía el aspecto de la arquitectura brutalista, con todas sus hendiduras y esquinas marcadas.

La chica lo estudió y sintió un ramalazo de odio tan absoluto que quemaba, no con fuego, sino con frío. El sonido de una corriente que lo arrastraba todo le atravesó de tal manera que se llevó las manos a los oídos hasta que el estruendo amainó. Ese era el hombre que le había arrebatado a su madre y, sin embargo, dormía profundamente.

En la mesita de noche había un frasco abierto de pastillas para dormir, lleno de alegres píldoras rosas. Estaba profundamente dormido, químicamente dormido. Pero, aun así, cuando ella le tocó la piel desnuda bajo el cuello del pijama, se estremeció como si el frío lo sorprendiera. Frunció el ceño, pero no se despertó. La chica atravesó sus fronteras y luego se dejó hundir en el interior del hombre.



Una sensación de confusión se produjo de inmediato en los sentidos de la chica. Sintió los hipnóticos de las pastillas recorrer la sangre de él, un agradable embotamiento parecido al resplandor de una lámpara a punto de apagarse. La experiencia no era diferente de poseer a Silas. El cuerpo acuático de Porter le abrió su mapa de recuerdos, entrecortado e incompleto, desvaído por el tiempo. Ella se movió por esos recuerdos con rapidez. Un niño pedaleando rápido en una bicicleta aún con ruedines. Veranos en un amplio campo de fútbol. Un largo pasillo escolar y bulevares flanqueados por rascacielos.

Luego el remolino de recuerdos se ralentizó. Se encontró en un Jade Acre de décadas pasadas, bañado en una luz coral. ¿Qué año era?

Cerca, había una chica de mejillas sonrosadas y llenas que resultaban incongruentes con el cuerpo larguirucho recién salido de un estirón. Su pelo ondulado estaba recogido en un moño desordenado y la ortodoncia le dibujaba una línea plateada sobre los dientes. Era joven, quizá de unos trece años. Aun así, era su madre. El lunar bajo el lado derecho de la boca y los ojos brillantes llenos de traviesa rebeldía resultaban inconfundibles. Estaba presenciando los primeros años de la amistad de su madre con Christopher Porter, antes de que la amargura interviniera.

—¿Lista, Sunny? —llamó Christopher. Era mucho más joven y tenía un ritmo de habla inestable debido al inicio de la pubertad. Pero, quizá lo más irreconocible, sonaba alegre.

Su joven madre respondió con un asentimiento seguro.

—¡Lista! —dijo antes de hundir las manos en la tierra.

Se inclinó hacia el suelo, con la expresión concentrada como si escuchara algo. La chica sabía lo que oía, los susurros de mujeres desaparecidas hacía mucho tiempo. En el recuerdo, los helechos empezaron a curvarse hacia la tierra. Finalmente, su madre sacó una rata blanca de la tierra y la besó entre las orejas. Y entonces Christopher avanzó tambaleándose.

—¡No puede ser! —gritó—. ¡No puede ser! —Se oía la risa y la admiración en su voz—. Es un milagro —dijo sin aliento. Su madre levantó la vista. El sudor le pegaba el flequillo a la frente. Parecía a punto de colapsar, pero sus ojos brillaban orgullosos mientras él la elogiaba—. Eres un auténtico milagro.

El recuerdo se desplazó y se encontraron en otro lugar. Un poco mayores, pero solo ligeramente. No tendrían más de dieciséis años y sus rasgos empezaban a definirse, acercándose a los rostros que mantendrían en la adultez.

—¿Estás segura de esto, Chris? —preguntó su madre.

—Sí, totalmente.

Sunny asintió y metió las manos en la tierra. Christopher la imitó y cerraron los ojos.

—Puede que te sientas mal —advirtió Sunny—. Si empiezas a encontrarte muy mal, como si fueras a desmayarte o a vomitar, para, ¿vale? Y ni se te ocurra vomitarme encima.

No lo hizo. Cuando terminaron, Sunny y Christopher sacaron un gorrión de la tierra y lo dejaron volar; sus alas extendieron una lluvia de tierra. Sunny levantó la vista, siguiendo el vuelo errático del ave, pero la mirada de Christopher estaba fija en su rostro sonriente y algo codicioso y calculador se dibujaba en la línea tensa de los labios del chico.

—Con un poder así tienes la posibilidad de hacer mucho más que jugar con huesos de animales, ¿sabes? —le había dicho.

Sunny se volvió hacia él y frunció el ceño ante la intensidad de su expresión. Parecía incómoda. Se limpió las manos detrás de la espalda y las mantuvo allí, fuera de su vista. Él aplastó la pluma del gorrión bajo el pie, hundiéndola en la tierra.

—Útil —precisó—. Solo digo que podrías ser más útil.

Sus recuerdos se movían como el agua. Un coche cargado de cosas. Pasaron varios años sin Sunny. Vio las agujas góticas de una biblioteca universitaria. Un aula. Una chica de pelo rizado y castaño rojizo esperándolo en el calor sofocante del verano, en un arboreto.

Su expresión cedió a un afecto inusual cuando se secó el sudor de la frente y, al verlo, levantó el brazo para saludar.

Era la mujer de la fotografía. Amber. El nombre surgió en su mente sin más. Christopher lo estaba pensando. Rebotó dulcemente en el recuerdo.

—Amber. Amber. Ahí está mi chica.

Podía sentir lo nueva que era para él esa sensación de afecto sincero y sorprendente. El matrimonio de los padres de Christopher había sido una alianza arreglada entre dos familias adineradas, más un asunto de negocios que de amor. Su madre y su padre entraban y salían de casa indiferentes el uno al otro y a él, con vidas separadas y amantes diversos.

Christopher había esperado que su futuro fuese igual hasta que se mudó a su residencia de estudiantes y vio a una chica luchando por abrir la puerta de al lado, con la llave en una mano y una caja demasiado cargada en la otra. Casi se iba a marchar sin ayudarla, pero habría sido un fastidio que su vecina lo detestase todo el año. Agarró la caja justo antes de que cayera y así empezaron.

Ahora el arboreto estaba exuberante y verde. Los estorninos se lanzaban entre las ramas de los sauces, con semillas oscuras en el pico.

Christopher corrió hacia ella.

—Perdón, Amber. La reunión se ha alargado. A mi profesor le encanta escucharse hablar. ¿Llevas mucho esperando? —preguntó. Ella venía de clase de arte, con restos de pintura bajo las uñas. Ese detalle despertó la ternura de él y se inclinó para darle un rápido beso en la frente antes de caminar con ella hacia el quiosco que daba al lago. Eran jóvenes, igual que su relación, pues llevaban poco más de tres años. Pero tenían veintiuno, estaban enamorados y aún creían que el mundo sería bueno con ellos. Christopher estaba decidido a que así fuera.

Y lo fue durante años.

Los recuerdos pasaban con más rapidez conforme Christopher envejecía. Una graduación donde Amber y Christopher se firmaron

los birretes y se besaron bajo el calor sofocante de mayo. Una casa acogedora con ventanas mirador llenas de hierbas y latas de leche reutilizadas para poner flores recién cortadas. Viajes a París y un gato salvaje adoptado que se dejaba alimentar, pero nunca tocar. Una boda civil que terminó con hamburguesas de un bar de menú goteando grasa sobre sus atuendos de segunda mano, un vestido satinado de cintura caída con un desgarro en el corpiño para ella y un traje burdeos hortera para él. Y años después, lo inesperado. Una sala de hospital. Un bebé que llegaba prematuro al mundo, sostenido por el calor de una incubadora antes de que sus brazos lo recibieran.

Los años de vida pasaban en luz caleidoscópica hasta que la chica cayó finalmente en un recuerdo húmedo y grisáceo. Era de mañana y la lluvia golpeaba las ventanas con tal fuerza que las gotas parecían piedras. Amber estaba acurrucada al otro lado de la cama, extrañamente quieta pese al clima tormentoso. Su pelo se extendía como una mano desplegada sobre la almohada. Un lento presentimiento. La mano de Christopher se acercaba.

Y entonces…

—No.

La palabra irrumpió en el recuerdo, destiñendo la escena. Porter luchaba por despertar. El control de la chica se tambaleaba; la mente de él ya no era su ventana.

—No —decía—. No.

El recuerdo la rechazó y ella salió expulsada. El pasado colapsó en un punto diminuto. Se encontró de nuevo en el presente, con las manos sobre el pecho agitado mientras Porter gemía debajo de ella, todavía dormido, pero apenas.

Huyó y solo se detuvo cuando estuvo afuera, con la lluvia cayéndole en la frente. Esperó que el agua la calmara, pero algo estaba mal. Esta posesión había tenido un precio. Su corazón seguía agitado. Se sentía débil, hambrienta y salvaje. Apretó las manos, intentando que dejaran de temblar, pero no lo hacían. Se habían convertido en sus propios animales temblorosos.

Dentro de la casa, Christopher Porter despertó finalmente de su pesadilla. No reparó en la fotografía boca abajo sobre la mesita, ni en las huellas sobre la alfombra secándose lentamente hasta ser un recuerdo. Tampoco en la chica que permanecía en la entrada de su casa, escuchándole palpitar el corazón mientras él se limpiaba las lágrimas, desconcertado, olvidando qué había soñado.



El tema del baile era «los felices años veinte». Los perales que bordeaban el camino hacia el gimnasio estaban cubiertos con luces doradas de fantasía y, dentro, más allá de las cortinas de papel metálico colgadas sobre la entrada, las gradas estaban recogidas y decoradas con láminas de estilo *art déco* en dorado y negro. El confeti plateado cubría las marcas de la cancha de baloncesto y el olor habitual a sudor y goma había sido reemplazado por el potente aroma de las frutas agregadas al ponche que servía el profesorado.

—Aquí tienes —dijo Mark a la vez que le entregaba un vaso de papel con un líquido rojo brillante. Era evidente que algunos estudiantes de último año le habían añadido alcohol, a juzgar por la manera en que reían, demasiado fuerte, y movían las caderas al bailar.

Una banda tocaba *jazz* y *swing* en el escenario que normalmente se ponía para las asambleas. Soojin había visto a esa banda cientos de veces antes, un grupo variopinto de jubilados que

solo aceptaban pago en forma de comida gratis o alcohol. Eran un clásico del pueblo. Tocaban regularmente en los mercados de agricultores, y daban la impresión de tener solo unas quince canciones en el repertorio. Aun así, la música parecía diferente esa noche. Las luces doradas y la plenitud del sonido de los metales creaban una cierta magia en el ambiente, mientras los estudiantes se acaramelaban bajo las luces que se movían lentamente.

—¿Quieres bailar? —preguntó Mark ofreciéndole el brazo.

—No sé bailar este tipo de música —respondió Soojin, pero aun así tomó su brazo.

—Yo tampoco, pero no deberíamos dejar que eso nos detenga.

La llevó a la pista y dudó un momento antes de rodearle la cintura con el brazo. Le tomó la mano derecha y la alzó mientras buscaba inspiración a su alrededor.

—¿Está bien así?

—No creo que vayas a encontrar la respuesta en esta gente. Parecen tan perdidos como nosotros —dijo Soojin, que observaba el caos de sus compañeros. Por torpes que fueran Mark y ella, al menos no serían los únicos. Tomó la iniciativa de guiar el primer paso.

Mark siguió su movimiento con una risa sorprendida.

—¿Ah? ¿Quieres llevar tú? Por mí, bien.

—No me odies si termino rompiéndote un dedo —advirtió Soojin por encima de la música.

—No creo que pueda odiarte nunca, Soo. —Sabía cómo hacer que incluso las palabras más torpemente sinceras sonaran despreocupadas.

Ella no supo qué decir, así que simplemente se concentró en la música, en el zumbido de la gente alrededor y el olor tenue y orgánico que siempre se pegaba al pelo y a la ropa de Mark. Sus cuerpos se movieron solos. Dejaron atrás los movimientos torpes e inciertos y se balancearon juntos y confiados en amplios arcos. Seguramente, esos pasos estaban equivocados. Los inventaban sobre la marcha. Pero la manera en que los vestidos coloridos, las

luces de discoteca y las cortinas de papel metálico se movían con ellos parecía completamente correcta. Incluso se animaron a girar o, mejor dicho, Mark levantó el brazo de Soojin y pasó su propio cuerpo desgarbado por debajo con un despliegue tan ridículo que ella no pudo evitar reírse.

—*No sé bailar*, dijo ella —gritó Mark sobre la trompeta—. Mírate.

—Pero de verdad que no sé —replicó ella sobre su hombro. Empezaron con los brazos separados, pero ahora estaban pegados. No estaba segura de si era él quien la acercaba o era ella misma, pero no importaba, allí estaban, sincronizando la subida y bajada de sus pechos.

Se inclinó hacia su oído para no tener que gritar.

—Ahora directamente estás mintiendo. Recuerdo a una niña en las fiestas de Navidad de la iglesia que montaba unos buenos berrinches si la congregación entera no se sentaba, se callaba y miraba su coreografía de «All I Want for Chri…» —Con las mejillas enrojecidas, Soojin le puso la palma de la mano sobre la boca, pero él la esquivó y continuó: —«For Christmas Is...». ¡Mmph!

Ella tomó impulso para callarlo de nuevo, pero su peso lo desequilibró. Cayó, arrastrándola con él, y aterrizaron con fuerza en el suelo pegajoso del gimnasio. Aparte de algunas risitas, los demás siguieron bailando sin prestarles atención. Desde el suelo, los vestidos de tul y los trajes tipo charlestón parecían árboles cubiertos de papel metálico balanceándose en un viento feroz.

—¡Eres un idiota! —dijo dándole un manotazo en el hombro, aunque el estómago se le retorcía de risa.

—Lo siento…, no pude evitarlo —contestó Mark. Su frente brillaba, perlada de sudor, y el pecho le subía y bajaba como si hubiera estado corriendo en clase de educación física.

¿Cuánto tiempo llevaban bailando? Solo entonces se dio cuenta de que estaba cansada y sedienta.

—¿Quieres descansar un rato? —preguntó él a la vez que la ayudaba a levantarse, y se alejaron juntos de la pista.

Afuera, el aire era templado para ser octubre. La llovizna que había estado cayendo una hora antes había cesado y las estrellas brillaban entre las nubes. Soojin pudo distinguir algunas constelaciones familiares: las líneas de la Osa Mayor y la pendiente de lo que supuso que era Orión, un brillo que prometía sobrevivirlos.

Llevaron sus vasos de ponche a las mesas bajo un toldo, lejos del gimnasio. Para cuando se sentaron, la banda sonaba como un estéreo desde una habitación contigua.

Un silencio cómodo se instaló entre ellos mientras sorbían las bebidas y contemplaban la inconmensurable reunión de estrellas, lo que hizo que Soojin se sintiera agradecida, por primera vez en mucho tiempo, de vivir en Jade Acre con toda su abundancia.

—¡Mira! ¡Una estrella fugaz! —exclamó Mark de repente, señalando al cielo, y ella apenas alcanzó a ver un punto de luz que trazaba una parábola plateada antes de desaparecer.

—¡Es la primera vez que veo una! —respondió, con los ojos fijos en el cielo esperando ver otra, pero, aparte de un avión que pasaba lentamente, la noche siguió quieta.

—Tienes que pedir un deseo —dijo Mark mordiendo un cubito de hielo.

—No.

—¿Por qué no?

—Es una tontería. —Soojin removía su bebida y observaba la pulpa naranja flotar en la superficie como pétalos hinchados. Pedir deseos le parecía un ejercicio de decepción. Y sin embargo…

Cuando eran pequeñas, a Mirae le encantaba. Pedir deseos con los dientes de leche lanzados al cielo, a las 11:11, en cientos de estrellas de origami hechas con manos gorditas de niña. Durante los viajes en carretera, contenía la respiración en cada túnel, con el rostro enrojecido y tenso bajo la luz naranja. Mirae nunca revelaba sus deseos y Soojin se preguntaba si alguno se habría cumplido.

Bajó la cabeza y pidió un deseo.

Al abrir los ojos, la cara de Mark estaba cerca y observaba su expresión. Sus ojos parecían ámbar a la luz de las lámparas. Se

sobresaltó pensando, por un instante, que se acercaría más, pero solo le acomodó los mechones fuera de lugar tras las orejas antes de recostarse de nuevo en el respaldo de su silla.

Mark Moon nunca había sido tímido respecto a sus afectos. De niños se daban la mano, se besaban en la mejilla, dormían nariz con nariz, se limpiaban las heridas el uno al otro en el recreo… Su contacto no era un avance, sino un retroceso.

—¿No quieres saber qué he pedido? —preguntó ella en voz baja.

—Creo que puedo adivinarlo —replicó él y le ofreció la mano. Ella la tomó, pensando que la ayudaría a levantarse, pero no lo hizo. Entrelazó sus dedos con los de ella y estiró las piernas con un suspiro satisfecho. Su palma estaba callosa por el trabajo—. ¿Estás contenta de cómo han salido las cosas? —dijo dejando su pregunta lo suficientemente abierta como para que el tímido asentimiento de ella pudiera significar cualquier cosa.

»Bien —dijo él y le volvió la palma hacia arriba. Miró la línea de la vida, que se curvaba desde el borde de la palma, entre el pulgar y el índice, hasta el inicio de la muñeca—. ¿Recuerdas cuando Mirae y tú os obsesionasteis con la lectura de manos? Erais insoportables.

Soojin asintió. Giró la mano de Mark para que su posición reflejara la propia: palma hacia arriba, dedos abiertos como un libro. Comparó las líneas, siguiendo la de él con el dedo meñique. Fue su madre quien les enseñó a leer la mano, por diversión, y las hermanas se lo habían tomado demasiado en serio.

—Dios, el berrinche que te cogiste cuando descubriste que tenías la mano más desafortunada de nosotros tres —recordó Mark con un tono suave y burlón, que a ella no le hizo gracia, así que frunció el ceño y dirigió la vista a su bebida.

Durante su adolescencia, tras la pérdida de su madre, Soojin había aprendido a suprimir las emociones y aislarse de ellas, pero de niña era un caos de sentimientos. No era de extrañar que todos admiraran lo madura que era Mirae, a pesar de ser solo un año mayor.

Escuchó la voz de su hermana en su cabeza: «No soy tu madre», decía en tono de burla. Pero ¿y si no era solo un comentario banal? Mirae siempre había tenido que consolarla y calmar sus emociones oscilantes como lo haría una madre, y eso se había intensificado después del accidente. Así que sí, hubo berrinches; Soojin no podía negarlo. Mark arrastró el dedo por la palma de ella, como si mapeara continentes en su mano. Aquí estaba el país de los vivos. Aquí, la nación del amor. Aquí, todo lo que había perdido en las aguas oscuras entre la línea de la vida y la línea familiar.

A veces él tenía tan poco tacto…

—Bueno, Mirae tenía las líneas más afortunadas de todos, así que supongo que ahora ya sabemos que todo esto es una tontería —aseveró a la vez que retiraba la mano y la colocaba sobre el calor de su propio regazo.

—No lo sabes —respondió Mark, con los ojos brillantes de esa sinceridad tan particular que la hacía querer, al mismo tiempo, golpearlo y que la abrazara—. No creo que ningún quiromante antiguo contara con un milagro como tu nacimiento. Mirae podría acabar viviendo más que nosotros dos.

Milagro, la había llamado, con una voz que ni siquiera llevaba una pizca de exageración. En lugar de contestar, se frotó los brazos con las manos mientras observaba las siluetas que giraban más allá de la luz dorada de la ventana. La banda tocaba ahora una melodía lánguida y arrulladora, despidiendo la fiesta poco a poco.

—Quién sabe —dijo Soojin finalmente, en un susurro pensado solo para ella, pero que él alcanzó a oír.

—¿Quieres bailar? —ofreció Mark, con la mirada muy suave.

Soojin pensó en decir que no. Le dolían los pies y estaba cansada. Sin embargo, ¿quién sabía cuándo volvería a encontrarse en un evento así? Se levantó y dio unos pasos hacia el gimnasio, pero se detuvo al darse cuenta de que él no la seguía.

—¿Te has arrepentido? —preguntó.

Estaba de pie, erguido, con las manos en los bolsillos y la cabeza inclinada hacia atrás para contemplar el dosel de hojas sobre él. Iluminadas y bruñidas por el otoño, empezaban a soltarse. Pronto no quedaría ninguna; las ramas estarían completamente desnudas. Pero por ahora eran de un oro vivo y furioso.

—No —dijo y extendió la mano. Ella apoyó los dedos sin pensar —. Está un poco cargado allí dentro, ¿no? ¿Y si bailamos aquí?

Dejó que sus brazos envolvieran ligeramente el cuello de él, a modo de respuesta, y se balancearon por el patio al ritmo pausado del saxofón. Era hiperconsciente de las manos de Mark, del calor de las palmas que le atravesaba la tela fina del vestido y de cómo los dedos tamborileaban distraídamente al compás de la música. Cada contacto le enviaba descargas por la columna. La cercanía de su rostro la inquietaba, así que se concentró en una hoja de cobre que había caído sobre el hombro del chico.

—¿Te lo has pasado bien esta noche? —preguntó él.

—Sí —respondió sin pensar, pero, al oírse, un soplo de sorpresa escapó de su propia confesión—. La verdad es que sí.

Parte de ella había esperado, quizá incluso deseado, pasar la noche distraída, pensando en su hermana y en todo lo que se estaba perdiendo. Pero durante gran parte de la velada no había pensado en Mirae en absoluto. Se había reído con la batalla de baile improvisada de Jay y Mark, que abrió un pequeño círculo en medio de los demás. Había sacado moras hinchadas de ponche del fondo de su vaso, manchándose las uñas de granate. Se había recogido el borde del vestido y bailado a la vista de todo ese alumnado que había evitado durante años, centrándose en su propio disfrute.

Una flecha de emoción la atravesó y le llevó un buen rato reconocerla como culpa.

—Ha sido una gran noche —afirmó.

Mark inclinó ligeramente la cabeza observando el cambio en su expresión, antes de girarla en un círculo lo suficientemente rápido como para sacarla de su estado. Ella chilló contra su cuello mientras los árboles se desdibujaban en un telón bruñido a su alrededor.

—Te voy a echar hacia atrás —dijo, con los ojos llenos de emoción—. ¿Lista?

—¡Oh, no lo harás, Mark Moon! —Le clavó las uñas en los brazos.

—No voy a soltarte —rio—. Tú agárrate a mí.

Ella obedeció, abrazando sus hombros con fuerza, y entonces se lanzaron. El mundo giraba y cuando él se inclinó para echarla hacia atrás, hubo una breve sensación de caída, justo lo suficiente para que pensara «Desgraciado», antes de que los brazos que la sostenían se tensaran.

—Te dije que no iba a soltarte —le informó cuando el mundo dejó de girar. La postura era incómoda, tenía la espalda demasiado arqueada. Aun así, él parecía satisfecho consigo mismo y ella no pudo evitar sentirse igual.

—Solo faltaría —replicó ella, mientras su sonrisa engreída se convertía en algo tierno. La luz de las lámparas del patio iluminaba el pelo alborotado del chico, formando un halo dorado. En ese momento, le pareció adorable.

Sin pensarlo, ella alzó la mano para rozarle la mejilla con el pulgar. Quiso quitarle un poco de purpurina que le había caído del espumillón, pero una vez desaparecida, dejó la mano allí, acunándole la mandíbula. Sentía el pulso bajo la barbilla, los tendones que se tensaban al tragar saliva. Él se inclinó hacia su contacto, girando el rostro para que sus labios rozaran la calidez de su palma y luego de su muñeca. No duró más de un segundo o dos. Soojin contuvo la respiración hasta sentir su sonrisa contra la piel.

La música terminó, las últimas notas se elevaron hacia el cielo nocturno y, así, el hechizo que los envolvía se disolvió en el aire. Si no fuera por el pequeño pájaro en su corazón que le golpeaba contra el pecho, Soojin habría pensado que el momento anterior se lo había imaginado.

Él la incorporó y ambos, embriagados de alegría y rubor, eran incapaces de mirarse a los ojos.

—Son casi las diez. Creo que debería llevarte a casa —dijo Mark —. Quiero seguir cayéndole bien a tu padre.

—Pasemos antes por la cabaña para que pueda dejarle este recuerdo de la fiesta —pidió Soojin sacando una pequeña pegatina que la escuela había hecho y repartido en la entrada. Las letras IJA estaban escritas en dorado sobre la mascota de los Troyanos, que llevaba una banda de rey del baile de otoño. Era lo suficientemente ostentoso como para resultar encantador. Esperaba que ese pequeño fragmento de la fiesta le diera al menos un poco de alegría a Mirae.

Mark le quitó un trozo de espumillón del pelo y, enganchados del brazo, se marcharon.



Se acercaban a la entrada de la cabaña cuando algo llamó la atención de Mark. En la oscuridad era casi imperceptible, pero, mientras seguía a Soojin hacia la puerta, notó que los parterres que esa mañana habían estado llenos de vida se estaban marchitando. Si viera así las plantas de su jardín, no lo dudaría, sería el tipo de peligro leve que se soluciona regando. Aun así, la piel se le erizó. Soojin sacó su llave.

—Espera —dijo él.

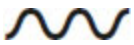
—¿Qué pasa? —La llave brillaba en la oscuridad.

—No creo que debamos entrar. —Trató de mantener una expresión tranquila mientras observaba las cortinas rojas que se mecían en la ventana. Sentía cada respiración, el aire entrando y saliendo de sus pulmones.

—¿Por qué no? —preguntó Soojin a la vez que insertaba la llave. El clic de la arquitectura interior de la cerradura sonó como

artillería al alinearse en su interior. Esta vez Mark no pudo evitarlo; la tomó por la muñeca, más fuerte de lo que pretendía.

—Mira —dijo, señalando las jardineras. Soojin siguió la línea de su dedo y sus ojos se abrieron impactados. Mark se había equivocado: no era la falta de agua lo que hacía que las flores estuvieran marchitas. La tierra, completamente encharcada, había ahogado las raíces.



—¿Qué diablos…? —susurró Soojin moviendo los pies. Había pisado un charco y los tacones dejaron marcas húmedas en el cemento. Algo parecido al miedo le cruzó el rostro, pero enseguida volvió a concentrarse en la cerradura. Un clic y la puerta se abrió. Soojin entró y se quedó, casi de inmediato, envuelta en la sombra.

Un instinto animal empujó a Mark a darse la vuelta, pero ¿por qué? ¿Por unas flores demasiado regadas? La siguió y cerró la puerta, lo que provocó que tuvieran que buscar el interruptor en completa oscuridad.

—¡Mira por dónde vas! —susurró Soojin cuando él se chocó con ella. Entonces ella le dio una patada a algo que salió rodando por el suelo.

—¿Cómo voy a mirar por dónde voy? —Sus rodillas golpearon un mueble y algo rebotó produciendo un tintineo metálico que le recorrió la pierna—. Mierda. Vamos a despertarla. Te lo dije… —La mano de Soojin voló en la oscuridad y golpeó los ojos de Mark antes de posarse sobre la nariz y la boca.

—Shhh —dijo, y él obedeció. Su respiración, que subía y bajaba al mismo ritmo que la de ella, era lo único que podía oír. Luego sus oídos captaron algo más: el viento, el murmullo suave de una ducha detrás de unas puertas cerradas. Y después, algo extraño, un sonido húmedo y torpe que venía del otro lado de la cabaña. El sonido de un animal buscando alimento, hurgando en la oscuridad.

—¿Unnie? —llamó Soojin. Se apartó de la cara de Mark y buscó la pared para encontrar el interruptor. Él tanteó a ciegas hasta sentir su mano y entrelazaron los dedos—. ¿Estás dormida?

Soojin finalmente encontró el interruptor y el mundo se iluminó. Sus ojos tardaron en adaptarse, pero, al hacerlo, la cabaña le pareció casi igual que la última vez que la habían visitado. Las agradables paredes beis, el televisor anticuado sobre un mueble de madera que el señor Han había hecho a mano... La alfombra se hallaba cubierta de libros revueltos. La cama estaba deshecha, con las mantas tiradas en el suelo, una evidencia clara de que Mirae había estado allí en algún momento de la noche.

Algo pesado y de cerámica se rompió contra el suelo y Soojin chilló. El ruido venía de detrás de la barra de la cocina. Soojin clavó las uñas en los nudillos de Mark, pero él apenas sintió el dolor; la semilla del miedo le floreció en el estómago hasta convertirse en un temor completo y desorientador.

Primero pensó que había entrado una zarigüeya, pero sabía, a pesar de no poder verlo, que no era un animal.

—Unnie —llamó Soojin de nuevo, con voz firme, mientras se acercaba a la pared para protegerse—. ¿Qué estás haciendo? —Avanzaron alrededor de la isla de la cocina.

Soojin se detuvo y se soltó de la mano de él para cubrirse la boca. La cocina parecía el ojo de un huracán, con la arrocera abierta y sin un solo grano de arroz, nada más que un fino residuo pegado al borde de la olla. El estante de especias estaba volcado. Una capa de hierbas secas cubría los mostradores y el suelo, limpio solo donde alguien había pasado a gatas. Los cajones abiertos y los armarios revueltos, cajas destrozadas con envoltorios rasgados. Algo crujió bajo los zapatos de Mark, granos de arroz crudo, blancos y numerosos como un enjambre. Y allí estaba ella, en el centro de todo, como el ojo de la tormenta.

—¿Qué…? —Soojin tartamudeó hasta encontrar finalmente la voz—. Dios mío, ¿qué ha pasado? —Corrió hacia su hermana. Mirae estaba en el suelo, apoyada en un armario abierto, sobre un

pequeño charco de vómito. Ese sonido húmedo y tembloroso que resonaba en la oscuridad venía de ella. El sudor le pegaba los mechones desiguales del flequillo a la cara.

Soojin se arrodilló a su lado y sujetó los hombros de Mirae para que no se apoyara más en el estante inestable. Sus brazos estaban cubiertos de aceite, canela, hojas de té y cristales de un frasco de aceite de oliva roto a sus pies. Una de sus manos estaba sumida en una salsera decorativa y algunos cristales blancos le colgaban de los labios húmedos. Mark recordó a su madre arrojando sal por encima del hombro tras el funeral de Mirae para que su espíritu no la siguiera. Pero, Dios, ahí estaba.

Si la sangre le recorría el cuerpo, si el corazón aún le latía…, ¿podría seguir siendo un espíritu?

—No sé qué me pasa —dijo Mirae, tan bajo que Mark apenas la escuchó por encima del murmullo de la ducha. Soojin había mojado un trapo de cocina y le limpiaba el rostro enrojecido. Tenía las mejillas y los labios manchados de aceite y sal. Mirae abrió la boca como para hablar, pero tembló, respirando con dificultad. Entre sus dientes había sangre, como si hubiera mordido algo filoso sin darse cuenta—. Tengo tanta hambre y nada de lo que hago es suficiente… No sé qué…

—No pasa nada —dijo Soojin con una voz firme, que Mark asumió que intentaba ser consoladora, aunque no sonara más que distante. Limpió los brazos de su hermana y el trapo quedó manchado de cobre. Mirae estaba cubierta de pequeños cortes y a Mark apenas le dio tiempo de pensar que su sangre tenía una cualidad aguada, diluida, antes de que Soojin se la limpiara.

—No pasa nada. No pasa nada —seguía diciendo Soojin, como un deseo que se pide cuando el reloj da la medianoche o se apaga la última vela de cumpleaños. El salvajismo en los ojos de Mirae era completamente inusual. Siempre había sido la hermana organizada, la hermana de fiar. El pánico hacía que su rostro pareciera extraño, casi ajeno bajo la luz pálida y parpadeante de la pequeña cocina—. No pasa nada —repitió Soojin.

Mirae le apartó la mano de un manotazo.

—¡Deja de decirme que no pasa nada!

Soojin se echó hacia atrás. Mark pudo ver la sorpresa en sus ojos. Su hermana nunca la había golpeado. Nunca.

¿Había visto alguna vez a Mirae así, ni siquiera de niña? Siempre había mostrado un completo autocontrol. En el funeral de la señora Han, ¿no había permanecido con la mirada vidriosa mientras su hermana y su padre se derrumbaban? ¿No había guardado silencio entre la procesión de crisantemos blancos que llenaban los pasillos, como alguien que se aleja de sí mismo el tiempo justo para luego llorar en privado?

—Tengo miedo —admitió finalmente Mirae, y su voz apenas era audible por encima del agua de la ducha que seguía corriendo al otro lado de la cabaña.

Fue esta confesión lo que le hizo reaccionar. Mark se arrodilló junto a Soojin y sacó la mano de Mirae del salero. En su búsqueda compulsiva, se había hecho una herida superficial en la palma y la sal se había incrustado en la carne abierta. Ver eso le dolió. Encontró una botella de agua y limpió la herida. Mirae no ofreció resistencia. Se quedó sentada como ida, hipando y dejando que la cuidaran como a una niña.

—Mark, puedo encargarme de esto sola. Vete a casa —dijo Soojin cubriéndole las piernas a su hermana. Él ni siquiera había notado que estaba casi desnuda de cintura para abajo, con el camisón levantado sobre los muslos.

—Pero… —Empezó él.

—Que te vayas.

—Puedo ayudar.

—Por favor. —La voz de Soojin no dejaba lugar a negociación.

Se levantó y salió de la cocina saqueada en dirección a la sala de estar. De repente, el aire se sentía húmedo y pesado. Los libros del suelo estaban arrugados por la humedad. Se agachó a recoger uno y una gota de agua le cayó en la nuca y le bajó lentamente por la espalda. Sorprendentemente fría. Intentó secarla, pero su mano

salió seca. Alzó la vista y observó que el techo estaba intacto, sin rastro de condensación.

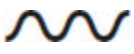
La puerta se cerró tras él al salir. El corazón le latía con fuerza cuando apoyó la espalda sobre la madera fría y escuchó el murmullo indistinto de las hermanas en el interior, del agua corriendo y de pasos. Cerró los ojos y respiró lentamente con las manos sobre la boca.

Cuando el martilleo de su pulso amainó, apartó las manos del rostro. A sus pies, los macizos de flores que antes parecían completamente inundados estaban secos como huesos. Al arrodillarse para tocar la tierra, se deshizo entre sus dedos.

Se subió al coche, giró la llave y dejó el motor al ralentí mientras observaba cómo el vapor se enroscaba formando fantasmas blancos más allá del cristal. A la luz de la luna, el bosque parecía irreal. Unas chispas de luz flotaban en su visión como fuegos fatuos y estallaban en globos dorados cuando presionaba las palmas sobre los ojos.

Solo una hora antes, Soojin y él habían estado bailando bajo los perales iluminados con luces doradas. Él había seguido con un dedo su línea de la vida y había sentido una alegría tan estúpida como humillante. Todo ese tiempo, ¿Mirae había estado saqueando la cocina en busca de algo, cualquier cosa, que la saciara? Saberlo ensombrecía la jornada. Hacía que sus pequeños placeres parecieran criminales.

Salió del camino de entrada y enfiló deprisa la carretera flanqueada por árboles hacia su casa, con las manos ásperas de sal. El ramillete de emergencia que Soojin había hecho con su geranio se marchitaba en el bolsillo, con los pétalos ennegrecidos por el inicio de la descomposición.



Esa noche, después de que Mark se marchara y Mirae cayera en un sueño inquieto, Soojin permaneció sola en el baño de la cabaña. El

corrector que se había aplicado en la muñeca se había borrado, llevándose consigo las ficciones que se había contado a sí misma. El moratón se había oscurecido y extendido sus alas negras por la piel. Pronto le envolvería la muñeca como una pulsera negra.

«Puedo ocultarlo», pensó Soojin. Un tenue latido de pánico se le coló en la mente. «Un reloj grueso, maquillaje. Todo saldrá bien».

Pero ¿saldría bien de verdad? Se quitó el viejo vestido de su hermana y se examinó. La depresión del vientre, las estrías de las costillas, más marcadas a la luz de la lámpara. Nada fuera de lo común. Nada estaba mal. Pero justo allí, sobre el esternón, había una pequeña mancha morada. La rascó hasta hacerse sangre en un intento de quitarla con las uñas. Sin resultado. El moratón parecía un punto de podredumbre en una fruta blanda. Discreto pero inevitable. Una vez que la putrefacción se instala, se extiende. Devasta la fruta y propaga su deterioro a lo que tenga la mala suerte de estar cerca.

Un terrible entendimiento le punzaba en los rincones descuidados de la mente: la conciencia irrefutable del cuerpo ante el peligro que se aproxima.

«Una mano muerta es una mano de espinas».

Soojin apagó la luz, estudió su reflejo en la penumbra y encontró consuelo en lo que ya no podía ver. Desde el cuarto de Mirae, le llegaba el roce de las sábanas. Su hermana estaba viva. Eso era lo único que realmente importaba. Soojin estaba contenta. Por primera vez en meses, todo estaba como debía. Protegería esa alegría duramente ganada, costara lo que costara.

Soojin se llevó la mano a la boca como para ahogar una risa, pero la risa nunca llegó.



Tras la muerte de la matriarca, la familia lavó el cuerpo rígido con agua tibia perfumada con incienso. Le llenaron la boca con tres cucharadas de arroz y le colocaron una moneda sobre cada ojo antes de que los hombres la enterraran. Con eso le ofrecían una vida plena después de morir y regresaban a un hogar sin ella.

El tiempo pasó. El largo invierno cedió ante la primavera y el montículo de la tumba de la matriarca reverdeció con hierba nueva y con los delicados pétalos arqueados de los dientes de perro. Como si fuera por una bendición de la anciana, el hambre que asolaba la aldea comenzó a ceder. Sus campos yermos finalmente produjeron cosecha y los hombres que se habían ido, años atrás, a trabajar en barcos de calamar en provincias lejanas regresaron y trajeron consigo ganado, esposas y bebés regordetes atados a sus espaldas como sacos de cebada.

Para entonces, el cuerpo de la niña estaba devastado por haber permanecido tanto tiempo ligado al ave espectral y a su odio. Unas

abrasiones negras le recorrían los antebrazos, y unos moratones de color ciruela le ennegrecían el esternón, las clavículas y los pechos.

Pero ahora, la larga hambruna había terminado.

«Ya no hace falta depender de ella; el ave finalmente puede ser libre», pensó la niña mientras enterraba el esternón y esperaba a que la sangre se acumulara. Ese día la resucitaría y, en lugar de sacrificarla, caminaría hacia las montañas para liberarla de una vez. Allí, entre pinos y azaleas en plena floración, podría vivir su vida natural o ser capturada por un tigre y tener la bendición de una muerte sin interrupciones.

Pero en cuanto sacó la gallina del suelo, esta le arañó las palmas ennegrecidas y se alejó con furiosos aleteos. Antes de que la niña pudiera reaccionar, la gallina voló hacia el río, que corría tan rápido como una arteria. Decidida a morir a su manera, el ave se lanzó al agua y la corriente se la llevó de inmediato. El cuerpo fue arrastrado sin emitir sonido alguno, sin dejar más que una solitaria pluma blanca a su paso.

La niña lloró en la orilla del río durante dos noches y tres días. Había llegado a amar al ave que había resucitado una y otra vez para que, con su sufrimiento, ellos pudieran vivir. Quiso ser absuelta de su culpa por todos esos días en los que le acariciaba las suaves plumas del lomo antes de romperle el cuerpo para hacer sopa. En señal de disculpa, finalmente le puso nombre. La llamó 장수, Jangsu, que significa «larga vida», y el nombre la siguió hasta el agua como si fuera un animal. Arrastrado por el río, el cuerpo llegó hasta un estuario donde, picoteado por los peces y despojado de sus plumas, se hundió hasta el fondo y no volvió a salir.



Tras el baile de otoño, Soojin y Mirae llegaron al acuerdo tácito de no hablar sobre la desastrosa forma en la que había terminado aquella noche. Volvieron a los ritmos familiares; su hermana molía café en la cocina mientras Soojin, arriba, se preparaba para ir a la

escuela. Luego llegaba a casa después de un turno en el restaurante y se encontraba a Mirae leyendo viejos libros con los pies apoyados en el marco de la cama, absorta en escenas que probablemente había leído una docena de veces.

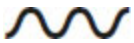
«Esto es la felicidad», pensaba Soojin en esos días. «Esto es lo único real».

Pero había una lista creciente de preocupaciones en las que Soojin se negaba a pensar. Los moratones que se le extendían como tinta sobre la piel y la forma en que los días se habían convertido en un juego de azar. Soojin nunca estaba segura de qué tipo de hermana encontraría por la mañana: la Mirae que brillaba como el sol y ayudaba alegremente a Soojin y Mark a preparar sus disfraces de Halloween, cuando su instituto, normalmente aburrido, se convertía en un lugar de diversión, o la Mirae cuyos estados de ánimo eran impredecibles, como un clima cambiante, que saqueaba la cocina a cualquier hora de la noche, dejándola llena de grasa, sin molestarse en limpiarla.

Soojin había notado que Milkis ya no suplicaba que la dejaran salir de la jaula cuando Mirae estaba en la habitación. Y, en ocasiones, la rata se metía en su madriguera, dejando solo visibles sus atentos ojos rojos en las sombras. Tampoco se detenía a pensar en eso, ni en la manera en que su hermana a veces se encerraba en el baño de sus padres, dejando correr el agua durante horas mientras las tuberías luchaban por tragarla.

Soojin no le daba demasiada importancia, pero a veces bajaba sigilosamente para pegar el oído a la puerta del baño. Nunca salía luz por las rendijas del marco. «¿Quién se baña en total oscuridad?», pensaba por un momento antes de apartar la pregunta y seguir escuchando. Oía el suave chapoteo del agua contra el borde de la bañera y un silencio por lo demás antinatural. ¿Dónde estaba el sonido del cuerpo moviéndose contra el esmalte de la bañera? ¿El clic plástico de los envases abriéndose y cerrándose? ¿El bullicio tenue que acompaña al hecho de estar vivo?

«¿Sigues conmigo?», pensaba Soojin con el oído pegado a la puerta. Escuchando el solitario goteo del grifo mientras los días pasaban ante ella como agua. «¿Estás ahí?».



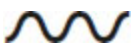
La afinidad de la chica con el agua se estaba profundizando. No, eso no era exactamente así. El agua se estaba volviendo más insistente. Le lamía los bordes de la mente. Si antes podía relegar su ruido interminable, ahora se le infiltraba en el sueño y le susurraba a todas horas.

No era exacto decir que le molestara esta sensación de ser, poco a poco, desplazada de su propio cuerpo por el agua. La noche que había ido a ver a Porter había sido un fracaso. Había perdido el control del cuerpo del hombre antes de poder hacerle daño y él se había despertado solo con el recuerdo borroso de una pesadilla. Pero no volvería a pasar. El agua podía cortar cualquier cosa. Al ceder a ella, sentía que se afilaba hasta convertirse en una hoja más útil.

Pero aquella noche no era para Porter. Tenía otros cabos sueltos que quería cortar.

Cerró los ojos y dejó que los innumerables sonidos del pueblo la envolvieran: las arterias ramificadas del río Black Pine a lo lejos, una grulla alzando el vuelo y salpicando agua con sus garras, su hermana suspirando en el bar mientras inclinaba una cafetera manchada bajo el cálido chorro del fregadero…

Deshizo el sonido hasta encontrar el que buscaba. La respiración húmeda de Joe Silas. Su corazón palpitante y anodino. Y, en otra parte de la casa de los Silas, un grifo corriendo, agua de baño. Una puerta.



Cuando Joe había vuelto a casa, apenas consciente un instante y al siguiente furioso con cada ruido de agua, Claire Silas pensó esperanzada: «Quizá muera». Ciertamente, toleraba lo suficiente a ese hombre, pero su matrimonio había sido por conveniencia. Joe siempre estuvo allí. Era el que sus difuntos padres habían aprobado, y, así, cuando él había propuesto matrimonio, ellos la habían enviado como ganado.

Claire siempre había soñado con irse, y los años transcurridos no habían apagado ese deseo. Si él muriera, el seguro de vida sería bastante para poder viajar; incluso podría vender su vieja casa e intentar suerte en un mundo más grande. Sería mejor que estar atada a este hombre al que no amaba, alimentándolo con compota de manzana, mientras su olor se intensificaba por su aversión al agua. Las toallitas húmedas solo servían hasta cierto punto. Ni siquiera podía ducharse en su propio baño sin que él saliera de su estupor para protestar y enfurecerse apenas crujían las viejas tuberías.

Así que ahí estaba, en el baño de invitados de la planta baja, mirándose al espejo. Detrás de ella, la ducha llevaba abierta sus buenos cinco minutos, pero el agua seguía tibia. No se formaba condensación en el espejo y su reflejo era tan exacto que resultaba inquietante.

Se acercó de nuevo a la ducha. El agua continuaba tibia, maldita mierda. Abrió el grifo al máximo y se sentó en el borde de la bañera. Solo entonces notó algo extraño. Aunque el tapón no estaba puesto, el agua no se vaciaba. La bañera estaba medio llena. Las tuberías parecían totalmente atascadas. Claire suspiró. Casi todo en la casa era viejo y había que cambiarlo. Deberían haberlo hecho todo de una vez muchos años atrás, cuando Joe encontró aquella gran suma de dinero cuyo origen nunca había explicado, pero que ella sospechaba que había ganado apostando. En cambio, lo había malgastado. En la ridícula matrícula universitaria de su hija, sí, pero también en alcohol, diferentes artilugios y en la mesa de dados del casino Cache Creek.

Claire metió la mano en la boca del desagüe, buscando cualquier resto de jabón o suciedad que se hubiera quedado atascado, esperando no tener que usar un desatascador. Pero allí estaba, su dedo se enredó en algo liso y sinuoso. Tiró. No fue fácil desprenderlo, pero era, indudablemente, pelo. Algunos mechones sedosos se rompieron cuando, finalmente, sacó una larga maraña del desagüe.

Un grito involuntario. No podía ser su pelo. Era grueso y negro, cuando el suyo era marrón y con canas y el de Joe, corto y áspero como el pelo de un terrier. La idea de que Joe hubiera tenido una aventura le cruzó la mente, aunque le resultó tan improbable que la encontró cómica. ¿Quién iba a quererlo? Pero entonces, ¿de quién era ese pelo?

Se deshizo de los mechones agitando la mano en el agua, luego hundió los dedos de nuevo en el desagüe. Se enredaron en otro nudo de pelo negro, que sacó, tan grueso y liado como el sargazo. La bañera ya estaba llena. En su lucha con el pelo, había olvidado cerrar la llave.

—¿Qué demonios…? —murmuró Claire. El agua seguía sin vaciarse.

«Escucha a través del agua», había gimoteado Joe una vez que ella le había llevado una palangana para su baño con esponja. «No dejes que entre».

La superficie del agua era ahora un cuaderno de bocetos de pelos a la deriva. Los filamentos negros cubrían la superficie como un denso bordado. Al principio, Claire no notó la ondulación, el fondo que se juntaba para formar la silueta translúcida de una niña, acurrucada como si acabara de nacer. Un remolino repentino y un estiramiento.

Solo entonces la golpeó la sensación innombrable de peligro. Claire chilló e intentó alejarse de la bañera, pero algo bajo la superficie le agarró las muñecas con firmeza. Sintió un dolor abrasador al contacto, como una sensación de saqueo, como si

estuviera siendo evacuada, absorbida a algo diferente mediante una violenta ósmosis.

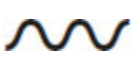
La criatura tiró de sus muñecas, usando su peso para levantarse. Pero Claire no pudo mantener el equilibrio. Cayó y su cara chocó con fuerza contra el borde curvado de la bañera. Su visión se volvió blanca antes de que llegara el dolor, pero incluso entonces la sensación era amortiguada. Tuvo una conciencia difusa de que algo andaba mal con su cuerpo.

Era vagamente consciente de la sangre que le goteaba en un reguero caliente por la frente, pero no podía recomponerse. No entendía lo que estaba sucediendo. Algo se levantó de la bañera, salió, pasó a su lado y abandonó el baño con pasos silenciosos. Claire apenas pudo consignar miedo ante ese hecho.

«Limpiar. Hay que limpiar esto», pensó. Su mente producía pensamientos inconexos acerca de la alfombra del baño. Era tan bonita…, amarilla con ribetes de flores rojas. La sangre la arruinaría. Nada mancha tanto como la sangre. Joe protestaría.

Claire se tambaleó hasta el armario, sacó un trapo y bicarbonato de soda. Tenía sangre en los ojos y no acababa de recordar por qué se inclinaba para limpiar. Las extremidades no le respondían. Se convulsionaron y, de repente, estaba en el agua. La cabeza sumergida mientras el resto del cuerpo se esforzaba por quedarse fuera. Las rodillas arañaban la alfombra, inútiles y rígidas, y se hallaba demasiado sorprendida para encontrar apoyo. Abrió la boca para respirar y el agua entró en ella. Una agitación de espuma. Pelo. Nada.

El agua, que golpeaba la superficie de la bañera cayendo desde la ducha, finalmente se volvió caliente mientras ella se ahogaba.



La chica se movía por la casa en silencio, quitándose nudos de pelo de la falda y buscando, dejando unas huellas menudas y húmedas a su paso.

Pronto encontró al hombre. Joe Silas estaba sentado en su cama, apoyado sobre unas almohadas contra el cabecero. Sus ojos lechosos se deslizaron hacia ella. No había pánico, solo un temor lento, como si ya supiera que ella iba a llegar, aunque no tan pronto. La chica se sentó a su lado, dejando cercos de agua de la bañera sobre las sábanas.

Extendió la mano para tocarlo y él solo se estremeció un poco.

—¿Va a doler? —preguntó. Sus ojos tenían un aspecto regresivo, infantil. Eso la inclinaba hacia él, incluso cuando la anticipación de la violencia se esparcía dulce por sus sinapsis. Había aprendido que el odio era una forma de devoción. Estaba ante este hombre, que había tenido la oportunidad de salvar a su madre y no había hecho nada. Y luego, años después, otra oportunidad, otro desastre y tampoco había hecho nada. Ella se había hecho devota de hacerle sufrir.

La chica le mostró su sonrisa más amable.

Para el hombre, había cierto alivio en saber que no había más opciones; una aceptación forzada seguía siendo aceptación. Ella le colocó una mano sobre el pecho. Él sintió una punzada como si una espina se le deslizara dentro. Luego un frío que irradiaba hacia afuera, apretándole el corazón, llenándole los pulmones. Dolía. Abrió la boca para llamar a su esposa. En lugar de voz, un líquido tibio le subió por la garganta como un torrente de bilis.

Pero no era bilis. Era agua, salpicada de tierra y pequeñas piedras. Le corría por la pechera de la camisa y se acumulaba en la manta del regazo, creando su propia pequeña biosfera. Lodo. Filamentos de musgo. Una larva de efímera moviendo sus muchas patas translúcidas. Se le replegaron los ojos. El río lo había atrapado.



Los cuerpos fueron hallados por la mañana. Cuando Claire Silas no llevó a su esposo a una cita médica y no respondía a ninguna llamada, una amiga, preocupada, fue a su casa. La ducha del baño de invitados seguía abierta y Claire estaba dentro. Su torso y cabeza en la bañera, las piernas arrodilladas sobre la alfombrilla fuera. Se había golpeado la cabeza con suficiente fuerza como para que su cerebro se hinchara y, aun así, estaba claro que sus últimos movimientos antes de perder el equilibrio y ahogarse habían estado destinados a intentar limpiar. Un trapo y una caja de bicarbonato de soda yacían junto a una de sus rodillas, y las manchas de sangre habían teñido profundamente la alfombra.

A Joe Silas lo encontraron en el dormitorio de arriba, apoyado contra el cabecero. Más tarde, ambas muertes serían clasificadas como ahogamientos accidentales. Tenían los pulmones llenos de agua. En una bañera vacía, en una cama. Nadie sabía cómo había podido ocurrir.

La amiga que los encontró contaría más tarde, histérica, a cualquiera que quisiera escucharla, que había huellas húmedas que iban desde el baño de invitados hasta el dormitorio principal. Las plantas de la casa se habían marchitado por la putrefacción de las raíces, regadas en exceso. Las paredes estaban oscuras por los daños del agua. Incluso la barandilla de la escalera había estado goteando.

Pero lo peor había sido el propio Silas. Tras demasiadas horas, sus ojos abiertos estaban lechosos. Se había formado un pequeño lago sobre su regazo, en el que algunos peces negros nadaban entre los montículos de sus rodillas, chocando entre las mantas. Las algas crecían por la enredadera de su garganta inclinada hacia atrás. Una pequeña huella de mano se veía marcada sobre su pecho, hinchado y en rápida descomposición.

Su boca abierta estaba llena de agua salada, oscura por el limo. Y de ella crecía un loto blanco, cuyo tallo se introducía por el esófago. Flor de renovación. Flor de putrefacción. Sus pétalos apenas comenzaban a abrirse. Cuando floreció, un único ojo azul se movía frenéticamente donde deberían estar los estambres. Fue esto, según afirmó la amiga, lo que finalmente la quebró. La hizo salir corriendo de la casa gritando en busca de ayuda.

Más tarde, cuando los forenses fueron a por los cuerpos, no había nada fuera de lo común. Todas las huellas habían desaparecido. El esposo y la esposa seguían muertos, pero de manera menos extraordinaria. La mujer yacía en la bañera, el hombre en la cama. No había agua a la vista. No había flores cadáver.

Pero la historia de la amiga era mejor.

El chisme se esparció por la ciudad, al igual que una aprensión supersticiosa. «Agua», susurraba el pueblo. «El agua». La misteriosa desgracia de la familia Silas era lo único de lo que se hablaba. Sus nombres se murmuraban en las mesas de los restaurantes, en las barberías, en los pasillos de las escuelas. Cuando la noticia llegó al móvil de Mark Moon —un mensaje histérico de Jay con un enlace al

periódico local—, él estaba ayudando a su madre a atender el cementerio.

Después de las lluvias, los ramos que se dejaban sobre las tumbas de las mascotas se habían ablandado hasta volverse irreconocibles. Mark normalmente podía identificarlos todos mientras los recogía para el compost: crisantemos, rosas blancas, lirios de los valles. Hoy, sin embargo, cuando su madre y él limpiaban las lápidas, arrancando maleza y desechando ramos muertos, solo podía reconocerlos por sus espinas.

Chilló cuando se hizo un pequeño corte en el pulgar. Se lo llevó a los labios, probó la sangre y luego nada. La evidencia del cuerpo desapareció muy rápido. Suspiró y tiró las rosas al contenedor de compost antes de secarse el corte con la manga.

Su madre detuvo su labor para mirar hacia la niebla omnipresente con una expresión inquieta. Durante el último mes, Jade Acre había experimentado una cantidad inusual de lluvias, incluso para sus estándares normalmente lluviosos del otoño. Hoy era un raro día semiseco y, aun así, no había nadie por la calle. El ambiente en el pueblo era sombrío. Tras la insólita muerte de los Silas, la gente estaba nerviosa.

—Mamá —llamó Mark sacando una golosina para perros empapada de la tumba de un chihuahua. Estaba resbaladiza, como preludio de la descomposición, y olía a letrina y a tierra—. ¿Puedes traer la bolsa aquí? —Ella se acercó y dejó la bolsa de compost medio llena a sus pies. Él echó lo que había recogido y luego miró a su madre. No era habitual que ella estuviera tan callada; seguía mirando en silencio la niebla lechosa como si algo pudiera salir de ella—. ¿En qué estás pensando?

—¿En qué voy a estar pensando? —suspiró, sentándose pesadamente sobre la lápida de un gato atigrado—. En los pobres Silas. No lo puedo creer. Y esa amiga suya... Alguien tiene que ayudarla. Las disparatadas historias que está difundiendo están poniendo a todos histéricos… —Negó con la cabeza—. Me recuerda a mi ciudad natal.

La madre de Mark había crecido en una isla remota frente a la costa suroeste de Corea. Ahora Mark no recordaba el nombre, pero lo conocía de oídas por las historias que ella contaba. Era un pueblo accesible solo por ferri o por un puente de tierra que aparecía un par de veces al año, cuando el nivel de las aguas bajaba. Las casas bajas de techos coloridos nunca estaban cerradas y los perros *jindo* vagaban cerca de los muelles, esperando a que les arrojaran cabezas de pescado o entrañas. En los mercados al aire libre, las ancianas vendían peces lija prensados y cangrejos *soy* crudos, llenos de huevas doradas. En primavera, las sepias se colgaban a secar en cuerdas por todo el pueblo y, durante el invierno, los ancianos iban a los bancos de lodo con cubos de hojalata para recolectar almejas del tamaño de una mano infantil.

Era también un pueblo del que los jóvenes huían, en el que quedaban solo niños y ancianos. Un pueblo donde algunas escuelas permanecían vacías durante años enteros por falta de alumnos. Donde los residentes morían sin que nadie los reemplazara y, así, las casas se volvían fantasmas, llenas de telarañas y blanqueadas por la brisa salada de la costa.

Sobre todo, era un pueblo encantado.

—Estás pensando en el fantasma del agua —dijo Mark. Había oído la historia muchas veces de boca de su madre; era su relato recurrente junto a la fogata.

—No había ningún fantasma —replicó ella.

Esta era la historia del pueblo donde su madre creció, tal como Mark la conocía. Hacía mucho tiempo, una joven que jugaba en la playa afirmó haber visto una garza blanca en el agua. Nadie más la había visto, pero la niña aseguraba que estaba allí, acicalándose las plumas y mirándola con ojos negros y solitarios. La pequeña se escapó por la noche en búsqueda de su plumaje blanco, y la corriente la arrastró hacia el océano.

Aunque los aldeanos sacaron sus barcos de calamar y faenaron con redes, el cuerpo nunca apareció. Era temporada de monzones y el mar estaba tan feroz que no se podía saber hasta dónde la había

arrastrado. Los lugareños atracaron los barcos y la dieron por muerta. Su madre, desconsolada, no salió de casa durante semanas, y sobrevivió únicamente con un caldo ligero de abadejo que los vecinos le dejaban en su puerta. Cuando finalmente emergió, estaba esquelética y eufórica y sostenía en sus manos un par de zapatos de su hija. «¿A dónde vas?», preguntaron los aldeanos. «Oigo la voz de mi niña. Me está llamando», respondió ella. Colocó los zapatos al borde del agua, con los talones hacia el mar, como si su hija pudiera salir del océano y calzarse de nuevo.

Cada día, lloviera o tronara, la madre iba al mismo lugar esperando ver a su hija, pero en su lugar encontraba que los zapatos habían desaparecido. Llevaba un par nuevo y los colocaba igual: los talones hacia el agua y las puntas hacia el hogar.

«Tu niña se ha ido. Ella querría que siguieras adelante», le decían los aldeanos. La madre no se inmutaba. «Conozco la voz de mi niña. Me dice que está sola. Tengo que proporcionarle una forma de volver a mí».

Durante una semana repitió este ritual, hasta que una mañana clara un pescador salió en su bote y sacó con la red a una mujer ahogada, enredada entre peces sable. Era la madre, muerta, con una sonrisa congelada en el rostro y abrazando una masa orgánica tan descompuesta y comida por los peces que era imposible de identificar. El asustado pescador arrancó la masa putrefacta de los brazos de la madre y la arrojó de nuevo al agua antes de llevar rápidamente el cuerpo ahogado de regreso al pueblo.

La madre fue enterrada con el último par de zapatos de su hija y eso pareció poner fin a la tragedia, o eso pensó el pueblo. Entonces las redes empezaron a regresar del océano con todos los peces muertos; después, los árboles y las enredaderas se marchitaron. Comenzaron a aparecer huellas mojadas alrededor del pueblo. Repetían los pasos de la madre desde su casa hasta el agua. Las lluvias torrenciales arrancaban tablas de los muelles. Los niños del pueblo gemían por la noche y lloraban por la soledad de alguien. Estos mismos niños comenzaron a salir de sus casas, sonámbulos,

hacia el agua. Dos niños desaparecieron así, antes de que el pueblo aceptara finalmente que estaba encantado.

—Mamá, ¿cómo sabía tu pueblo que era un fantasma y no una serie de accidentes extraños? —preguntó Mark.

—Te he dicho que no había ningún fantasma —replicó su madre otra vez, pero al ver su expresión seria suspiró—. Había un punto en el agua que siempre se veía negro. Incluso en días perfectos cuando el resto del mar era azul. Ese era el lugar que los ancianos del pueblo decían que estaba encantado por la madre y la hija ahogadas. Aseguraban que se habían convertido en *mul gwisin*, fantasmas del agua, y que eran sus cabelleras negras en constante crecimiento lo que mantenía a las malas hierbas tan salvajes.

—¿El pueblo realizó algún exorcismo?

—Dios, no. Los fantasmas del agua no pueden ser exorcizados fácilmente, sobre todo los femeninos. Hay algo relacionado con la energía de una mujer alineada con el agua. Algunos dicen que la única manera de detener la aparición de un fantasma del agua es salvarlo. El pueblo realizó un ritual de purificación para redimir las almas de las ahogadas. Se pagó a chamanas de un pueblo cercano. Llenaron de arroz un cuenco de latón, lo ataron con una cuerda de lino blanco y lo arrojaron al mar. Los aldeanos decían que cuando se recuperase el cuenco, si algo semejante a una parte del cuerpo aparecía —una uña, un pelo, tal vez un diente—, significaba que el alma había sido purificada y se podía realizar un funeral.

»Esa noche, el ritual se detuvo porque una tormenta repentina pasó por la costa. Arrojó barcos al océano y los convirtió en madera flotante. Cuando los aldeanos finalmente pudieron ir a por el cuenco, el lino se había deshecho. El cuenco y todo su contenido habían desaparecido.

—¿Pero funcionó?

—¿Por qué de repente te interesa tanto esto? —preguntó, mirándolo de reojo. Giró un hilo que se le salía de la manga—. ¿Quién sabe? Hubiera o no un fantasma, el pueblo acordó no continuar. Las familias más asustadas decidieron mudarse. Pero,

sobre todo, se fueron porque no había oportunidades. Era solo un lugar hermoso para morir. Mi familia se fue por eso. A Masan y luego aquí, a este país, donde tuve la suerte de tenerte. —Se tocó la barbilla antes de mirar de nuevo a la niebla que se extendía como un ovillo abajo en el valle.

»La gente cree que cualquier cosa es un fantasma. La madre de la niña ahogada no estaba oyendo la llamada de un espíritu. Era víctima de su propio anhelo y dejó que ese anhelo la destruyera. Eso es todo lo que se necesita, Mark. No aceptar la pérdida es el único requisito para que haya un fantasma. Nuestras heridas nunca nos abandonan si no las dejamos ir.

Se levantó, retomó la bolsa de compost y le despeinó el pelo.

—Me voy a casa. No te quedes demasiado tiempo, cariño. Te vas a resfriar.

Pero él se quedó pensando en la madre pescada del agua, sonriendo serenamente abrazada a la podredumbre, en las infinitas maneras en que el amor se puede convertir en su propio espectro. ¿Cómo sería eso? ¿Amar algo tanto que podrías meterte en el mar por ello, sin siquiera dejar tus zapatos en la orilla para volver a tu propia vida?



Su padre estaba en el despacho haciendo papeleo. Probablemente algo relacionado con la compra de terrenos y la construcción de nuevos hoteles a lo largo de la costa virgen de Jade Acre, para horror y protesta de los grupos ecologistas locales. Bentley se detuvo en el umbral. Una delgada franja de luz iluminaba la parte superior de sus zapatos mientras escuchaba la música que sonaba tras la puerta. Levantó la mano para golpear y luego se detuvo. Rara vez era bienvenido en el despacho. Pero esto parecía lo suficientemente importante como para arriesgarse a una reprimenda. Tocó dos veces y luego empujó la puerta.

Cuando Bentley entró, su padre no lo saludó. Siguió escribiendo y solo se volvió hacia él después de haber enviado su correo electrónico.

—Sabes que no me gusta que entres aquí sin avisar —dijo Christopher Porter.

—Sí que he avisado. —Bentley se apoyó en el marco de la puerta, golpeando dos veces de forma rápida—. Así. ¿Ves? —Era un intento de broma. Un triste intento, más bien. Cuando su padre no dio muestras de encontrarlo divertido, Bentley jugueteó con un botón de su manga. Se estaba aflojando; los hilos se habían desgastado tras todo lo que había tirado de él en las últimas horas. Estaba borracho. Llevaba borracho desde que oyó la noticia, pero le daba igual si su padre se daba cuenta.

Nunca había tenido una relación cálida con él, ni siquiera de niño. Bentley había llegado al mundo, prematuro, con cólicos y difícil de querer. Al menos para su padre, que dejó claro que nunca había deseado serlo. Su madre, sin embargo, sí lo había deseado y él, en su devoción absoluta a su esposa, había accedido. Bentley castigó el cuerpo de su madre con preeclampsia y un vómito matutino debilitante durante los ocho meses que lo llevó en su interior y, aunque finalmente salió de allí, ella nunca se recuperó del todo del desgaste que le causó.

Desarrolló una miocardiopatía que la acompañaría durante años antes de llevársela, sin previo aviso, en una fría noche de diciembre. Bentley tenía poco menos de nueve años, pero, incluso entonces, entendió que se le culpaba a él.

Su padre cerró el portátil. Un destello de impaciencia le cruzó el rostro.

—Supongo que no has entrado solo a saludar. Estoy ocupado, Bentley.

—El jefe de policía y su esposa han muerto —dijo Bentley, tan rápido que las palabras se comprimieron en una larga consonante. Llevaba todo el día flotando en un ensueño, pero al pronunciar la frase se hizo real.

Su padre se llevó un vaso a los labios y bebió tranquilamente.

—Sí, ya lo sé.

«¿Eso es todo?», pensó Bentley. Por la forma en que su padre lo miraba, se dio cuenta de que también lo había dicho en voz alta.

—¿Qué más quieres? Es una pena lo que pasó con los Silas, pero apenas teníamos relación con ellos. No voy a fingir lágrimas en la intimidad de mi casa, si eso es lo que esperas.

«Apenas teníamos relación». Bentley vio el fantasma de las luces policiales rojas y azules reflejándose en las paredes del despacho. Unas manos fantasmales cerrando un trato sobre el entonces desaparecido cuerpo de una niña ahogada. Otro sobre un coche volcado humeando en un barranco. Dos tratos distintos hechos años atrás. «Apenas teníamos relación».

—La mujer que los encontró ha estado diciendo unas cosas muy locas.

—Ya sabes que las mujeres suelen ponerse histéricas —dijo su padre. Parecía realmente imperturbable—. En cualquier caso, el funeral conjunto es el viernes. Confío en que asistirás. No estaría bien que faltaras.

Bentley no estaba seguro de haber llegado a responder, pero sus pies ya lo llevaban por los pasillos vacíos que le devolvían el eco del golpeteo fragmentado de sus zapatos. No sabía qué reacción esperaba de su padre, pero no la había encontrado. ¿Se estaba volviendo loco? ¿Atando cabos donde no existían conexiones, como un conspiranoico?

Su mente le ofrecía imágenes inconexas del baile de otoño: luces rojas parpadeantes reflejadas en el latón del saxofón de la banda; Han Soojin con el antiguo vestido de su hermana... Se parecía tanto a Mirae que era como un fantasma. Bentley se había abierto paso entre la multitud directo hacia ella, furioso por alguna razón que no podía identificar. Pero la chica se había escabullido por las puertas del gimnasio con Mark Moon antes de que pudiera alcanzarla.

¿Qué habría hecho si no hubiera desaparecido en la noche? Se imaginó sosteniendo el rostro de Soojin entre sus manos, fingiendo que era su hermana.

Después de la noche en que casi atropelló a Mirae cuando retiraba animales muertos de la carretera, empezó a seguirla. La

siguió a distancia durante días mientras ella iba y venía del trabajo. Aparcaba su coche y esperaba en la oscuridad hasta vislumbrar su abrigo pálido escapando de su casa y adentrándose entre los árboles. ¿Qué hacía una chica retirando cadáveres de la carretera? Tenía que saberlo y dejó que la curiosidad le pesara más que la culpa.

Atraparla en una «resurrección» había sido solo cuestión de tiempo. Bentley la vio sacar la rata de la tierra, se frotó los ojos, incrédulo, y comprendió de repente los motivos de su padre para llevárselos a Jade Acre. Luego salió disparado de entre los árboles. Hablaba sin sentido, con náuseas y con una profunda incredulidad.

—Has estado espiándome —dijo Mirae, con voz cortante.

La incapacidad de él para provocarle emoción alguna, incluso en esas circunstancias, le hizo sentirse invisible, un sentimiento que conocía debido a su padre, pero que no podía tolerar de sus iguales.

—¿Crees que iba a verte recogiendo cosas muertas y no seguirte para ver qué pasaba?

Ella no respondió de inmediato y se dedicó a juguetear con el borde de encaje de su manga. A menudo vestía más como una curadora de museo que como una chica de un pueblo cuyas principales exportaciones eran recuerdos de pinos y joyas de conchas de abulón.

Bentley vio cómo se mordía el interior de la mejilla. Iba a rogarle que guardara el secreto. Iba a negociar. Tener ese poder sobre una chica que durante años había considerado muy superior a él era maravilloso. Pero, cuando finalmente habló, sus palabras no eran las que él esperaba.

—Ahora ya lo sabes. Más vale que me ayudes.

Y él lo hizo. Durante meses, la acompañó en sus numerosas excursiones secretas por caminos rurales, remangándose para el trabajo sucio en el que ella, de alguna manera, lo involucraba.

No buscaban bayas, sino cadáveres. Los coyotes y ciervos destrozados con ojos como huesos de ciruela eran demasiado pesados, pero sacaban del asfalto vidas más pequeñas como si

fueran dioses destructores. Zarigüeyas. Ardillas. Mejor si los cuerpos aún estaban tibios y lejos de la descomposición. Solo recogían lo que los tábanos no habían alcanzado primero.

Ese fue el inicio de un año de amistad tentativa, sostenida enteramente por secretos y cadáveres. Durante meses, la vio enterrar una y otra vez. Tal como probablemente había hecho su padre junto a la madre de ella décadas antes.

«¿De verdad tienes que ir tan lejos?» era la pregunta recurrente que le hacía en aquellos días.

Ella levantaba la bolsa transparente con una pata amputada hacia la luz temblorosa de la linterna. Estaba lista para ser enterrada. Para que la llamaran de vuelta. Para entonces él conocía los detalles de su magia. Sabía que extraía vida de lo que estuviera cerca para alimentar la formación de carne nueva. Sabía que podía oír voces y que, a veces, una era la de su madre.

Sentía una ansiedad terrible, que un día Mirae escuchara lo que no debía, que enterrara un hueso y este le susurrara secretos sobre lo que su padre había hecho. Pero, más que nada, temía perderla. Esta nueva amistad, frágil y construida sobre secretos, era lo único que le hacía sentirse visto.

Su temor no era infundado, porque al final sucedió.

Bentley llegó a su habitación y los recuerdos se desvanecieron. Abrió la puerta y entró tambaleándose, hasta apoyarse en su mesa, donde un vaso de agua a medio beber acumulaba motas de polvo en la superficie. Sentía un pulso sonoro en los oídos, como si estuviera sumergido en un cuerpo de agua. Estaba asustado. No tenía un motivo concreto para ello. Sus recuerdos de Mirae seguían extendiendo sus filamentos hacia el presente. La recordaba pensando en los cuerpos de los Silas endureciéndose como plástico, en la morgue. La recordaba mientras la lluvia golpeaba en un código Morse palpitante contra la ventana de su habitación.

De repente, deseó con fuerza estar sobrio. Tomó un sorbo de agua que bajó parcialmente por su garganta antes de retroceder hacia arriba. Apenas llegó al lavabo. Vacío, Bentley se recostó sobre

las sábanas en la habitación que no amaba lo suficiente como para decorar, y contempló un círculo de humedad en el papel blanco inmaculado. Nunca lo había notado antes. Parecía contraerse y luego distenderse, como el diafragma de una cámara o como un solo ojo oscuro enfocando. Un afecto innombrable lo llenó. El deseo de pasar el pulgar sobre la mancha, pero, al parpadear, la perdió de vista. Aun así, extendió la mano para tocar el papel. Estaba húmedo y frío.

—No hay nadie —se dijo a sí mismo en la oscuridad solitaria.

Y luego, durante varias horas, soñó.



El funeral conjunto de los Silas se celebró una semana después de que se encontraran sus cuerpos. Tras lo visto en el servicio del viernes por la mañana, no se esperaba una gran asistencia, pero casi todo el pueblo se presentó. Los negocios cerraron cuando sus dueños fueron a presentar sus respetos. Los pasillos del Instituto Jade Acre se vaciaron mientras los estudiantes justificaban su ausencia en las primeras clases para dejar flores u ofrecer una breve oración. Soojin hizo lo mismo y llegó sola, sintiéndose de algún modo implicada por sus ropas negras y los crisantemos que traía. La familia de Mark se colocó frente a ella en la fila para depositar flores sobre los féretros y, aunque no se atrevieron a hablar por encima del *crescendo* de la música del órgano, Mark la tocó. Un breve roce intencionado de su muñeca con la de ella, un gesto de seguridad. Cuando llegó su turno frente a los ataúdes, Soojin mantuvo los ojos fijos en la madera de caoba barnizada, en el interior de satén crema. Todo menos los rostros de cera, demasiado pálidos por el maquillaje.

Esa noche, su padre regresó para el fin de semana, con provisiones del mercado coreano de Bragg Hills. Había algo rígido en él cuando descargaban las interminables bolsas del coche.

—Huele a humedad aquí —dijo llevando una bolsa de manzanas hacia adentro.

Soojin olfateó el aire, pero solo percibió madera y Pine-Sol.

—No, no huele a nada.

Él se frotó la nariz, se encogió de hombros y continuó trabajando en un silencio opresivo. Aunque no era muy hablador, solía hacer torpes intentos por mantener una conversación durante al menos una hora después de regresar a casa, tras una semana fuera. Esa noche, sin embargo, no hizo ninguno. Descargó la última bolsa y se unió a Soojin en la cocina para organizar su enorme adquisición. Parecía que hubiera hecho compra para un ejército, pensó Soojin clasificando las provisiones.

—Han Soojin —dijo su padre. El sonido de su nombre completo la llenó de temor.

—Eh... —dijo ella, intentando mantener la voz ligera mientras doblaba una bolsa de la compra—. ¿Qué he hecho?

—Alguien está en esta casa contigo cuando yo no estoy, ¿verdad?

Fuera lo que fuera lo que esperaba que dijera, no era eso. La pera que sostenía le salió rodando de la mano hasta la isla de la cocina. Se apresuró a recogerla y, cuando lo logró, tenía los nudillos tan blancos como huesos. Adiós a parecer indiferente.

—¿Por qué dices eso? —El corazón le latía desbocado, buscando una salida. ¿Había visto a Mirae? Pero habían sido muy cuidadosas. Incluso ahora, su hermana estaba escondida de manera segura en la cabaña con todas las cortinas opacas corridas. Cada viernes se aseguraba de llevar a cabo una limpieza completa de la casa, hacer la cama de su hermana y guardar todas las tazas y chucherías que se habían acumulado en su lado de la mesita durante la semana.

Pero Mirae era humana, ¿no? Era posible que, de vez en cuando, decidiera arriesgarse a mirar fuera, corriendo un poco la

cortina para dejar entrar la luz del sol. ¿Quién era Soojin para asegurar que su padre no había mirado hacia las cabañas de alquiler en el momento exacto de aparecer el destello de un rostro pálido y familiar detrás de la ventana?

Pero no, si lo hubiera sabido, no habría sido capaz de enfrentarla con tanta calma. ¿Verdad?

Su padre la miró y suspiró.

—Veo lo rápido que se acaba la comida. Casi se ha terminado un mes de arroz. No has estado sola.

Lo sabía. Sintió que algo caía en su estómago como una roca y no podía distinguir si era alivio o terror.

—Papá, yo…

—Soo, por mucho que me guste Mark, me incomoda que pases tanto tiempo a solas con él —dijo su padre.

—Espera…

—No dormirá aquí, ¿verdad?

—¿Qué? ¡No! Yo…

—¿Estás segura?

—¡Sí! Jesús, papá —dijo Soojin, con el rostro enrojecido pese a sus esfuerzos. Era una mentira. Mark a menudo pasaba la noche, tras las excursiones a horas intempestivas con Mirae, durmiendo como un *golden retriever* en el sofá de abajo, con unos ronquidos tan fuertes que ella podía sentir los graves desde el piso superior. Pero Soojin no podía ser honesta con su padre por un montón de razones—. Confía en mí. Soy tu guapa hija, ¿no? —dijo en coreano. Él se tranquilizó un poco, aunque no perdió del todo la rigidez de los labios.

Continuaron organizando las compras en un silencio tenso. Había comprado todo tipo de cosas, desde pasteles de arroz espolvoreados con harina de soja hasta una caja de caquis, envueltos individualmente en periódicos coreanos del 2008, de la variedad suave y alargada que siempre había sido la favorita de Mirae. Incluso había conseguido un pescado seco entero. Soojin lo manejó con cuidado. Aparte de las vísceras, no le habían sacado

nada. Ni los ojos endurecidos ni los afilados dientes de la boca momificada.

En su país natal, por lo que había oído, este tipo de pescado seco a veces se colgaba fuera de las puertas, con sus cuencas siempre abiertas vigilando las malas acciones y entidades malignas. Estos ojos lo veían todo. Incluso a los muertos. Incluso sus mentiras. Ahora la pupila seca la miraba mientras envolvía su cuerpo unas cuantas veces más con papel pergamino, antes de enterrarlo en el congelador.

—Lo siento —dijo finalmente su padre, su expresión había dejado de ser inquisitiva—. Me preocupo por ti, eso es todo. Estás creciendo tan rápido... Nunca imaginé que sería yo quien tuviera con vosotras la conversación sobre citas. Tu madre solía decir que se lo dejara a ella. Que yo era demasiado mojigato para manejarlo bien. Estoy seguro de que vosotras también habríais preferido que la charla os la diera ella.

Esta conversación estaba dejando a Soojin completamente descolocada.

—Papá, agradezco que me quieras lo suficiente como para ponerte pesado —dijo.

—Ah, así que resulta que soy pesado. —El silencio de ella lo hizo reír—. Supongo que nunca cambiaré.

Últimamente él hacía eso más a menudo, reírse. Quizá no era la carcajada desenfrenada que solía tener cuando mamá y Mirae estaban cerca, pero, entre ellos dos, aquello era algo nuevo y sagrado.

—Escucha, ¿por qué no les dices a Mark y a sus padres que nos acompañen en la ceremonia de mañana? Hace tiempo que no los invitamos, pero tal vez quieran venir de todos modos —dijo su padre.

—¿Qué ceremonia? —preguntó ella distraída, enjuagándose las manos en el fregadero.

La sonrisa despreocupada de su padre se tensó.

—Soojin, por favor, dime que no hablas en serio —pidió, cambiando del inglés al coreano. En cierto modo, ese cambio sonó muy grave. Ante su silencio, añadió—: Este fin de semana es el aniversario de la muerte de tu hermana.

El agua la quemó. Cerró el grifo y miró el acero del fregadero con los ojos muy abiertos. Claro. ¿Cómo había podido olvidarlo?

Hacía justo un año, Mirae estaba despertando a uno de los últimos días de su vida. Pronto sería el aniversario de su muerte y, para honrarla, se celebraría el *jesa*, la ceremonia en la que la familia coloca comida en recuerdo del fallecido, para que no pase hambre en el otro mundo. Una ceremonia pensada para los mayores y los ancestros, que su padre tenía que llevar a cabo por una hija que nunca llegaría a hacerse mayor. De repente, la abundancia de frutas caras y pasteles de arroz artesanales cobraba sentido, al igual que el incienso que ella había confundido con mechas antimosquitos.

Era fácil olvidar aquel aniversario sombrío mientras su hermana estaba en la cabaña, a apenas unos metros. Con todas las noches que pasaban correteando como fantasmas felices por la playa, lanzando piedras y sentados en el muelle tomando el chocolate caliente, demasiado dulce, que Mark preparaba, era fácil olvidar que Mirae había muerto.

—¿Cómo has podido olvidar precisamente esto, Soojin? —La voz de su padre, cargada de dolor, hizo que quisiera desaparecer.

Si alguna vez hubo un momento para confesarle su secreto, su mayor traición a su confianza, fue ese. Su mente desplegó dos escenarios. En uno, él estaba eufórico. Iban a la cabaña juntos y padre corría a abrazar a su hermana. Giraban juntos mientras él la levantaba hacia el cielo, como solía hacer cuando eran pequeñas.

Pero ese escenario era improbable.

En el otro, veía a su padre doblarse sobre sí mismo, agarrándose a la isla de la cocina. Dios, cómo reaccionaría al ver a su hija no muerta. Su padre creía en un cielo en el que Soojin no creía. Para él, significaría que su hija había sido arrancada de ese

cielo y devuelta a la tierra. Aun así, tenía que decírselo. Al final, tendría que hacerlo.

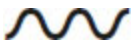
—Lo siento —susurró y él puso su mano sobre la de ella. Las imágenes febriles de su mente se deshicieron. Solo estaba su padre y su dolor, y no había nada peor que su imaginación pudiera crear. Él no la miró a los ojos, sino que estudió la encimera rayada mientras elegía cuidadosamente las palabras que debía decir.

—Me alegra que estés sanando, Soojin. Me alivia que no estés siempre sola, que socialices y vivas la vida normal que mereces. La que yo nunca he sabido darte. —Su voz dolía amablemente—. Pero no olvides a tu hermana, que nunca tendrá esas cosas. Su memoria se volverá solitaria.

La decepción en el rostro de él la quemaba. La soltó, se sirvió un trago y se retiró. Su puerta se cerró y ella observó cómo el pequeño rayo de luz de debajo del marco se apagaba. Todo el progreso que había conseguido con su padre en los últimos meses acababa de desaparecer.

Miró hacia la repisa de la chimenea, donde las cenizas de Mirae reposaban en su jarrón de porcelana verde, junto a una foto de ella sonriendo, iluminada por el sol, frente a un campo de flores de colza en plena explosión amarilla. ¿Olvidarla? Si él supiera lo que había hecho…

Soojin era la soberana en el reino de no olvidar.



Al día siguiente llovió. Soojin observaba el rostro de su padre mientras miraba por la ventana. Su expresión recordaba aquellos días angustiosos antes de encontrar a Mirae. Entre búsquedas y visitas a la comisaría, se había dedicado a escudriñar impotente por la ventana, justo así, con el deseo de que su hija apareciera saliendo de los bosques.

También llovía entonces.

Debió de sentir como una afrenta que un aguacero cayera en el día destinado a conmemorar a su hija mayor. Y, a pesar de todo, continuó incesantemente. Llovió lo suficiente para desbordar el río y anegar los anticuados sistemas de drenaje del centro de la ciudad. Lo suficiente para que la tierra se deslizara por el acantilado hacia el mar, llevándose dos árboles y sus raíces centenarias. Una cantidad de lluvia inusual, incluso para su pequeña franja lluviosa en un estado crónicamente cálido. Aun así, la familia de Mark acudió, sombría, vestida de negro. En el corto trayecto desde el camino de entrada al porche, la lluvia les pegó el pelo a la cara.

Soojin esperaba un reencuentro tenso. Sus familias, antaño tan cercanas, no habían compartido tiempo de calidad en años. Sin embargo, la madre de Mark abrazó de inmediato al padre de Soojin. Si el abrazo comenzó casi en contra de su voluntad, enseguida lo devolvió con sinceridad antes de estrechar la mano del señor Moon. Luego, todos se metieron en faena.

La cocina se llenó de actividad. La mesa del *jesa*, a pesar de su modestia, requería mucho trabajo. El padre de Soojin desenredaba abadejo seco mientras la madre de Mark cascaba huevos en un bol, los batía con sal y añadía finas rebanadas de abadejo rebozado para freír.

Soojin y el padre de Mark se pusieron a trabajar apilando fruta en bandejas blancas separadas: un montón de dátiles secos, peras arenosas y caquis sin los sépalos. Mark, tan torpe en la cocina como seguro en el jardín, merodeaba detrás de ellos, ofreciendo una ayuda que siempre se rechazaba, hasta que Soojin le asignó la tarea de llevar las bandejas a la mesa del *jesa* y solo se le cayó una.

—¡Los alimentos rojos, al oeste! —ordenó el padre de Mark colocando un plato de pastelillos de arroz teñidos de verde con artemisa. Mark giró con su bol de manzanas y se apresuró hacia el extremo oeste de la mesa baja.

—¡Al este! —gritó su madre por encima del chisporroteo de la sartén—. Los alimentos rojos al este, los blancos al oeste. Los

postres en la primera fila, lo más cerca posible del borde exterior de la mesa, lejos del retrato.

—¡No, el arroz y la sopa van en la primera fila!

—¿Por qué ibas a colocar la parte más importante de la comida más lejos de quien se supone que debe recibirla?

Mark se mordió el labio mientras sus padres seguían discutiendo y, poco a poco, se fue desplazando hacia el este para colocar la comida como le indicaba su madre. Se volvió hacia Soojin y le guiñó un ojo, a la vez que fingía secarse el sudor de la frente, antes de ir a buscar el plato de abadejo frito y medallones de calabacín. Era agradable ver que los Moon no habían abandonado su tradicional y bienhumorado intercambio de gritos. Ese caos era algo que Soojin no sabía que había extrañado.

Y así, la preparación continuó, casi agradable. No hablaron de la pérdida, ni siquiera cuando toda la comida quedó colocada en la mesa baja con incrustaciones de nácar en forma de garzas. Una foto enmarcada de Mirae presidía la mesa, flanqueada por largas velas blancas y dirigida hacia la abundancia de alimentos dispuesta ante ella. Junto al retrato, había una hoja de papel blanco con su nombre escrito verticalmente en un *hanja* impecable. Un portaincienso al pie de la mesa completaba el altar improvisado.

Quizá la disposición no fuera precisa; los detalles de la tradición del *jesa* se habían ido pasando a través de demasiadas décadas de inmigración. Aun así, su esfuerzo colectivo dejaba algo tierno flotando en el aire. Soojin se preguntaba qué estaría haciendo su hermana, a apenas unos metros, en la cabaña, mientras ellos se preparaban para conmemorar el aniversario de su muerte. ¿Estaría pelando una manzana cuando ellos ofrecían manzanas en su memoria?

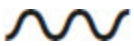
A Soojin le temblaban las manos sobre el regazo viendo a su padre jugar con el encendedor. Mark se inclinó y le apretó una mano y, cuando la iba a apartar, ella la sostuvo. Necesitaba un ancla, así que él permaneció allí, pasándole el pulgar sobre los nudillos, en una caricia reconfortante.

El encendedor finalmente prendió y su padre inclinó la llama azul hacia la mecha.

El incienso estaba destinado a guiar el espíritu del difunto hacia la mesa e invitarlo a comer.

Mirae no era un espíritu. Era carne, sangre y emociones terrenales. No estaban invitando a nadie a la mesa; Mirae ya estaba allí.

Su padre encendió el incienso. Su aroma penetrante ascendió con el humo, enroscándose lentamente en el aire y, con eso, la ceremonia comenzó. Bajo la luz ámbar, la punta de la mecha humeaba. Un faro que no llamaba a nadie a tierra.



En la cálida casa de los Han, las dos familias hicieron una reverencia ante la foto de la hija fallecida y luego salieron de la habitación para permitir que su espíritu comiera en paz. Los adultos se trasladaron al porche trasero a hablar, bajo el golpeteo de la lluvia sobre el toldo. Soojin y Mark se retiraron a su habitación, donde Milkis corría frenética en su rueda.

Soojin recordaba lo que venía después de los *jesas* que habían hecho por su madre. Tras la participación simbólica del espíritu, regresarían a la habitación y quemarían la hoja con el nombre del difunto para señalar la partida y así cerrar el puente hacia el otro mundo. Después de que los muertos se hubieran ido, los vivos comerían. Pero por ahora solo quedaba esperar.

La ligereza de la cocina había desaparecido y Soojin se sentía agotada. La semilla de una migraña empezaba a florecer y unas distorsiones de chispas brillantes se agitaban por su visión. La luz lo empeoraba, así que pulsó un interruptor y dejó que su habitación quedara en semioscuridad.

Mark no cuestionó nada. Buscó la única fuente de tenue luz gris, la ventana, se apoyó en ella y se desabrochó el primer botón de la rígida camisa negra. Ella observó cómo descansaba contra el

cristal, con un repentino aire de seriedad. Su deseo de consuelo superó a su orgullo. Se acercó a él.

—Oye, ¿estás…? —comenzó él.

—No me preguntes si estoy bien. Por favor.

Él se detuvo a mitad de frase; el resto de sus palabras abandonadas salió en un lento suspiro contra su oído. Ella le apoyó la frente contra el cuello y él la abrazó, sin decir nada. Olía a sudor y a jarabe de arce. Soojin quiso meterse en su calor y desaparecer. Permanecieron así mientras los relámpagos trazaban cursivas blancas en las nubes y su resplandor los dejaba brevemente sin rasgos.

Un golpe resonó desde abajo. Tal vez los adultos habían decidido que había pasado suficiente tiempo y volvían al interior. Pero Soojin aún no estaba lista. Esa soledad con alguien que sabía lo que había hecho le resultaba reconfortante.

—Solo quiero que esto termine —susurró contra su esternón tras un largo silencio. Asustada por el trueno, Milkis ya no corría en su rueda. Todo lo que Soojin oía era la lluvia y el latido del corazón de Mark—. Qué pérdida de tiempo. Si mi padre lo supiera, no tendríamos que estar haciendo esto.

—Mirae merece una conmemoración —dijo Mark con calma apartándose de ella. Le retiró un mechón del rostro, se lo colocó cuidadosamente detrás de la oreja y retiró la mano rápidamente. Ella notó que a veces la miraba como si fuera una serpiente de cascabel. Como si sus estados de ánimo resultaran tan cambiantes y condicionados que un solo error la haría atacar. Durante los últimos meses, él no le había mostrado más que una bondad en la que se podía confiar. No entendía bien por qué ella no podía hacer lo mismo.

—Las conmemoraciones son para los muertos —dijo Soojin.

Otro golpe sordo proveniente de abajo.

Mark respiró hondo y alzó la mirada hacia el techo, como si buscara orientación. Al no encontrar nada, volvió sus ojos hacia ella.

—Soo… —Comenzó antes de que algo llamara su atención. Con cautela, estiró la mano para bajarle el cuello de la camisa por debajo de la hendidura de las clavículas.

—¿Qué haces? —preguntó ella antes de darse cuenta de lo que estaba mirando. Siguió su mirada alarmada hasta su propio esternón. Unos moratones grandes, del tamaño de ciruelas, se le extendían con violencia azul negruzco sobre la piel. Había elegido cuidadosamente una camisa que los ocultara, pero la proximidad y el ángulo de visión de Mark la habían delatado. Se volvió, alejándose de él, y se abrochó la blusa hasta que el cuello le quedó apretado a la garganta.

—¿Qué demonios es eso, Soojin? —preguntó siguiéndola hasta el centro de la habitación—. ¿Alguien te ha hecho eso?

—Me he caído.

—¿Te has caído?

—Sí.

Otro golpe sordo desde abajo. Ella se volvió para enfrentarlo, esforzándose por mantener el rostro sereno. No podía decirle que los moratones habían comenzado a formarse la noche del regreso a casa que acabó en desastre. No podía hablarle sobre los sangrados nasales, ni sobre sus manos, que a veces temblaban tanto que tenía que meterse en el armario pegajoso del trabajo para apretarlas entre los muslos.

A contraluz, el rostro de él estaba casi todo en sombra.

—Fíjate. Pensé que mentías mejor —dijo. Luego, haciendo él mismo la brutal aritmética, se volvió lentamente en dirección de la cabaña de Mirae.

Sintiendo que perdía el control, Soojin le agarró el rostro con ambas manos con tal fuerza que se oyó un ruido sordo. El sonido hizo que volviera su atención de nuevo hacia ella.

—Sea lo que sea que estés pensando, Mark, para. Para de pensarlo ahora mismo, porque estás equivocado.

Pero él no podía detenerse y, por primera vez, ella vio verdadero miedo en sus ojos.

Un chirrido atravesó la habitación, tan metálico y agudo que, por un momento, pensó que un coche estaba derrapando en el camino de entrada. Se abrazaron con fuerza hasta identificar la fuente del sonido.

—¡Jesús! —jadeó Soojin, tropezando hacia la jaula de la rata. Milkis chillaba en su hamaca. Incluso en la penumbra, sus ojos color grosella se abultaban mientras se retorcía en el forro de fieltro—. ¿Está herida?

Mark metió la mano en la jaula y sacó la rata blanca, buscando sangre o algún hueso roto que justificara aquel sonido.

—Que yo vea, no —dijo antes de que se le escapara de la mano. La rata volvió corriendo a la hamaca de la jaula. Soojin y Mark compartieron una breve mirada atónita hasta que otro ruido les llegó desde abajo. El reconocible estallido de cristal rompiéndose. Una voz que chillaba y cuyo sonido indistinto llegaba a través de las paredes.

Salieron corriendo de la habitación a la vez y se precipitaron hacia la escalera. Mientras corrían, el alboroto cristalizó y las palabras se hicieron legibles en el aire.

—Oh, Cristo. Oh, Señor del cielo. —Era el padre de Mark. La madre de Mark gritaba en coreano.

Y entonces, por encima de todo, por encima del parloteo frenético de los Moon y de la lluvia que golpeaba los tragaluces, del trueno y los gritos de la rata en su jaula, Soojin escuchó la voz de su padre llamando a su hermana.

Una flecha blanca la atravesó. Soojin se dobló sobre sí misma en medio de la escalera y se agarró del pasamanos cuando sus rodillas tocaron el suelo. Los nudos en la madera parecían girar, parpadear como docenas de ojos. La garganta se le había estrechado hasta el tamaño de una aguja. No podía respirar. En un segundo, Mark estaba a su lado y le sujetaba el brazo.

—Levántate. Soojin. Vamos. Tienes que levantarte.

Se levantó. El tiempo se volvió elástico, se ralentizó. En un momento estaba en la escalera y al siguiente torcía por el vestíbulo.

Su mente le mostraba breves imágenes de fotos enmarcadas en la pared: su madre y su hermana sonriendo en la Torre de Busan. Su familia en el centro de Jade Acre, con los dedos en V, frente a un árbol de Judas en intensa floración magenta.

Luego Mark la guio por otra esquina y llegaron al salón. Su cuerpo registró antes que su mente lo que veían los ojos.

El suelo estaba cubierto por una pulgada de agua y la mesa de *jesa* había sido saqueada. La foto de Mirae se encontraba tirada de lado. Las velas que la flanqueaban yacían apagadas y caídas de sus candelabros. La cera derretida se había endurecido en estalactitas blancas sobre el cristal del retrato funerario. Las bandejas de comida estaban volcadas y alguien había devorado su contenido: los corazones de manzana y los huesos de dátil se hallaban desparramados por la mesa como insectos resecos. El abadejo desecado se veía destrozado, con la cabeza arrancada del cuerpo. Las fibras cerosas de su carne permanecían húmedas de saliva y llenas de marcas de dientes. Y con todo esto, su hermana no aparecía.

—Mirae —susurró su padre, como una súplica. Luego, cuando vio al fin a su hija pequeña, su rostro se transformó en algo horrible. Se abalanzó hacia ella, pero la madre de Mark se interpuso rápidamente.

—¡Tenemos que quemar el nombre! —gritó la mujer, corriendo hacia la mesa de *jesa* y sacando el papel con el nombre de Mirae del marco de la foto agrietado—. ¡Tenemos que ahuyentar al fantasma!

Se movió con rapidez, con la convicción que solo una madre podía tener, esquivando los platos rotos y a los hombres atónitos, hacia el fuego moribundo. Soojin también se movía, aunque no era completamente consciente de ello. Todo lo que podía pensar mientras la señora Moon alcanzaba la chimenea y lanzaba el papel húmedo era: «No estoy lista. Dios, perdóname. No estoy lista para perderla otra vez».

Las rodillas de Soojin golpearon la madera justo cuando el papel finalmente prendía en el hogar. Mark gritó a su espalda cuando ella

metió las manos desnudas en las llamas. El calor le acuchilló los dedos mientras removía las brasas y sacaba los restos humeantes del nombre para apagarlos en el estanque en que se había convertido el salón. El papel se había ennegrecido más allá de toda legibilidad; el nombre de Mirae estaba tan chamuscado como su futuro epónimo. Los bordes rizados del papel emitían un vapor gris insulso.

Resbaló en el agua y, sin poder detenerse, Mark chocó con ella. De algún modo, Soojin permaneció erguida y ni siquiera parpadeó cuando él la tomó por los dedos. Sus manos solo habían estado en el fuego unos segundos, pero se veían rojas, tensas y brillantes, como envueltas en film transparente. Mañana se le formarían ampollas, pero por ahora solo sentía un aturdido hormigueo residual.

—Mierda. Tus manos. ¡Mamá, ayuda! —gritó Mark por encima del hombro, pero su madre se había quedado paralizada, con el rostro desprovisto de color.

—Fantasma. Oh. Fantasma... —murmuró antes de correr hacia ellos—. Aquí no estamos seguros. ¡Tenemos que irnos!

Enganchó su brazo al de Mark e hizo un intento desesperado por agarrar la muñeca de Soojin, pero ella se zafó. En el segundo en que los ojos de la señora Moon se encontraron con los de ella, hubo un entendimiento. Soojin había querido esto. De algún modo, Soojin era la causa y nada podía hacerse. No quedaba más opción que irse.

En un frenesí decidido, la señora Moon arrastró a su esposo y a su hijo, que protestaba, hacia la puerta y bajo la lluvia. Enseguida, el sonido del motor y el de la grava procedente del derrape llenaron el aire cuando salían del camino de la entrada.

Soojin extendió una mano temblorosa hacia el papel chamuscado e intentó enderezarlo, pero, carbonizado y empapado, se desmoronó.

—Tú —susurró su padre detrás de ella. Era un tono que nunca le había escuchado, tan cercano al odio que le cortó la respiración. No era así como se había imaginado que lo descubriría.

Debería habérselo contado en el momento en el que enterró el diente de su hermana. Debería haber aceptado su consuelo la noche de la fogata, después de que las palabras de Bentley la destrozaran. Debería haber hablado con él cuando el comportamiento de Mirae empezó a volverse errático después del baile de bienvenida. Era demasiado tarde. Les había dejado a todos sin tiempo.

Soojin se giró lentamente. Él se cernía sobre ella, lo suficientemente cerca para golpearla, estrangulando el aire con los puños.

—¿Qué has hecho? —preguntó él.

—Yo… —Las palabras le fallaron. El agua le goteaba sobre la frente desde las empapadas tablas del techo.

—Soojin, ¿qué has hecho? —Sus nudillos se tensaron. Si la golpeaba, no estaba segura de culparle. Pero no la golpeó. Se retiró, mirándose los puños como si no pudiera creer su propio deseo de violencia. Su rostro estaba inexplicablemente bañado por una luz azul enfermiza, como la de un televisor. Esa luz trazaba líneas angulosas y gélidas sobre la mitad de su cara y dejaba el resto en sombra. Pero algo fallaba. El televisor estaba apagado y no había nada en la casa que emitiera ese color glacial. Notó la fuente al mismo tiempo que su padre y avanzaron juntos, a trompicones, hacia la ventana.

Dejó de sentir las piernas. La cabaña estaba en llamas. Aunque quedaba medio oculta por los árboles, podía ver su luz. Pero no era el rojo de un fuego de leña, era un azul fosforescente, que envolvía la construcción por completo.

—Está ahí dentro —susurró Soojin. Luego, saliendo de su ensoñación, gritó—: ¡Está ahí dentro!

Salieron de casa corriendo, descalzos sobre el césped empapado, hacia donde ardía la cabaña. Solo que… no estaba ardiendo. Soojin pudo verlo ahora al acercarse. Las llamas azuladas no emitían calor y, aunque lamían las tablas de madera de la cabaña y la maleza circundante, no consumían nada. Extendió una mano

hacia el extraño fuego y dejó que brillara sobre sus dedos heridos, pero lo sintió frío sobre la piel.

Como sonámbulos, Soojin y su padre abrieron la puerta y entraron en la cabaña. El interior era una distorsión azul. El fuego azul trepaba por las cortinas y los mostradores de mármol. El linóleo estaba frío bajo ese fuego. El televisor antiguo reproducía «La ruleta de la fortuna» mientras las llamas subían por la antena. Mirae no se encontraba en la habitación.

—Unnie —llamó Soojin hacia el fuego que no quemaba nada.

Su padre la siguió, con la respiración ahogada por la incredulidad.

—Se ha ido —dijo.

Pero entonces lo escuchó. Incluso con la cabaña iluminada por el fuego sobrenatural, Soojin oyó el sonido del agua corriendo.

Se dirigió al baño, abrió la puerta y encontró a su hermana dentro. Estaba en el suelo de la bañera, acurrucada en posición fetal, bajo el chorro de la ducha. Pero algo iba mal. A diferencia del resto de la cabaña, que estaba en llamas, pero de algún modo intacta, el cuerpo de Mirae silbaba en el agua, liberando un humo negro y fino que olía a carne quemada. Soojin pensó en la chimenea, en el talismán con el nombre chamuscándose dentro de ella. Los vivos y los muertos… Y su hermana, el puente que se quemaba entre ellos.

—Unnie —empezó, pero su padre la apartó y corrió hacia ella primero. Sus rodillas salpicaron el agua cuando se desplomó.

Atrajo el cuerpo humeante de Mirae contra su pecho y Soojin finalmente vio el daño. Su piel, antes inmaculada, estaba carbonizada más allá del reconocimiento, los restos de su vestido, fusionados con la carne burbujeante. La piel delgada que recubría las cuencas de los ojos se había quemado por completo y estaban desmesuradamente abiertos cuando la miraban. El cuerpo de su hermana era una herida infinita. Padre se contuvo de vomitar mientras el imposible caparazón quemado de su hija jadeaba en sus brazos.

¿Qué más podía hacer él? Acarició con ternura lo que quedaba del pelo de su hija mayor y se lo apartó del rostro destrozado.

PARTE III

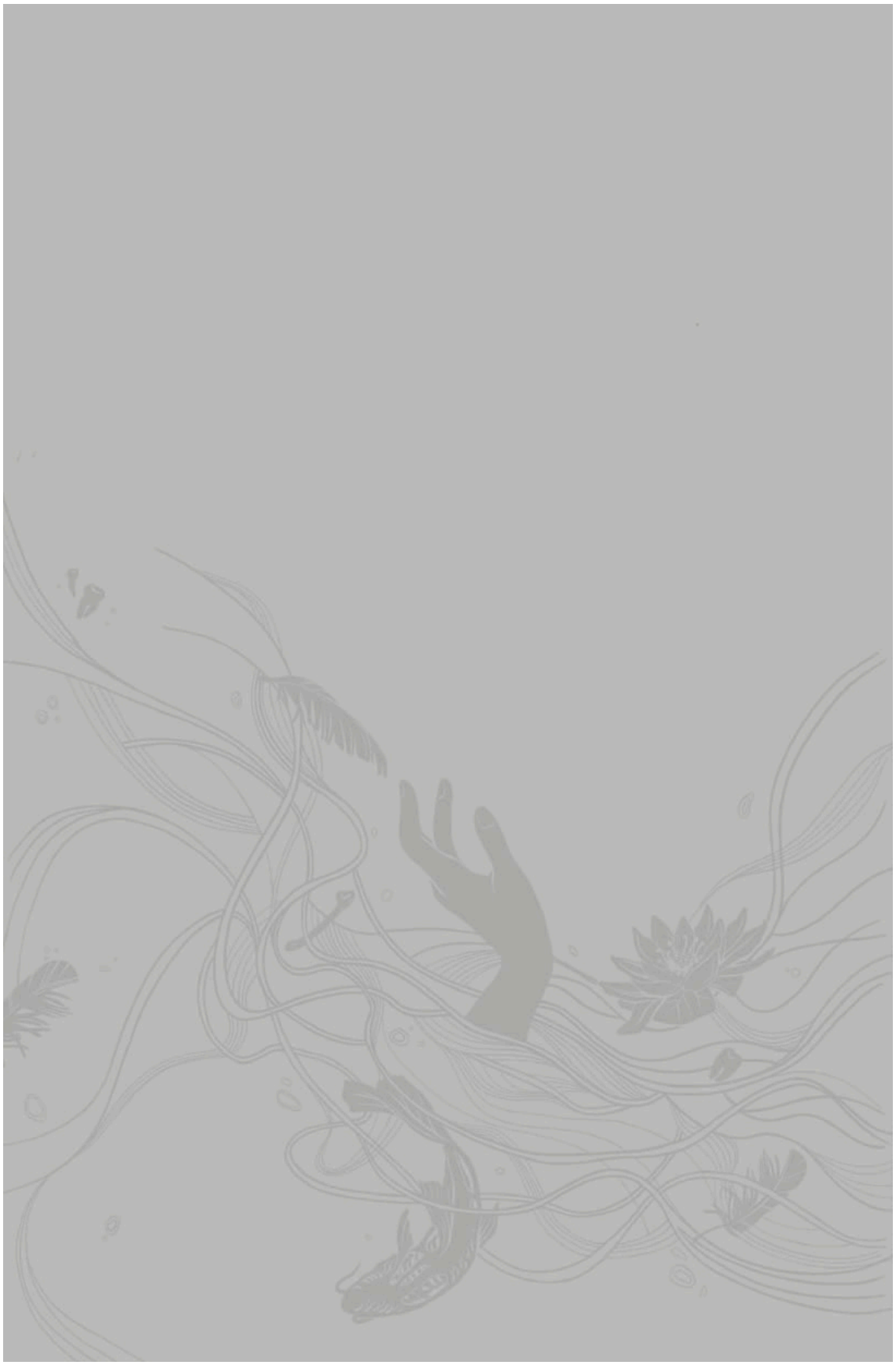


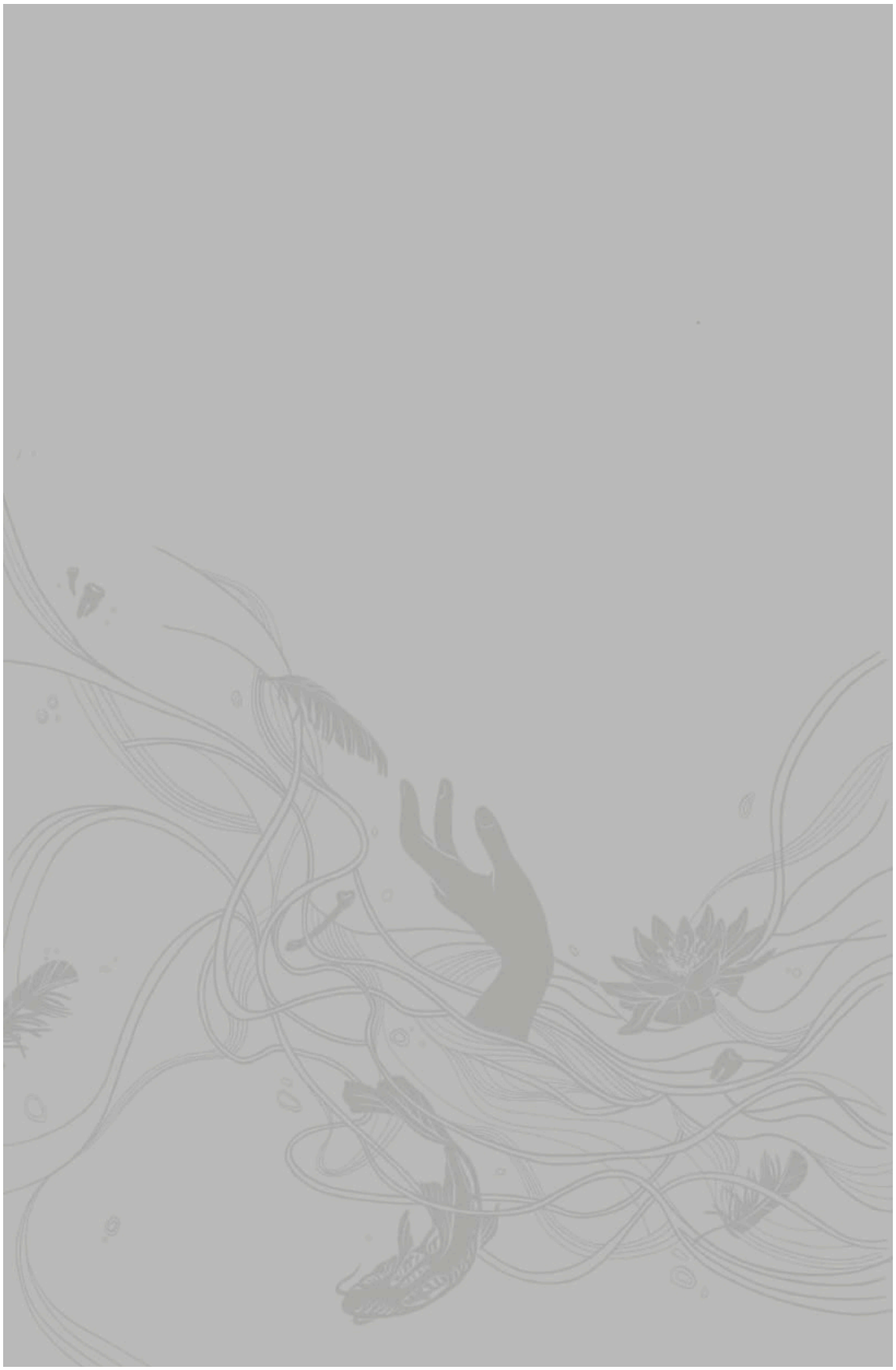
Río

La noche que regresé, arrastré mi cuerpo nuevo desde la tierra. Así, creé la ficción de haberme dado a luz a mí misma, pero siempre fui tuya. Fue agua lo que atravesé en el mundo amniótico de mi madre. Agua, el cuerpo que conduje a través de la infancia, todo sangre, tuétano y saliva. Cuando me refugié en ti, llegué con décadas de adelanto. No me rechazaste. Tiernamente, apagaste mi agitación con tu hambre. Te combatí. Estaba incandescente de rabia mientras me ahogaba. Las rocas me abrasaban las mejillas. Un destello de un pez plateado que se acercaba y luego se alejaba. Me indicaste que me quedara. Esperaste a que mis miembros se relajaran, a que la última reserva de aire se escapara de mis pulmones y, para entonces, ¿no nos conocíamos ya? Me llevaste hasta el estuario y dejaste que me hundiera.

Pero aquí estoy, niña… resurgida de ti. Una muerta que ya no está muerta. Devora mi nombre para que

no tenga más remedio que regresar. Río, el cuerpo que un día vestiré. Que tus ojos sean mis ojos. Que tus oídos sean mis oídos. Que la maquinaria anegada de la carne humana se abra a mi insinuación. Al final de mi venganza volveré a ti, un fantasma hecho por mí misma. Nos daremos un banquete con cada hombre que siga mis huellas húmedas hasta casa.







Condujeron internándose en el bosque todo lo que los caminos les permitieron. Padre permanecía en silencio; los faros de los coches que pasaban le iluminaban el rostro con un matiz siniestro. Soojin echó un vistazo al asiento trasero, donde Mirae yacía con el cuerpo destrozado, cubierto por una sábana blanca. Bajo la tela, estaba tan quieta que Soojin temió que hubiera muerto. Pero, de vez en cuando, Mirae gemía o exhalaba un jadeo áspero desde el hueco desgarrado de la garganta. Una evidencia de que seguía viva y, por tanto, de que todo esto podía arreglarse. Su cuerpo podía sanar y volver a ellos entero. Entonces su padre sería feliz. Y una vez feliz, la perdonaría.

—Ya casi llegamos. Estarás bien —dijo Soojin, sin obtener respuesta y, aunque intentaba sonar segura, la voz le temblaba.

El coche había llegado todo lo lejos que podía. El resto del camino tendrían que hacerlo a pie. Padre aparcó al lado de un camino aislado, sacó a Mirae del asiento trasero, con la sábana

blanca cubriéndola, y descendió por los senderos densamente arbolados.

En la cabaña, tras consumirse el fuego azul sobrenatural, que no había dañado nada salvo a una niña, el padre había preguntado a Mirae qué podían hacer. ¿Cómo podrían ayudarla? A pesar de su estado histérico, comprendía que ir al hospital era imposible. Con la boca casi intacta, Mirae pidió que la llevaran al río. Hasta el antiguo puente de traviesas que se asomaba al agua. Soojin sabía cuál era. Todos los niños de Jade Acre lo conocían porque se retaban allí a saltar desde las vías, riendo a carcajadas, cuando los días eran largos y la corriente perezosa.

Mirae había arrastrado allí a Soojin una vez, en uno de sus últimos intentos por reincorporar a su hermana pequeña a algún atisbo de vida social tras la muerte de su madre. Soojin recordaba a Mark flotando sobre un enjambre de flotadores atados con cuerdas, con una nevera llena de cerveza arrastrada por una cuerda elástica. Jay estaba sentada en uno de los flotadores a su lado y animaba a un chico paralizado sobre las vías del tren, incapaz de saltar y demasiado asustado para volver por el borde.

—El río está tranquilo hoy, no te hará daño. ¡Tírate! —decía Jay, riendo y bebiendo una sangría.

—No te esfuerces —había dicho Mirae, que estaba junto a Soojin y se quitaba piedrecitas de los pies—. No va a hacerlo. ¿No ves que ni siquiera mira el agua? Nadie salta si ni siquiera se atreve a mirar.

Tenía razón. El chico movió una piedra con el pie. La piedra cayó al agua, pero él permaneció sobre las vías, de rodillas, aferrado a los raíles con los nudillos blancos y los ojos cerrados.

Debajo, la superficie del agua se iluminó en fractales dorados y luego se aplanó. La corriente arrastró a los chicos y su entramado de coloridos flotadores río abajo, mientras el niño que no podía saltar seguía cogido a las vías.

Si el río aquel día, dos años atrás, había sido apacible, hoy era suficientemente violento como para ahogar: rápido y crecido por la

lluvia, espumoso y negro bajo la débil luna de la linterna de Soojin. Se detuvo al borde, donde el agua le arañaba los pies. La velocidad podía arrastrarla. Pero su padre no dudó. Con su hija mayor en brazos, se adentró en las aguas furiosas.

Era peligroso. Podría perderlos a ambos. Soojin le gritó que se detuviera, pero el viento se llevó su voz. El agua llegó a las rodillas del padre, a los muslos. Parecía imposible que no lo arrastrara. La corriente lo hizo tambalearse, tropezar hasta que el agua le rozó la barbilla, pero recuperó el equilibrio solo por pura voluntad. Cuando el agua lo cubrió hasta la cintura, sumergió a Mirae bajo la superficie turbulenta, como en un bautismo, y la mantuvo allí.

Durante un rato no ocurrió nada. Solo la violencia frenética de la corriente azotando la figura de su padre al pasar. Entonces, un silencio imposible descendió sobre el río. El paisaje pareció volverse hacia el agua con todos sus ojos invisibles, mientras una bioluminiscencia fría y azul se acumulaba entre los brazos de su padre. Soojin vio que los hombros comenzaban a temblarle violentamente, pero, de espaldas a ella, no podía discernir si reía o lloraba. La sábana blanca que cubría a su hermana se hinchó y fue arrastrada rápidamente río abajo.

La luz se desvaneció del agua y dejó sus ojos luchando por adaptarse a la oscuridad desconocida. Cuando lo lograron, su padre ya había girado y regresaba a la orilla, con expresión sombría y apagada, a pesar de lo que sostenía.

Había entrado en el agua con una masa humeante en los brazos y había emergido con una niña. Entera, desnuda, inmaculada. El agua había tejido piel nueva sobre las quemaduras, incluso le había restaurado el largo cabello negro. Mirae dormía en el regazo de su padre mientras este pisaba la orilla rocosa, empapado y temblando. Pasó junto a Soojin sin decir palabra y se dirigió al coche que los llevaría a casa, reunidos y, de algún modo, más fracturados por ello.

—Lo he hecho por nuestra familia —dijo Soojin a la silueta que se alejaba—. Sé que estás enfadado, pero quería que fuéramos

felices. Eso es lo único que quería. —Se pasó la mano por los ojos con rabia.

Su padre no respondió. Las ramas le crujían bajo los pies cuando subía por el sendero, como si no le importara si ella lo seguía o no. Soojin observó su espalda adentrarse en la sombra y, de repente, se encontró sola con el río y la lluvia. No había nada, salvo los pinos azotados por el viento, y sus pies eran demasiado pesados para llevarla a ningún sitio.

—Eso es lo único que quería —repitió Soojin, sin que nadie la escuchara. Ni siquiera podía convencerse a sí misma. Porque lo había sabido desde el principio, ¿no? Que su padre, con toda su fe, estaría horrorizado, obligado a llorar otra vez por su hija mayor, arrancada de cualquier posibilidad de vida en el más allá. Y Mirae, devuelta al mundo como un simulacro, estaría siempre ahogándose. Era imposible que eso fuera lo que ella hubiera querido.

La verdadera confesión surgió en ella, una presión física y creciente que no podía contener. «Quería ser feliz y necesito que ambos me perdonéis».

Soojin permaneció inmóvil bajo la lluvia, mirando la silueta del puente de traviesas, pensando en aquel chico paralizado sobre las vías, demasiado orgulloso para arrastrarse a la seguridad, demasiado asustado para saltar.

Cuando finalmente se recompuso y encontró el camino de vuelta a la carretera, contaba con que el coche ya se hubiera marchado, pero su padre la esperaba dentro con los faros cortando haces blancos a través de la lluvia.

Tenía la vista al frente, y su incapacidad para mirarla era tan brutal que ella no se atrevió a hablar. En su lugar, apoyó la palma contra el cristal, pidiendo permiso. La cerradura cedió con un clic mecánico. Seguía sin mirarla, pero la había esperado. Ella subió al coche. Regresaron a casa.



Cuando la niña despertó, recordó el hambre y la atracción irresistible de los platos del *jesa* llamándola de vuelta a casa. La comida estaba destinada a ella, colocada ante el talismán con su nombre. «Ven a comer con nosotros», le decía la ceremonia. Sabía que no debía, pero cuando el incienso se encendió, no pudo contenerse. Fue. Comió y, luego, con las manos pegajosas de jugo de pera, regresó a la cabaña antes de que alguien pudiera verla.

Entonces el fuego azul empezó a lamerle los bordes del vestido y le prendió el pelo hasta que se deshizo en mechones chamuscados que caían desde el cuero cabelludo.

Cuando su padre y su hermana vinieron a buscarla, fue una suerte que le quedara suficiente trozo de lengua para suplicarles que la sumergieran en el río, que, como sabía que ocurriría, la reconstruyó por completo.

En casa, Padre la arropó en su cama de infancia y la besó en cada párpado nuevo, en las sienes, en la punta de la nariz. Le apartó

el pelo de las cejas mojadas y susurró tiernamente en coreano:

—Te quiero. Lo siento. Te quiero.

Luego bajó corriendo la escalera, arrastrando a Soojin del brazo. La niña ahora podía oírlos; el agua que pasaba por las tuberías de la vieja casa amplificaba las voces y las llevaba hasta ella. Él gritaba, pero no lloraba. Sentía la presión de la sangre de él corriendo por las arterias. El corazón trabajaba con esfuerzo; las cámaras llenas de agua luchaban por dar espacio a su furia.

La avalancha sensorial se estaba volviendo insoportable. Era hiperconsciente de cada gota de lluvia que golpeaba las tejas, de cada gota de sangre que recorría los cuerpos finitos de su familia. Más que ninguna otra cosa, deseaba terminar lo que había empezado y luego hundirse bajo la superficie del río, donde todo era perfectamente silencioso y no cabía discernir dónde acababa su cuerpo y empezaba la corriente. Pasaron horas antes de que el padre terminara de gritarle a su hermana, y cuando Soojin regresó al dormitorio, sollozaba más por el esfuerzo que por la tristeza. Movida por el deseo de consuelo, se arrastró no a su propia cama, sino a la de la niña.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Soojin en la oscuridad.

La niña pensó un momento y luego se giró hacia su hermana.

—No lo recuerdo.

Soojin le puso algo en la mano. Un pequeño trozo de papel, doblado en cuatro partes. Lo abrió y vio la palabra «futuro» escrita en un coreano torcido y desordenado. Le llevó unos instantes recordar qué significaba. El último papel con su nombre había desaparecido entre el fuego y el río. Guardó este nuevo en el bolsillo, aunque no estaba segura de que importara ya.

Soojin le ofreció una sonrisa delirante antes de caer de repente en un sueño cadavérico. Presente un momento, y al siguiente, ya no. No parecía normal.

—Soo —dijo la niña sacudiendo a su hermana. Soojin ni siquiera gimió. La niña pudo oír la sangre bombeando por las venas de Soojin, la lentitud de su respiración. Se sentó, la sacudió con más

fuerza—. Por favor. —Encendió la lámpara de la mesilla y miró. El sudor pegaba el pelo a la frente de Soojin. El pecho subía y bajaba, pero despacio. Demasiado despacio.

La niña agarró la muñeca de Soojin y se inclinó para levantarla, pero vio una decoloración antinatural allí. Un moratón del color de las moras rodeado de un amarillo rancio. ¿Sería el único? Desabrochó el cuello de la camisa de su hermana y vio el comienzo de un hematoma del tamaño de una mano que se extendía por la clavícula y el esternón. Parecía moverse con aspecto de ameba bajo la débil luz de la lámpara.

—Oh, Soojin… —susurró.

¿No les había hablado su madre de esto, de las chicas de su familia que resucitaban muertos humanos y luego se deterioraban rápidamente? ¿Por qué habrían de ser ellas diferentes? De inmediato, la niña supo que debía irse.

La visión se le nubló al ponerse en pie. Todo parecía descolorido, como una fotografía húmeda. En su jaula, Milkis vio su larga sombra girar y se tiró de nuevo en su hamaca con un chillido angustiado. La rata hacía mucho eso últimamente, se escondía de ella. Normalmente, la habría dejado. Pero ahora una determinación sombría la invadió. Si dejaba a la rata, Soojin inevitablemente la reviviría una y otra vez en su ausencia, ávida de esta última reliquia viva de un pasado feliz.

Milkis era una buena rata y merecía que no la resucitaran sin permiso. La liberaría en el bosque para que pudiera vivir esta última vida sin deberle nada a nadie.

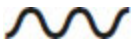
—Milkis, ven —dijo la niña, abriendo la puerta de la jaula. La rata no se movió, congelada en su hamaca. Su columna subía y bajaba con respiraciones tensas y desesperadas—. No pasa nada, peque. Ven conmigo.

Metió cuidadosamente la mano bajo el vientre blanco de la rata y la levantó de la hamaca. Milkis se relajó mientras la sacaba de la jaula. Al elevarla a la altura de su mirada, los ojos rojos de la rata brillaron salvajes. Se miraron fijamente, dos cosas muertas

atrapadas en jaulas distintas. Entonces la rata se agitó en su mano y le mordió con fuerza la unión entre el pulgar y el índice.

Los dientes se hundieron con profundidad, pero no salió sangre. En su lugar, de la herida manó agua. Sorprendida, la niña apretó involuntariamente el vientre de la rata y vio cómo los ojos color arándano se abultaban. Comprendió de forma vaga que debía soltarla, que cualquier presión adicional podría lastimar al animal, su delicado acordeón de costillas. Pero algo amargo había arraigado en la mente de la niña. Había intentado salvar a Milkis y la rata, a cambio, la había herido. Si alguien en esta vida debía entenderla, era esta rata.

«Soltar». El pensamiento la golpeaba una y otra vez. «Va a morir: soltar». Pero no podía. Se sentía consumida por un deseo de violencia tan primitivo que se le ondulaban los bordes de la visión. El sonido del agua corriendo le llenaba los oídos y sonaba alegre. Hambrienta. No podía escuchar nada más, ni siquiera los chillidos de la rata, y no podía, no podía soltarla.



Sintió los momentos siguientes como un sueño. Las diminutas costillas se le quebraron bajo los dedos, dos crujidos frágiles, el estruendo salvaje de un corazón. Notó que el estómago de la rata cedía como plastilina. Un hedor orgánico y poderoso llenó el aire mientras la piel y el pelaje blanco de Milkis comenzaban a ablandársele bajo los dedos, acelerando su descomposición, separándose de la carne por efecto del agua.

La espalda de la niña chocó con la cómoda y cayeron varias fotografías y objetos esparcidos. Un jarrón de rosas secas se volcó y se rompió. No registró el cristal que se le clavó en los pies descalzos cuando se tambaleó sobre él, riendo.

Su mente estaba llena de recuerdos desarticulados de la rata corriendo feliz en su rueda o posándose sobre su hombro como un pájaro mientras ella lavaba los platos. Una vida entera de compañía.

Ahora notaba el pelaje viscoso en las manos. Sin pelo, la cabeza de Milkis parecía diminuta y resbaladiza, una uva húmeda, en tanto que el animal se retorcía. La niña tropezó y dejó unas huellas oscuras en la pared antes de caer de rodillas al pie de la cama.

Entonces se acabó. Sus dedos se aflojaron de golpe. El animal se le cayó de las manos, convulsionando espasmódicamente.

Pudo ver la definición de la musculatura de la rata, los tendones y las articulaciones como en un libro de anatomía. La oleada de violencia la abandonó por completo y se echó a temblar. No podía recomponerse. Su boca, aún congelada en una sonrisa salvaje, se fue relajando lentamente cuando los últimos movimientos de la rata cesaron. Solo entonces se notó la humedad en las mejillas, las lágrimas que le habían bajado por la garganta.

—¿Por qué no pudiste venir conmigo? —sollozó mirando hacia donde Milkis yacía tan descompuesta como un animal muerto que llevara semanas en una orilla—. Oh, Dios mío, lo siento. —Se arrastró hasta el cuerpo. Amaba a esa rata. La había amado toda la vida. La niña extendió la mano hacia su masa grisácea antes de vacilar y volver el rostro a la cama donde Soojin todavía soñaba, destrozada por su proximidad maldita.

—Lo siento —dijo de nuevo, pero esta vez a su hermana. Se acercó a la cabecera y le apartó de la frente el pelo empapado de sudor, como hacía siempre que Soojin estaba enferma. Su caricia le dejó una raya de sangre y pelo de animal en la sien.

«Vete», le dijo el río. La niña se miró las manos, sucias de violencia, y luego volvió la vista hacia la rata despellejada que acababa de dejar de convulsionarse. Ya no podía confiar en su propio cuerpo ni en su carácter. Tenía que terminar lo que había empezado y luego desaparecer. Desaparecer en el río y liberar a su familia de esta maldición podría ser su último acto de amor.

Se deslizó escalera abajo y pasó junto a la puerta del dormitorio de su padre, detrás de la cual podía oír su pulso monótono mientras permanecía en un silencio aturdido. Sin nadie que la viera, se escabulló por la puerta principal y salió al exterior.

En el sueño, había oscuridad y una rata tan blanca como la luna. Una conciencia distante de que la rata le pertenecía y aun así le parecía desconocida, más sana de lo que jamás había estado en vida; el pelaje, normalmente escaso, era ahora exuberante y brillaba con su propia bioluminiscencia.

—Milkis —llamó Soojin y el roedor corrió unos pasos y luego miró hacia atrás, olfateando el aire como diciendo: «¡Estoy esperando!».

Cuando empezó a seguirla, la rata se lanzó como una flecha blanca en la penumbra. Soojin no sabía cuánto tiempo la había seguido antes de llegar a una puerta en la que Milkis desapareció. ¿Qué debía hacer? Soojin puso la mano sobre el frío metal del picaporte y entró.

La luz la cegó y cuando sus ojos finalmente se ajustaron, estaba en casa, pero era una casa inquietante. Su habitación, normalmente cálida, parecía oscura y manchada. Soojin pasó las manos por las paredes y se dio cuenta de que no estaban sucias; estaban húmedas. El papel había sucumbido al moho y a la podredumbre. La puerta de la jaula de la rata colgaba abierta en la esquina y unos mechones de pelaje blanco se pegaban a las paredes, adheridos por un fluido gris pegajoso. Y Milkis seguía sin aparecer.

Intentó retroceder, pero la puerta había desaparecido. El borde del sueño la sostuvo brevemente antes de empujarla hacia atrás. La casa soñada crujió. Unas voces, corales y agitadas, murmuraban desde más allá del papel de la pared. Decían «Hambrienta». Decían «Mira». Decían «Hija. Mira».

Pero enredado en ese estruendo había un sonido inconfundible, un chapoteo de agua en una bañera. Lo siguió desde su habitación infantil hasta la puerta del baño de sus padres. Un brillo cálido de color miel se filtraba por las rendijas del marco; un tarareo infantil resonaba desde el interior.

«Gracias a Dios», pensó abriendo la puerta.

Soojin y Mirae siempre habían preferido este baño por su bañera con patas. Tenía el aspecto de siempre: las lámparas antiguas que iluminaban el espacio con un resplandor ámbar untuoso; las encimeras de mármol con eucalipto recién cortado junto al lavabo; el vapor cálido que empañaba la estancia y se pegaba a los espejos. Detrás de la condensación, Soojin podía ver figuras humanas sin rostro moviéndose en el reflejo. Al fondo, alguien lloraba tras la cortina de la bañera. Reconocería esa voz en cualquier parte.

—¿Unnie? —llamó. El llanto cesó de inmediato—. Unnie, soy yo. —No hubo respuesta. Solo la respiración agitada de alguien tratando de contener una oleada de emoción. Soojin corrió la cortina.

Mirae estaba en la bañera de espaldas a ella. La bañera estaba llena, hasta el borde, de agua hirviendo que olía empalagosamente a lavanda y a algo artificialmente dulce, como melaza. El pelo sedoso se extendía en el agua de color amatista como la vela de un barco, ocultándole el cuerpo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Soojin a la espalda de su hermana. Mirae no se volvió, solo se mecía ligeramente. El agua que golpeaba contra ella sonaba como pasos de gente bailando en un charco.

—Qué pregunta tan tonta cuando estoy aquí por tu culpa, hermana. —Las palabras eran lacerantes. Soojin nunca había oído a Mirae usar ese tono venenoso con nadie, menos aún con ella. Pero nadie había traicionado la confianza de Mirae como Soojin lo había hecho.

—Deja que lo arregle —dijo—. Dime cómo puedo arreglarlo. —Caminó alrededor de la bañera para enfrentar a Mirae, intentando apartarle el pelo de la frente, pero su mano voló a su propio rostro para sofocar un grito. No pudo evitarlo, retrocedió tambaleándose hasta que su espalda chocó contra la pared y vomitó algo seco.

La piel de su hermana estaba cubierta de cortes sin sangre, como si innumerables ramas la hubieran arañado bajo una corriente brutal. Los ojos eran dos huecos, los párpados y la carne blanda

parecían arrancados por depredación. Todo su cuerpo estaba hinchado como el de los ahogados que se quedan demasiado tiempo en el agua, las extremidades convertidas en troncos amorfos y el vientre distendido. Bajo la piel, el entramado venoso dibujaba caminos oscuros que le subían por las piernas y sobre el corazón y el rostro.

Soojin sintió la bilis quemarle la garganta. Esto era imposible. Mirae solo había estado en el agua un par de días antes de que la encontraran. Había algo de desfiguración, pero nada semejante a esto. Todavía tenía ojos bajo los párpados abotargados. Su cuerpo no se había hinchado. El entramado vascular apenas comenzaba a ramificarse en los dedos.

Pero esta Mirae no era la que había llegado a la orilla hacía un año. Esta era la hermana que Soojin había obligado a volver con hueso y barro, nacida de una historia de ahogamiento. Nunca había abandonado completamente el agua.

Mirae se levantó abruptamente de la bañera. Las piernas, el vientre, la carne grisácea y empapada. Soojin retrocedió lentamente y cerró los ojos mientras se deslizaba a lo largo de la pared, palpando a ciegas en busca de la puerta.

El agua se derramó por los bordes de la bañera cuando su hermana salió de ella.

—¿Por qué vienes si ni siquiera puedes mirarme? —preguntó Mirae, con una voz tan venenosa que Soojin no pudo responder.

—Despierta —dijo su hermana. El sueño se fragmentó, se volvió doloroso, fuerte y frío. La luz cálida del baño de sus padres se fracturó, se desvaneció—. Despierta.

Hubo un rugido en sus oídos, la sensación de que su cuerpo volvía a ella mientras, lentamente, la mente se liberaba del sueño. «¡Soojin, despierta!». Pero su hermana no estaba. Esa voz pertenecía a otra persona. Eran palabras confusas y sumergidas, como escuchadas a través de una barrera de agua. Era la voz de su padre ordenándole despertar. Y despertó.



Soojin se sentó entumecida en el suelo de su dormitorio a mirar cómo el agua goteaba desde el techo. El moho trepaba por la húmeda superficie del papel en cadenetas oscuras y fétidas. Los colores brillantes se habían tornado grises tras meses de humedades. El papel se desprendía por los bordes y colgaba cual piel floja. Todos los libros de las estanterías se habían abultado y deformado. Sobre las superficies descansaban marañas de pelo negro.

No sabía si algo de aquello era real. No debía de serlo, porque su padre no hacía mención alguna al desastre. Y si mantenía los ojos cerrados por un instante, al abrirlos su habitación estaba como siempre, luminosa y acogedora, con su papel damasco crema aterciopelado, desgastado por el uso. Pero enseguida la visión cambiaba de nuevo y volvía a ver todo arruinado.

Soojin se imaginaba a su padre y a ella cenando en su casita de muñecas sumergida, ajenos al agua que goteaba desde las lámparas

y les caía en los platos; a dos hermanas jugando a la normalidad mientras la lluvia se acumulaba sobre el suelo y se filtraba por los cimientos. Soojin no podía fiarse de sus propios ojos.

Pero de algo sí estaba segura: su hermana había desaparecido y la rata estaba muerta. Su padre había notado los moratones antinaturales de Soojin, el sudor que le perlaba la frente, y le había ordenado que se recuperara en casa. Incluso había confiscado la llave del coche por precaución y ahora recorría Jade Acre, desesperado por encontrar a su hija mayor a la luz de un amanecer lavado por la lluvia. Soojin estaba más sola que nunca.

Así todo, se arrastró para intentar limpiar de las paredes las siniestras huellas de su hermana lo mejor que pudo. Los mechones de pelambrera y la piel solidificada se desprendían, pero las manchas ya habían teñido el papel de un marrón profundo. Se sentía lenta e incorpórea, como si avanzara por una pesadilla. Le parecía imposible que su hermana hubiera infligido aquella tortura a Milkis. Pero aun así...

Soojin se acercó a la mesita de noche. Había acomodado el cuerpo de Milkis, envuelto en varias capas de tela, en una caja de zapatos. Levantó la tapa. El líquido gris empapaba la tela. La punta de la cola de la rata asomaba por la estrecha envoltura.

El olor fue lo primero que la golpeó. Agrio y putrefacto. Le provocó arcadas; los ojos le ardían por la fuerza misma del hedor. Era insoportable pensar que Milkis hubiera sido reencarnada tantas veces solo para morir a manos de una chica a la que había amado. Una chica que ahora estaba ahí fuera, con una capacidad brutal para la violencia.

«Ha sido ella», el pensamiento la invadió sin avisar. Soojin se tapó los oídos con las manos, como si pudiera silenciarse a sí misma. Su corazón empezaba a castigarla, latiendo con fuerza y rapidez en el pecho. Pánico. Había estado flotando en un estado de *shock* toda la mañana, pero ahora la magnitud de la situación se le vino encima. «Mirae ha matado a la rata. Ha matado a Milkis y ha matado a los

Silas». No podía comprender por qué lo había hecho, pero sabía que era cierto.

Se le escapó un sollozo. Una parte de ella lo había sabido todo el tiempo, aunque hiciera lo posible por ignorarlo. Pero su capacidad de autoengaño tenía un límite. Algo se estaba fracturando en el borde de su mente.

«Tendría que devolverla». El pensamiento la golpeó sin previo aviso. Soojin se vio presa de la súbita noción de que, si podía deshacer el resultado de la violencia, la violencia misma podría deshacerse. Las manos de su hermana podrían limpiarse de nuevo, volver a la inocencia. Ser las manos de una buena chica, lo que siempre había sido.

Soojin podía hacer retroceder el tiempo. Siempre había podido hacerlo.

Como poseída, se precipitó hacia sus cajones y rebuscó hasta encontrar el bisturí. El mismo que había usado meses atrás para cortar la cola de Milkis. Podía hacerlo de nuevo.

Su padre no querría que lo hiciera, no después de todo esto. Pero los pensamientos no la dejaban en paz. Recordaba a Milkis limpiándose la suciedad del pelaje cada vez que la sacaban de la tierra y cómo se quedaba quieta sobre su hombro mientras ella renovaba el lecho de cedro en el fondo de la jaula.

Soojin sostuvo la hoja sobre la cola. Le temblaban las manos, no sabía si por el agotamiento o por el horror. Cortó piel, luego tendón. La hoja cortaba, pero no brotaba sangre; quedaba muy poca. Y el hedor. Esa acidez provocada por el agua. La bilis le subió por la garganta. Se inclinó hacia adelante y dejó que el cuchillo penetrara más hasta encontrar resistencia. Hueso. Si presionaba con fuerza, se escucharía un pequeño crujido y todo habría terminado.

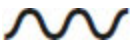
Una sensación familiar de náusea la envolvía, pero había algo más. Una vacilación que le resultaba completamente nueva. Soojin tragó saliva con dificultad y descargó toda su fuerza. El cuchillo cortó el hueso de un solo tajo.

«Una última vez y nunca más», se prometió Soojin. Traería de vuelta a Milkis para una vida final, amable: columpiarse en la hamaca, mordisquear cortezas de sándwich y recibir besos entre las orejas. Luego, cuando muriera, sería de verdad. Soojin quemaría el cuerpo hasta que no quedara nada, una despedida amorosa, como todo el mundo merece.

Su padre le había prohibido salir, pero poco la conocía si pensaba que sus promesas significaban algo. Soojin tomó la caja de zapatos y salió.

Era la primera mañana clara en mucho tiempo. Sin nubes, con un cielo del color de un sorbete de naranja que pronto se tornaría azul. Los pájaros se lanzaban entre las ramas hacia sus nidos, llevando bayas de espino en el pico. Las criaturas crepusculares se apresuraban a sus madrigueras tras un largo amanecer de búsqueda de alimento. ¿Quién no querría estar vivo en un día como este? ¿Quién?

No se permitió responder. Acunaba el improvisado féretro de su rata y caminaba hacia la entrada y luego más allá, con la mente en blanco. La grava crujía bajo sus pies mientras dejaba que el cuerpo la guiara.



Mark estaba trabajando en el jardín cuando Soojin alcanzó la colina de la funeraria. Aunque la mañana era seca, las plantas colgaban, como pesadas de humedad. Demasiadas semanas consecutivas de lluvia habían tenido la culpa. Todas las raíces pivotantes se habían podrido y los amplios y coloridos ramilletes de flores se inclinaban ante el ataque inesperado. Tendría que salvar lo que pudiera, arrancar el resto y empezar de nuevo.

Acababa de desenterrar la primera dalia cuando la vio. Una estampa familiar: Soojin con una caja de zapatos. Las manos, quemadas por haberlas metido en el fuego, estaban vendadas. La *jesa* había sido el día anterior, pero parecía que hubieran pasado

meses. Por la noche, al llegar, su madre les había hecho arrojar sal por encima del hombro antes de entrar en casa. Y esa mañana, con la primera luz del amanecer, sus padres se habían apresurado a ir a la iglesia, sin duda para rezar y alejar la maldición.

¡La de reprimendas que recibió por sus meses de secretos! Y le habían dado una única orden: «Sabemos que Soojin es tu amiga, pero si está ligada de alguna forma a esta maldición, tienes que dejar de verla. Es demasiado peligroso, no importa lo que sientas. Ya no puedes verla». Pero ¿cómo podía darle la espalda después de todo lo que habían pasado? ¿Después de tantos años lamentando haber perdido la complicidad que una vez tuvieron?

Se quitó los guantes de jardinería, corrió hacia ella para salirle al encuentro en el campo y le sorprendió un poco no poder llegar allí lo bastante rápido. Se sintió aliviado al verla. Incluso feliz, a pesar de todo. Eso era lo que Soojin le provocaba últimamente. Hacía que los sentimientos se le desbordaran en un florecimiento descontrolado y tumultuoso.

«Quiero decirte cómo me siento», pensó extendiendo la mano. «Algún día quiero contártelo todo».

Solo cuando estuvo lo bastante cerca para tocarla se percató de su expresión. Se detuvo en seco y la excitación embriagadora de verla se desvaneció rápidamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó, aunque de inmediato le pareció una pregunta estúpida. Todo. Había ocurrido de todo.

—No debería estar aquí —dijo ella—. Tus padres no querrán que esté aquí. —Parecía enferma. Tenía el rostro pálido y hundido. Algo oscuro había manchado el cartón de la caja de zapatos.

—Da igual. No están. Me alegra que hayas venido —dijo él y señaló lo que sostenía—. ¿Qué llevas ahí?

Ella abrió la caja y se lo mostró. Al principio él pensó que era un bazo, alguna víscera humana hinchada que se había vuelto gris con el tiempo. Luego vio la cola, los ojos rojos abiertos, los diminutos dientes amarillos expuestos como si estuvieran rechinando.

—Dios mío. ¿Qué ha pasado? —susurró.

Ella negó con la cabeza, sin querer hablar. Él recordó que, apenas unos meses atrás, Soojin había llegado con una caja igual para pedirle el favor que los había vuelto a unir. Entonces Milkis parecía tranquila, como dormida, amorosamente acurrucada en papel de seda. Y ahora…

El cadáver le recordó a la zarigüeya que él y Jay habían encontrado una vez arrastrada por el río. Tras una prolongada estancia en el agua, parecía cera derretida. La mayor parte del pelaje y la piel se habían levantado y estaban resbaladizos después de ser medio devorados por los peces. Les había parecido demasiado cruel dejarla pudrirse al sol. Usó un palo para devolverla al agua y la observaron mientras se incorporaba a la corriente y se hundía y desaparecía.

Agua. Corrientes.

«Algunos dicen que la única manera de detener la aparición de un fantasma del agua es salvarlo», le había dicho su madre después de que Claire y Joe Silas aparecieran muertos en su casa.

Se le cayó el alma a los pies. «Mirae», pensó, pero no se atrevió a decirlo. No cuando Soojin parecía tan frágil como ahora. Cerró la tapa y se hizo cargo de la caja.

—Ven conmigo —dijo tomándole con cuidado una de las manos heridas. Quizá era el *shock* lo que la aturdía, pero Soojin se dejó guiar, con la mirada desenfocada y vidriosa.

Sobre ellos, el cielo finalmente desprendía su luz temprana color albaricoque. Iba a ser un día de claridad asombrosa. Por todo Jade Acre, los vecinos estarían abriendo de par en par las ventanas tras semanas de lluvia. «¡Es una mañana gloriosa!». Con el reciente funeral de dos figuras emblemáticas del pueblo ya olvidado, habría risas. La gente tomaría helados. Las playas de guijarros se llenarían de familias extendiendo toallas coloridas y persiguiéndose por la orilla, intensamente vivas, aunque solo fuera por un momento.

Mark se sentía a millones de kilómetros de todo eso conduciendo a Soojin hacia la cámara de cremación. Dijo un silencioso adiós en su mente mientras se preparaba para colocar a la

rata, caja de zapatos incluida, sobre la cinta que la llevaría al horno. Pero Soojin lo detuvo poniéndole una mano sobre el hombro.

—Mark, espera —dijo y le mostró la palma. Un moratón como un brazalete negro le rodeaba la muñeca. Lo atravesó una punzada de preocupación que debió de reflejársele en el rostro, porque ella se ajustó rápidamente el puño del suéter para ocultar la mancha.

Él se detuvo sosteniendo la caja en el aire.

—La cola —dijo Soojin—. Necesito la cola para traerla de vuelta.

Mark se volvió para mirarla, aún con la caja en la mano. La mano de la chica seguía alzada, esperando por el pedazo de hueso para volverlo a enterrar. A él se le escapó una breve exhalación de incredulidad. No había pretendido hacerla evidente, y vio una expresión de incomodidad en ella.

—¿Hablas en serio? —le preguntó, en voz baja. No podía imaginar lo que ella sentía, pero, para él, nada de aquello estaba bien—. No creo que sea buena idea, Soo.

—Pero lo necesito. No es justo que su última vida termine así —dijo, acercándose a él—. Solo una vez más, Mark. Le daré una última vida buena y luego podrás llevártela de verdad. ¿De acuerdo?

La desesperación en su rostro lo hirió. Dio un paso atrás y levantó la tapa de la caja. El olor a podredumbre salió con fuerza al apartar el paño con un dedo para buscar la cola cortada, pero, primero, encontró el cuerpo de la rata. Milkis yacía dentro, corroída y apestando, con la boca abierta congelada en un grito truncado. Había visto muchos cuerpos de animales en su vida, pero nunca uno así. ¿Quién podría decir que la rata querría otra vida después de esto? Un renacer sin voluntad. ¿Cómo iba a ser eso lo mejor para el animal?

Cerró la tapa de la caja.

—Soojin —dijo—. No puedo.

A ella se le descompuso el rostro. Mark odiaba tener que ser quien le provocara esa expresión. Permanecieron en un silencio tenso hasta que ella habló finalmente.

—¿Por qué no? —Soojin intentaba mantener la voz firme, pero aun así la traicionaba un temblor. No, no solo la voz le temblaba. Su cuerpo también lo hacía. Sus manos, cerradas y ligeramente temblorosas, eran como las de alguien tratando de despertar de una pesadilla. ¿Qué había presenciado para que su cuerpo la castigara así?

Mark quiso dejar la caja y abrazarla, pero no lo hizo. Si no se mantenía firme, si ella seguía insistiendo, podría acabar cediendo. No podía ceder en esto.

—No puedo. Si quieres traer de vuelta a Milkis, encuentra otra manera de deshacerte del cuerpo. Lo siento. Esto no está bien.

—¿No está bien? —Exhaló lentamente mientras apretaba la mandíbula como si intentara controlar su rabia. Falló. Perdió los estribos. Le dio un fuerte golpe con la mano en el pecho—. ¿Quién eres tú para decirme lo que está bien y lo que no? —Su voz retumbó por la cámara de cremación—. ¡Milkis es mía, Mark! ¡Es mi rata! —Sus ojos brillaban de ira. Él prefería esto. Podía lidiar mejor con su ira que con su tristeza.

—¿Y eso te da derecho a hacer lo que quieras? —preguntó él, elevando la voz—. No era una extensión de ti, Soojin. Tenía vida propia y merece descansar en sus propios términos. ¡Mira! —Quitó la tapa de la caja y apartó el paño con el que estaba envuelta la rata. Era horrible. El rostro de Milkis era una máscara de puro dolor; sus ojos estaban tan destruidos que se colapsaban sobre sí mismos como semillas de granada podrida. Solo quería honrar a la rata con una cremación adecuada—. Mírala y dime que no merece descansar ya.

Mark acercó la caja hacia Soojin y, aunque ella la tomó, mantuvo los ojos furibundos fijos en su rostro. El rugido de la maquinaria del horno le resonaba en los oídos, pero el silencio que los envolvía llegaba a anularlo. Cuando Soojin finalmente reunió la suficiente determinación como para mirar, mirar de verdad a su rata, él vio un remolino de emociones cruzarle el rostro. Primero horror, luego confusión, ira, amargura. Iba a hacerlo, pensó. Iba a salir de

allí, destruir el cuerpo y enterrar el hueso. Un ciclo interminable. Su deseo encadenando a este animal para siempre.

Pero en vez de eso, devolvió la caja a los brazos de Mark. Él pudo ver lo alterada que estaba por el rubor en las mejillas, los ojos vivos. Pero ahora estaba más cerca de la desesperación que de la ira.

—Está bien —exhaló—. Está bien. Hazlo. —Luego se hundió en el suelo de hormigón como un papel plegable, con las manos cruzadas sobre el vientre en gesto de protección.

Mark colocó la caja sobre la cinta y presionó el botón que abrió la puerta metálica. El pequeño féretro del animal fue arrastrado al calor rugiente del horno. Una serie de recuerdos lo asaltaron entonces. La rata acicalándose, como un felino, sobre la cama de Soojin o reclamando golosinas. Recordó hasta que la puerta del horno se cerró y se llevó al roedor de este mundo para siempre.

Mark podía ver, más que oír, los sollozos de Soojin. Los hombros le temblaban y se balanceaba en un intento desesperado por calmarse.

Se arrodilló a su lado y le apartó los brazos del cuerpo. Pensó que iba a reprenderlo, que se apartaría, pero no lo hizo. Le dejó rodearla con los brazos mientras lloraba y, así, esperaron a que el animal de muchas vidas se convirtiera en ceniza.

Soojin dijo algo que Mark no pudo escuchar sobre el ruido del horno. La miró, iluminada por la luz parpadeante de la maquinaria. Ya no lloraba, pero le brillaban surcos de lágrimas en las mejillas húmedas. Lo que no pudo oír, trató de leerlo en el movimiento de sus labios. «Maldición» fue la única palabra que logró discernir. El horno entró en calma, y el animal era tan pequeño que no tardó más de veinte minutos en desaparecer.

—No tienes una maldición —dijo cuando la sala finalmente quedó en silencio, pero había oído mal. Ella negó con la cabeza.

—No, yo soy la maldición —dijo con convicción y jugueteó con sus vendajes manchados hasta que se deshicieron. La piel quemada de debajo brillaba por el ungüento y había comenzado a ampollarse

—. Nada que se acerque a mí sale indemne. Mi padre. Mi hermana. Incluso mi rata. Quererme es una maldición.

Mark sabía que eso no era cierto, pero negar aquello de lo que ella ya se había convencido era inútil. Sabía lo inamovible que era en su dolor. Cuando Soojin se desesperaba, se desesperaba por completo. Y ahí estaba, con los hombros encogidos, haciéndose pequeña. Podía ver lo cerca que se encontraba de rendirse. No parecía haber nada adecuado que decir, así que dijo lo único que se le ocurrió.

—Esto apesta.

Ella se tensó, como sorprendida de lo insuficiente que resultaba «apesta» para describir su situación. Un sonido sorprendido como «oh» se le escapó y luego una risita floja. Pareció como si una aguja acabara de pinchar el aire entre ellos y la tensión acumulada se hubiera disipado. De pronto, se vieron inclinados en una carcajada aturdida e indefensa. Se derrumbaron uno sobre otro hasta que la intensidad de la emoción los recorrió por completo. Cuando finalmente todo se calmó, estaban sin aliento, arrodillados sobre las baldosas con las frentes pegadas.

—Venga. Vámonos —dijo él cuando recuperó el resuello. Se levantó y se dirigió al pasillo, donde tomó del gancho la llave del coche antes de seguir su camino.

—¿Adónde? —preguntó Soojin. Echó un vistazo al horno, en el que los restos de su mascota de toda la vida despedían vapor, antes de dejar que la puerta se cerrara tras ella.

Afuera, el aire fresco de la mañana olía a verde y a vegetal. Mark caminó hacia su coche, abrió la puerta del pasajero y señaló su cara confundida.

—Escucha. Estás hecha un desastre. Yo también. Nuestras familias están histéricas. Todo apesta y no puedo respirar. —Decía la verdad. De repente, era tan difícil respirar en ese pueblo empapado como en un acuario—. Así que salgamos un momento. Solo nosotros dos. ¿Sí?

Soojin se miró los pies. Una hierba asomaba por una grieta en el cemento que había entre ellos.

—Mi padre me dijo que no saliera de casa sin él. Estoy más que castigada. Ni siquiera debería estar aquí.

Mark se desinfló.

—Entonces te llevaré a casa —dijo. Pero ella se adelantó y se metió en el coche de manera vagamente desafiante.

—Pero ya estoy aquí, así que, qué más da —dijo Soojin cerrando la puerta.

Él, animado, se sentó al volante, activó el arranque y la miró. El motor rugía debajo de ellos.

«Podría enamorarme de ti totalmente», pensó mientras compartían una sonrisa frágil y desolada. «Algún día te lo diré».

—¿Lista? —preguntó.

—Sí.

El coche se alejó del crematorio echando humo, pasó por el grupo de tumbas de mascotas donde las familias colocaban pelotas de tenis y juguetes de masticar sobre las lápidas y siguió hasta el límite del pueblo y más allá.



Les llevó casi tres horas llegar a su destino. Por algún acuerdo tácito, Mark y Soojin fingieron que todo era normal. No mencionaron ni una sola vez el agua, la rata despojada de piel ni la hermana fantasmal desaparecida. En cambio, se dedicaron a cotillear sobre los compañeros de clase, quién salía con quién, y, una vez que agotaron ese tema, hablaron del tiempo. Cuando la charla trivial se volvió insoportable, Soojin se apoyó contra el cristal con mosaicos de insectos para contemplar el paisaje que pasaba veloz. Afuera, los bosques densos daban paso a campos abiertos salpicados de caballos pastando. Los esqueletos de acero de los tendidos eléctricos se sucedían en el horizonte, transportando cables entre pueblos lejanos.

Cuando Mark finalmente se detuvo al borde del camino, habían llegado a un lugar tan rural que parecía olvidado por el tiempo. No había nada en esas llanuras salvo algunos árboles dispersos y un

granero abandonado y deteriorado cubierto de grafitis desvaídos. Pero los campos…

Soojin contuvo la respiración y se olvidó momentáneamente de todo mientras absorbía la escena.

Ante ella se extendían hectáreas de hierba salvaje, tan alta como su torso, que ondeaba en todas direcciones como un mar de algodón rosa. Alcanzó una brizna y se maravilló ante la suavidad de los mechones que coronaban cada tallo. Un valle de cuarzo rosa. No sabía que existiera hierba de ese tono.

—Se llama *muhly* rosa —dijo Mark mientras se le unía al borde del campo. Le brillaban los ojos esperando su aprobación—. Bonito, ¿eh?

—Mark, esto es… —Le faltaban las palabras. Campos rosados ondulando bajo un cielo cerúleo perfecto; parecía un sueño y, por primera vez en mucho tiempo, se sintió reconfortada—. No sé qué decir.

Mark, aliviado, le tendió la mano. Ella la tomó y juntos se adentraron en la hierba que les llegaba hasta la cintura.

Era un día cálido, quizá el último día realmente cálido de la temporada, y parecía que todos los seres vivos estaban decididos a disfrutarlo. Los gordos abejorros volaban con lentitud. Un ciervo joven pastaba a lo lejos, moviendo las orejas sobre el matorral. Y, por supuesto, Soojin y Mark eran los únicos humanos a kilómetros, que avanzaban por aquel paisaje sonrojado hablando decididamente de cosas ordinarias.

—Entonces, ¿qué crees que harás? Después de graduarnos, quiero decir —preguntó Soojin. Mark, que por la mañana estaba tan ansioso por ponerse en marcha, parecía ahora distraído.

—La verdad, con todo lo que ha pasado en los últimos meses, no lo he pensado mucho —dijo él—. Supongo que me tomaré un año sabático. Me quedaré en Jade Acre y ayudaré a mis padres con el cementerio mientras decido qué hacer después. Quizá una diplomatura. Quizá una FP... No lo sé.

Sonaba tan indeciso que a ella le dolió un poco. ¿Habría provocado ella eso? En el caos de su cercanía, ¿lo había apartado de su propia vida?

—¿FP para servicios funerarios?

—Quizá. —Se encogió de hombros—. Pero me preocupa que, si tomo ese camino, mis padres me convenzan para hacerme cargo del cementerio por ellos. Que parezca como que me caso con el lugar, ¿sabes? Patitas en Paz, Jade Acre…, todo eso. No quiero sentirme atrapado.

—Pensé que no te importaba.

—No me importa. No me malinterpretes. Es agradable ayudar a las familias a dejar ir, ¿sabes? —Aunque sus palabras no eran desagradables, Soojin se sintió herida de todos modos. Milkis, cuya cola solo a regañadientes le había dejado quemar. La hermana que no dejaba ir, sin importar lo que Mirae hubiera hecho o pudiera hacer aún.

Como si percibiera su incomodidad, él cambió de tema rápidamente.

—¿Y tú? ¿No ibas a hacer la preinscripción a la universidad en primera convocatoria? ¿A cuáles te has presentado?

—A ninguna —dijo ella.

—Ah. ¿Has decidido presentarte a la convocatoria extraordinaria?

—He decidido no presentarme a ninguna. —A su lado, Mark se detuvo. Todavía estaban cogidos de la mano y el movimiento de ella al seguir le hizo tensar el brazo. Se volvió hacia él—. ¿Qué pasa?

—Nada, lo siento. Es solo que… pensé que era tu sueño, eso es todo. Ya cuando teníamos diez años, Mirae y tú siempre hablabais de ir juntas a la Universidad de San Diego. Vivir en una residencia, ir en bici a clase. Dejar Jade Acre para siempre, cosas así.

Tenía razón. Ese había sido el plan: Mirae iría primero y, durante ese primer año, conocería el terreno. Para cuando Soojin se inscribiera, Mirae habría encontrado un apartamento de estudiantes que compartirían. Soojin se saltaría la residencia y se mudaría

directamente con su hermana en su primer año. Le había hablado a Mirae sin cesar sobre todo lo que quería que hicieran juntas. Surf en la playa de La Jolla, un año de estudios en Seúl...

—Por si no lo has notado, me han pasado muchas cosas desde que tenía diez años —dijo—. ¿Por qué tiene que ser tan importante? Tú también te tomas un descanso. No tienes planes.

—No es importante. Solo que siempre me ha parecido que querías irte de aquí. Supuse…

—Eso era antes —dijo ella. La palma de él se había humedecido un poco. Soojin apartó su mano de la de Mark y se la limpió contra el vestido. Un largo silencio se extendió entre ellos, interrumpido solo por los penachos de *muhly* rosa rozándose lentamente. Arriba, el cielo, que había sido tan claro, comenzaba a cubrirse con densas nubes grises—. Ya no sé lo que quiero.

Mark frunció el ceño deliberadamente y, con cautela, preguntó:

—Esto no se trata de ti, ¿verdad? Se trata de Mirae.

—¿Por qué iba a ser así?

—Te sientes culpable por haberla traído de vuelta para ahora irte —dijo—. Te sientes responsable de ella.

Ella no tenía nada que decir a eso.

—No es justo, Soojin —dijo Mark—. No es justo contigo y tampoco con Mirae. Ella querría que vivieras tu propia vida. No puedes cargar su recuerdo con… —Gesticuló en el aire, buscando las palabras adecuadas—. Con clavar un clavo en su pecho y colgar tu vida de él.

—¿Recuerdo? ¿Por qué hablas de ella como si se hubiera ido?

—¿No es así? —Se pasó la mano agitada por el pelo y abrió y cerró la boca en silencio antes de decirlo finalmente—. Por eso has venido hoy a mí, ¿verdad? Se ha ido y quieres que te consuele.

—Nunca he dicho que se haya ido.

—No hacía falta. Tu cara lo decía todo.

Soojin odiaba la forma en que la miraba, con tanta compasión que le daban ganas de golpearlo. ¿No había sido Mark quien sugirió

que se fueran lejos y fingieran que todo estaba bien? Estaba rompiendo su acuerdo tácito.

—Está bien. Cuando me desperté, Mirae había desaparecido. Pero la encontraré. La traeré de vuelta a casa, ¿vale? ¿Podemos dejar el tema?

—No. Lo siento, pero no podemos —dijo Mark dando un pequeño paso hacia ella. El *muhly* se agitaba violentamente a su alrededor. ¿Cuándo se había vuelto tan salvaje el clima?—. Soojin, ¿podemos dejar de fingir? Sabes que tu hermana ha matado a los Silas. Ha matado a tu rata. ¿Por qué te niegas a hablar de eso?

—¿Qué quieres de mí, Mark? —dijo ella, con una voz tenue—. ¿Quieres que lo diga? ¿Es eso? —El viento le azotaba el pelo. Él la observaba, embobado, esperando. Ella se mordió el interior de la mejilla hasta que el sabor del hierro le inundó la boca. Le costó formar las palabras, pero logró hablar—: Mi hermana los mató y no sé por qué, ¿vale? Sé desde hace tiempo que algo no va bien respecto a ella. —Un ardor intenso le quemaba detrás de los ojos—. ¿Estás contento?

Él no respondió.

—Bueno, ¿y ahora qué? ¿Vas a ir a la policía? Qué lástima que Silas no esté allí para redactar el informe del incidente, ¿verdad? ¿Vas a denunciar a una chica ahogada por asesinato? —Se reía. ¿Por qué se reía?

—Por supuesto que no —dijo suavemente tendiéndole la mano. Soojin no la tomó

—¿Qué quieres, entonces? —exclamó, dejando de lado la falsa ligereza en su voz.

Mark se pasó los dedos nerviosamente por el pelo y deliberó durante un largo momento antes de hablar.

—He estado pensando mucho en dientes.

—¿Dientes? —dijo ella con tono plano, pero él no se inmutó.

—Sí. Su diente de leche es lo que has usado para resucitarla, ¿verdad? Entonces, si encontrases la manera de sacarlo…

—Podría destruirla —murmuró ella al mismo tiempo que él—. Podría descansar.

Soojin dio un paso atrás para alejarse de él. Sobre ellos, el cielo se agitaba y una luz blanca brilló más allá de las nubes.

—¿Qué has dicho? —La voz apenas se le escuchaba sobre el viento.

—Tienes que deshacer este hechizo, Soojin. Sé que puedes. —Tenía la mirada firme, pero parecía inseguro. ¿Por qué la miraba así? Como si temiera su respuesta, como si no estuviera pidiéndole que renunciara a todo. Ella ya había renunciado a Milkis a petición suya. ¿Cómo podía pedirle más?

—¿Hablas en serio? —preguntó—. Piensa en lo que me estás pidiendo ahora mismo. ¿Quieres que mate a mi hermana?

Él negó con la cabeza lentamente. Ella parecía tan tan triste. La ansiedad le nublaba la visión. Soojin se golpeó la sien con la mano en un intento de despejarse la mente. ¿Por qué le estaba haciendo esto?

—No puedes matarla, Soo. Nadie puede. Hace un año que… se ha ido.

—Pero ahora está aquí, lo que significa que puedo resolver esto con ella. No puedo… Mi hermana merece vivir —dijo Soojin—. No conoces a Mirae. Siempre ha sido tan buena. Ella… —La garganta le ardía, pero se obligó a continuar—. Después de que mi madre murió, mi padre dejó de funcionar. No podía trabajar, no podía cuidarnos… Simplemente dejó de hacerlo. ¿Sabes quién se convirtió en mi padre durante esos meses, Mark? —Su mente recorría recuerdos. Su hermana, apenas un año mayor que ella, asegurándose de que comiera. Cenas sencillas de arroz, kétchup y huevos, en completo silencio, mientras su padre deambulaba por la habitación que ocupaba solo. ¿Cuántas veces se había dormido Soojin en la cama de Mirae, como una niña llorona y desvalida?

Se dio cuenta de que había convertido a su hermana en su madre. Una verdad insoportable y vergonzosa. Mirae, que apenas tenía once años. Que ni siquiera podía alcanzar los armarios sin

subirse primero a un taburete. Pero ¿a quién podía recurrir Mirae cuando Soojin ya estaba consolada y dormida y la puerta de su padre permanecía cerrada? La imagen de Mirae sentada en una casa oscura después de que terminaran los quehaceres del día amenazaba con abrumarla. Soojin se frotó los ojos con fuerza para despejar el pensamiento y, al volver a levantar la vista, sus ojos se toparon inmediatamente con los de Mark.

La ira, incandescente y largamente contenida, salió a la superficie. El cambio en su expresión pareció hipnotizarlo. Soojin estaba asustada y dolida y quería hacer daño a cualquier cosa a su alrededor.

—Pero tú no podías saberlo, ¿verdad? Porque no estabas allí.

—Soojin…

No le dejó hablar.

—Después del accidente de coche, nos evitaste como si estuviéramos cubiertas de muerte. Como si fuéramos a contagiártela. —Se limpió los ojos—. ¿Sabías que una semana después del funeral de mi madre llamé a Patitas en Paz para preguntar a tu padre si podía hablar contigo? Solo quería escuchar tu voz. Estaba cansada de oír a mi padre llorar todo el día. Mirae se encerraba en el baño y no salía durante horas. ¡Me sentía tan sola, Mark!

Él parecía querer desaparecer.

—Tu padre dijo que no estabas y que me llamarías después. Pero estabas allí. Lo sé porque te oí susurrar «no estoy». Te necesitaba y me dejaste atrás con toda facilidad.

Ya no importaba que esto fuera una distracción, un intento desesperado de cambiar de tema. Soojin necesitaba decirlo. Los años de fingir que su abandono no le había dolido, que nunca había significado lo suficiente como para molestarla, se desvanecieron. Le había importado y la había cambiado.

—Joder, qué estúpida soy —jadeó.

Parecía que Mark quería hablar, pero todo lo que pudo hacer fue formar con los labios un espectro de la palabra «perdona». Su

disculpa era queroseno y ella, incendiaria.

—¿Por eso has estado haciendo esto? ¿Porque lo sientes? Estos meses conmigo y con mi hermana, llevándonos aquí y allá en tus estúpidas salidas nocturnas. ¿Todo esto era solo para redimirte? ¿Algún tipo de proyecto caritativo?

La respiración le salía entrecortada, tartamudeante. Nunca se había sentido así antes, tan asustada, enfadada y humillada.

—¿Y ahora quieres que la devuelva? Es todo lo que tengo.

Soojin se dejó caer de rodillas entre la hierba alta para ocultar las lágrimas que empezaban a brotar. El *muhly* se elevaba sobre ella, brindándole un breve resguardo. Todo quedó en silencio un momento, antes de que la hierba se moviera y Mark quedara a la altura de sus ojos. Sus pupilas estaban dilatadas. Tenía miedo. Ella lo estaba asustando. Pero también estaba avergonzado.

—No te voy a mentir —dijo él—. Al principio, todo lo que hacía era porque me sentía culpable. Nunca me he perdonado por haber sido tan ruin después del accidente de tu madre. Todavía lo siento. —Su voz imploraba—. Pero era un niño. No estaba listo para la muerte. Era algo demasiado grande y dejé que eso me impidiera estar ahí para ti. Necesitaba otra oportunidad para ser un buen amigo. Quería demostrarme a mí mismo que podía.

Por primera vez, Soojin sintió que lo veía como una persona real. En esos meses, Mark había sido una caricatura dorada. El chico del jardín, que insuflaba vida a flores moribundas. El chico que amaba a los animales, incluso cuando los quemaba. El hijo perfecto, el amigo perfecto, amable y bueno en todos los sentidos.

Pero a Mark Moon no le había sucedido nada verdaderamente traumático. Era fácil ser bueno bajo las circunstancias adecuadas. Su amorosa madre, su alegre y bullicioso padre, el resto de su animada familia, que venía a Jade Acre cada verano: vivos, vivos, todos estaban vivos. Su vida era amable; todo se hallaba dispuesto para conservar sus bordes suaves. Un lujo que ni ella ni su hermana habían tenido.

Y ahora lo veía de verdad, su inseguridad. Una necesidad profunda de reparar esa fachada inmaculada, aunque solo fuera para él mismo.

—Pero ya no es así. Estoy aquí porque me importas. —Su voz adquirió un tono desesperado—. Me preocupo. Por ti y por tu hermana. Esto no puede ser bueno para su… —se trabó buscando las palabras antes de decir finalmente—: su alma. —Luego señaló el pecho de Soojin, donde los moratones empezaban a extendérsele hacia las clavículas—. Y obviamente a ti también te está afectando que ella esté aquí. Las cosas no pueden seguir así.

Estaba alterado, respiraba con dificultad. Soojin sintió que una astilla le punzaba en las suaves grietas de la mente, como una oscura comprensión que rechazó.

—¿Y entonces? ¿Me estás dando un ultimátum?

Él no dijo nada mientras un trueno, profundo y sonoro, sacudía el horizonte. De repente, ella se sintió muy cansada.

—Lo siento, Mark —dijo—. Si tengo que elegir entre mi hermana y tú, voy a elegir siempre a mi hermana.

—No hay nada… —Tragó saliva. Sus ojos perdieron el aire implorante. Algo distante y exhausto se le asentó en el rostro—. No hay nada que yo pueda hacer, ¿verdad? Puedes ver que todo va mal, pero no vas a hacer nada, ¿no? —Se apartó lentamente. La hierba susurró, retrocediendo, y luego se cerró entre ellos como una cortina rosada de cañas. Ella ya no podía verlo. Sonaba al borde de las lágrimas—. Ojalá supiera cómo ayudarte. Pero es que… ya no sé cómo.

Empezó a llover. Como si alguien hubiera activado un interruptor, el cielo pasó de seco a tormentoso en un instante. La lluvia golpeó los vastos campos de *muhly*, que se doblaron bajo la pura ferocidad del agua. Olvidando la pelea por un momento, Mark y Soojin corrieron hacia el granero abandonado. Incluso en esa corta distancia, quedaron empapados como si los hubiera escupido el mar.

El interior del granero estaba tan destrozado como el exterior. Una alfombra de polvorientos vasos rojos de plástico y botellas de

vodka rotas de fiestas pasadas cubría el suelo. El lugar olía a heno y letrina. El agua entraba por un agujero en el tejado, pero al menos era un refugio. Soojin se quitó la rebeca empapada y la escurrió. Ya no tenía sentido el pudor, así que hizo lo mismo con el vestido, que colgó sobre un antiguo divisor del establo, aunque no iba a secarse a tiempo. Mark dudó antes de hacer lo mismo. Primero la sudadera con capucha, luego los vaqueros.

Quedaba tan poco que ocultar entre ellos... Casi desnuda y, de repente, consciente de sí misma, Soojin miró a Mark. Sentía el cuerpo con una intensidad dolorosa: la prominencia del esternón, las extremidades delgadas y sin forma… Pero él mantenía la mirada firmemente apartada de su desnudez. De forma desapegada, Soojin se preguntó qué pensaría si la mirara.

Sentir esa pequeña y cotidiana preocupación le produjo alivio por primera vez. La llevó hacia donde él se apoyaba en el marco de la puerta, mientras miraba la tormenta imposible. Le provocó el deseo de darle otra oportunidad de arreglar las cosas, de volver a su breve juego de fingir.

—Oye —dijo tocándole el hombro. Él se estremeció y se giró para llevarse un dedo a los labios, indicándole que guardara silencio. Sacudió la cabeza con rapidez… y luego volvió a mirar hacia la lluvia que caía más allá de las enormes puertas del granero. Tenía los ojos de un animal de presa: agazapado, alerta, esperando entre los arbustos a que las piernas de un depredador pasaran sin verlo. Arriba, la lluvia interrogaba el techo como una avalancha de piedras.

Soojin recordó lo que Silas le había dicho junto a su cama. «Escucha a través del agua». Silas, que llevaba apenas dos días en la tumba. Mark. Necesitaba que estuvieran equivocados. Podía salvar a su hermana y salir ilesa. Podía encontrar la manera.

Extendió la mano hacia la lluvia. Estaba fría y cortante. Luego, como para probar algo, salió del granero y se adentró en la tormenta. En un instante, su cuerpo desnudo quedó empapado. Mark la llamó mientras un rayo trazaba un amplio arco en el cielo y los bañaba a ambos con una luz blanca abrumadora. En el destello

meteorológico, el rostro de ella parecía tan inexpresivo como el de un maniquí cuando él la siguió bajo la lluvia para agarrarle la muñeca.

—No —dijo—. Por favor. —Sonaba agotado. Ella había alcanzado los límites de su generosidad y los había consumido.

La volvió a guiar bajo el alero y la sostuvo allí, con su pecho frío contra la espalda de ella. La lluvia pasaba como un foco, un instante aquí y luego cesó por completo. Los brazos que la rodeaban se relajaron. Sin dedicarle ni una mirada, Soojin se escondió detrás de un divisor del establo para vestirse. A pesar de que había dejado de llover, ella no tenía nada más que decirle.

Recorrieron el largo camino a casa en completo silencio. La ropa empapada calaba los asientos y, por mucho que Mark subiera la calefacción, seguían tiritando. Cuando finalmente detuvieron el coche en la entrada de su casa, ambos supieron que habían llegado a algún tipo de final.

—No pretendía que pasara esto —dijo Mark en voz baja, mirando al frente.

El coche de su padre no estaba en la entrada. Todavía andaría por ahí, peinando las riberas del río en busca de Mirae. Soojin salió del coche sin despedirse y entró en una casa donde nadie la esperaba.



Pasaron los días, luego vino una semana que pronto se convirtió en dos.

Padre pidió unos días en su trabajo en Bragg Hills y los pasó todos, desde el primer rayo de luz hasta la noche, buscando a Mirae. Soojin también lo hacía los días que no tenía que ir al instituto, donde se pasaba las clases disociada, mirando por las ventanas golpeadas por la lluvia, ignorando la mirada herida de Mark. Dejó el trabajo en el bar y los fines de semana salía a rastras de la cama en cuanto escuchaba pasos abajo. Con los ojos vidriosos y agotada, seguía a su padre hasta el coche antes de que él pudiera rechazarla. Su presencia nunca era bienvenida, pero sí tolerada, y juntos conducían hacia la luz lavanda del amanecer.

Desde el *jesa*, él apenas le había dirigido la palabra, pero, al fin y al cabo, ¿por qué iba a hacerlo? Ella lo había traicionado y ahora él empleaba toda su energía en suplicar silenciosamente al paisaje que pasaba veloz por la ventanilla que le devolviera la imagen de su hija

mayor ante los faros del coche. Las manos siempre fijas en el volante, los ojos, en la carretera. A veces daban vueltas alrededor de la residencia de los Silas, de la que se rumoreaba que estaba encantada; de la floristería en la que trabajaba Mirae cuando estaba viva, en la que el fantasma de su imagen aún colocaba ramos con meticulosidad en la mente de Soojin. Otras veces iban a la escuela, donde, no hacía mucho, Mirae se había arrodillado frente a su taquilla con sus propias condolencias sostenidas contra el pecho.

Pero en la mayoría de las ocasiones, como ahora, aparcaban en los senderos de la montaña y emprendían el arduo y resbaladizo camino hacia el río Black Pine para peinar en la oscuridad sus orillas pedregosas en busca de un atisbo del largo pelo negro. Nunca la llamaban por su nombre. En su lugar, ella gritaba «Unnie» y su padre, «por favor» o «vuelve a casa» al viento azotador.

Pero hoy, la compostura de su padre, tensa como un hilo, se había roto y Soojin observó horrorizada cómo llamaba a su hermana por el nombre.

—¡Mirae! —gritó y el corredor de árboles, el río que corría rápido, el cielo cargado de nubes parecieron atrapar el sonido. «Mirae», resonaba su voz. «Mirae. Mirae»—. Vuelve a casa.

—¡Papá! —siseó Soojin, deslizándose hacia él por las orillas resbaladizas—. ¿Qué estás haciendo?

Él se apartó como si ella fuera un obstáculo en su camino. Mantuvo los ojos fijos a lo lejos y volvió a gritar el nombre de su hija mayor. El sonido se expandió y se fragmentó en la garganta del valle, haciendo que un grupo de pájaros alzara el vuelo desde sus ramas.

—¡Mirae! ¡Han Mirae!

—Podría oírte alguien —rogó Soojin. No dijo: «Ya no responde a ese nombre». No dijo: «Se ha perdido y yo también».

Finalmente, él giró los ojos hacia ella, lentamente y con esfuerzo, como si no pudiera soportar contemplarla. Era la primera vez que dejaba que su mirada permaneciera en ella, y eso parecía dañarlo físicamente. Volvió la espalda de inmediato, con los hombros

encogidos como si quisiera desaparecer. Empezaba a lloviznar y el gris claro de su camisa se empapó hasta convertirse en pizarra.

—¿Qué importa? —dijo, tan desolado que su voz parecía carente de emoción. Ella lo había oído así antes, apático, vacío, en los raros momentos en los que hablaba. La estremeció un miedo profundo—. Aquí no hay nadie. —Gesticuló vagamente hacia el paisaje, el río indiferente y los árboles enloquecidos por el viento—. Ni los vecinos. Ni tu hermana. No está en ninguna parte. No hay nadie que me escuche.

El tono de su voz la asustó. Su padre se estaba consumiendo. Apenas había dormido desde el *jesa* y casi no había comido. Se pondría enfermo si continuaba así.

Soojin intentó tomarle la mano, pero sus dedos permanecieron flojos en los de ella.

—Vamos a casa, papá. Necesitas descansar. Solo un poco, ¿vale? —Empezaba a llover con más fuerza. Qué rápido cambiaba ahora el tiempo en Jade Acre. Un síntoma de su hermana. Un día claro que se convertía rápidamente en un diluvio. La lluvia golpeaba en *staccato* la superficie del río.

Negó con la cabeza y se apartó de ella, dando un paso tembloroso hacia atrás.

—¡Papá, para! ¡Para ya! —Soojin lo rodeó, con los brazos abiertos, bloqueándole el camino. Se estremeció al mirarla y su expresión fue como una flecha. No podía hacerle esto de nuevo. Este acto de desaparición emocional—. Por favor, vamos a casa. Necesitamos descansar. Tenemos que esperar a que pase esta tormenta y luego la encontraremos. ¿De acuerdo?

Él se quedó inmóvil un momento hasta que un relámpago lejano lo sacó de su ensoñación. Empezó a caminar sin tomar la mano que ella le había tendido. Soojin lo siguió mientras se alejaba sin palabras del río desbordado y de la sombra amenazante del puente de vigas.

Cuando llegaron a casa, estaban temblando y empapados, sin energía para hacer nada al respecto. En su lugar, se sentaron cerca

de las amplias ventanas que daban a la cabaña y se dedicaron a contemplar la lluvia torrencial golpeando el pasamanos del porche, deseando que parara.

Soojin echó un vistazo a su padre. Parecía peor que durante la cremación de Mirae. Las mejillas se le habían hundido aún más y la piel pálida bajo los ojos parecía teñida de un degradado púrpura desde el conducto lagrimal hasta el pómulo. Ahora miraba al exterior sin interés, con un rostro flojo y desapasionado, y Soojin comprendió que su búsqueda frenética era lo único que lo mantenía alejado del colapso completo que había sufrido tras el accidente de su madre. Aquellos largos meses de mirar al vacío, comiendo solo lo que Mirae le traía con sus manos infantiles. No podía volver a eso. Soojin no podría soportarlo si lo hiciera.

—Papá —dijo sentándose a su lado. Una de sus manos estaba apoyada contra el cristal y dejaba el contorno fantasmagórico de los dedos extendidos. Él no respondió—. Appa. —Le tiró de la manga. Olía a tabaco y zarzas. En algún momento entre el *jesa* y el presente había vuelto a fumar y su olor se había vuelto extrañamente desconocido.

Estaba a punto de sacudirlo cuando se levantó de repente y casi la hizo caer. Sus ojos se volvieron tan salvajes que Soojin miró hacia fuera, medio esperando que Mirae estuviera allí, en la lluvia.

Nada.

—¿Qué pasa? —preguntó Soojin. Lo siguió mientras corría hacia la puerta y, de camino, tomaba el impermeable del perchero y se lo echaba sobre los hombros—. ¿Adónde vas? ¡Es peligroso estar ahí fuera!

—Quédate aquí —ordenó antes de cerrar de golpe la puerta. Ella se quedó observando, atónita, cómo los faros se alejaban y se perdían tras una curva.

Pasó una hora antes de que viera regresar esos ojos brillantes a través de la penumbra y, para entonces, ya estaba a medio camino de un ataque de ansiedad.

Su padre forcejeaba con algo casi tan alto como él dentro del coche. Soojin no podía distinguirlo claramente a través de la lluvia, pero el corazón casi se le detuvo al ver cómo arrastraba algo flácido por el suelo. Mirae. Corrió hacia la puerta, la abrió de golpe y gritó el nombre de su hermana al viento.

Él llegó al porche y gruñó mientras subía por los escalones lo que sostenía. Solo entonces vio que no era un cuerpo.

Empapado por la lluvia y con muchas de sus agujas perdidas, se trataba de un pino escuálido y castigado por el tiempo. No dio explicación alguna sobre su procedencia y lo arrastró junto a la chimenea. Parecía un perro mojado.

—Papá, ¿qué haces? —susurró Soojin.

Él se quitó la chaqueta, aún brillante de gotas de lluvia, y corrió al sótano. Soojin permaneció paralizada mientras los pasos bajaban la escalera y luego retumbaban de vuelta. Sostenía una caja con la etiqueta «Christmas» en sus brazos. La dejó al pie del árbol. Soojin oyó crujir algunos de los delicados adornos en su interior. Sin hacer caso, su padre la abrió, sacó una base roja para el árbol y colocó el pino sobre ella. Luego salieron de la caja largos tramos de guirnaldas. Rubí, oro y plata. Volcó a sus pies una caja de zapatos con adornos. Luces en cadena. Una estrella LED con las pilas gastadas para la punta del árbol.

Entonces, como poseído, empezó a decorar.

Durante un rato, Soojin se limitó a observarlo colocar guirnaldas y tres calcetines sobre la chimenea. Pero cuando su frenética energía se centró en el árbol, ella se unió. Envolvieron el pino en tres colores de guirnaldas y luces. Muchos de los adornos de cristal se habían roto, pero salvaron los de plástico, como los bastones de caramelo, los gnomos con nieve falsa y los angelitos bebés sin un ala o sin las dos. Decoraron cada centímetro del pequeño árbol hasta rozar lo esperpéntico y, finalmente, cuando terminaron, su padre se inclinó para pulsar el interruptor. Las luces se encendieron en un estallido verde chillón, y Soojin sabía que alternarían a rojo, blanco y oro en intervalos rítmicos y pulsantes. Dio un paso atrás,

con el pecho subiendo y bajando de forma errática, y volvió su atención absorta hacia la puerta.

—Por favor —susurró él entre dientes. Las bombillas le delineaban los hombros con un resplandor enfermizo, de tono radioactivo. Apretó los puños, temblando. ¿A quién estaba suplicando? Todo lo que Soojin podía oír eran sus propios jadeos entrecortados y la lluvia que finalmente empezaba a ceder. Luego, como si escuchara algo, los pies lo llevaron vacilante hacia la puerta. Un paso adelante. Otro... Y entonces, un peso invisible pareció asentarse sobre su espalda y lo obligó a arrodillarse. Un plegarse lento y laborioso.

—¡Papá! —gritó Soojin cuando se desplomó de rodillas en el suelo, con el rostro entre las manos. Se meció con fuerza de adelante y atrás y dejó escapar un lamento desgarrado antes de que la voz se le apagase. Los hombros le temblaban silenciosamente. Por primera vez desde el *jesa*, su padre lloró sin parar y sus emociones eran tan crudas que el primer instinto de ella fue apartar la mirada.

Luego se arrodilló a su lado y le puso una mano en el brazo. No tenía derecho a tocarlo. Había mentido. Había arruinado todo. Y, sin embargo, él se inclinó hacia ella. La abrazó y lloraron juntos hasta que no quedó nada y se sintieron vacíos y apagados, iluminados solo por la luz indulgente del árbol de Navidad. Pasó mucho tiempo antes de que alguno de los dos hablara.

—A Mirae le encantaba la Navidad. Todo, absolutamente todo —dijo él cuando finalmente se soltaron el uno del otro. Había dejado de llorar, pero sus ojos seguían húmedos. Las luces del árbol se reflejaban en ellos como dorados sistemas estelares temblorosos—. Los villancicos. La comida. Pero especialmente el árbol de Navidad. Dios, ¿recuerdas cómo cada año, la primera noche que lo montábamos, ella arrastraba un edredón hasta sus pies para quedarse dormida mirando las luces?

—Sí —dijo ella. Aunque Soojin había dejado de hacer lo mismo en la preadolescencia, Mirae había dormido a los pies del árbol cada Navidad hasta el final. Soojin todavía podía evocarlo: los años

superpuestos de la figura de su hermana iluminada de dorado bajo el árbol, el pelo extendido sobre la alfombra mientras miraba las luces parpadeantes que, desde su perspectiva, debían de parecerle una galaxia, efervescente de estrellas. En cada imagen mental, crecía un poco más hasta la última Navidad, en la que su árbol decorado a medias palpitaba solo, sin nadie que descansara bajo su resplandor.

—Supongo que es pronto para todo esto —dijo el padre—. Pero a ella le gustaba tanto... Pensé que la haría volver aquí si… —Se le aguaron los ojos. Extendió la mano y tiró de una rama del árbol—. No sé por qué pensé que esto funcionaría. —La rama se movió, soltando de sus agujas uno de los adornos. Él hizo rodar la bola azul bajo el pie hasta que se rompió—. Soy un estúpido.

—Claro que no —dijo Soojin. Sabía demasiado bien hasta qué extremos ridículos puede llegar alguien al gestionar la pérdida. Su gestión solo había provocado un hogar festivo. La de Soojin había arruinado vidas.

—Sí que lo soy. Tu madre y tu hermana se reirían de mí. —Apoyó la barbilla en las rodillas y miró el resplandor del árbol. Sus ojos eran habitaciones vacías. Había algo en esa mirada vidriosa que la preocupaba. Se estaba desconectando de ella.

—No hagas esto —dijo agarrándole la manga.

Finalmente la miró

—¿Que no haga qué?

«Desaparecer de nuevo dentro de ti», pensó ella, aunque su boca dijo:

—Hacerme el vacío porque estás enfadado conmigo.

—No te estoy «haciendo el vacío» —respondió—. Solo me duele hablar. Todo me resulta insoportable.

—Entonces no hablemos del presente —dijo Soojin—. Hablemos del pasado.

—¿Sobre qué?

—Um… —Soojin miró las luces. Ahora que lo pensaba, había tantas cosas de su padre que no conocía... Él ofrecía poca

información sobre su vida si no se la pedían y Soojin rara vez lo hacía—. Cuéntame cosas de mamá y de ti.

—¿Qué quieres saber?

—Uhhh…

Grandes conversadores, ambos. No parecía raro que se hubieran distanciado tan rápido tras la muerte de Mirae y de su madre. Soojin pensó en su discusión con Mark en el campo.

—¿Cómo erais cuando os conocisteis? ¿Discutíais mucho al principio? —Apenas recordaba peleas en su infancia, solo pequeñas disputas, sobre quién prepararía la cena o de qué color se pintaría el comedor, todas ganadas por su madre.

Su padre hizo un ruido profundo con la garganta, como si se preparase para la conversación. Soojin sabía que le costaba hablar de su madre. Que hubiera sido su fiebre la que la había enviado a buscar una medicina bajo la lluvia intensa era una culpa que le pesaba en los días buenos y lo destrozaba en los malos.

—Sí que discutíamos —dijo al fin y, para alivio de Soojin, una sonrisa vacilante le iluminó el rostro—. Ya nos conoces. Los dos tercos como mulas. Y tu madre podía ser muy temperamental a veces. Pero nunca discutíamos mucho tiempo. Por muy enfadada que estuviera, encontraba humor en las cosas. Nos hacía reír.

Soojin recordó ese rasgo de su madre, cómo sus cambios de humor oscilaban, pero siempre estaban templados por el buen humor y una sonrisa generosa y brillante. Así recibió su apodo, Sunny. Un reemplazo improvisado de su nombre coreano, Sunyoung, que nadie se molestaba en pronunciar correctamente.

—Ah, pero recuerdo una pelea en particular que se alargó mucho —dijo—. Fue antes de que nacierais tú y tu hermana.

—¿Sobre qué?

—Sobre esta casa —rememoró, y golpeó el suelo de madera con los nudillos. Soojin miró alrededor, el único hogar que había conocido, con su chimenea rústica, los rincones de lectura y los amplios ventanales que dejaban entrar mucha luz en verano.

—¿Qué le pasaba?

—Que se lo propuse de repente —dijo él—. Después de graduarnos, vivíamos en un apartamento en la ciudad y trabajábamos tantas horas que al llegar a casa estábamos demasiado cansados para hacer nada. Aun así era una buena vida, pero tu madre y yo soñábamos con mudarnos a algún lugar bonito y grande antes de formar una familia. No eran más que fantasías. «¿Y si...?», «¿adónde irías si pudieras?».

—Y entonces lo hicisteis —dijo Soojin cuando su padre se sumió en sus pensamientos y dejó de hablar. Sus ojos se fijaron de nuevo en ella, como si acabara de recordar su presencia.

—Sí —dijo—. Y entonces lo hicimos. Tu madre volvió un día del trabajo furiosa por algo indecente que había hecho un superior. Recursos Humanos ni se había inmutado, así que ella renunció sin más. Recuerdo haber pensado: «Si existe un momento perfecto para hacer realidad nuestro sueño de irnos, es este». Había recibido una cantidad decente de dinero de la herencia de mi abuelo. Pensé que nunca volvería a dejar que estuviera en un lugar donde se sintiera pequeña.

»Así que le pedí ayuda a tu tío y busqué una casa económica. Esta fue la que encontramos. —Golpeó el suelo de nuevo—. Llevaba décadas vacía. Un verdadero proyecto. Llena de excrementos de roedores, madera podrida y hiedra por las paredes. Pero sabía que tu tío y yo podríamos convertirla en algo especial. Cuando finalmente sorprendí a tu madre con ella, la casa ya era hermosa.

Todo sonaba verdaderamente romántico e impulsivo, atributos que jamás habría asociado con él. Pensó en su padre joven y enamorado, capaz de reaccionar ante un agravio a su esposa comprando y renovando una casa. Era fácil olvidar que sus padres habían vivido vidas plenas y separadas antes de que ella existiera. Se lo imaginó, apenas salido de la adolescencia, orgulloso frente a la ruina que sería su hogar. Sus ojos brillantes e ignorantes del futuro cruel que se aproximaba.

—No entiendo por qué discutisteis por eso —dijo Soojin.

—En su momento, yo tampoco. Pero en retrospectiva, sí. Estaba sacando a tu madre de todo lo que conocía. Eran los proyectos de los que ya habíamos hablado. La fantasía de llevar una pensión en un lugar donde nuestros hijos jugaran en una hermosa costa. Parecía emocionada hasta que le mostré la propiedad y le dije que estaba en Jade Acre.

»Pensé que estaría encantada. Solía ser su lugar favorito de vacaciones cuando era pequeña, ¿sabes? Me había hablado de los bosques brumosos. De cómo su padre buceaba en busca de abulones, que luego comían crudos mientras se ponía el sol. Pero no estaba feliz. Se enfadó y yo respondí igual —suspiró—. Fui egoísta. Dije que había hecho todo aquello por ella, pero quizá había sido más por mí.

—Pero cambió de opinión. Le encantó esto —dijo Soojin. Sabía que su madre había adorado la casa y el pueblo. Tenía infinitos recuerdos de picnics familiares en la cala, viendo a los turistas girar bengalas contra un cielo nocturno lleno de estrellas. Su madre riendo con la madre de Mark en el porche mientras los niños jugaban en el bosque a la vista... Sí, Soojin estaba segura de que su madre había sido feliz allí. Su padre asintió, pero con rostro pensativo.

—Tengo que creer que sí. Pero hacia el final, un año antes del accidente de coche, empezó a sugerir vender la casa y marcharnos. Siempre la convencía de no hacerlo. —Se pasó una mano agitada por el pelo—. La pérdida tiene esta forma de desencadenar un alud de «y sis». Siempre pienso… ¿y si nunca hubiera ido a la tienda esa noche? ¿Y si hace años no hubiera insistido en mudarnos aquí y vosotras hubierais nacido en ese piso de San Francisco? O ¿qué habría pasado si hubiéramos dejado Jade Acre cuando mamá lo sugirió? ¿Seguirían ellas con nosotros?

—¿De qué sirve pensar así? —preguntó Soojin. Ella conocía la inutilidad de esa línea de pensamiento, porque también caía en ella. Solo conducía al dolor—. Las cosas pueden pasar en cualquier

momento y lugar. No hay manera de tener en cuenta cada posibilidad…

Pero él no estaba convencido. Le dedicó una sonrisa rígida e infeliz y se inclinó para pasarle un pulgar por el pómulo.

—También pienso esto, ¿y si hubiera sido un padre mejor, más cercano? ¿Te habrías seguido sintiendo tan sola como para traer a tu hermana de vuelta?

Se apartó mientras las luces pasaban de su dorado constante a un verde cascada que jugaba extrañamente en las facciones de su rostro.

—No te apartaba porque estuviera enfadado contigo, Soojin. He estado tan enfadado conmigo que apenas puedo mirarte. Fallé al dejar que tomaras esa decisión y luego al ocultar lo que pasó. Te hice mentir y lo siento.

Ella abrió la boca para interrumpir, pero él la detuvo.

—No. Déjame hablar —dijo acercándose las rodillas al pecho. El árbol de Navidad se iluminó de granate antes de drenarse a plateado —. Siempre me he sentido avergonzado por haberme desconectado de ti y de Mirae tras la muerte de mamá. Erais muy jóvenes y me necesitabais, pero no estuve. Tu hermana tuvo que crecer demasiado rápido y nunca le pedí perdón. No sé por qué las palabras «lo siento» fueron tan difíciles de decir entonces. —La lluvia empezaba a calmarse. Miró hacia arriba, escuchando su suave murmullo en el techo—. Después de esos meses, ya no me veía igual. Como si hubiera traicionado su confianza como padre. Dejó de depender de mí. Siempre pensé que tendríamos tiempo para arreglar las cosas, pero ella no vivió lo suficiente.

Soojin quiso decirle que estaba equivocado, que ser padre no significa ser un autómata impermeable a la debilidad, pero no encontró las palabras.

—Le fallé entonces. Pero no voy a fallarle ahora.

—La encontraremos. De verdad —aseguró Soojin apoyando una mano en la de su padre.

—Y luego haré lo que ella necesite que haga.

—¿Y qué es, papá?

Su largo silencio le dijo todo lo que él se negaba a articular. Se quedaron sentados bajo el árbol hasta que la lluvia cesó. Luego, tras ponerle una mano decidida sobre el hombro, se fue. Esta vez no lo siguió. Necesitaba pensar. Se quedó ante el árbol de Navidad que habían decorado como una oración salvaje para llamar a Mirae de vuelta a casa. Su padre conducía hacia la oscuridad para destruir a su hermana y era culpa suya. El egoísmo de ella lo había cargado con esta horrible elección que no era elección en absoluto.

Soojin observó los colores estridentes de las luces moverse por la pared. Para cuando volvieron al dorado firme, había tomado una decisión.



La chica apartó la cortina de lluvia y entró. Una oscuridad. El suelo se volvió incorpóreo bajo sus pies. Oyó un zumbido de habla a baja frecuencia, incomprensible, como moscas en los oídos. Y entonces emergió al otro lado. La lluvia la escupió en el ridículo jardín de los Porter, donde un mapache gordo estaba encaramado sobre las rocas de un estanque de carpas y devoraba lentamente un carísimo *koi* calicó que todavía se agitaba en las zarpas humanoides del animal.

Dirigió la atención a las amplias ventanas de la casa. Bentley dormía en el piso superior. Podía oír su respiración inquieta y, cuando deseó que el agua se colara por una grieta en el yeso para formar una pupila húmeda en el techo de su habitación, pudo verlo también. El agua se acumuló en la abertura y luego goteó sobre su frente. El chico se estremeció por el frío brillante, pero no se despertó. La gota le resbaló por la sien, trazando un arco plateado hasta el borde cerrado del ojo derecho. Suspiró y las pestañas se agitaron en un sueño. La gota se le deslizó por la rendija de los

párpados, extendió las alas húmedas sobre la córnea y entonces la chica accedió.

Deseó que se levantara y él obedeció. Aún dormido, salió de la habitación y recorrió las arterias de pasillos blancos. Lo llevó como una marioneta a través del atrio hermosamente desnudo y de las paredes sin fotos, hasta donde ella esperaba en el umbral, lista para que la dejara entrar.

Los ojos de Bentley estaban vidriosos y no vieron cuando la puerta se abrió. Su camisa gris se oscureció de inmediato por la lluvia. No percibió su entrada. De momento, él había dejado de serle útil. Lo dejó inmóvil en el porche bajo la lluvia implacable y entró en la casa.

Christopher Porter estaba en su habitación, durmiendo más profundamente de lo que merecía. Al menos hasta que un fragmento de luz que entró con ella le impactó en el ojo. Gimió apartándose de la frente el pelo castaño claro.

—¿Bentley? —murmuró en la oscuridad.

—Está durmiendo.

La voz desconocida le provocó una alerta inmediata. Se incorporó buscando a tientas la lámpara.

—¿Quién está ahí? —llamó, autoritario incluso recién despertado. Su mano encontró el interruptor y un estallido de blanco llenó la habitación. Los ojos de Porter tardaron un momento en ajustarse, pero cuando finalmente enfocó la figura, no reaccionó de inmediato.

Una torpeza desorientada se reflejaba en sus rasgos.

—¿Sunny? —Exhaló, como si al instante estuviera convencido de que aún soñaba.

La boca de la chica se contrajo. Se escurrió la lluvia del pelo y avanzó hacia el círculo tembloroso de luz ámbar de la lámpara. A su paso, se formaron charcos. No se molestó en contestarle. Dejó que la viera. La incredulidad le hinchó las pupilas y eclipsó por completo los iris gris pizarra. Reflejada en la perfección negra de aquellos ojos, la chica se vio sonriendo.

—No. Eres la hija —murmuró levantándose lentamente de la cama—. La ahogada.

—Sí —dijo ella, continuando su lento avance mientras él retrocedía hacia la cómoda donde cargaba el teléfono.

Y entonces él la sorprendió. Se rio. Una exhalación cruel y rápida.

—Parece, entonces, que tu madre era una mentirosa —dijo. Su voz estaba firme, pero el latido de su corazón sonaba fuerte en el oído de la chica, irregular y entrecortado.

Ella inclinó la cabeza, como si le implorara continuar. Sabía que estaba intentando ganar tiempo.

—Decía que el don nunca debía usarse para revivir personas. Que podría llevar a algo horrible. Pero mírate. Tan entera. Tan viva.

—¿Tan viva? —preguntó ella. Pensó en el *jesa*. Cómo había gateado llorando mientras se embutía la fruta ceremonial en la boca, impulsada por la creencia animal de que, si lograba saciarse, también podría salvarse. Cómo su padre se había desplomado en dolor renovado al verla. El talismán con su nombre en el fuego, su cuerpo como cosa que debía ser quemada. No estaba viva. Eso no les pasaba a los vivos.

Sobre ellos, la lluvia comenzó a caer con fuerza inusual. Se quedaron paralizados, mirando el tragaluz, donde unas bolitas blancas se acumulaban en el cristal. ¿Granizo? No. Dientes. Imaginarios o no, llovían dientes. Ella no supo por qué le pareció gracioso, pero se rio. El vacío de la casa llevó lejos su voz, rápidamente. La boca le supo a un borrón de limo de río y sangre.

Porter perdió la compostura. Se tambaleó hacia el teléfono y logró marcar el 911 antes de que ella acortara la distancia entre ambos. Lo empujó con fuerza contra la cómoda y cayeron juntos al suelo provocando una lluvia de objetos desparramándose alrededor. El teléfono. La cartera. Una foto de su esposa, la inconsciente catalizadora que los había llevado allí. A ese pueblo rural y empapado. A ese momento. Al río del que nunca se iría.

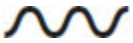
—¿Cuál es su emergencia? —preguntó alguien desde el móvil que había caído a su lado. Él se estremeció cuando ella le rodeó el cuello con las manos, casi con delicadeza, antes de presionar con fuerza aplastante. Al principio, el *shock* fue tal que no hubo lucha y, para cuando el hombre comenzó a forcejear, ya había perdido demasiado tiempo. Sus ojos estaban desorbitados por la incredulidad mientras se retorcía debajo de ella.

No hubo gritos. Apenas ruido, salvo el golpeteo frenético de los pies contra la pata de la cama y los sonidos estrangulados de una tráquea que colapsaba lentamente. Las manos de ella se hundieron en el pilar de su garganta y formaron pequeñas depresiones alrededor de cada dedo. Unos estuarios de venas sobresalieron en las sienes del hombre. Era una violencia cometida en un silencio casi completo. Su piel se volvió gris y arrugada bajo las manos de la chica.

«No lo siento», escuchó ella en su cabeza cuando comenzaba a hundir su conciencia en Porter. Sonaba como si fueran las voces de ambos. Cerró los ojos. Los recuerdos del hombre se abrieron ante ella mientras moría.

El operador del 911 intuyó una crisis en su falta de respuesta.

—Manténgase en línea. Quédese conmigo. La ayuda está en camino —lo tranquilizaron. No llegarían a tiempo.



La chica abrió los ojos a la oscuridad. En ese recuerdo era de noche y estaban en el paseo marítimo. La luna derramaba un largo sendero tembloroso sobre el agua. Christopher Porter estaba con su madre; los dos contemplaban el mar. Pero la amistad fácil y despreocupada que habían compartido en recuerdos anteriores había desaparecido. Ahora eran mayores. Mucho mayores, y estaban en medio de una feroz discusión susurrada.

Su madre estaba tal y como ella la recordaba siempre, con el pelo rozándole los omóplatos y las primeras arrugas insinuándose en

las comisuras de los ojos. Así que no podía faltar mucho para el accidente de coche. Ni Sunny ni Christopher sonreían.

—Por última vez, no puedo —siseó Sunny dándose la vuelta para marcharse. Christopher le agarró el brazo y la obligó a enfrentarse a él.

—¿Por qué no?

Ella lo apartó de un empujón, con los ojos en llamas, como si lo desafiara a tocarla de nuevo.

—Que no puedo, ¿vale? No se juega así con las vidas.

—¿Por qué no? Llevamos años jugando con cosas muertas —dijo Christopher gesticulando con vehemencia hacia el suelo al recordar todos aquellos veranos en Jade Acre en los que se escapaban para enterrar cosas en el bosque.

—Animales, Chris. No personas.

—¿Qué diferencia hay? Todos tenemos huesos, joder. —Se le quebró la voz. La antigua efervescencia juvenil había desaparecido. Sacó un pañuelo del bolsillo. Sobre la tela descansaba una muela del juicio, blanco marfil. La alzó para que ella la viera.

El diente había sido arrancado hacía menos de un mes. Después de que su mujer muriera por complicaciones cardíacas, medio enloquecido, había usado unos alicates para extraerle las piezas dentales. La incineró en silencio, sin ceremonia, y se llevó a su hijo de nueve años a Jade Acre. No había ido allí a escapar. Estaba obsesionado con una figura de su pasado lejano. Una chica que veía en los veranos en aquel adormilado pueblo costero en el que a sus padres tanto les gustaba veranear. Una chica capaz de revertir la pérdida con sus manos milagrosas, dadoras de vida. Había depositado todo su futuro en ella.

—Por favor, Sun. —Resultaba impactante oírlo suplicar—. No sabes lo que ha supuesto su muerte para mí. Pero tú eres la respuesta. Eres un milagro, ¿no? ¿No lo he dicho siempre? Puedes ayudarme. Sé que puedes.

Sunny pareció a punto de ceder mientras contemplaba sus oscuras imágenes reflejadas danzando en el agua. Aun así, negó con

la cabeza.

—Lo siento.

—No te estoy pidiendo que lo hagas gratis, ¿sabes? —dijo Christopher, con un brillo de determinación en los ojos. Aquél era un método que él entendía—. ¿Cuánto quieres?

—No quiero tu dinero.

—Pero lo necesitas. Sé que lo necesitas. Tu pequeña pensión no puede ir bien con tanta construcción nueva.

—Gracias a tus agresivos negocios —murmuró ella antes de quedarse quieta—. Lo has hecho a propósito. Estás intentando acorralarme.

—La que se está acorralando eres tú, Sunny.

—Esto no es un juego, ¿no te das cuenta? Estamos hablando de una vida humana. ¿Cómo sabes que no la estarías condenando a algo peor, Chris? —preguntó Sunny.

—Si ocurre eso, no será problema tuyo. Tendrás un cheque lo bastante grande como para pagar la universidad de tus dos hijas, y tu papel habrá terminado. No tienes nada que perder.

—Estás loco.

—¿Es una locura querer recuperar mi vida? —preguntó Christopher. Su entereza se resquebrajó por fin. Una lágrima involuntaria le recorrió la cara en un surco cálido. La secó con rabia —. Tú y yo éramos amigos.

—Ojalá pudiera ayudarte. De verdad. —El tono de su madre no dejaba lugar a réplica. Christopher la conocía lo bastante bien como para entender que esa batalla en particular estaba perdida. El cambio en su expresión fue inmediato. El rostro, vibrante, un instante antes, de desesperación y ruegos, se heló en una frialdad clínica. Un silencio largo creció entre ellos, roto solo por el susurro del mar arrastrado de un lado a otro por las mareas. Al fin habló:

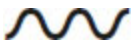
—Ese es el problema. Podrías, pero no quieres —dijo. Su voz rezumaba veneno y un dolor mal encauzado que se convertía en algo más feo—. Resucitarías a un animal atropellado, pero no a la

persona que necesito. Animales. Jodidos pájaros sarnosos. ¿Vale ella menos que eso?

—Me voy. Lo siento —dijo Sunny alejándose del paseo marítimo, con el brazo en alto como para protegerse. Pero Christopher no se lanzó a por ella. Se irguió. La locura que un instante antes le ardía en los ojos había desaparecido, aplastada.

—Las cosas van a ponerse peor para tu familia, ¿sabes? —dijo con calma. Una amenaza que no necesitaba más explicación. Pasó los meses siguientes devorando las costas vírgenes con hoteles de diseño que asfixiaban su negocio familiar con la esperanza de que ella cediera. Como un espectro, la persiguió hasta el día en que se precipitó por el barranco y, como castigo, decidió no salvarla.

El recuerdo tembló, fundiéndose poco a poco con el presente. El paseo y el agua negra y brillante se disolvieron. Solo quedaron la habitación, las paredes desnudas y la respiración de la chica, entrecortada y furiosa. Allí estaba Christopher Porter, mirando fijamente al tragaluz, donde los dientes que llovían con tanta furia habían desaparecido. Con los ojos abiertos de par en par, sin ver nada.



Los servicios de emergencia fueron sorprendentemente rápidos. En menos de veinte minutos, la fastuosa finca de los Porter se iluminó con coches patrulla y ambulancias. Fue un reconocimiento silencioso. Sin sirenas, sin luces girando sobre la escena, porque era evidente para todos: allí no había nadie a quien salvar.

Aunque la puerta principal estaba abierta de par en par y oscilaba, no se veían señales de que hubieran forzado la cerradura. Un rastro de huellas húmedas marcaba el camino desde el vestíbulo hasta el dormitorio principal, donde las mantas colgaban de la cama. El móvil desde el que se había llamado al 112 apareció en el suelo, junto a una cómoda, aunque quien llamó estaba en otro lugar.

Encontraron a Christopher Porter muerto en el estanque ornamental del jardín, sumergido en agua estancada. La hierba marina y la cola de caballo que antes crecían exuberantes se habían ennegrecido. Un único loto blanco que flotaba en el cuenco de sus hojas era la única planta que había sobrevivido a lo que fuera que hubiese sucedido en esas aguas. Una carpa *koi* había sido devorada y solo quedaba la cabeza, la espina y un destello de escamas doradas. Flotaban y se aferraban como motas de luz al pelo del hombre muerto. Los peces que habían sobrevivido picoteaban ambos cadáveres con bocas curiosas.

El asesinato era, al mismo tiempo, evidente e inexplicable. Lo evidente: Porter había sido estrangulado hasta que la tráquea colapsó. Lo inexplicable: el anillo de marcas de dedos que ceñía su cuello se estaba descomponiendo rápidamente. No tenía sentido. El cuerpo estaba fresco, muerto hacía menos de una hora. Y, sin embargo, como si el agua hubiera acelerado la podredumbre, esa zona aislada se corrompía y apestaba tanto a carroña que un enjambre de tábanos se arremolinaba en torno a su cuello como una corbata negra y aceitosa.

Y el hijo adolescente no aparecía por ninguna parte. Lo había dejado todo atrás, el móvil, la cartera, la llave del coche. Los equipos de emergencia lanzaron una alerta para dar con él antes de volver a centrar su atención en el cadáver.



Mark encontró a Bentley Porter tambaleándose por el arcén, aunque no lo reconoció de inmediato. Todo el cuidado meticuloso que Bentley solía poner en su aspecto había desaparecido. Llevaba solo una camiseta fina de dormir y un pantalón de chándal. Sin zapatos. Su rostro pálido, iluminado por los faros, tenía un aire tan aturdido que Mark redujo la velocidad hasta casi detenerse.

No le caía bien. Pero al fijarse mejor, el pelo chorreando, los ojos de muñeco, Mark no pudo evitar bajar la ventanilla y soltar:

—Tío, ¿qué coño te ha pasado?

Bentley no registró su presencia hasta que Mark se inclinó más hacia la ventanilla del copiloto y gritó «¡Porter!» con más fuerza de la necesaria. Bentley se estremeció, frotándose las manos tan asustado que a Mark se le disipó de golpe la antipatía de años.

—¿Estás bien? —preguntó con más suavidad.

Una pregunta estúpida. Estaba claro que no. Los ojos del chico saltaban de un lado a otro en la oscuridad, como si temiera que

alguien fuera a atacarle. Si había alguien a quien atacar en aquel adormilado pueblo turístico lleno de trabajadores precarios que apenas sobrevivían de temporada en temporada, ese era Bentley. Mark desbloqueó la puerta del copiloto.

—Sube. Te llevo.

Bentley abrió la puerta, pero dudó y miró por encima del hombro. No había nada que ver más allá de la lluvia.

—Súbete, gilipollas, que está entrando el agua —soltó Mark, aun sabiendo de sobra que se iba a mojar igual en cuanto Bentley dejara caer dentro su cuerpo empapado. El chico reaccionó por fin, se deslizó en el asiento y cerró la puerta tras de sí.

Reanudaron la marcha, avanzando despacio por las carreteras mojadas. Mark miró de reojo a Bentley, que estaba calado y tiritando, y puso la calefacción al máximo antes de bajar el volumen de la radio.

—¿Qué ha pasado?

Bentley tomó una botella de agua vacía del portavasos y empezó a juguetear con ella. A Mark le ponía de los nervios y deseó que parase.

—He caminado dormido —dijo Bentley tras un largo silencio.

—¿Hasta aquí? Eso sí que es un sueño profundo.

—No. Cuando me desperté, estaba en el jardín. Estaba bajo la lluvia y sentí que tenía que marcharme, así que lo hice. —Cada sonido parecía amplificado, el tictac constante del intermitente, el chirrido furioso de los limpiaparabrisas contra el cristal—. Creo que ella vino a verme en sueños. El interior de mi casa estaba todo empapado.

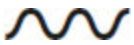
«Ella». La palabra golpeó en la cabeza de Mark con el peso de lo físico. «Ella». Los Silas y su casa, anegada un instante y, al siguiente, intacta. La rata muerta que él había pulverizado y dejado al viento. Desollada.

Se hizo a un lado y detuvo el coche.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Mark, con un nudo de miedo en el estómago, porque en el fondo ya lo sabía. Bentley

estrujó la botella vacía de agua. El chasquido hizo que Mark pisara de más el pedal y el motor rugió. Un coche pasó por la carretera, bañándolos a los dos en una luz blanca cegadora. Cuando las luces se alejaron y la sombra volvió a cubrirlos, el rostro de Bentley era pura miseria.

—Mark, ¿tú crees en fantasmas? —preguntó—. ¿Cuánto sabes en realidad de las hermanas Han?



Cuando Mark la llamó, Soojin estaba bajando a hurtadillas la escalera. Ella y su padre habían pasado varias horas buscando a su hermana, y él se había desplomado de agotamiento en el sofá. Su plan era colarse en su habitación y recuperar la llave de su propio coche para seguir la búsqueda sola, pero el móvil empezó a sonar alegremente en el bolsillo. Maldijo corriendo de nuevo a la seguridad de su cuarto antes de que el sonido despertara a su padre.

Cerró la puerta tras de sí mientras veía el nombre de Mark brillar en la pantalla. No hablaban desde su discusión en los campos de *muhly*, aunque había estado pensando en llamarlo para decirle que tenía razón. Pero, como siempre, él se le había adelantado en tender la rama de olivo.

Al descolgar, sin embargo, y por primera vez que ella recordase, él le habló por encima, sin perder tiempo en cortesías.

—¿Estás en casa? —preguntó. Soojin oyó los clics de un intermitente y luego un silencio. Parecía que conducía a toda velocidad.

—¿Sí?

—¿Has encontrado a Mirae?

Solo escuchar el nombre le provocó una punzada dolorosa. Miró hacia la jaula vacía de la rata, en el rincón, que ni ella ni su padre se habían atrevido a desmontar. Aún había salpicaduras mates en el papel pintado de al lado. Se preguntó qué habría hecho Mark con las cenizas de Milkis que ella nunca había ido a recoger.

—No —dijo.

—Escucha, Soo. Voy hacia tu casa ahora mismo con Bentley. Tiene algo que… —Unos murmullos furiosos en el otro extremo, algún forcejeo físico. Y entonces otra voz atravesó el zumbido.

—Soojin. —Era la voz de Bentley.

Se quedó tan sorprendida de que estuvieran juntos que lo único que consiguió decir fue:

—¿Qué quieres?

—Quiero encontrar a tu hermana —respondió.

Las palabras no significaron nada durante un largo rato, pero cuando le calaron, se levantó tan apresurada que se golpeó la rodilla contra la cómoda. Cuando el dolor remitió lo suficiente para poder pensar, siseó al auricular:

—¿Qué?

—Sé que has resucitado a tu hermana —dijo él—. Sé cómo lo hiciste. Y quiero ayudarte a encontrarla.

—No entiendo —dijo ella—. ¿Cómo? ¿Cómo lo sabes?

Y entonces se lo contó. La historia entre sus padres, su amistad. La resurrección que su madre se había negado a conceder cuando Bentley y su padre se mudaron a Jade Acre, ocho años atrás. Un año después, la madre de Soojin estaba muerta.

—¿Tu…? —Le daba miedo preguntarlo—. ¿Tu padre mató a mi madre?

Hubo un largo silencio al otro lado. El corazón de Soojin latía tan fuerte que le dolía. Se llevó la mano al pecho. Una respiración larga y, por fin, Bentley empezó a hablar:

—No sé si era esa su intención. Pero se pelearon. Tu madre se subió al coche para irse a casa a toda velocidad y mi padre la persiguió. Ella perdió el control y el coche cayó al barranco. Pero, Soojin…, la noche del accidente, Silas apareció y yo los escuché. —Ella le oyó tragar saliva con fuerza. Mark estaba completamente callado, de fondo—. Después de caer, tu madre aún estaba viva. Logró abrir la puerta y gritó pidiendo ayuda, pero cuando Silas llegó al lugar e intentó comunicarlo por radio, mi padre no le permitió

llamar a una ambulancia. Lo sobornó y se fueron; la dejaron allí. Lo siento.

Unas manchas negras le surgieron en la visión. Escuchó el sonido fantasmal de alguien pidiendo ayuda, pero había crujidos y zumbidos, como si se escuchara por la radio de un policía. Pensó en el coche boca arriba en ese barranco, con su madre todavía consciente dentro. La ira, blanca y abrasadora, le emborronó la visión.

—Mirae lo sabía.

—Sí. Lo escuchó mientras resucitaba algo, tu madre suplicándole que dejara en paz a vuestra familia.

—¿Qué era mi hermana para ti? —preguntó ella. Todos sus recuerdos de Bentley eran malos, llenos de un desprecio latente. Un resentimiento que Mirae nunca pareció compartir del todo.

—Era una amiga, supongo. Una amiga secreta, para que tú no lo supieras —dijo él, con voz muy lejana.

—¿Y luego? —insistió ella.

—Y luego se enteró. La evité todo el tiempo que pude, pero, al final, simplemente… ya no quería seguir escondiéndome. Pensé que le debía algo más que eso. La noche de la fiesta en la casa, le envié un mensaje para quedar en el puente del terraplén. Sé que les dijo a sus amigas que se iba andando a casa, pero no lo hizo. Fue en otra dirección. Vino a encontrarse conmigo. —Hubo una pausa larga y pesada, como si sus palabras lo lastimaran. Cuando volvió a hablar, le temblaba la voz—. Quería que le contara la verdad sobre mi padre y el jefe de policía. Discutimos y entonces… —Parecía que estaba llorando ahora—. Joder. ¡Lo siento tanto!

El puente del tren. Al que Mirae hizo que su padre la llevara cuando la encontraron quemándose en la cabaña. Así que allí fue donde había muerto. El pensamiento hizo que Soojin se sintiera como si cayera en picado. El puente estaba construido sobre un barranco. Una caída desde esa altura… No era de extrañar que su espalda estuviera tan magullada cuando finalmente la encontraron. ¿Qué pasó por su mente en esos breves segundos previos a golpear

el río? ¿Pensó algo, o su mente se borró mientras la velocidad aumentaba, como última misericordia del cuerpo antes de que el río la arrastrara?

—Yo quería…, joder…, te lo juro, Soojin, habría ido tras ella, pero ya se había ido. Todo pasó muy rápido. Así que corrí hacia el pueblo. El primer coche que vi, me lancé frente a él y lo detuve. Era el jefe Silas. Cuando le conté lo que acababa de pasar, pensé que iniciaría una búsqueda, pero me llevó a casa con mi padre. Hablaron sobre borrar mi teléfono. Me pidieron que no dijera nada. —Un largo silencio. Zumbidos—. Así que no lo hice.

Hubo un extraño sollozo húmedo al otro lado de la línea. Una forma de llorar que sonaba casi como una hiperventilación. Decía «lo siento» y «yo no quería». A Soojin no le importó.

Siempre había creído que su hermana y su madre habían muerto de manera prosaica. Un ahogamiento, un accidente de coche en un camino secundario…, pero habían muerto de una manera aún más común. Habían muerto a manos de hombres. Su madre, por negarse a uno. Su hermana, por intentar hacer que otro respondiera. No podía respirar. Imaginó la cara de Bentley y lo que sentiría aplastándola con los pies, hundiéndola en el suelo. El deseo de venganza era tan seductor y animal… No era de extrañar que Mirae hubiera ido a buscar la suya.

—Dios mío, mi hermana —jadeó. Su hermana, que había matado. Su hermana, solo parcialmente ella misma y despojada de su nombre. Su rencor era todo lo que quedaba de ella ahora. ¿Qué había hecho Soojin?

La voz de Mark volvió al teléfono después de la estática aplastante.

—Soojin, voy a por ti. Buscaremos a Mirae juntos, ¿de acuerdo?

Afuera, la lluvia constante se convirtió en un aguacero. Soojin no podía colgar. Se arrastró hasta la ventana. Más allá de ella, todo estaba velado por la lluvia que surcaba el cristal con regueros brutales mientras ella esperaba los faros de Mark. Los dos chicos

seguían hablando, aunque la recepción solo le daba fragmentos y sumergía el resto en un zumbido bajo.

—Mira —murmuró Bentley a través del crujido y chisporroteo de la estática.

—¿Qué…? —La voz de Mark, cubierta por ruido blanco, y luego más baja: —Maldición.

—Está aquí —dijo Bentley. Eso fue lo último que Soojin oyó antes de que un chirrido metálico le llenara el oído, tan agudo y penetrante que sonaba como un grito. Y luego no escuchó nada.



—Está aquí —dijo Bentley.

—Calla. —Mark barrió la carretera con la mirada. No vio nada más que el pequeño radio de luz que abrían las cuchilladas blancas de sus faros y los árboles agitados por el clima. Aceleró sobre un bache y todo el coche se levantó y flotó por un momento, antes de volver a tocar el suelo. El chasis vibró. No redujo la velocidad. Mark no podía llegar lo suficientemente rápido a la casa de los Han. Tenía esta idea salvaje e improbable de que llegar allí significaría estar a salvo.

Bentley no le ayudaba a calmar los nervios con la forma en que su respiración se entrecortó al decir:

—Está aquí. La he visto. —Su rostro se volvió marfil pálido.

—Bentley, ¿puedes calmarte de una vez? Me estás asustando —exclamó Mark antes de volver la atención hacia la carretera vacía.

Y entonces lo vio también. A través del parabrisas, algo blanco apareció en la oscuridad. Era una mano, suspendida en el aire, como

flotando sin cuerpo. Apartó la agitación vertical de la lluvia, como si fuera un telón, y algo pálido y alargado asomó detrás de la cortina imposible. Un rostro lo miró con ojos como manchas de tinta antes de que la mano se apartara y la distorsión del agua cayera. La cara de la chica desapareció detrás de la lluvia.

Mark maldijo mientras giraba para evitar el lugar donde acababa de estar el rostro y, antes de entender lo que había pasado, perdió el control. El chirrido de los neumáticos llenó la noche. El pecho se proyectó contra el cinturón de seguridad con una fuerza dolorosa, y fue zarandeado hacia un lado. Una franja roja le cruzó la visión. Todos los pensamientos quedaron evacuados. El sonido del metal retorciéndose le llenó los oídos cuando el coche se estrelló contra un árbol. El airbag se desplegó y le golpeó en el rostro con tanta fuerza que su visión estalló en fosfenos de luz. Las agujas de pino llovieron sobre el parabrisas y, tan rápido como empezó, terminó.

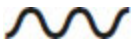
La noche se asentó sobre el coche siseante y todo lo que Mark podía oír era el sonido de su propia respiración agitada y el golpeteo de la lluvia sobre el parabrisas. Un calor le recorría el lado izquierdo del rostro. Le resultaba extraño moverse, le costaba, como si los músculos se le hubieran endurecido tanto ante el impacto que se hubieran quedado bloqueados. Giró la cabeza para mirar su ventanilla y vio que el cristal estaba manchado de sangre. Era una herida que debía doler, pero aún no lo hacía. Más apremiantes eran el mareo, las náuseas agudas y el sabor a hierro en la boca.

En el asiento del pasajero, Bentley estaba milagrosamente ileso, pero atónito, y miraba más allá del parabrisas aplastado con ojos de presa. Mark quería preguntarle si estaba bien, pero la lengua le fallaba. Le costaba hablar. Sus pensamientos eran pegajosos y fragmentados. La adrenalina que se le escapaba rápidamente del cuerpo lo dejaba exhausto y desolado. Veía todo doble: dos volantes, dos lunas, dos Bentleys, formas fantasmales flotando paralelas entre sí.

«Esto no es bueno». Un fragmento de oscuridad se agrupó hasta tomar la forma de una chica detrás de la ventanilla del lado

del pasajero. La silueta de una mano pequeña se presionaba contra el cristal y, como un sonámbulo, Bentley extendió la suya y la puso encima. Estaba sollozando.

«Esto no es bueno», insistió la mente de Mark, antes de que un silencio rugiente se precipitara sobre él.



El coche silbaba en la oscuridad con el capó arrugado, como papel, contra el tronco del pino con el que había chocado. La chica y Bentley se miraban, separados solo por una delgada barrera de cristal. Las líneas de la palma del chico dejaron su impresión en la ventanilla empañada: la línea de la vida, la de la familia, ambas tan cortas, tan torcidas. Sus manos eran solitarias, estaban condenadas.

—Sal —dijo ella, y la lluvia le hizo eco. «Sal. Sal». Impelido, abrió la puerta. Retrocedió un poco mientras él obedecía. El coche retumbaba en la interminable humedad, los faros encendían la lluvia en agitaciones blancas. Dijo su nombre. Ella no lo identificó, pero el tono de su voz al decirlo la afectó. Calor, culpa y deseo. La hizo sentir hambre.

Ella le puso una mano en el brazo y sintió el pulso de la sangre bajo la piel corriendo por las cámaras del corazón. Tuvo una visión de los dos esperando a que pasara la lluvia bajo el alero de un cobertizo, seguida de un cúmulo de otros recuerdos. Llamadas telefónicas mantenidas en secreto una vez que su hermana se había dormido, y noches despegando animales de la carretera juntos, todo por sus intentos de escuchar la voz de su madre.

Pero aún no había terminado. Vio su última discusión, en el puente del tren al que tantas veces se habían escapado para estar a solas.

—¡Lo sabías! —había dicho ella—. Todo este tiempo, has sabido esto.

A lo que Bentley solo había respondido:

—Sí.

—Tienes que contar lo de tu padre y ese maldito policía —susurró ella, con el rostro enrojecido por el alcohol y la rabia.

—¿Y eso en qué situación me dejaría, Mirae? Al menos tú tienes a uno de tus padres vivo. Sin mi padre, no tengo a nadie.

—¡Solo tengo a uno de mis padres vivo porque el tuyo dejó morir al otro! —gritó ella—. Y, todo este tiempo, lo sabías. ¿Acaso te estás riendo de mí? —Cuando él no respondió, ella le dio un manotazo en el pecho. Él se tambaleó—. Bien, lo haré yo misma. —Se giró para irse. El río rugía fuerte bajo ellos.

—Nadie te creerá. Mi padre tiene al departamento de policía envuelto en dinero —dijo Bentley con amargura. Cuando ella no se giró, la agarró del hombro y la hizo volverse.

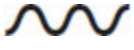
Lo que pasó después fue un accidente. Ella intentó zafarse de su agarre; le empujó el pecho para separarse, pero su propia fuerza la impulsó hacia atrás. Tropezó y no pudo sostenerse. Cayó al río. El agua la atrapó antes de que Bentley terminara sus últimas palabras para ella, que, ahora, supo al fin: «Mirae, por favor». Ella ni siquiera gritó.

Lo vio sollozar en la parte trasera del coche patrulla de Silas, suplicándole que la buscara, «llama a un equipo de rescate, por favor, por favor», mientras lo llevaban a la entrada de la propiedad Porter.

—Estaba equivocado en aquel momento —dijo Bentley, con voz vacía, en el presente—. Pensé que mi padre era todo lo que tenía, pero no era cierto. Te tenía a ti, ¿no?

Y entonces hizo algo que ella no se esperaba. La tocó. Con los ojos aún aturdidos, le puso una mano en el lateral de la garganta, donde le latiría el pulso, si aún lo tuviera, antes de inclinarse y rozarle los labios con los suyos.

Él sabía a sal y en esa sal familiar habitaba otro de sus recuerdos, que se hundía en ella y se expandía para envolverlos a ambos.



De repente, era verano y los vio otra vez. En una de las calas remotas donde Bentley y ella solían preparar sus improvisadas piras funerarias. Él gruñía sosteniendo una bolsa de brasas con las que fue llenando un barril metálico antes de rociar el interior con un eliminador de tocones.

—Está listo —llamó y encendió un fósforo mientras ella se acercaba.

Podía sentirlo contemplándola, admirando cómo las llamas le proyectaban sombras danzantes sobre el rostro. Ahora entendió que él la encontraba hermosa. Ella sostenía un cuerpo dentro de una bolsa de cierre hermético. Esta vez no era un animal atropellado, sino un gorrión que había chocado contra la ventana de su habitación. Una pata, la había guardado para enterrar. Pero eso sería después. Primero tenían que quemar el resto del ave.

—La pira funeraria es toda tuya —dijo Bentley haciendo un gesto grandilocuente hacia el barril en llamas, y la chica se vio a sí misma avanzar y tirar el ave al fuego sin ceremonias. Observaron las plumas que empezaban a arder, en silencio. Detrás de ellos, la marea rompía sobre la playa de guijarros y luego se retiraba hacia la luna.

En esa calma, observó a Bentley deliberar sobre algo, antes de que finalmente dijera, casi con timidez:

—Huele mal.

No olía mal, exactamente. La chica se rascó la nariz.

—Huele a morirse —replicó ella, aunque no lo sabía aún, no se había muerto todavía.

Luego Bentley reunió finalmente el valor para decir lo que realmente quería. Su mano se cerró con fuerza, después se relajó.

—¿De verdad tienes que llegar tan lejos?

—Haría cualquier cosa por una oportunidad de escuchar su voz —dijo ella mientras se calentaba junto a la llama.

No esperaba que Bentley supiera lo que era ser el pilar emocional de una familia. Ella tenía miedo de que, si mostraba su vulnerabilidad a su padre o a Soojin, los asustaría. Solo en los

momentos robados, cuando enterraba huesos mientras la voz de su madre pasaba como el viento entre su pelo, se sentía como lo que era, una chica. Cansada hasta la médula y sobrecargada de responsabilidad, pero una niña, al fin y al cabo.

—No tienes que entender —dijo, con más aspereza de la que había pretendido. El final de su frase resonó en la cala. Por su parte, él no parecía sorprendido por su tono y fue entonces cuando ella se dio cuenta de lo a menudo que estallaba con él, algo que rara vez hacía con nadie más. ¿Cuándo se había convertido este chico en el único pararrayos de su temperamento?

El silencio creció entre ellos antes de que él murmurara en voz baja:

—Lo entiendo. —Luego siguió observando cómo el fuego consumía el resto del ave. La brillante antorcha del pico, las alas listas para arder. Hacía meses, eso podía haber sido ligeramente traumático para él, pero, después de tantas noches con Mirae recogiendo animales atropellados en las carreteras secundarias, estaba desensibilizado—. No eres la única sin madre, ¿sabes?

En el recuerdo, la chica vio algo parecido a la culpa coserse sobre su propio rostro.

—Lo siento —dijo—. No quería…

—No importa —respondió Bentley. Las plumas ya se habían carbonizado y el ave era un bulto orgánico que se ennegrecía hasta volverse nada. A medida que las llamas alcanzaban las vísceras, el olor se volvía realmente fétido—. Aunque tuviera tus poderes y pudiera enterrar algún pedazo de animal para escuchar a mi madre hablarme, no lo haría.

—¿Por qué no?

—Probablemente me maldeciría —exhaló, entre un bufido y una risa—. La maté.

—Bentley, tu madre murió de problemas del corazón.

—Sí —dijo él, que ahora arrojaba cosas al fuego. Un palo, una hoja verde que echaba humo negro, una piedra fría y húmeda que chisporroteaba con el calor—. Problemas del corazón que desarrolló

por estar embarazada de mí. Mi padre decía que, antes de que yo apareciera, estaba en forma como una atleta. Así que…

Dejó de hablar y la chica se vio a sí misma mirándolo, evaluándolo. Incluso ahora recordaba lo que había pensado. «Antes de que yo apareciera», una forma tan sombría de hablar sobre la propia concepción como un clima desafortunado o un diagnóstico terminal. Pero Bentley no parecía querer seguir hablando de eso. Necesitaba una distracción. Así que lo empujó suavemente, señalando hacia el cielo, que se llenaba de tantas estrellas que los hacía olvidarse de sí mismos por un rato.

—Mira —dijo mientras trazaba un gran cuadrado en el firmamento—. ¿Ves esos cúmulos de estrellas que parecen una figura humana sin cabeza cayendo?

Bentley puso una mueca como de «otra vez no», pero la complació.

—Claro —dijo.

—Esa es la constelación Virgo. Una de las estrellas de esa constelación simboliza a una chica, ¿sabes? Se llama Erígone. El dios griego Dionisio le dio algo de vino a su padre y este, luego, lo compartió con los pastores. Los pastores confundieron su embriaguez con envenenamiento y colgaron a su padre de un árbol. Erígone encontró su cuerpo y se suicidó colgándose de la misma rama donde había muerto su padre.

—Vaya —dijo Bentley secamente—. Eso fue fatal para ella.

—Sí —continuó imperturbable—. He estado pensando mucho en eso últimamente. Cómo, incluso en estos viejos mitos, los padres tienen sus historias de daño y superación y los hijos son solo daños colaterales. Los niños sufren o mueren por ellos. Como lecciones o precio que pagar o lo que sea.

—¿Entonces ese es el final de la historia? ¿Simplemente muere? —preguntó Bentley—. Pues vaya mierda.

—En realidad, no —dijo ella—. Un dios vio la muerte de Erígone, se apiadó de ella y la elevó a ser una estrella en el sistema solar. Se

llama *catasterismo*, colocación entre las estrellas. Un cuerpo humano que se convierte en cuerpo celestial.

Su mirada volvió a la tierra, al chico que a veces parecía hermoso cuando bajaba la guardia y al animal que se carbonizaba entre ellos.

—Pero ¿no suena bonito, Bentley? Poder dejar todo lo que cargas y que te lleven al cielo así. Podrías observar todo lo que sucede debajo, imparcial, porque las estrellas no sienten nada. Ni siquiera su propio ardor.

El recuerdo la hizo consciente de la confusión de Bentley, de cómo había dicho el primer pensamiento coherente que le vino:

—Sabes que suenas como una loca, ¿verdad?

Ella se rio.

—Bueno, lógico. Si no lo estoy, ¿qué hacemos aquí tú y yo? —preguntó levantando la garra cercenada en su mortaja de cierre hermético, con la sangre manchando el plástico por dentro.

Un largo silencio. El ave era ahora un bulto amorfo en el barril mientras el fuego ardía lentamente hasta el silencio.

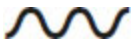
—¿Por qué me has contado eso? —preguntó Bentley en voz baja.

En el recuerdo, ella se alejó del barril y caminó hacia el agua, con las manos entrelazadas detrás de la espalda.

—No tienes que ser como Erígone, castigarte por algo que no hiciste —dijo ella, eligiendo cuidadosamente las palabras—. Solo porque tu padre decida hacerse daño a sí mismo al no aceptar la muerte de tu madre, no significa que tú tengas que hacer lo mismo. Lo que le pasó a ella no fue culpa tuya, Bentley. Y, sinceramente, que le jodan a tu padre por hacerte creer alguna vez que sí lo fue. —El viento se levantó en la cala, silbó entre su pelo e impulsó una ráfaga de brasas al caluroso aire de verano—. Deberías dejar de cargar ese peso.

No se había vuelto para ver su expresión, pero vio ahora cómo los ojos de Bentley se llenaban de lágrimas, brillantes como febriles bajo la luz del fuego, antes de que la memoria empezara a

desvanecerse. En su presente, él se estaba alejando y se llevaba consigo el sabor del verano.



Lluvia otra vez. Las nubes se cerraban sobre las constelaciones y sus tontas mitologías, que ya no le importaban. Bentley se apartó y dejó que su mano se retirara de la garganta de ella.

—Ven conmigo —dijo la chica—. Vámonos. No tenemos que estar tan jodidamente solos. —Con lo que quería decir: «No me dejes sola». Esto era lo más parecido a una súplica que él le había escuchado. Cuando entrara al río esta vez, sería para siempre. No quería ir sola. Y quién mejor para seguirla que este chico, su espejo oscuro, la única persona a la que le dejaría ver las partes más feas de sí misma. Incluso si finalmente había sido un traidor, ¿no significaba eso algo?

«Ven». Por su temor a la soledad más que a la muerte, no lo haría, no lo dejaría ir. «Ven», un horrible sonido retumbaba en el oído de la chica. Como un cuerpo arrastrado sobre sedimento de río.

Miró hacia el coche abierto. El interior se estaba empapando. La lluvia se acumulaba en el compartimento. Mark estaba tan quieto en el lado del conductor que una chispa de preocupación cruzó los rasgos de Bentley. La chica extendió la mano y giró su rostro hacia ella para obligarlo a concentrarse. A seguirla. Su mirada volvió a caer en la inconsciencia. Se apoyó en el soporte que le ofrecía y dejó que le guiara.



Mark casi había llegado hasta la residencia de los Han. Soojin y su padre encontraron su coche a menos de ocho minutos de la carretera que llevaba a la entrada de la casa. Les recordó a un animal enorme en la oscuridad, con la herida tan reciente y caliente que echaba vapor cuando el aire nocturno la golpeaba.

Tan pronto como el accidente apareció ante sus ojos, Soojin abrió la puerta antes de que su padre redujera siquiera la velocidad. Él le gritó que esperara, pero ella no pudo. Saltó del coche en marcha. El impulso la hizo caer, raspándose las rodillas contra la grava, y luego ya estaba corriendo. Sus pies golpeaban el asfalto en dirección a los ojos rojos de los pilotos traseros que parpadeaban en la oscuridad.

Mientras corría, la visión se le estrechó. Todo desapareció. Los enebros azotados por el viento, la larga carretera iluminada por los faros, incluso la voz de su padre. De repente, le pareció que su mundo comenzaba y terminaba con aquel coche destrozado que

echaba su vapor a la noche como un caballo herido. El capó aplastado como una lata de aluminio. El parabrisas hecho una tela de araña por el impacto. No podía respirar.

Mark estaba allí dentro. Venía a por ella cuando todo esto ocurrió.

«Soy una maldición». El pensamiento la atravesó. «Soy una maldición. Nada que esté cerca de mí sale indemne».

Recordó el rostro de Mark en la cámara de cremación cuando le había dicho eso. El rugido metálico de su rata mascota al convertirse en cenizas. El leve temblor de su cabeza bajo la luz moribunda de la cámara. A pesar de todo, él no estuvo de acuerdo con ella. Debería haberlo estado.

Soojin llegó al coche. La puerta del acompañante estaba abierta y dejaba entrar la lluvia. Se acercó a la ventanilla del conductor mientras su padre frenaba y bajaba del coche.

—Mark —llamó. No hubo movimiento al otro lado del cristal. Estaba manchado de rojo.

Su padre apareció detrás e intentó impedirle que abriera la puerta, como si se temiera algo malo y no quisiera que ella lo viera. Pero no había forma de detenerla.

El pulso le retumbaba en los oídos cuando abrió la puerta.

Allí estaba.

—Soojin, no lo toques —ordenó su padre.

Pero ella ya lo había hecho. Le recorrió el rostro con dedos temblorosos. La mejilla pálida, los ojos cerrados. Luego, sin aliento por el miedo, le apartó el pelo de la sien izquierda, donde la sangre era más abundante. A Soojin se le escapó un ruido ahogado. Había un corte, pero verlo la hizo soltar un suspiro de alivio. Era más pequeño de lo esperado a raíz de la cantidad de sangre que le manchaba la mejilla y se acumulaba en el hueco de la oreja. Quizá no fuera tan grave como temía. Y respiraba. Ese sonido bastó para que le entraran ganas de llorar.

Metió el dedo en la carne desgarrada de la herida. Su padre le agarró la muñeca y la apartó.

—Te dije que no… —empezó, pero se quedó paralizado al notar que Mark gemía con el contacto y fruncía el ceño al registrar el dolor. Sus pestañas se movieron en el esfuerzo por despertar.

—Voy a llamar a una ambulancia —dijo su padre saliendo de su estupor. Corrió hacia el coche a por el teléfono.

—Mark —dijo Soojin al apoyarse en él. Le desabrochó el cinturón de seguridad. Se le había clavado en el cuello y dejado una raya morada sobre el pecho. Presionó con fuerza sobre la herida—. Despierta.

Lo hizo. Fue como si aterrizara de golpe en sí mismo. Sus ojos se abrieron de par en par y se incorporó de su posición encorvada con un jadeo. La velocidad del movimiento sobresaltó a Soojin, que cayó sobre el asfalto mojado con un alarido. En el coche, Mark se giró hacia el asiento del acompañante y, al encontrarlo vacío, buscó frenéticamente hasta que finalmente sus ojos se posaron en Soojin y en su padre.

—Ella se lo ha llevado —fue lo primero que dijo al recuperar la voz. Solo entonces Soojin recordó a Bentley y su ausencia se le extendió bajo la piel como capilares de hielo.

—¿Dónde han ido? —preguntó el padre de Soojin.

—No lo sé —dijo Mark. Frunció el ceño y buscó un vaso de café vacío en el portavasos para expulsar un escupitajo rojizo y turbio.

—El puente del tren —se dijo Soojin a sí misma. Todo había empezado en el puente del tren, cuando Mirae había caído de él hacía un año, y allí sería donde terminaría. Más alto, añadió—: Lo ha llevado al río bajo el puente del tren.

Mark fijó la vista en un punto más allá de ella.

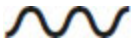
—Los fantasmas del agua están ligados al lugar donde se ahogaron —pensó en voz alta.

Había tantas cosas que el padre no sabía, pero la determinación por encontrar a su hija lo mantenía firme sobre sus pies. Metió la mano en el bolsillo y le entregó el teléfono móvil a Soojin.

—Los servicios de emergencia están en camino. Soojin, quédate con él. Te recogeré más tarde en el hospital —dijo antes de dirigirse

a su coche.

—¡Papá, espera! —gritó ella, pero no fue capaz de dejar a Mark. Su padre arrancó bajo la lluvia y el rojo de los pilotos traseros bañó la carretera con una luz infernal.



Cuando la imagen del coche de su padre desapareció en el paisaje, Soojin y Mark permanecieron en un silencio aturdido mientras la lluvia golpeaba el parabrisas fracturado. Varios pedazos de cristal se habían derrumbado sobre el salpicadero y Soojin extendió la mano, fascinada por su lustre fragmentado. Un pinchazo agudo y a destiempo. La sangre brotó donde se había pinchado.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Mark débilmente, sacando una servilleta de la guantera.

Ella lo observó mientras la atendía. Con qué cuidado le limpió la sangre del dedo antes de doblar la servilleta en una tira fina para atársela alrededor. Volvió a surgir el recuerdo de la última vez que lo había visto. Los campos, la manera en que le reprochó haberla abandonado cuando eran niños. Sus ojos parecían devastados cuando le dejó en el coche aquel día. Pero eso no le impidió ir a por ella ni estar curándole la herida cuando la suya propia todavía sangraba.

—Te he mentido —susurró él terminando de atenderla. El dedo herido ahora estaba bien vendado.

—¿Qué?

—En el campo. Te mentí. Que nuestra amistad se rompiera no fue culpa tuya.

—Sí que lo fue, Soo. Te evité cuando me necesitabas. —Su voz sonaba muy cansada, como si le costara concentrarse—. No debería haber hecho eso.

—No —dijo ella despacio. Porque esta era la verdad que convenientemente había ignorado. Mark trató de arreglar las cosas años atrás. Un mes, quizás dos, después de que su madre falleciera,

había intentado acercarse a ella en el colegio, con expresión culpable. Ella se había negado a escucharlo, eligiendo ignorarlo en cada intento. Aunque Mark la había herido primero, fue Soojin quien trazó la barrera entre ellos.

—Lo intentaste. Yo sé que sí —dijo. Anticipando lo que estaba a punto de confesar, los ojos comenzaron a arderle. Mark la había visto llorar muchas veces en los últimos meses, pero de repente se sentía humillada. Se volvió hacia la ventanilla del acompañante.

—Fue más fácil no dejarte volver a mi vida —dijo, con la voz apenas audible entre la lluvia que golpeaba el capó—. Te envidiaba. Tu vida parecía tan perfecta comparada con la mía... Tus padres vivos y tan parlanchines y… Era insoportable. Estaba triste y tu felicidad era irritante. No podía soportarla. Creo que incluso te llegué a odiar un poco.

Mark permaneció absolutamente quieto junto a ella. Se sentía tan avergonzada... Esa era la parte más fea de ella, la que siempre había tratado de ocultar, incluso a sí misma. Pero ya no tenía sentido hacerlo. Ya lo había perdido todo.

—Dios, soy una mierda. —Aún no podía obligarse a mirarlo. Su aliento empañaba las ventanas y veía su propio fantasma pálido reflejado en el cristal—. ¿Qué dice eso de mí, Mark? ¿Que pueda amar a alguien y aun así desearle dolor, únicamente para no quedarme sola con el mío?

Un suave roce a su lado y una mano le acarició la mejilla.

—Que eres humana —contestó él, girándole el rostro para que le mirara—. Dice que eres humana.

Sus ojos castaños parecían muy amables bajo la luz tenue del interior. Ofrecían una compasión que Soojin no estaba segura de merecer y eso le rompió el corazón. Cuando las lágrimas llegaron de verdad, no hubo nada que pudiera hacer para detenerlas.

—Lo siento, Mark —sollozó. Y de verdad lo sentía. Por todo. Porque ¿no era todo culpa suya? Cada desgracia ocurrida en su ciudad durante estos últimos meses: su padre conduciendo sin rumbo bajo la lluvia, buscando al fantasma de su hija; Mark y su

herida; los Silas en sus tumbas. Pero, sobre todo, su hermana resucitada contra su voluntad. Soojin había provocado todo con su egoísmo e incapacidad de ver más allá de sus propios deseos, y no estaba segura de que no fuera demasiado tarde para enmendarlo—. ¡Lo siento tanto por todo!

Mark se inclinó y se abrazaron. Él temblaba involuntariamente mientras la adrenalina del accidente descendía poco a poco. Ella le enterró el rostro en el cuello.

—Va a matarlo, ¿verdad? —dijo Soojin cuando las lágrimas disminuyeron—. A Bentley.

—Imagino que lo intentará, si tu padre no la encuentra primero, supongo —dijo Mark—. Oye, ¿crees que…? —Tragó saliva—. ¿Crees que está bien intentar detenerla?

Soojin miró el rostro de Mark. La sangre se había secado casi por completo en una costra marrón rojizo a lo largo del lateral izquierdo de la cara. Sumergió la manga en la lluvia acumulada en el bolsillo de la puerta y la apoyó contra su mejilla hasta que el rojo cedió lo suficiente para limpiarlo. Luego le enjugó la sangre del oído.

—Si todo lo que ha dicho Bentley es cierto, tanto tu hermana como tu madre fueron perjudicadas por los Porter. Quizá esto sea justicia. Quizá Mirae necesite esto para seguir adelante.

Ella pensó en la hermana que había conocido durante su vida. La chica que barría arañas bajo un vaso para dejarlas fuera cuando el primer instinto de Soojin siempre era aplastarlas. La que besaba a su rata entre las orejas antes de devolverla a la jaula por la noche. Luego Soojin pensó en el sueño que había tenido la noche en que su hermana desapareció: su rata fantasmagóricamente blanca guiándola por el paisaje hasta que encontró a Mirae en la bañera de sus padres, su cuerpo tan ahogado y horrible que no pudo mirarla.

—No —dijo Soojin—. No lo creo.

Porque al final de la venganza, ¿qué quedaba? Cuando todos aquellos a los que odiaba se habían ahogado, cuando los restos de la chica que ya no podía recordar su propio nombre se habían

metamorfoseado más allá de todo reconocimiento, ¿adónde más se podía ir? ¿Qué cielo o infierno la acogería?

Se escurrió la sangre de la herida de Mark de la manga y luego miró más allá de él. Por la ventanilla del conductor, vio algo con un brillo blanco entre los árboles. Se frotó los ojos y se inclinó hacia adelante. No había desaparecido. Había un parpadeo. Una pálida luz fantasmal en la oscuridad.

—¿Qué? —preguntó Mark.

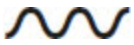
Ella salió del coche tambaleándose en lugar de responderle. A lo lejos, escuchó el gemido de una sirena que empezaba a romper el silencio de la noche profunda y rural.

Mark la siguió, más firme sobre los pies de lo que ella había creído posible.

—Tu padre dijo que te quedaras —le recordó.

—Pero, Mark, mira. —Soojin señaló hacia los árboles, donde Milkis estaba acicalándose el pelaje blanco y resplandeciente. Había una cualidad luminosa en el animal. Brillaba como una luna pálida. Mark entrecerró los ojos en la oscuridad, luego miró a Soojin como si se hubiera vuelto loca. Pero ella no estaba imaginando cosas. Milkis quedaba lo bastante cerca como para tocarla.

—Yo también voy —dijo él, aunque se encontraba débil. Se apoyaron el uno en el otro para sostenerse mientras se abrían camino entre los árboles. El sonido de las sirenas se acercaba cada vez más. La rata muerta salió corriendo hacia el bosque.



Soojin no supo cuánto tiempo estuvieron siguiendo a Milkis por una pendiente tan embarrada que se pasaron gran parte del tiempo tropezando. Las linternas de los móviles apenas disipaban la oscuridad lechosa y antinatural de la noche. Veía, sobre todo gracias a la lámpara del cuerpo de la rata muerta pero no muerta, que avanzaba a toda velocidad entre la maleza. El tiempo se volvía esquivo, como si estuviera soñando.

Cuando surgieron de repente en un claro entre los árboles, Soojin se sintió desorientada, como si la hubieran sacudido para despertarla mientras caminaba dormida.

—¿Dónde está Milkis? —susurró hacia la noche.

—La hemos incinerado, Soo —dijo Mark, aturdido y preocupado —. ¿No lo recuerdas?

La lluvia le caía en los ojos y el río Black Pine se extendía ante su vista como una serpiente hinchada. Sobre ella se alzaba la arquitectura sombría del puente del tren abandonado, pero no había luna. Su rata había desaparecido, integrada en el paisaje como si nunca hubiera existido. Pero sí que había existido. Había llevado a Soojin hasta allí, si no para arreglar las cosas, al menos para intentarlo.

—Soojin, mira —susurró Mark señalando hacia el agua oscura.

Su padre estaba en la orilla rocosa, detenido, como hipnotizado por lo que veía. Había un punto en el río que brillaba con un azul helado, el azul del fuego frío que había envuelto la cabaña la noche del *jesa*, y su hermana estaba de pie en el agua, bañada por esa luz enfermiza de cadmio. Las mangas largas y sueltas de su vestido arrastraban sobre la corriente y extendía un brazo delgado hacia la orilla. Era tan hermosa, su sonrisa tan acogedora que los pies de Soojin se movieron inconscientemente unos pasos hacia ella. Pero había otro cuerpo a lo lejos entre ellas. Eso la detuvo.

A Soojin le costó un momento identificar la forma como Bentley, escondido en la sombra. Pero cuando él se acercó lo suficiente al agua como para que le mojara los zapatos, el resplandor iluminó su expresión vacía.

—Bentley —dijo Soojin, aunque principalmente para sí misma. Su voz se ahogó en el constante sonido blanco de la lluvia golpeando el barro, el río, a ella. Observó a los dos, a Mirae y al chico, atrapados en su mundo privado de traición y cuidados. Él dio su primer paso dentro del agua. Su rostro mostraba la devoción vacía de un animal dirigida a lo primero que ve vivo. Otro paso.

Otro. El agua le llegaba a las rodillas. A los muslos. Soojin estaba clavada en el sitio, con la mano temblando en la de Mark.

—Vuelve —dijo su padre. Su voz sonaba pequeña, como si hubiera olvidado por qué estaba en el río. Ella no supo a quién iban dirigidas esas palabras, a su hija o al chico que, por propia voluntad, caminaba para unirse a ella.

Cuando el río le llegó a Bentley a la cintura, Soojin se preguntó, casi con desapego, si estaría asustado, si pensaba en algo mientras Mirae le tocaba las mejillas y luego bajaba las manos hasta su garganta, suavemente, como una amante, y la rodeaba con los dedos.

El hechizo ilusorio que había tejido la noche se rompió. La cara plácida de su hermana se convirtió en algo horrendo. Unas dendritas azul oscuro pulsaban por su cuerpo como arterias de agua vistas desde arriba. Los sacó a todos de su ensimismamiento. Ahora su padre gritaba, como si hubiera vuelto en sí. El agarre de Mark se apretó tanto que pareció aplastarla.

Mark se había equivocado. Matar a Bentley no mitigaría el rencor de Mirae, solo lo alimentaría. Soojin imaginó a su hermana encadenada al río mucho después de que todos los que la conocían se hubieran ido. Y sería culpa de ella, por haberla resucitado para su propio consuelo. No podía permitir que eso ocurriera.

Se liberó de la mano de Mark y corrió hacia la orilla. Bentley emitió un ruido lastimero cuando Mirae apretó con más fuerza, pero solo como consecuencia de seguir vivo. Su rostro no mostró miedo cuando ella le hundió el cuerpo entero bajo el agua y lo mantuvo allí. La espuma de su respiración bajo la superficie se agitó y luego quedó quieta.



Su experimento de amistad no había consistido solo en entierros y cremaciones. Hubo días en los que Bentley y Mirae disfrutaron tranquilamente de la compañía del otro, en los que la verdadera ternura amenazaba con irrumpir. Poco antes de que Mirae enterrara un hueso y finalmente oyera la voz de su madre suplicándole a Christopher Porter que la dejara en paz, tuvo lugar una de esas noches.

—Sigue hablando de San Diego. De que va a presentar la solicitud y podremos vivir juntas y… —Mirae suspiró y se dio con la mano la cabeza. Un movimiento inconsciente que Bentley supo interpretar como frustración. Estaban sentados en el puente del tren en una templada noche de verano, observando a las luciérnagas parpadear los globos brillantes de sus cuerpos.

—Pensaba que querías a tu hermana —dijo Bentley, con un leve amargor en la voz que no supo contener. Soojin era la razón por la que Mirae insistía en que su amistad fuera secreta, como si Bentley

pudiera controlar lo que su padre hacía contra la Pensión Han. Una luciérnaga pasó junto a él y la apartó de un manotazo. No pudo comprender por qué lo había hecho y, al observar cómo la luz fallida descendía en arco, se sorprendió de su propia crueldad.

—Sí que la quiero. La quiero más que a nada. Es solo que, si me sigue, ¿no es mi vida más de lo mismo? Tener que seguir aparentando, de cara a ella y a mi padre. Yo solo… Yo realmente quería algo distinto.

—Entonces, díselo —dijo Bentley. No entendía a qué venía tanto alboroto—. Dile que no. Dile que solicite en cualquier sitio salvo donde tú vayas a ir.

—Nunca has tenido que preocuparte por nadie, ¿verdad? No lo entiendes. —Se soltó el pelo de la coleta y dejó que le cayera en ondas desordenadas alrededor del rostro—. Si la rechazara así, le rompería el corazón. No sabes lo que es ser la hija mayor en una familia como la mía. Tengo que ser todo para todos. Tengo que ser perfecta. —Se estremeció como si la palabra le enviara un rayo de desagrado—. ¿Sabes?, mis familiares siempre me llamaban así: «perfecta». Solía pensar que era un cumplido, pero ahora entiendo lo que significa en realidad. «Perfecta», para las hijas, quiere decir ser humilde. Ser perfecta significa borrar tus propias necesidades en favor de las del otro. Ser perfecta me ha dejado jodidamente cansada.

Mirae tomó una piedra de las vías y la lanzó. La perdió de vista por un momento hasta que cayó al agua. La onda se expandió lentamente bajo ellos como un ojo que se dilata.

—Quiero salir de aquí, Bentley —continuó, rompiendo el silencio de él—. Quiero estar sola para hacer cada cosa imprudente y egoísta que se me ocurra, y no tener que cumplir las expectativas de nadie. No quiero que nadie me admire ni dependa de mí. Quiero tomar un millón de decisiones estúpidas y horribles hasta pudrirme del todo, solo porque puedo hacerlo. Quiero llenarme de errores para que, cuando vuelva a ser buena, sea porque yo lo he elegido.

Una vez que terminó de hablar, la respiración le empezó a salir en bocanadas cortas, espasmódicas, entre la ira y el alivio. Durante un rato, Bentley solo pudo mirarla. Nunca la había visto tan alterada, pero ahora podía ver las pequeñas fracturas bajo su impecable fachada. Ese resentimiento bajo y constante que llevaba consigo y reprimía hasta que podía confundirse con compostura. En aquel momento, su catarsis la hacía demasiado radiante, tenía los ojos tan salvajes que lo dejó boquiabierto.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Qué pasa? ¿Por una vez no tienes nada que decir?

Bentley notó los labios secos. Se los humedeció. Cuando habló, la voz sonó como arrastrada por el viento.

—¿Por qué tienes que irte de la ciudad para eso? Puedes empezar aquí, ¿no? ¿Quieres hacer algo malo conmigo esta noche?

Ella resopló, mirando al río debajo de ellos.

—¿De verdad? Eres increíble. —Ella pensó que se trataba de una proposición sexual, pero no lo era, en absoluto.

—Vamos —dijo él sin más explicación y le ofreció la mano. Mirae dudó, pero la tomó y él la condujo de vuelta a su coche. Se subió en silencio y, cuando se dio cuenta de que la llevaba a su casa, un lugar en el que nunca había estado, no hizo ningún intento de protestar, y así él supo que iba en serio. Quería tomar malas decisiones, quería la libertad de destrozarse como otros jóvenes. A él lo veía como una fuerza de destrucción y estaba dejando que la guiara.

—¿Tu padre no está en casa? —preguntó. Tenía las manos entrelazadas en el regazo.

—Está fuera de la ciudad. Viaje de negocios —respondió Bentley, ante lo que ella no dijo nada.

En cuanto entraron en la finca y cerró la puerta tras ellos, Mirae lo empotró contra la puerta. Con su cuerpo pegado al de él, le recorrió con los labios la línea del cuello mientras le desabrochaba la chaqueta y lo obligaba a quitársela. Cayó al suelo con un golpe sordo. Cada centímetro de piel que tocaba la boca de ella le ardía y le mandaba descargas a lo largo de la columna. Mirae olía al río por

el que habían caminado antes y, en el pliegue del cuello, a jabón Ivory. La mano de él se hallaba tras la cabeza de ella y quería enredarse en su pelo negro para inclinarle el cuello hacia atrás. Quería…

Pero eso no había sido su intención cuando la llevó a casa.

Aun así, ¿no lo había imaginado durante un año? Esa chica, atrapada entre una pared y su cuerpo, sus largas hectáreas de historia familiar y daños, muy atrás. Podía hacerlo, podía ver que ella lo seguiría. Podía presionar sus labios contra los suyos y empujarla por el pasillo hasta su habitación con amplias ventanas. Podía aplastarla contra la cama y pensar «mía».

Pero la manera en que las manos de Mirae se movían para desabrocharle el cinturón era mecánica y, cuando él apartó el rostro sonrojado de su clavícula, los ojos de ella estaban distantes. No lo estaba viendo en absoluto. En su desesperación por escapar, lo había borrado.

Así no iba a ser.

La movió para apartársela del pecho y lo miró interrogante.

—¿No es esto lo que querías? ¿Nuestro acto prohibido?

—No, estúpida —jadeó él. El pelo le había caído sobre los ojos y se lo apartó; se llevó una mano a la boca intentando recomponerse. Se giró para volver a abrocharse el cinturón—. Joder, y tú me acusas de ser un pervertido.

Mirae se dejó caer hacia atrás, humillada.

—Lo siento. Lo entendí mal…

—Ya me pedirás disculpas después. Vamos. —La tomó del brazo y la condujo a través del lujoso vestíbulo vacío de su casa. Bajaron a un sótano tan amplio que bien podría haber sido un apartamento propio. Cuando Bentley encendió las luces, el descuido se hizo evidente por la forma en la que el polvo flotaba en el aire como un velo brillante. Las paredes estaban forradas de estanterías repletas de cosas: cristalería, estatuas, jarrones de porcelana verde con garzas grabadas en los bordes...

Mirae caminó delante de él y pasó el dedo por una gruesa capa de suciedad de una estatua de mármol blanco, la representación de una mujer embarazada que se sostenía el vientre con expresión somnolienta, como si un día se hubiera despertado con un hijo dentro y aún creyera estar soñando. Bentley se acercó por detrás, estiró la mano por encima de su hombro y tocó el vientre abultado de mármol. A su padre le desagradaba esa estatua y la había guardado ahí junto con otros regalos que consideraba demasiado llamativos para exhibir, pero demasiado valiosos para tirar. Todo en ese sótano valía cientos, si no miles, de dólares. Algún día sería la venta de bienes más ostentosa de la historia. Pero, por ahora, solo era la basura de un hombre rico.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó Mirae.

Bentley tomó una figurita de cristal Swarovski brillante, un ciervo translúcido con grandes astas, y se la entregó. Luego agarró un jarrón de porcelana para él.

—Pensé que habías dicho que querías hacer algo prohibido esta noche —dijo antes de levantar el jarrón por encima de su cabeza.

—¡Bentley! —jadeó ella, pero ya era demasiado tarde. Lo lanzó contra el suelo. Vio los ojos de Mirae abrirse antes del estallido. La porcelana blanca y azul voló por todas partes.

—¡Joder! ¿Qué…? ¿Has perdido la cabeza? —gritó ella.

Él tomó otro jarrón de la estantería.

—Has dicho que querías hacer algo malo. Esto cuesta un huevo. Destruirlo está mal. Esto sí que es hacer algo malo. Haz esto malo conmigo. —Lanzó el jarrón al suelo y estalló en una explosión de jade. «No puedo creer que haya hecho eso», pensó el chico. «No puedo creer que esté haciendo esto». Le temblaba la visión, como si mirara a través de un gran calor, y luego se estaba riendo a carcajadas.

—Estás loco —dijo Mirae, con voz insegura y temblorosa. Él apenas podía oírla entre las risas—. Tu padre te va a matar.

—¿Has visto la cantidad de polvo que hay aquí? ¿Te parece que ha estado alguien en los últimos años? Ni siquiera la sirvienta. Solo

tú y yo, y solo ahora. Vamos. Nadie lo sabrá —dijo Bentley—. Para cuando él baje aquí, dentro de varios años, los dos habremos dejado esta ciudad de mierda. —Lo que no dijo era que, a veces, en sus momentos más tontos, se atrevía a imaginarse que eso lo harían juntos. Los dos, en otro lugar. Empezando de nuevo. Le puso la mano en la mejilla y le pasó un pulgar distraído por el lateral de la boca. Nunca la había tocado así antes, de manera siquiera cercana a la ternura. Mirae no se inclinó hacia su contacto, no reaccionó en absoluto—. No hay ninguna razón en este mundo para que tengas miedo ahora.

Ella miró el ciervo de cristal en sus manos, con la incertidumbre marcada en el rostro. «No va a hacerlo», pensó él. Pero luego la determinación apareció en su expresión y Bentley observó extasiado cómo lo levantaba. «Eso es», pensó cuando se detuvo y lo sostuvo en alto como si fuera una ofrenda. Continuó y aflojó el agarre para que el ciervo de cristal se hiciera añicos a sus pies.

—Joder —jadeó—. Joder. Tendría que trabajar como treinta horas para pagarlo. —Tenía las mejillas sonrojadas. Había acertado al traerla aquí. El brillo de sus ojos lo hizo sentirse digno. Era justo lo que había querido.

—¿Ha sido lo suficientemente malo? —preguntó Bentley levantando la figura de mármol de la mujer embarazada hacia ella. Eso sí que era realmente caro. Si su padre se enteraba, estaría muerto. Ya se preocuparía por eso mañana—. ¿Ya eres lo bastante mala?

¿Había visto un desafío en los ojos de él? Tomó la estatua de mármol y la lanzó al suelo, pero no con suficiente fuerza como para que se hiciera añicos. En su lugar, se partió en tres secciones distintas: la cabeza de la sonámbula, la falda plisada y el vientre abultado. Él recogió solo la parte del embarazo y agitó el ombligo fracturado ante sus ojos desconcertados.

—¡Eso ha sido una mierda! —gritó, sintiéndose fuera de control —. Toda tu vida has sido buena, no sabes cómo ser de otra manera. Te queda mucho por recorrer.

Mirae permaneció en silencio mientras la luz fallaba y los sumía en una oscuridad total. Cuando volvió, ella le había arrebatado el vientre blanco de las manos. Lo palpó como si fuera un pomelo, evaluando tamaño y peso con desapego clínico antes de lanzarlo hacia abajo con todas sus fuerzas, con una expresión incandescentemente concentrada. Un estallido blanco. El vientre se rompió en fragmentos, sin dar a luz nada. Se quedaron paralizados, sin aliento, hasta que sus ojos se encontraron sobre el desorden.

Y entonces comenzó el frenesí. Los dos se pusieron manos a la obra en el sótano, cogiendo antigüedades de las estanterías y estrellándolas contra el suelo. Platos. Porcelana. Bustos de mármol de santos que ninguno sabía identificar. Qué más daba. A su alrededor se levantaban nubes de polvo. El cristal les cortaba los tobillos, aunque estaban demasiado absortos para notar cómo la sangre les convertía los calcetines en cilindros rojos y húmedos. Miles de dólares perdidos. Celadón, cristal, porcelana, jade. Cuando finalmente se cansaron, con una galaxia a sus pies, estaban cubiertos por una fina capa de brillo. Ambos luminosos, malos y perfectos.

Jadeaban juntos en esa neblina hasta que Mirae logró hablar.

—Estoy sola —admitió, pero reía. Lloraba. Estaba desolada y cubierta de vestigios de riqueza. Todo podía ser cierto. Las lágrimas le surcaban el rostro con líneas limpias—. ¡Estoy tan jodidamente sola todo el tiempo! ¿Me he hecho esto a mí misma? Es como si fuera un fantasma en mi propia casa. Nadie me ve realmente. No sé quién soy.

Bentley sabía lo que venía después. Esa era la noche que más recordaría, después de todo. La tomó entre los brazos y la sostuvo hasta que se vació. Luego subieron al piso de arriba, a la cocina, donde bebieron a escondidas tragos de *whisky* de los armarios de su padre hasta que les ardieron los rostros. Nada tenía sentido y terminaron encontrando el camino a su habitación de grandes ventanas. Las cortinas se hinchaban y se movían con esfuerzo mientras yacían en la cama, pero no se tocaban.

—No sé dónde poner tu soledad —murmuró él, con un codo sobre los ojos para mantener apartada la luz de la luna. Estaba cálido, borracho y despreocupado de la destrucción que habían causado.

—Solo llévala por mí esta noche, Ben —murmuró ella y su raro uso del nombre preferido de él le apretó el corazón y luego lo soltó. Solo su madre lo llamaba a veces así; su padre siempre favorecía la formalidad del nombre entero. Cuando su madre murió, pensó que nunca dejaría que nadie volviera a llamarlo de ese modo. Que nadie sería lo suficientemente cercano a él para merecerlo. Mirae sí lo era. Quiso decírselo, pero estaba agotado. Las palabras de ella sonaron redondas y arrastradas cuando volvió a hablar—: Prometo que mañana me la llevaré conmigo.

A la mañana siguiente, ella se había ido y dejado una fina capa de polvo de porcelana sobre las sábanas. Cuando la vio en la escuela, intercambiaron asentimientos clandestinos y fingieron que la noche anterior nunca había ocurrido, a pesar de las vendas que ambos llevaban alrededor de los tobillos destrozados.

Pero Mirae era una mentirosa; le había dejado parte de su soledad. Dos meses después de aquella noche, cuando la vio inclinarse sobre el puente, él se envolvió esa soledad como un chal y destruyó lo que habían dejado intacto en aquel sótano, sintiéndose no malo, sino miserable hasta lo más profundo.

«De verdad que quería ser mejor», pensó Bentley mientras el agua le cubría la cabeza. «Bueno, qué se le va a hacer». La chica que tanto conocía como desconocía lo arrastraba hacia abajo; sus manos frías le agarraban la garganta. «Pero supongo que finalmente lo estamos haciendo». Perdió el aliento. Salió de él en una nube que se elevó a la superficie del río como un vientre hinchado. Lo vio estallar contra la superficie y aplanarse. «Lo estamos haciendo, Mirae», pensó, con la mente hecha un jarrón en añicos. «Nuestra cosa mala».

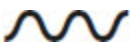
Soojin se lanzó al agua tras ellos. Durante los primeros segundos, el *shock* del frío la dejó indispuesta e incapaz de luchar contra la corriente. Perdió el equilibrio y su rostro se sumergió bajo la superficie. Emergió tosiendo y agitando los brazos, habiendo olvidado su motivo para entrar. Pero entonces vio a su hermana lo bastante cerca como para tocarla. Soojin alcanzó las profundidades negras y tanteó a ciegas hasta dar con sus manos frías.

—¡Mirae, para!

Su hermana no respondió, apenas parecía percibirla. Estaba pálida y azulada bajo la luz fantasmal. El rostro, desprovisto de los amables ojos marrones, no revelaba nada más que una ira animal y muda. Soojin quiso cerrar los ojos ante ese ser irreconocible y nadar de vuelta a la orilla, pero la devoción la mantuvo firme en su lugar. Separó los dedos de Mirae del cuello de Bentley justo el tiempo suficiente para que la corriente lo arrastrara fuera de su alcance, antes de que su hermana se lanzara sobre él de nuevo. En algún lugar detrás de ella, su padre luchaba contra los rápidos e intentaba alcanzarlos.

—¡Soojin! —gritó Mark desde la orilla.

—¡Ayúdalo! —gritó ella señalando el cuerpo de Bentley, que flotaba rápidamente río abajo. Mark dividió la atención entre las hermanas y Bentley como si estuviera desgarrado; luego salió a toda prisa para interceptar al chico. Soojin apenas tuvo tiempo de preguntarse si seguiría vivo antes de que algo se le enroscara en la muñeca y la empujara a las profundidades.



Bajo la superficie, el río estaba tranquilo. La presión se acumuló en los oídos de Soojin hasta que ya no pudo oír el zumbido de la lluvia ni el aullido del viento. Todos los sonidos del mundo vivo se amortiguaban como si los oyera a través de un límite similar a un útero. Mark gritándole frenéticamente su nombre, su padre batiendo el agua con los pies. Todo sonaba increíblemente lejano.

Debajo de ella, el lecho del río se convulsionaba con una masa negra que se retorcía y que casi confundió con las ramas de un sauce. Pero era pelo. Montones y montones de sedoso pelo negro. Brotaba por las grietas de las rocas y se extendía por el sedimento como un ser vivo y consciente. El pelo se le había enroscado en las muñecas y los tobillos para arrastrarla hacia abajo, y ahora la mantenía allí, sumergida, mientras el aire presionaba contra los pulmones, la garganta, desesperado por abandonarla.

«Lo siento», pensó Soojin mientras los restos de su hermana se alzaban frente a ella, con los ojos oscuros y las manos pálidas que la arañaban como si cualquier venganza sirviera. No se parecía en nada a Mirae. Si había algún reconocimiento, ya no importaba. El cuerpo de Soojin le decía que luchara, que intentara librarse del pelo que le envolvía las extremidades, como si forcejear sirviera de algo. Pero si este era el final, no condenaría a Mirae a la maldición de haberla asesinado. A medida que la visión se le tornaba blanca, Soojin eligió su única otra opción. Abrazó a su hermana.



Soojin abrió los ojos a una opresiva luz dorada. Cuando aspiró con un jadeo entrecortado, no le entró agua en los pulmones. Tenía los pies mojados. Estaba descalza sobre el azulejo blanco y brillante del baño de sus padres. Todo era falsa alegría: juegos de toallas amarillas y un difusor de aceite de rosa vacío. En la esquina, la cortina estaba corrida alrededor de la bañera con patas de garra y, tras ella, se escuchaba un llanto contenido.

Soojin ya había visto esa escena antes, cuando Milkis la había guiado en sueños la noche del *jesa*. Aquella visión tenía la dolorosa claridad de una pesadilla. Pero esta vez era diferente. Ahora el baño tenía la palidez de un recuerdo que se desvanecía rápidamente. Unas motas de luz flotaban sobre su visión como para iluminar la escena, para ayudarla a ver lo que antes se le había escapado.

Se acercó a la bañera y se inclinó para retomar una caja húmeda que estaba volcada sobre la alfombra. Tampones esparcidos por el suelo en sus pequeños envoltorios de colores. Algunos

estaban abiertos y desechados sin usar, con el algodón hinchado por el agua del baño derramada.

—Unnie —llamó Soojin, sujetando el borde de la cortina de la ducha. El agua no corría. Podía oír su suave chapoteo al golpear los lados de la bañera. El goteo residual del grifo—. Unnie, voy a abrir esto, ¿vale?

Silencio.

Tiró de la cortina y se quedó paralizada. Su hermana estaba allí, como esperaba, sumergida hasta el cuello con la espalda vuelta hacia ella.

Pero era una niña.

El pelo le caía en enredos desordenados delante del rostro, extendiéndose debajo de ella como una cortina negra. El agua tenía la cualidad lechosa de la espuma disuelta y el olor de burbujas de baño con aroma a chicle resultaba empalagoso.

Soojin rodeó lentamente la bañera, preparándose antes de arrodillarse. Mirae levantó la vista. Tenía los enormes ojos oscuros de un cervatillo de un año.

—Hola —dijo Soojin en voz baja. Estaba preparada para una hermana de casi dieciocho y monstruosa; no para una niña. No sabía qué hacer.

—No sé qué hacer —dijo Mirae. Soojin se sobresaltó. Por un momento pensó que su hermana niña le había leído la mente, pero Mirae señalaba más allá de ella, gesticulando torpemente hacia la alfombra de baño sobre la que Soojin estaba agachada. Los tampones. Cuando volvió la atención a Mirae, su hermana se había llevado el pelo mojado ante los ojos como si corriera una cortina—. Lo intenté, pero me acobardé. Tengo miedo.

Soojin miró el agua. Su hermana debía de llevar mucho tiempo allí sentada; no se levantaba ningún vapor de la superficie lechosa. Un delgado hilo de sangre se enroscaba y se dispersaba como humo de incienso sobre la superficie opaca.

—Está bien. Puede dar mucho miedo —dijo Soojin extendiendo una mano para apartarle el pelo del rostro a su hermana. Mirae se

separó de ella y se negó a mirarla. Soojin retiró la mano. Tras una pausa, Mirae suspiró y se apartó el pelo del rostro, una invitación a mirar. A hablar.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Soojin suavemente.

—Once —respondió Mirae. Y once significaba…

—¿Dónde está tu mamá, Mirae?

Su hermana pareció colapsar hacia dentro. Ya pequeña para su edad, se hizo aún más pequeña mientras se le deslomaban los hombros.

—Ya no tengo ninguna.

—¿Y tu otra familia? ¿No puede ayudarte? —preguntó Soojin, aunque ya lo sabía.

Mirae pareció querer decir algo, pero se detuvo, con los ojos húmedos. Hizo un vaivén con la garganta al tragar rápido y, sin previo aviso, sumergió el rostro en el agua. Las burbujas rasgaron la superficie cuando su hermana-niña exhalaba. Permaneció quieta el tiempo suficiente para que Soojin se pusiera nerviosa, pero justo antes de que fuera a obligarla a salir, Mirae volvió a la superficie. Se secó furiosamente el agua del rostro y se encogió de hombros. Tenía los ojos enrojecidos y lejanos, pero su voz era firme.

—No sé.

De niña, Mirae siempre había sido inusualmente contenida. Incluso después de la muerte de su madre, rara vez perdía el control, como sí hacían Soojin y su padre. Pero ahora Soojin entendía que se había equivocado. Romperse en privado no era menos real.

—Debes de haberte sentido sola —dijo Soojin. La breve inmersión había pegado el pelo desordenadamente contra la frente de Mirae, y Soojin se lo apartó. Esta vez su hermana niña lo permitió y se recogió los mechones mojados detrás de las orejas—. Lo siento.

En los campos lejanos, Soojin le había dicho a Mark que, entre él y su hermana, siempre elegiría a su hermana. Eso había sido una mentira. Ahora se daba cuenta. Mark nunca había contado para nada. Esta era la verdad: entre ella y su hermana, Soojin siempre se

elegiría a sí misma. Sus deseos, su soledad. Mirae había dedicado toda su corta vida a ella y, a cambio, Soojin había hecho que la muerte de su hermana también girara en torno a ella.

—Lo siento —dijo de nuevo.

El labio de Mirae tembló. Intentó esconder el rostro otra vez en el agua, pero Soojin la detuvo y le secó las lágrimas con la manga cuando cayeron. Metió la mano en el agua perlada, buscó el tapón y tiró de él. El agua fría bajó por el desagüe y dejó a su hermana temblando contra el esmalte. Soojin tomó una toalla mullida del perchero y se la puso a Mirae alrededor de los hombros—. Vamos —dijo. La ayudó a ponerse en pie, la sostuvo mientras salía de la bañera y luego hizo que su hermana se sentara en el borde.

Soojin se arrodilló frente a la caja de tampones, todavía volcada de lado. La enderezó, colocó los paquetes sin abrir dentro y cerró la tapa.

—Estos son un poco intensos para la primera regla —dijo Soojin guardando la caja en el mueble de debajo del lavabo. Revisó el familiar caos dejado por su madre: un rizador de pelo y un secador con sus cables enredados irremediablemente, las mascarillas compradas a granel en un viaje a Corea, una caja de maquillaje antiguo que había usado hasta el fondo y que, por alguna razón, nunca había tirado. Y entonces Soojin finalmente lo encontró, una única compresa acumulando polvo en el fondo.

—¡Aquí está! —dijo Soojin y levantó, triunfante, el paquete rosa a la vez que cogía la ropa interior doblada del mostrador—. Esto te hará sentir mucho menos miedo.

Desenvolvió el protector y se sentó frente a su hermana niña.

—Se usa así —dijo Soojin y desplegó las alas y retiró el papel que cubría las tiras adhesivas. Presionó el protector sobre la longitud de la prenda interior y dobló las alas alrededor—. Así se queda en su sitio. ¿Ves? Es fácil. Pero hay que asegurarse de que esté bien colocada —indicó, igual que Mirae había hecho, años atrás, durante el primer ciclo de Soojin, cuando había llegado a casa llorando, con

un suéter atado a la cintura para ocultar la mancha roja que se expandía por la parte trasera de sus pantalones.

La voz de Mirae en su memoria: «No llores —le decía—, le pasa a todo el mundo. Ahora mírame, Soo. ¡Es fácil! Solo fíjate en no ponerla demasiado delante, o podrías manchar. Ya está».

—Ya está —dijo Soojin secándose rápidamente los ojos con la manga, antes de levantar a Mirae con la compresa correctamente colocada.

Mirae asintió, pero tenía el rostro flojo y agotado. Resultaba extraño ver tanta tristeza contenida en una cara tan infantil.

—¿Estás lista? —preguntó Soojin.

Su hermana se dejó guiar hasta el dormitorio de sus padres. La disposición de los crisantemos blancos marchitos le indicó a Soojin que el funeral debía de haber pasado, pero el padre aún no había podido guardar nada. La ropa de su madre continuaba colgada en las sillas como llevaba desde la noche del accidente. Su maquillaje seguía esparcido sobre el tocador, junto a una pequeña legión de horquillas y un cepillo con pelo aún enredado entre las cerdas.

Soojin sentó a Mirae en la cama y fue a rebuscar entre la ropa de su madre en la cómoda. Encontró un pijama blanco con unos cordones que se podían ajustar lo suficiente para la pequeña figura de Mirae. Su hermana se perdía en esa ropa. En el espejo del tocador, junto a la cama, innumerables cuerpos blancos la miraban en silencio, con los rostros despojados de toda característica. Más allá, las ventanas que deberían dar a los rosales trepadores mostraban solo corrientes bravas, como si la casa estuviera sumergida en un cuerpo violento que presionaba sus manos frías y azules contra el cristal, buscando una entrada.

Soojin cerró los ojos. Los abrió. Debía mantenerse calmada. Se volvió y tomó el cepillo de su madre del tocador intentando controlar el temblor de las manos. Metió los dedos entre los pelos compactados atrapados en las cerdas y tiró. Los mechones salieron enredados como un nido negro de gorrión y ella permaneció sobre la papelera, incapaz de soltarlos. Absurdo. Y sin embargo así estaba.

Se oyó un pequeño sonido como una campana lejana. Las figuras en el espejo señalaron algo detrás de ella. Soojin se giró. Unas pequeñas grietas se habían formado en la ventana del dormitorio. La presión insistente del río estaba resquebrajando el cristal. Las astillas blancas se desplazaban por la ventana y unas pocas gotas se filtraban a través de las minúsculas aberturas y descendían por las paredes, oscureciendo la pintura de manera similar a la tinta. No tenía tiempo para eso. Abrió la mano y la redecilla del pelo de su madre cayó sobre servilletas y recibos arrugados.

—Te voy a peinar, ¿vale? —preguntó Soojin al volverse hacia Mirae.

Cuando presionó las cerdas sobre el cuero cabelludo de Mirae, su hermana se retiró.

—Puedo hacerlo yo —dijo Mirae, no con antagonismo, sino con una obstinación nacida de una autosuficiencia casi patológica.

—Sé que puedes —dijo Soojin. La cama se hundió mientras se sentaba detrás de su hermana—. Por favor, sé que puedes hacerlo todo sola. Pero, por una vez en tu vida, déjame.

Tras una larga pausa, Mirae cedió. Cerró los ojos y permitió que Soojin le pasara el peine por la longitud del pelo. Soojin se tomó su tiempo, a pesar de que el cristal se fragmentaba más y el río se precipitaba y se acumulaba al pie de la ventana, empezando a extenderse por el suelo de madera. Desenredó cada nudo hasta que las hebras negras quedaron lisas sobre la espalda de su hermana. Cuando terminó, los tobillos de ambas estaban sumergidos y Mirae lloraba.

—Mi mamá solía peinarme —dijo. No había bañera en la que ocultarse. Apartó la cara y se secó las mejillas con las pequeñas manos arrugadas. Al otro lado de la habitación, la ventana finalmente se rompió. Los fragmentos de cristal les flotaban alrededor de los tobillos, provocándoles cortes. Mirae no parecía notarlo, aunque las heridas de ambas teñían el agua de rosa.

—¿De verdad? La mía también lo hacía —dijo Soojin. «Y tú también lo hiciste una vez».

La habitación se llenaba rápidamente de agua. Desde fuera de la casa, llegaba la voz furiosa de una niña, amortiguada por los rápidos. Allí no estaban a salvo.

—Listo. ¿Estás preparada? —No especificó para qué, ni ella misma lo sabía. Pero Mirae no preguntó nada. Confiada, entrelazó una mano pequeña con la de Soojin y ambas salieron del dormitorio de sus padres.

El resto de la casa no estaba mejor. El agua entraba por la chimenea y arrastraba las zapatillas de los estantes. Alcanzó la cintura de las hermanas a la vez que atravesaban los pasillos oscuros de su hogar. Pasaron por la cocina, y escucharon el suave llanto del padre y los platos cayendo de las estanterías; pasaron por la sala de estar, donde la televisión flotaba boca arriba en el agua, iluminando la habitación con una luz azul fría mientras un anuncio de Zoloft enumeraba sus efectos secundarios. Luego, finalmente, por la escalera, que se había convertido en un estrecho arroyo descendente.

Cuando llegaron a su dormitorio, Soojin cerró la puerta con llave. Un gesto inútil. El espectro estaba allí. Era su hermana y, como el agua, no podía mantenerse fuera por mucho tiempo. Afortunadamente, la ventana del dormitorio aún no se había roto, pero gemía como si fuera a estallar en cualquier momento.

—¿Soo? —llamó Mirae desde atrás. Por primera vez, hubo reconocimiento.

Al volverse, Soojin se sorprendió al encontrar a su hermana, que hasta ahora había parecido tan pequeña, a la altura de los ojos. Soojin miró hacia abajo, tocó su propio cuerpo, incrédula. De repente llevaba pijamas mullidos, que había dejado de usar hacía años, con hámsteres de dibujos animados que colgaban guirnaldas en árboles de Navidad.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Mirae.

Soojin dirigió la vista más allá de la cabeza de Mirae, hacia el espejo de la pared, esperando volver a ver los cuerpos sin rostro, pero solo se vio a sí misma. Tenía diez años y estaba asustada, llevaba el pelo cortado por debajo del mentón. Soojin no sabía qué tipo de hechizo era ese, pero volvía a ser una niña. Observó el dormitorio, suspendido para siempre tal y como estaba en el mes de la muerte de su madre. Las flores marchitándose en la mesita. En el suelo, los juguetes que Mirae pronto guardaría y no volvería a tocar.

—Así que es aquí donde te he encerrado —dijo Soojin, con la voz apenas audible sobre el sonido del agua contra el cristal.

—¿Qué? —Mirae inclinó la cabeza. No la había oído, pero algo en el rostro de Soojin debió de preocuparle, porque caminó hacia ella y apoyó una mano pequeña en la frente de Soojin—. ¿Soo? ¿Estás bien? Pareces un poco enferma.

Soojin pudo ver el cambio en la actitud de su hermana. Había desaparecido la niña vulnerable de la bañera. La máscara de compostura había vuelto. Soojin, una vez más, la había forzado a ponérsela y eso era insoportable.

Soojin apartó la mano de Mirae.

—No estamos bien. Tú y yo nos estamos ahogando —dijo—. Nos estamos ahogando la una a la otra. —Vio una agitación de espuma al otro lado de la ventana. Una mano blanca presionó contra el cristal y luego se retiró.

—Eh, bueno. ¿Por qué no te sientas un poco? —propuso Mirae tirando de ella hacia la cama, pero Soojin voló a su escritorio y sacó todo el cajón para revisar su contenido. Tiró bolígrafos, hojas sueltas de origami, exámenes escondidos con un «Suspenso» en tinta roja y fotos escolares del tamaño de un pulgar. Mirae se acercó lentamente por detrás—. ¿Qué buscas?

La ventana del dormitorio estalló. El agua se derramó a través de ella como en un acuario roto. Ramitas y algas arrastradas por la corriente se les enredaban en los tobillos. Largas y continuas hebras de pelo negro se extendían por la habitación, desplegándose en el

agua como serpientes negras curiosas. Mirae no prestó atención a nada de eso.

Soojin finalmente lo encontró. Triunfante, sacó el diente en su bolsa de plástico gastada del fondo del cajón.

—Unnie, ¿qué deseaste aquel día, cuando se te cayeron los dientes de leche y papá y mamá te hicieron lanzarlos al cielo?

Mirae contempló su diente balanceándose dentro del plástico transparente y levantó las manos como para contener a Soojin, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—¿Qué te pasa de repente?

El agua les llegaba ya a los muslos y subía rápidamente. Unos peluches y un despertador chillón flotaban a su lado. Soojin los apartó y avanzó entre el agua.

—¿Qué deseaste? Porque no podía ser esto —continuó, señalando la habitación destruida: el papel pintado despegándose, los cristales, una paleta de acuarelas liberando remolinos de pintura en el agua. Mirae la observó en silencio, ajena a la destrucción a su alrededor.

Soojin sacudió el diente y presionó sus surcos en forma de media luna contra la palma de Mirae.

—Necesito que mires —dijo—. Mira lo que nos he hecho.

La confusión desapareció del rostro de su hermana en cuanto Soojin se lo puso en la mano. Un estremecimiento recorrió a Mirae al ver el futuro contenido en ese diente que su yo espectral portaría.

Soojin imaginó lo que su hermana veía, un cielo oscuro revolviéndose mientras ella caía al río y era arrastrada vorazmente a su interior. El ventilador de techo de la cabaña girando lentamente. Unos ojos azules asustados. Lluvia. El propio rostro estúpido de Soojin mirando hacia abajo a la vez que hundía las manos en el suelo, tan ansiosa y esperanzada, pensando solo en sí misma.

—¡Ah! —Mirae se estremeció violentamente y el diente de leche se le cayó en el agua, donde desapareció al instante como una gota de lluvia que se aplasta sobre la superficie de un lago. Se llevó la mano a la mejilla, cerró los ojos con fuerza y, tras un momento, se

inclinó hacia delante para escupir saliva teñida de sangre en las aguas turbulentas. Soojin entendió inmediatamente lo que había pasado: la encía de su hermana pequeña se había abierto al volver a salir el diente.

Mirae observó con ojos muy abiertos la destrucción que finalmente podía ver. «Oh, Dios», vocalizó sin sonido antes de volver a centrar los párpados con intensidad.

—No deberías estar aquí. Es peligroso.

Incluso en ese momento, con el agua cercándolas por todos lados, Mirae seguía pensando primero en Soojin.

—Tú tampoco —dijo—. Y sin embargo aquí estás. Por mi culpa.

Algo se deslizó por los tobillos de Soojin. Chilló, lo apartó de una patada y cuando vio qué era, el corazón se le aceleró. El agua se retorcía con gruesos mechones de pelo negro.

Sus pies ya no tocaban el suelo y las dos flotaban, pues el agua les había subido por encima de la cintura. Extendió la mano y Mirae la tomó. Así, las dos se aferraron al bote salvavidas que era el cuerpo de la otra, mientras las estrellas de origami de la mesilla flotaban alrededor de ellas como escamas de pez.

—Te merecías algo mejor que esto —jadeó Soojin con la boca llena de agua—. Si hubiera sido otro tipo de hermana, si me hubiera dado cuenta de que estabas luchando y hubiera intentado ayudarte, no habría pasado nada de esto. —Soojin lo decía en todos los sentidos. La resurrección, sí, pero la corrupción había comenzado mucho antes. Si Mirae hubiera confiado en ella lo suficiente, ¿le habría contado el secreto entre su madre y los Porter? Si lo hubieran enfrentado juntas, ¿se habría encontrado sola en el río con Bentley y habría muerto como lo hizo?

A medida que subía el nivel del agua, el techo iba quedando lo suficientemente cerca como para tocarlo. Pateaban furiosamente para mantenerse a flote. El aire era escaso y, más importante aún, también el tiempo. Soojin no sabía qué le estaba pasando a su cuerpo fuera de esta casa imaginaria. Podría haberse ahogado ya. Pero si eso le daba tiempo para decirle a Mirae lo que debería

haberle dicho mientras vivía, realmente no le importaba ese «después».

—Lo siento —dijo.

—No pas… —empezó Mirae de manera reflexiva antes de que su voz se apagase.

Soojin sabía lo que Mirae estaba a punto de decir: «No pasa nada. Estoy bien», como había asegurado a todos a su alrededor una y otra vez. Pero no estaba bien. No lo estaba y ya no podía obligarse a mentir. Los ojos de Mirae se suavizaron, se llenaron de humedad.

—Gracias —eligió decir, en su lugar, Mirae. Lo dijo con voz débil, pero con un alivio tan genuino que Soojin comprendió lo que esas palabras implicaban. «Gracias por verte por fin a ti misma. Gracias por verme a mí».

—Pero no es demasiado tarde —añadió Mirae, con la voz nuevamente firme—. Aún puedes arreglar esto. —Abrió la boca. A Soojin le llevó un momento entender lo que esperaba de ella, pero, cuando lo hizo, lo único que pudo hacer fue retroceder.

—¿Así que me dejarías en el río para siempre? —preguntó Mirae acariciando la mejilla de Soojin—. Solo te tengo a ti para esto.

Mirae abrió la boca de nuevo e inclinó la cabeza hacia atrás para que Soojin pudiera ver el molar inusualmente puntiagudo en su boca, el que había enterrado hacía tanto tiempo en la tierra. La llave ósea para devolverla a la vida, ahora la llave ósea para liberarla.

¿Cómo podía Mirae seguir confiando en ella después de todo lo que había hecho? La visión de Soojin tembló. En su cabeza había una letanía de recuerdos: imágenes de su hermana y ella riendo mientras corrían por el patio de la escuela. Buscando juntas cristal marino en la playa. Contándose historias durante las noches sin dormir tras la muerte de su madre, con las manos entrelazadas a la vez que la noche cedía a la luz pálida más allá de la ventana.

Pero el pasado se había ido. Se había ido y Mirae aflojó el agarre y liberó una de las manos de Soojin para hacer lo que debían. El agua las separó momentáneamente, para luego volver a juntarlas.

No podía dejar a Mirae allí, en esas aguas crueles. Por mucho que doliera, tenía que liberarla.

—Está bien —dijo Soojin, asintiendo, y tragó saliva mientras sentía un nudo en la garganta. No iba a llorar. Le debía eso a Mirae —. Está bien. Unnie, ¿estás lista?

Soojin metió la mano en la boca de su hermana y palpó hasta sentir los bordes afilados del diente. Era mucho más pequeño que los demás y más frío al tacto. Lo sostuvo entre los dedos. Estaba flojo, con raíces débiles y maleables. Lo empujó hasta sentir cómo se soltaba de la encía y se desprendía.

Fue tan simple, tan fácil. Y, sin embargo, cuando Soojin retiró la mano con el diente de leche reluciente y ensangrentado en la raíz, se sintió herida. Aun así, las dos hermanas sonrieron, sosteniéndose la una a la otra cuando ya la coronilla les rozaba el techo y el agua les llegaba a la barbilla.

—Te quiero —dijo Soojin mientras el pelo se le enroscaba alrededor de los tobillos—. Te quiero, así que ahora te voy a dejar ir. —Intentó desenredar sus pequeñas manos, pero Mirae la sujetó con más fuerza. Las estrellas fluorescentes se habían despegado del techo y ahora giraban a su alrededor, parpadeando como constelaciones empapadas. Las bañaba una tenue luz verde.

—No recuerdo qué deseé entonces con mamá y papá —dijo Mirae. Su voz tenía un eco extraño en la pequeña bolsa de aire que les quedaba—. Pero si pido un nuevo deseo, ¿crees que se cumplirá? —A su alrededor, el agua se agitaba furiosa. Las olas las empujaban contra el techo con tanta fuerza que unas aperturas de luz blanca cruzaban la visión de Soojin. Una corriente lanzó una estrella de plástico en una parábola rápida frente a sus cuerpos, ¿y qué era eso sino una estrella fugaz?

Soojin hizo lo posible por sonreír.

—No tienes nada que perder. Pide tu deseo.

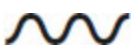
Mirae la abrazó mientras el agua las rodeaba. Su cuerpo había adquirido una lucidez inusual y empezaba a desvanecerse como un

recuerdo. Soojin podía ver los dibujos de la pared a través de su brillo tenue. Un cuerpo que se volvía imaginario.

—Nuestra familia ya no necesita este poder. Deseo que salga de nuestra sangre, para que aprendamos a sanar —dijo Mirae sonriendo—. Y deseo que tú y papá seáis felices sin mí.

El agua les inundó la boca y la nariz. Les sumergió la visión y llenó cada rincón de su habitación de infancia. El mundo se convirtió en un sueño azul. No podía respirar, ni hablar, pero pensó: «Lo lograremos. Lo prometo».

Mirae ya estaba desapareciendo. Sus manos fueron lo último en irse. Manos de magia y creación. De posesión y espinas. Manos capaces de milagros de renacimiento y destrucción. Pero, sobre todo, manos de niña, translúcidas y desencarnadas, que se aferraban a las de Soojin. Allí un instante y luego desapareciendo, definitivamente, en el pasado.



La maldición dejó el pueblo con la misma rapidez con la que lo había encadenado. Mientras Mark arrastraba a Bentley a la orilla y luego le presionaba el pecho hasta que tosió el agua, el río comenzaba a hervir tras ellos. Se cerró sobre la cabeza de Soojin arrastrándola hacia abajo, y Mirae desapareció tras ella. El señor Han gritó llamándolas, se sumergió bajo la superficie turbulenta en su busca y salió solo.

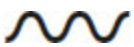
Mirae nunca haría daño a su hermana. Mark todavía lo creía. También creía que esa cosa de agua no era la Mirae que habían conocido, no realmente. Solo las partes más melancólicas y solitarias de ella. ¿Quién no sería capaz de cualquier cosa en ese estado?

Su cuerpo todavía no le pertenecía del todo cuando se deslizó por las riberas húmedas. Gritó hasta que un silencio sin aliento descendió sobre el barranco y calmó el agua para dejarla con un brillo cristalino. Un cuerpo flotó de vuelta a la superficie, con el rostro pálido vuelto hacia el cielo. La chica flotaba como un loto, con

la falda blanca del vestido desplegándose debajo. En la oscuridad, Mark no podía distinguir los rasgos de su cara. Solo que su piel parecía perlada y tirante, como la de los ahogados.

¿Qué llevaba puesto Soojin? Solo tuvo un instante para entrar en pánico antes de que todo pensamiento fuera interrumpido por una explosión de luz. Se protegió los ojos y, cuando la luz bajó lo suficiente como para mirar, la chica flotante había desaparecido. En su lugar, una nube de tierra se dispersaba rápidamente y extendía sus alas oscuras río abajo. Un cuadrado de papel flotaba lentamente tras ella.

Si lo hubiera recogido del agua, habría visto que era una hoja con el nombre 미래 escrito con la caligrafía perezosa de Soojin, pero decidió no tocarla. El papel navegó un poco más antes de ser envuelto en llamas azules. El nombre, un barco en llamas sobre el agua, se llevó a sí mismo hacia un final elegido por él.



Soojin lo escuchó gritar y abrió los ojos. El agua ondulaba sobre ella, oscurecida por el limo que era su hermana y que se alejaba de ella para siempre. Su corazón podía haberse roto en ese momento. ¿Para qué había servido todo? Entonces llegó un estruendo que disipó la quietud antinatural del mundo bajo el río. Su padre nadaba hacia ella, cortando la oscuridad con brazos desesperados.

La estrechó contra sí y la llevó al aire, donde tosió un puñado de agua.

—Te tengo —jadeó mientras luchaban juntos hacia la orilla. Mark los esperaba al borde del agua, la tomó por el otro brazo y la ayudó a subir a la ribera pedregosa. Soojin no podía dejar de temblar. Su padre confundió esto con una lesión y la examinó frenéticamente—. ¿Estás bien?

Intentó asentir, pero el cuerpo la desobedecía. En su lugar, sacudió la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —Su padre le frotaba la muñeca con círculos cálidos.

Mark le apartó el pelo de los ojos y, en la esquina de su visión, vio a Bentley observando su pequeña unidad con algo que rozaba la añoranza, antes de darse la vuelta y desaparecer entre los árboles. Sobre ellos, el amanecer desplegaba su vela lila contra el cielo.

—¿Cariño? —insistió su padre suavemente.

Soojin aflojó el puño que tenía contra el pecho. Un diminuto molar descansaba en su palma.

—La he mandado de vuelta, papá —logró decir—. Lo siento mucho.

Vio cómo el rostro de su padre se relajaba aliviado antes de tensarse de nuevo. ¿Cuántas veces tendría que llorar por Mirae? ¿Y ella? Siempre, comprendió Soojin. Comenzaba a sospechar que sanar era un mito. Solo existía la torcida flecha de la pérdida que avanzaba por su turbulento camino hasta que llegabas a poder convivir con ella y observarla, aunque todavía temblara a voluntad. Un dolor domesticado. Tal vez eso era todo lo que había.

—Lo conseguiremos, papá. Juntos —dijo, aunque él solo pudo inclinar la cabeza, confundido. ¡Tenía tantas cosas que decirle!, pero un peso grande la arrastraba hacia la inconsciencia. Su padre la sostuvo mientras ella se desmayaba.

Al cerrar los ojos, su mente le ofreció imágenes fragmentadas. Las pequeñas manos de una niña aferradas a unas plumas blancas de gallina. Un hueso de ala en la tierra. Una legión de siluetas, todas mujeres, que la liberaban. Los tres, Mark, Soojin y Mirae, caminando por el oscuro pasillo de la escuela. Las figuras se alejaban, riendo de algún chiste inaudible antes de que ella y Mark se detuvieran. Solo el ágil cuerpo de Mirae continuaba adelante. Llegó a la puerta del pasillo, giró el pomo y dejó entrar un rayo de luz dorada. Antes de cruzar el umbral, Mirae miró atrás apenas un instante, pero no se detuvo. Como si fuera una demostración para su hermana, giró hacia adelante y se dejó ir.

DESPUÉS



Soojin había terminado de empaquetar la ropa de su hermana cuando su padre llegó a la habitación. La puerta estaba completamente abierta. Entró y se sentó al borde de su cama desordenada.

—¿Cómo lo llevas? ¿Necesitas ayuda? —preguntó con su estilo habitual, lanzando una red amplia con las palabras. La habitación de Soojin parecía el resultado de un tornado. Había cajas abiertas por todas partes, en diferentes niveles del proceso de llenado. La ropa que ya no le servía yacía en montones en el suelo, destinada al contenedor de donaciones. Sería fácil asumir que su padre ofrecía ayuda para empaquetar, pero, conociéndolo, no era eso lo que realmente quería decir.

Solo quedaba una cama en la habitación. Un día antes, su padre había desmontado la de Mirae para quitarle la pintura al marco y enviar la madera a reciclar. Había sido un tipo diferente de soledad volver a su habitación y ver esa ausencia física. Pero no tenía sentido llevar la cama al nuevo apartamento para que permaneciera en un rincón, sola, esperando a una ocupante que nunca volvería.

En pocos días se mudarían a Bragg Hills, donde Soojin terminaría su último año. Su nuevo hogar era pequeño. No podían llevarlo todo, así que la mitad de las cajas se quedarían almacenadas en el garaje de su tío.

—Estoy bien, papá —respondió, aunque no siempre era cierto. A veces, la pérdida de su hermana la golpeaba como si fuera algo físico. Había días en que el dolor la alcanzaba sin avisar, en la escuela o frente al fregadero, mientras enjuagaba los platos entre sollozos.

Aun así, había otros días en los que vivía impermeable al duelo al recorrer el lugar despidiéndose de las playas que había amado de niña. Despidiéndose de su pintoresco centro de la ciudad y de la heladería decorada con jacintos de plástico en viejos botes de leche. Hubo largas noches con Mark, conduciendo sin rumbo por los caminos rurales, escuchando música y dejando que un silencio cómodo los acompañara. Días en que ella y su padre se ensuciaban las manos en la freiduría junto a la cala, comiendo tiras de abulón rebozadas en cerveza servidas en bandejas de papel. Y se reían, preparando el corazón para partir. Mientras Soojin pudiera encontrar un equilibrio entre estos dos tipos de días, sentía que podrían sobrevivir: su padre y ella. Podrían construir una vida de alegría y dolor.

Sacó un cajón del escritorio y revisó su contenido, encontrando peluches de personajes de un viaje infantil a Seúl, gomas de borrar duras con forma de fruta y recibos. Tiró la mayoría de las cosas, pero entre ellas encontró una foto de Mirae, sonriendo, con un vestido veraniego. Soojin repasó con un dedo la línea del rostro de su hermana antes de colocar cuidadosamente la foto en una caja que la acompañaría a su nuevo hogar.

Su padre se arrodilló a su lado y le apoyó una mano ajada sobre el pelo.

—Te voy a alejar de todo lo que conoces.

Soojin negó con la cabeza mientras pegaba cinta sobre las solapas de la caja.

—Nunca me di la oportunidad de conocer realmente este pueblo fuera del contexto de nuestra familia. —Apartó la caja—. Tú eres todo lo que conozco.

Aunque él no respondió, sostuvo su mano como diciendo: «Haremos que esto funcione».

Soojin se la apretó brevemente, luego se volvió hacia la jaula de Milkis. No había tenido el valor de desmontarla durante todo ese tiempo, lo había pospuesto todo lo posible. Comenzó a trabajar las barras de la gran jaula, colapsando los travesaños y desenganchando las hamacas en las que todavía podía imaginar a su querida rata pasándose el pequeño hocico blanco por las patitas. Presionó el suave fieltro gastado contra la nariz. Olía a almizcle de animal y restos de fruta y, cuando finalmente se lo apartó de la cara, notó que estaba húmedo. Las lágrimas le habían corrido silenciosas por las mejillas sin que se diera cuenta. Se las secó con la manga y luego plegó las hamacas para guardarlas.

Soojin terminó de desmontar la jaula y, así, la evidencia de dos de los antiguos habitantes de la habitación desapareció. Ahora estaba sola, y pronto su padre cargaría todo en la furgoneta que habían alquilado para la mudanza y ella también se iría. Un nuevo grupo de personas ocuparía la casa y la llenaría de aromas diferentes. Nuevas fotografías de vidas completamente ajenas a la suya decorarían estas paredes. Y, pronto, la lealtad de la casa cambiaría.

Su padre se acercó por detrás y le quitó una rampa de metal de las manos. Ella se quedó mirando la pared detrás de donde había estado la jaula. El sol había desteñido sobre el papel pintado el contorno fantasmal de la jaula, inmóvil durante años.

—¿Me estás ignorando? —preguntó él.

—No. Sigo aquí.

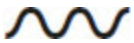
—Bien. Toma esto —dijo su padre mientras le ponía una enorme sudadera gris en los brazos—. La encontré en el suelo, debajo de la cómoda de la cabaña, así que la he lavado. Deberías devolvérsela.

Ella desplegó la sudadera. Se le había perdido el cordón y los puños estaban deshilachados.

—Volveré antes de cenar —dijo Soojin atándose la sudadera alrededor de la cintura.

Su padre la relevó con las cajas y cerró las que contenían las cosas que se llevaría a su nuevo hogar.

—Tómate todo el tiempo que necesites.



Cuando llegó a Patitas en Paz, el mundo tenía la cualidad fría y limpia del inicio del invierno. Los árboles estaban desnudos, salvo los pinos, que se aferraban obstinadamente a sus agujas, impregnando el pueblo con su perfume mentolado. Mark Moon estaba en el jardín, arreglando un parterre de crisantemos blancos. Flores de funeral, de renovación. Su pelo despeinado era lo bastante largo como para atarlo en algo parecido a una coleta. Llevaba gafas oscuras a pesar del tímido sol de diciembre.

Oyó a Soojin antes de que ella se anunciara.

Si le sorprendió verla, no lo mostró.

—¡Hola! —dijo de forma torpe pero cálida. Se puso en pie—. ¿Has venido a cremar algo? Mi madre está en la oficina, así que quizá tengas que venir más tarde.

Surgió un sentimiento incipiente, un calor que se reunía. Ella negó con la cabeza.

—No, solo quería ver cómo estabas. —Por un momento hubo una incomodidad inusual, hasta que lo señaló y preguntó—: ¿*Look* nuevo?

Él se sonrojó y se quitó las gafas de sol haciendo una mueca.

—Oh, ¿esto? No… Es que todavía tengo algo de contusión. La luz me molesta en los ojos. —Eso explicaba por qué, en las últimas semanas, solo lo había visto por la noche—. Pero estoy bien —añadió rápidamente—. El médico dice que se curará pronto.

Se sentaron en un banco conmemorativo de piedra a la sombra de un sauce. Estaba en una colina con vistas al pequeño valle donde se agrupaban las parcelas del cementerio. A pesar del frío, había visitantes colocando flores y coronas de huesos de perro sobre las tumbas. Le sorprendió un poco el hecho de que nada impidiera el

avance de las cosas. Como hormigas, la gente sorteaba cualquier dolor que obstaculizara sus caminos y forjaba futuros nuevos. Soojin tenía que hacer lo mismo.

Una brisa ascendente llevó las voces de los visitantes hacia ellos en murmullos fragmentados. Una familia intentaba alejar a un cachorro curioso que olisqueaba una lápida. Oyó: «¡Buena chica, Nana!», aunque a ella le sonó como «Sana».

—En realidad, he venido a darte esto —dijo desatándose la sudadera que llevaba alrededor de la cintura—. Pensé que debería devolvértela antes de mudarme.

Decir estas palabras le costó un poco. Hacía tiempo que sabía que la casa se había vendido, pero aún no se lo había contado. Soojin todavía oscilaba salvajemente entre el deseo de dejar atrás este lugar con sus recuerdos maravillosos y dolorosos y el deseo de postrarse en su tierra familiar y quedarse. Cuando se permitió ser honesta, se dio cuenta de que Mark tenía un gran peso en este último deseo.

Él le tomó la sudadera de las manos y sus dedos rozaron los de ella.

—He estado buscándola —dijo mientras se la ponía y metía las manos en el amplio bolsillo—. Entonces, te vas de verdad.

—Sí —respondió ella.

Sacó una pelusa del bolsillo, y el silencio creció entre ellos. Un mechón de pelo negro se desprendió con ella. Lo miró un momento antes de dejar que el viento se lo llevara.

—El pueblo está cambiando —sentenció finalmente.

Soojin asintió. El pueblo, efectivamente, estaba cambiando. Tras una serie de muertes inexplicables, lógicamente nunca volvería a ser el mismo. Cuando Christopher Porter fue encontrado muerto en su estanque de carpas con marcas de dedos en descomposición alrededor del cuello, el terror se apoderó de Jade Acre. No había manera de explicarlo, especialmente después de lo que había pasado con los Silas. «Fantasmas», coincidían los habitantes. «Maldito».

Paranoicos, muchos residentes de toda la vida estaban poniendo a la venta sus queridas casas heredadas. El sector turístico también se vería afectado. Soojin ya podía verlo adaptarse para atraer a turistas que visitaban pueblos como Salem, lugares de misterio, de lo sobrenatural y supuestos fantasmas. Una nueva atmósfera de intriga envolvía su pequeño pueblo y, por primera vez, estaba lleno de visitantes, fuera de temporada, que corrían de un lado para otro con sus medidores de campos electromagnéticos, molestando a los lugareños.

Pero Jade Acre también estaba cambiando de otras formas. Poco después de que su padre fuera enterrado, Bentley Porter sorprendió al pueblo acusando a su progenitor de sobornar al fallecido jefe de policía. Admitió haber empujado accidentalmente a Mirae desde el puente del tren y contó cómo Silas y su padre habían mantenido su implicación en secreto.

Soojin lo había visto solo una vez antes de las acusaciones mientras esperaba al otro lado de un paso de peatones a que cambiara el semáforo. Tenía un aspecto horrible, con los ojos hinchados y rojos como si no hubiera dormido bien en días. Aun así, al cruzarse, una especie de determinación sombría le suavizó el ceño. Le había hecho un gesto con la cabeza como una promesa y luego se había ido; su espalda ancha se perdió entre los peatones. Una semana después, el circo mediático.

Se preguntó cómo pensaba vivir Bentley ahora. ¿Bajo el cuidado de quién quedaría? Se preguntó si la culpa de lo que le había pasado a Mirae todavía lo desgarraba.

Se lo había comentado una vez a su padre, esperando una muestra de rabia, pero en cambio él se limitó a suspirar.

—No fue culpa suya. Esa culpa recae sobre los adultos que le rodeaban —había dicho—. No debió de ser fácil para el chico. Le deseo lo mejor. —Y Soojin descubrió, con cierta sorpresa, que estaba de acuerdo. Ese sería el último pensamiento completo que dedicaría a Bentley Porter, y su nombre se hundió como una piedra.

—Ya sabía que te ibas —dijo Mark, sacando a Soojin de sus pensamientos—. Mi madre vio que habíais vendido la casa. ¿Dónde vais a ir?

—El primo de mi padre nos ayudó a encontrar un apartamento asequible en Bragg Hills —explicó, intentando sonar animada a pesar de que la voz empezaba a quebrársele—. Nos vendrá bien. Él estará más cerca del trabajo y yo podré terminar el último año en un instituto más grande.

Mark fijó la mirada en un ciempiés que le trepaba por el zapato.

—¿Es raro que no pueda imaginar Jade Acre sin tu familia en él? —preguntó—. Es como si siempre hubierais estado aquí, ¿sabes? Incluso durante los años en los que no hablábamos, estabais aquí. Me siento… —se interrumpió—. Es una tontería.

Ella le tocó la rodilla.

—No es una tontería, Mark.

Parecía no saber qué decir, así que tomó la mano de Soojin con cautela y la giró para que la palma quedara hacia arriba. Repasó la línea que descendía desde encima del pulgar hacia la muñeca.

—Tu línea del corazón es profunda y larga —le dijo—. Eso significa que guardas cerca a tus seres queridos. Les dejas apoyarse en ti y los llevas contigo para siempre. Te cuesta olvidar. Tú me enseñaste eso, ¿recuerdas? A leer las manos, cuando éramos niños. —Parecía un poco desconcertado consigo mismo, como si no supiera de dónde salían esas frases.

Le había leído mal la palma, había confundido la línea de la vida con la del corazón. Ella no le dijo nada.

—¿Sabes?, no podría haber sobrevivido a los últimos meses sin ti —dijo Soojin, eligiendo cuidadosamente las palabras—. Gracias. Por todo.

Se secó las lágrimas y Mark tuvo la cortesía de no comentarlas mientras la abrazaba largamente.

—Iré a visitarte —dijo—. No me digas adiós todavía. —Su voz era tan incierta como un futuro. Así que no se despidieron. Entrelazaron las manos viendo el sol descender hacia el horizonte, y

sentían tanto que no podían hablar. ¿Estaban enamorados? Soojin no estaba segura de que ninguno de los dos lo supiera, pero estaban entregados. Quizá fuera lo mismo.

Se sentaron juntos mientras los últimos dolientes presentaban sus respetos, colocaban crisantemos en las tumbas bien cuidadas y se marchaban.



La Nochebuena tocó Jade Acre con escarcha y, así, llegó la hora de irse.

Soojin y su padre terminaron de cargar la camioneta y cerraron la puerta de su querida casa tras ellos. Habían dejado la luz del porche encendida. La próxima vez que unas sombras se alargaran sobre el umbral, serían las de unos extraños. Soojin esperaba que lo sintieran como una bienvenida, esa bombilla parpadeando su saludo mientras las polillas hacían girar los polvorientos planetas blancos de sus cuerpos alrededor de su luz aún sin cáscara.

Se sacó del bolsillo un molar y pasó el pulgar por los familiares surcos. En su corazón, Soojin sabía que su magia se había ido, que se había concedido el último deseo de su hermana. Aun así, toda una historia de ahogamientos y dolor vivía en ese diente. Ya no podía cargar con él.

—Papá —dijo Soojin extendiendo la mano para que lo viera. Sus ojos estaban cansados cuando miraron lo que sostenía, pero también había en ellos una apertura. Hubo un entendimiento tácito y él colocó sus manos curtidas por el trabajo sobre las de ella. Juntos, sostuvieron el diente entre el calor compartido de sus palmas mientras el crepúsculo descendía por el horizonte. El cielo estaba sin estrellas, pero la luna brillaba y su pálido perfil resplandecía como un fragmento de hueso que asomara entre la tierra.

Soojin nunca estaría realmente preparada para ello, así que dio un paso adelante de todos modos y sostuvo el diente contra la frente durante un momento de oración, antes de lanzarlo al cielo con

todas sus fuerzas. En su ascenso, atrajo la luz del porche. Subió hacia arriba, más y más, hasta que ella perdió de vista su brillo nacarado. No volvió a caer a la tierra, se enganchó en los aleros como lo había hecho tantos años atrás cuando Mirae, con seis años y los dientes separados, había lanzado sus dientes hacia las manos de un dios en el que entonces creía.

Esto era lo que Soojin eligió creer, que el diente de leche de su hermana seguía viajando. Más allá de las tejas del tejado y las ramas desnudas del magnolio que rozaban la ventana de su infancia. Seguiría incluso más allá del aterciopelado cúmulo de nubes y la amenaza de lluvia. La estratosfera sería perforada por su flecha blanca mientras buscaba a su creador entre vapor y lluvia de estrellas.

Allí, entre las constelaciones que tanto amaba, su hermana estaría esperando.

Para cuando Soojin se uniera a ella en lo que viniera después, una parte de Mirae habría recorrido dos veces la totalidad del mundo.

Una mano en el hombro devolvió a Soojin a la tierra. Era su padre, que le besó la mejilla antes de dirigirse hacia los brillantes ojos de la furgoneta. No se permitió mirar demasiado tiempo a la casa vacía antes de correr a entrelazar el brazo con el de su padre. Y, juntos, caminaron hacia el resto de sus vidas.

Estoy viva. Te recuerdo.

—Marie Howe



AGRADECIMIENTOS

He escrito y borrado esta sección muchas veces tratando de ser ingeniosa, pero como la gratitud, para mí, es un sentimiento sencillo, permitidme empezar de nuevo con simplicidad: le debo mucho de este libro a las personas que me rodean.

A mis brillantes agentes Annie Hwang y Serene Hakim: gracias a ambas por apoyarme en cada paso del salvaje, a veces opaco, camino que es la publicación. Desde trabajar meticulosamente conmigo para preparar el manuscrito hasta atender los millones de preguntas grandes y pequeñas que os hacía, me he sentido completamente respaldada por vosotras en cada paso del camino. Ambas habéis hecho que lo que parecía un sueño imposible se vuelva vívidamente real. Tengo muchas ganas de ver qué tipo de libros lanzaremos juntas al mundo. Mi agradecimiento también a la directora de derechos Susan Hobson y a todos los demás en Ayesha Pande Literary por todo lo que hacéis. Soy muy afortunada de ser autora de APL.

A mi editora Gianna Lakenauth: desde nuestra primera llamada, supe que veías directamente el corazón de mi historia y lo que esperaba lograr en sus páginas. Gracias por ver el libro con tanta claridad y compasión, y por entusiasmarte con él incluso cuando yo, en privado, no siempre sentía lo mismo. No sabes cuánto significó para mí tu confianza en la novela en todas las etapas del proceso. Gracias también por impulsarme. Tu acompañamiento editorial me

ayudó a descubrir aspectos del libro que nunca habría descubierto sola. Trabajar contigo no solo ha hecho que este sea mejor, sino que me ha convertido en una mejor escritora. Te agradezco mucho que decidieras arriesgarte conmigo.

A mi publicista, Kristopher Kam. A todos aquellos en RHCB cuyas huellas han tocado este libro: Melinda Ackell, Cathy Bobak, Jake Eldred y Tracy Heydweiller. Gracias por ayudar a traerlo al mundo con tanto cuidado y atención.

A todos los que trabajaron en la impresionante portada: quiero que sepáis que cuando recibí los bocetos en el correo, se me escapó una exclamación de asombro. Gracias, Trisha Previte, por conceptualizar las directrices de la portada y el diseño, así como por mantenerme informada sobre el progreso. Fue realmente especial echar un vistazo «entre bastidores». Y, por supuesto, gracias a Shotze por ilustrar la impresionante obra de arte y por dar vida a Mirae de manera tan vívida. ¡Todavía no me creo que tenga esta obra tan preciosa como portada!

Toda mi gratitud a Katie Jennings y al equipo de Rock the Boat por llevar el libro a los lectores del Reino Unido. Vuestra calidez y entusiasmo por el libro durante nuestra llamada fue muy reconfortante y estoy muy agradecida por todo lo que habéis hecho por él entre bambalinas. Gracias también a Catherine Cho de Paper Literary por negociar este acuerdo en mi nombre.

A los editores de todo el mundo que han apostado por mi libro, llevándolo a los lectores en sus países: ver mi obra traducida ha sido mi sueño de toda la vida, y todos vosotros lo habéis hecho realidad. Aunque quizás no hayamos intercambiado palabras, por favor, sabed que estoy muy muy agradecida (y, francamente, asombrada). Espero

que los jóvenes lectores en vuestros países se conecten con Soojin y sepan que alguien, quizá al otro lado del mundo, los está apoyando.

A mi comunidad de Lighthouse Book Project y a sus profesores: este libro probablemente sería un borrador triste y abandonado en mi armario sin vuestro apoyo. Gracias, Andrea Dupree, por todo lo que haces en Lighthouse y la cálida comunidad que fomentas. Gracias, Shana Kelly, por toda tu orientación en la industria editorial. Gracias a Erika Krouse por ser la mejor mentora de todas. Llegué a tu cohorte como una escritora de ficción nueva y confundida y salí con un manuscrito cohesionado y con algo de fuerza. Me divertí mucho aprendiendo de vosotras y siempre me sentí segura y respaldada en el cálido ambiente que creabais. Y, por supuesto, al grupo, Julia, Nur, Candice, Aakriti, Emily: no podría haber pedido un mejor grupo de escritoras para comenzar mi viaje en la escritura de novelas. Todas sois increíblemente brillantes, amables y talentosas. No puedo esperar a contarle a todo el mundo, algún día, todo sobre vuestros libros.

Gracias a Yeahwon Kang por traducir amablemente al coreano los agradecimientos posteriores a mi familia para que pueda compartir plenamente este momento con ellos.

A mis queridos amigos, Jenny Zhao, Jieun Yoo, Nicole Lachat, Chris Han, Carlos Williams, Dacota Pratt Pariseau, Sophia Holtz, Angela Lim, Sung Lim, Kenneth May, Ocean Vuong, Trea Almontaser y Young Ji Cha: sois todos un regalo. Gracias por los años pasados y los años por venir. Y por soportar que os haya estado bombardeando el móvil con asuntos de la publicación durante los últimos meses, en diversos grados. Todos vosotros llenáis mi vida. Mil besos.

A mi pareja, Gerald: gracias por existir y por encontrarme en esta vida. Soy muy afortunada de amarte y ser amada por ti. Todo mi

agradecimiento también a su familia, que me ha mostrado tanta calidez a lo largo de los años.

A ti, querido lector: gracias por pasar tiempo conmigo en estas páginas. Este libro, en todos los sentidos, es tuyo ahora.

Y, finalmente, a mi familia. Ya os dediqué mis lacrimógenos agradecimientos a todos vosotros en mi colección de poesía, así que aquí quiero dejar espacio solo para la alegría. 마지막으로, 우리 가족에게. 먼젓번 시집에서 눈물의 감사를 이미 다 전했으니, 이번에는 기쁨 가득한 글만 남기고 싶다.

A mi abuelo, que intenta mantenerse impasible, pero corre a comprar diez libras de castañas o pollo frito o caquis en cuanto oye que voy a visitarle: no necesitas decir una palabra. Te entiendo. Te quiero. Te debo este libro. 늘 무뚝뚝한 척하면서 도 제가 온다고만 하면 얼른 나가 서 밤, 치킨, 감 등등의 산더미처럼 사 오시는 할아버지께. 아무 말씀 안 하셔도 할아버지의 마음 다 알고 있어요. 사랑해요. 이 소설은 할아버지 덕분입니다.

A mi abuela, que me permitió creer en la magia de niña, que me llevó al jardín a lanzar mis dientes de leche al cielo, hasta alcanzar las nubes: todo lo que sé sobre narración y asombro lo aprendí de ti. Te quiero. Te debo este libro. 그리고, 어린 내 게 매직을 믿게 해주시고, 빠진 젖니를 마당으로 이끌어 하늘을 뚫고 나아가게 해주셨던 할머니께. 제가 스토리 텔링과 경이로움에 대한 아는 모든 것을 할머니께 배웠 지요. 사랑해요. 이 소설은 할머니 덕분입니다.

A mi madre, que bailó conmigo en la cocina cuando se vendió mi libro antes de sacar de inmediato el hornillo de butano para hacer barbacoa coreana en casa. Ella que es mi mayor animadora y mi mejor amiga, y cuyos mensajes dan comienzo a mis días y cierran mis noches, incluso cuando estoy al otro lado del mundo. Te quiero. Y, por supuesto, te debo este libro. 그리고, 내 가장 큰 응원자이자 최고의

친구. 책이 판매되자마자 가스버너를 꺼내 집에서 고기 구워 먹자며 함께 춤을 추던엄마께. 언제나 하루를 시작하고 마무리하는 문자 메 시지를보내주는 지구 반대편에 계신 우리 엄마. 사랑해 요. 물론, 이 소설은 엄마 덕분이지요.

El río sabe tu nombre

And the River Drags Her Down
Copyright © 2025 by Esther Yun

Traducción: © Cristina Carro, 2026
Diseño de cubierta: © 2025 Yejin Park
Adaptación de cubierta: Book&Look
Imágenes del interior: © Nadezhda Molkentin / Shutterstock

Publicación de Editorial Planeta, S. A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2026 Editorial Planeta, S. A., sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Primera edición en libro electrónico: junio de 2026
ISBN: 978-84-450-2189-7 (epub)
Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros